

Emad Aboasi El Nimer

El retrato de Alejandro Peoli

Matices de la intelectualidad caraqueña
1850-1866

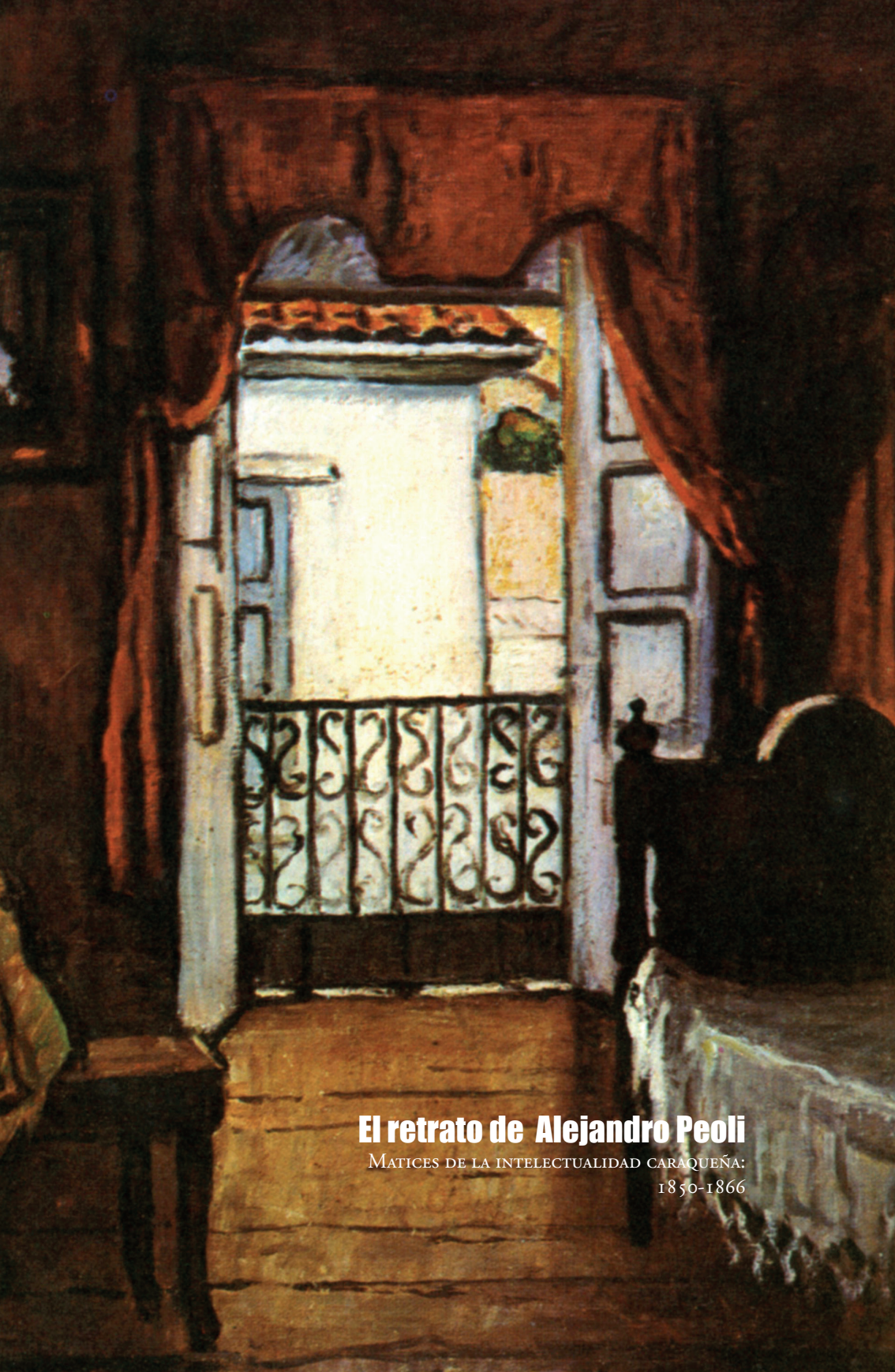
Universidad de Los Andes
CDCHTA-GIHSEV



EMAD ABOAASI EL NIMER. Licenciado en Historia, Licenciado en Educación: Mención Historia, Abogado, Doctor en Historia. Profesor en la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes (ULA). Coordinador del Grupo de Investigación de Historia Social y Económica de Venezuela (GIHSEV) de la ULA. Investigador acreditado en el Programa Estímulo a la Investigación e Innovación del Observatorio Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación (PEII-ONCTI), y en el Programa Estímulo a la Investigación (PEI-ULA).

Impartió asignaturas en: Universidad Nacional Experimental de los Llanos Occidentales Ezequiel Zamora (UNELLEZ- Extensión Guanare), Universidad Pedagógica Experimental Libertador - Programa de Mejoramiento Escolar (UPEL-Extensiones Acarigua y Guanare), Academia Militar de Venezuela; y en las Maestrías en Historia de Venezuela de la Universidad de Carabobo y de la Universidad de Los Andes.

Es autor del opúsculo: *La metáfora cotidiana (Elogio del habla coloquial venezolana)*; de los libros de Investigación histórica: *Ideas y letras durante la Guerra Federal*; *Matrimonio por Imperio de Ley (Seducción y honor en Portuguesa: 1876-1880)*; y, de los poemarios: *Tu recuerdo reúne cenizas*; *Ánfora de luz y sombra*; *Ella juega con mi perro y yo la muerdo*. También, ha publicado ensayos y artículos científicos en libros colectivos, boletines y revistas especializadas nacionales e internacionales.



El retrato de Alejandro Peoli

MATICES DE LA INTELLECTUALIDAD CARAQUEÑA:

1850-1866



EMAD ABOAASI EL NIMER

El retrato de Alejandro Peoli

MATICES DE LA INTELLECTUALIDAD CARAQUEÑA:

1850-1866



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES



Cdchta ula

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
CONSEJO DE DESARROLLO CIENTÍFICO, HUMANÍSTICO,
TECNOLÓGICO Y DE LAS ARTES CDCHTA

GRUPO DE INVESTIGACIÓN DE HISTORIA SOCIAL Y ECONÓMICA
DE VENEZUELA (GIHSEV)

- © Universidad de Los Andes
Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico, Tecnológico
y de las Artes CDCHTA, 2019
- © Grupo de Investigación de Historia Social y Económica
de Venezuela (GIHSEV)
- © *El retrato de Alejandro Peoli*
Matices de la intelectualidad caraqueña: 1850-1866
Emad Aboasi El Nimer
- 1era edición, 2019

DISEÑO Y CONCEPTO GRÁFICO:

José Gregorio Vásquez

IMÁGENES DE PORTADA Y CONTRAPORTADA Y DE ESQUINA DE PÁGINA:

Federico Brandt. Interior con azalea. Óleo sobre tela 45 x 37,5. Colección Sr. Óscar Rodríguez Machado y señora. En: Calzadilla, Juan. Federico Brandt. 1978-1932. Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes. Ernesto Armitano, Editor, Caracas, 1972, Láminas, Nro. 96.

Celestino Martínez. *Los cazadores a caballo en la posada*. 1866. Óleo sobre tela 82,3 x 121, 2 cm. Colección Galería de Arte Nacional. En: Fundación Galería de Arte Nacional. *Colección de pinturas, dibujos y estampas del siglo XIX*. Caracas, 1993, pág. 85. Serie: Catálogo General.

Rafael Monasterios. *Paisaje del Panteón*. Hacia 1945. Colección Galería de Arte Nacional. En: Calzadilla, Juan. *Rafael Monasterios*. Armitano Editor, Caracas, 1984, pág. 163.

Hecho el Depósito de Ley:

Depósito Legal: ME2019000058

ISBN: 978-980-11-1961-6

LAS PUBLICACIONES ACREDITADAS POR EL CDCHTA-ULA SON SOMETIDAS A UN RIGUROSO PROCESO DE ARBITRAJE POR CALIFICADOS EXPERTOS EN EL ÁREA. ESTE LIBRO FUE EVALUADO, SIENDO SU CÓDIGO PL-H-01-19-06 CORRESPONDIENTE AL PROGRAMA DE PUBLICACIONES CDCHTA DEL AÑO 2019.

El presente documento se distribuye en esta edición bajo una Licencia Creative Commons Atribución-No-Comercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional. La evaluación y arbitraje fue realizado de manera anónima y gratuita con la finalidad de contribuir con el libre acceso a la producción intelectual de la Universidad de Los Andes – Venezuela, a través de su Repositorio Institucional SaberULA (www.saber.ula.ve).





CONTENIDO

PRÓLOGO	11
Génesis y estructura de este libro	19
El autor a la luz de las fuentes consultadas	31
Un repaso a la vida de Alejandro Peoli	43
Su poesía	73
“(...) Autor del primer Manual de Historia de Venezuela (...)”	81
<i>Artículos Literarios</i> : para leer cotidianidades caraqueñas (1850-1866)	95
Lexicógrafo	121
Crítico literario polémico y severo	127
Ataques a Abigaíl Lozano	135
Embestida lingüística contra José Antonio Calcaño	161
Francisco Guaicaipuro Pardo, cuestionado de manera accesoria	183
Ramón Ramírez, bajo el escalpelo de la crítica	191
A Miguel Carmona, también le tocó	203
Juan Vicente González enfrentó a Peoli con creces	207
Domingo Ramón Hernández; la excepción a la regla	223
Peoli frente a los ataques académicos	233
Críticas al crítico Ingenuo	239
Su tránsito hacia otra vida	245
FUENTES CONSULTADAS	251
ILUSTRACIONES	267

*A mi madre, Nayife El Nimer, por sus bendiciones, su amor inefable
y su inmenso apoyo a mis ejercitaciones intelectuales.*

*A mi padre, Yousif Aboaasi, por su indomable rebeldía para hacer valer
sus ideas, y su inagotable constancia al trabajo.*

*A mi hermana Linda Aboaasi y a mi cuñado Caies (Kais) Bahsas,
por la hospitalidad brindada en Mérida durante mis primeros años como
investigador y Profesor de la Universidad de Los Andes.*

*Al biografiado, por su agudo pensamiento
y su fina mordacidad en la escritura.*

A ellos, dedico.

La mejor forma de rendir homenaje a las “figuras destacadas del pasado” consiste en revisar su trabajo, atender a su condición de individuos que desarrollaron una labor en función de circunstancias específicas, y apelar a un sentido crítico radical que permita evaluar su significación para el presente. Ya basta de héroes.

(...)

Insisto, basta de héroes, militares o civiles; basta también de esa especie de liturgia que nos convierte en oficiantes de un ritual consagrador en el cual el acercamiento a la historia se diluye en frases y gestos encaminados a invocar a los muertos con la secreta esperanza de que contribuyan a reforzar las arbitrariedades y violencias aplicadas a los vivos. Repito el mejor o único homenaje que debemos hacer es apuntar nuestra labor de comprensión en una dirección crítica que, si bien es cierto, es poco propicia a la embriaguez de la fiesta, no por eso deja de ser saludable.

Belford Moré

*“La crítica y el problema de la lengua literaria
en Gonzalo Picón Febres”.*

Voz y Escritura. Revista de estudios literarios, pág. 120.

PRÓLOGO





Quien no haya frecuentado la segunda mitad del siglo XIX venezolano y esté dispuesto a hacerlo sin las habituales negaciones, acaso se vea sorprendido por el tono que caracteriza los encuentros discursivos. Si bien es verdad que proliferara el ditirambo, la exaltación vacua cuyos residuos tal vez no tan residuales rigen todavía en nuestro tiempo algunos ámbitos particularmente conservadores; también es cierto que, en aquella época, en el instante de la confrontación pública la intensidad suele ser la norma. Es como si para compensar la expresión admirativa, que neutraliza la disposición crítica y reduce el objeto a la instancia modélica, hubiera la necesidad de enfatizar las posiciones y hacer de la confrontación alrededor de los asuntos de la vida intelectual un terreno de contienda.

Quizás haya quien encuentre una explicación a este fenómeno en la violencia que rige permanentemente la dinámica política a lo largo del siglo. Se pensará que a sujetos habituados al uso de las armas para imponer voluntades y pareceres no les resultaría muy difícil convertir las palabras en aparatos de guerra para inferir heridas, hacer brotar la sangre y propinar muertes metafóricas. Esta explicación arraiga su elocuencia en la simplicidad que supone. Es relativamente sencillo situarse en una analogía o imaginar una especie de continuidad entre los sucesos de la guerra y los acontecimientos del quehacer



intelectual. Aun cuando, en ciertos casos, las cosas ocurrieran de esta manera y haya existido una vinculación orgánica entre quienes se dedicaban a lo que en ese tiempo se entendía como “labores del espíritu” y quienes se movían entre los campos de poder y los campos de batalla, tal articulación no lo aclara todo. Si la intensidad de la disputa es tal que los participantes corren el riesgo de adentrarse en asuntos y argumentos que hoy nos resultarían excesivos, es porque en la dinámica del ámbito intelectual existen condiciones que lo hacen posible.

Una de esas condiciones remite a la presencia de modos de entender lo real que tienen insalvables diferencias en los fundamentos de la representación y apreciación del mundo. Así, por ejemplo, a raíz de la irrupción del positivismo en el país, alrededor de 1870, van a coexistir de manera conflictiva una concepción secularizada y una concepción religiosa de la realidad esgrimida por individuos y grupos con una importancia de primer orden en el campo cultural. Ello explica que sea tan difícil alcanzar un consenso que sirva de trasfondo moderador al dirimir cuestiones menos relevantes. De entrada, la actitud es fundamentalista y las disputas circunstanciales (acerca de la publicación de una obra, un autor, un grupo de autores, etc.) se suelen concebir como episodios en que se ponen en juego las cuestiones decisivas (la intervención de la providencia en la historia, la determinación de los impulsos biológicos en la vida moral, etc.). En consecuencia, lo que hoy en día se valoraría como *perspectivas*, *aproximaciones*, *puntos de vistas*, es decir, como localizaciones de carácter relativo, se consideran más bien posiciones asentadas en verdades absolutas cuyo sentido último es prevalecer sobre las demás, si es que no anularlas.

Otra condición está en la incidencia efectiva que los parámetros reguladores del discurso tienen en la actividad de los



interlocutores. En principio, existen criterios y normas que pretenden instaurar lo que podría llamarse una “cortesía discursiva”: hay asuntos que no deben ser abordados, hay términos que no pueden ser proferidos sin que se ofenda a los eventuales receptores, hay actitudes que no pueden ventilarse en la comunicación pública sin violentar los principios del decoro que se supone debe regir la interacción comunicativa. Sin embargo, tales parámetros no están investidos de la fortaleza suficiente como para impedir que en la práctica se produzcan con frecuencia hechos que transgreden su alcance normativo. Desde cierto punto de vista, esta ineficacia podría asociarse con una correlativa emotividad desbordante. Sin embargo, creo que apunta, más bien, a un conjunto de normas implícito o, cuando menos, no racionalizado sistemáticamente. La desmesura encuentra su lugar en el campo de la crítica porque la crítica misma la presupone.

Y aun así hay casos que, apreciados en el tiempo, han resultado intolerables tanto para sus contemporáneos como para las generaciones posteriores. Uno de ellos es el de Alejandro Peoli, quizás el ejemplo más extremo del fenómeno esbozado. En sus artículos, publicados en distintos periódicos, tras el escudo que le ofrecen las licencias del tono *jocoserio*, lleva la agresividad a niveles que rebasan incluso lo que suele ser normal en su tiempo. Esta extralimitación en lo ya, de por sí, extralimitado le ha valido simultáneamente el interés, el desconocimiento y la condena por parte de los estudiosos de nuestra literatura. Se le ha visto como fuente de simple curiosidad y, por eso, no han sido infrecuentes las referencias a su obra y, en menor medida, a su persona. Pero, al mismo tiempo, tal curiosidad no se ha traducido, hasta el libro al que este texto sirve de prólogo, en un esfuerzo por convertirlo en el centro independiente de un abordaje cognoscitivo. Lo que



ha privado más bien es el anatema que, de entrada, reduce a la irrelevancia a cualquier intento de comprensión.

En gran medida, ello se debe a la singularidad que marca a la obra de Peoli. No resulta muy difícil tolerar e incluso disculpar aquello que no deja de moverse dentro de las normas literarias, por más que genere una tensión en ellas. Sin embargo, lo que las quebranta de un modo radical recibe necesariamente una sanción, que por lo común consiste en el silencio y el olvido. Y es que justamente lo que le confiere un sitio particular a la producción intelectual de Peoli es la perturbación que introduce en los parámetros fundamentales que rigen la recepción literaria y, por esta vía, el sistema de presupuestos constitutivos de la literatura.

Esa perturbación proviene del arsenal de procedimientos que aplica en la interpretación de las obras y que, en consecuencia determinan y sustentan la textura corrosiva de los juicios valorativos. Peoli, por así decirlo, *literaliza* el sentido del lenguaje poético. Versos, expresiones, contruidos de acuerdo con dispositivos métricos y retóricos validados por la tradición y apreciados como “naturales” e inherentes a la poesía por la comunidad literaria, son reducidos al absurdo, pues se han desactivado los principios interpretativos que garantizan su sentido de pertinencia. Del mismo modo, se distorsiona la recepción del discurso ficcional al exigir a los textos el cumplimiento de requisitos lógicos y representacionales de géneros regidos por la convención de veracidad y que, como es obvio, estos no están en condiciones de satisfacer.

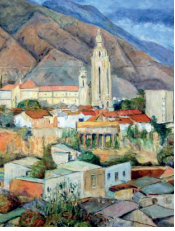
La faceta negativa que define estas operaciones tiene también un costado afirmativo, en modo alguno previsto por el autor, ni inscrito, en el marco de sus intenciones. Al desestimar principios y procedimientos de la recepción literaria no



solo contravienen las reglas ni se violenta la “naturaleza” de las obras. También se pone en evidencia el carácter convencional, “no-natural” y, por tanto, no indefectible de las propias convenciones que sirven de piso a la creencia que da la vida a la praxis literaria. Se produce lo que en el ámbito religioso vendría a ser una rasgadura en el cuerpo de la fe y un salto al vacío del sinsentido.

En esto, Peoli realiza una operación similar a la que Pierre Bourdieu atribuye a Marcel Duchamp de los *ready made*, solo que con una dirección invertida. Duchamp pone de manifiesto la convencionalidad de las obras al investir de carácter artístico a objetos que, por principio, tendrían una naturaleza antiartística. Peoli hace lo mismo, pero despojando a los poemas de su “naturaleza literaria” al insertarlos en campos de sentidos distintos a la literatura. Se trata, insistimos, de un procedimiento involuntario, accidental, pero que no por eso deja de surtir sus efectos, entre ellos, especialmente, el estu-
por generado en los lectores tanto de los consecutivos pasados como de nuestro presente.

Dilucidar estas cuestiones anuncia la importancia que tiene el libro de Emad Aboasi El Nimer. El texto está concebido como una biografía intelectual. De esta manera, despliega una serie de capítulos referidos a la vida del autor que se sustentan en una larga, paciente y laboriosa recopilación de datos en múltiples repositorios y fuentes, tarea tan estimada por los historiadores y que debería estar extendida entre quienes estudian nuestra literatura. Esta acumulación de lo disperso y su reordenamiento en los esquemas propios de la narración, que transmutan a los hombres en personajes y a los eventos de la existencia en un trazo con sentido, nos aproxima a los aspectos más significativos de la vida pública de una figura sobre la cual las referencias han sido pobres e imprecisas.



En paralelo a la trayectoria vital, el libro nos aproxima también a una obra que se inscribe en los acontecimientos y es ella misma acontecimiento. A lo largo de sus páginas se suceden reconstrucciones de polémicas, títulos, citas, argumentos y contraargumentos, caracterizaciones sumarias y análisis interpretativos que perfilan una producción intelectual que hasta ahora, más de cien años después, recibe una primera visión de conjunto. Con esta labor, Aboaasi El Nimer da cuenta de uno de los cometidos de la historia: restituir en un ejercicio imaginario, fundado en las ruinas disponibles, eso que llamamos pasado al reinscribirlo en el presente y otorgarle un lugar en la memoria de los hombres. Queda a otros la tarea de develar las facetas de la obra de Peoli que puedan densificarse a partir de disciplinas y perspectivas distintas.

BELFORD MORÉ

GÉNESIS Y ESTRUCTURA DE ESTE LIBRO





La referencia inicial que tuve sobre Alejandro Peoli Mancebo, fue en agosto de 1997, cuando investigaba en la entonces Sala, hoy, Biblioteca Nacional Febres Cordero, de la ciudad de Mérida (Venezuela), para mi memoria de grado: *La primavera en la sombra del cadalso. Cotidianidad y poesía durante la Guerra Federal venezolana: una realidad al otro lado del espejo*, bajo la tutoría del Doctor en Filología Hispánica Belford Moré, como requisito final para egresar de la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes.

Durante la investigación, revisando periódicos venezolanos de mediados del siglo XIX, me topé con *El Heraldo* de Caracas de 1859. Entre sus páginas avisté unos cuantos artículos de crítica literaria contra Abigaíl Lozano, José Antonio Calcaño y Ramón Ramírez, firmados con el alias: El Ingenuo. Me llamaron la atención porque el discurso hacia los autores y sus obras era sumamente agresivo. Los transcribí sin saber a quién pertenecía el seudónimo. A los meses, por casualidad, en la *Casa Juan Félix Sánchez* de Mérida conocí al editor José Agustín Catalá, con quien conversé sobre mi tema de indagación, y le informé que en la prensa decimonónica muchos de los escritores tenían la costumbre de suscribir sus artículos de opinión y de crítica con nombres falsos, como una forma de ocultarse y no comprometerse con las ideas argüidas, que, por lo sinceras, irónicas y picantes, a varios podía molestar. Él me



dijo que esa estrategia se había mantenido hasta buena parte del siglo XX, y citó como ejemplo a Rafael Bolívar Coronado (Villa de Cura, 1884 – España, 1924), quien utilizó más de 600 seudónimos. Luego, para ayudarme a disipar mis dudas, por la empatía que tuvimos por ser ambos portugueses (él oriundo de Guanare, y yo, nacido en Acarigua, pero criado en Turén) de manera gentil, se ofreció en obsequiarme los dos tomos de *Historia del seudónimo en Venezuela* de Rafael Ramón Castellanos, publicados en su Editorial Centauro, en 1981. Como no los tenía a la mano, me solicitó la dirección, de modo que, al retornar a Caracas, me los remitiría. Y así fue.

A las tres semanas, los libros prometidos llegaron a mis manos en un paquete que, a su vez, contenía el texto *Ensayos sobre El pensamiento político positivista venezolano* de Arturo Sosa Abascal. En seguida de abrir el paquete, busqué en los dos tomos de Castellanos el seudónimo El Ingenuo, y, ¡vaya sorpresa!, estaba registrado y pertenecía a Alejandro Peoli, a quien mencioné en la memoria de grado antes aludida y cité algunos párrafos de sus artículos aparecidos en la prensa capitalina de 1859. Por su manera tan peculiar de hacer crítica literaria, quedé interesado en conocer más sobre su obra. En conversaciones sostenidas con colegas historiadores que trabajan el siglo XIX venezolano, comenté sobre él, pero ninguno supo suministrarme mayor información. A quienes, muchas veces, me exhortaron a escribir su biografía intelectual, siempre les respondí: “Pronto lo haré”. En realidad, no sabía cómo ni por dónde empezar.

Diez años después de la primera referencia, en el 2007, cuando investigaba para mi tesis doctoral, titulada: *Vida cotidiana durante la Guerra Federal venezolana*, bajo la tutoría del Doctor en Historia Elías Pino Iturrieta, en Hemeroteca Nacional (Caracas) y en Biblioteca Nacional Febres Corde-



ro (Mérida), encontré textos de Peoli que no conocía, amén de algunos que hacían referencia a él y a su obra. Ese mismo año, publiqué el artículo “la crítica literaria durante la Guerra Federal venezolana (1858-1863)” en la Revista de Historia y Ciencias Sociales *Tierra Firme*¹, donde señalé ciertos datos sobre el estilo de Peoli. Luego, en la tesis doctoral, de modo más amplio, hice alusión a una parte de su labor de crítico literario. Y en mi libro *Ideas y letras durante la Guerra Federal*, en el capítulo VI, le dediqué varias páginas. Sin embargo, no ahondé mucho acerca de él, porque mi intención era hacer una presentación general sobre algunos autores y literatos que, durante el periodo bélico en estudio, se dedicaron a ese oficio, cuyos artículos quedaron en la prensa de la época como testimonio del día a día intelectual vivido en ese lustro en armas.

Así las cosas, frente a la información compilada, tuve inquietudes por escribir algún ensayo sobre el autor, pero ante tantas ocupaciones siempre dilaté esa faena. En diciembre de 2012, inmediatamente de la presentación del libro *Levitas y sotanas en la edificación republicana. Proceso político e ideas en tiempos de emancipación*, coordinado por los Doctores en Historia Jean Carlos Brizuela y José Alberto Olivares, texto en el que soy coautor con la biografía “José Vicente de Unda García: prócer eclesiástico guañareño”, se invitó a varios de los presentes a participar en otra obra colectiva. La directriz era trabajar, preferiblemente, sobre literatos venezolanos poco conocidos. Propuse el nombre de Alejandro Peoli, y fue aprobado.

Pero, se me presentó un dilema: con tanta información recogida durante años, ¿cómo evadía la camisa de fuerza impuesta por Brizuela y Olivares, quienes solicitaron la redacción de un máximo de 15 cuartillas? Aun cuando hice fulleras con el espaciado, tipo de letras y margen del artículo en word, se dieron cuenta que había disfrazado 25 cuartillas en



15. Razón por la cual, me exigieron sintetizarlo. Traté de convencerlos para que cambiaran de opinión, y no fue posible. A la sazón, hice el resumen, pero decidí escribir de manera paralela un texto aparte, sin límites de extensión, solo con el empeño de presentar los datos habidos en mis papeles de trabajo, con miras a una futura publicación más amplia. Como estaba poseído por el prurito de la escritura, las vacilaciones no fueron posibles. Era el momento justo para saldar la deuda conmigo y de cumplir la promesa hecha a varios colegas desde hacía tiempo. La decisión fue sabia, eso creo, pues el resultado es esta obra. (Debo aclarar que, el resumen biográfico de 15 cuartillas, por razones que no vienen al caso, no logró ver la luz de la imprenta).

En el proceso de redacción, le comenté a mi compañera, la Doctora en Historia Elizabeth Avendaño Cerrada, sobre la duda que tenía con la fecha de muerte del biografiado, a propósito de una información aparecida en *Un periódico* de Valencia, en octubre de 1877. Gracias a su larga experiencia en el manejo de archivos eclesiásticos del país, me informó sobre la digitalización de estos repositorios por parte de la *Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días*, los cuales pueden consultarse a través de su página oficial FamilySearch. Org/International Index; a su vez, se ofreció en ayudarme para aclarar mi duda. Al dar con el Acta de defunción de Alejandro Peoli, decidió buscar la fe de bautismo, y luego, el Acta de matrimonio, logrando hallarlas. Estos documentos me permitieron corregir las fechas manejadas erróneamente por varios autores, e incluso, ampliar datos hasta ahora desconocidos. Días después, leyendo la versión ampliada de la crítica que Peoli hizo contra el poeta Abigaíl Lozano, y publicó en su libro *Artículos literarios* (1865), noté una referencia sobre su hijo, que para entonces, tenía tres años. Este dato se lo comuniqué a la Doctora Avendaño, quien haciendo gala de su



pericia, rastreó nuevamente la fuente eclesiástica digitalizada y halló la fe de bautismo del hijo de Peoli. Aprovecho estas líneas para agradecerle infinitamente la colaboración en la pesquisa de los referidos documentos.

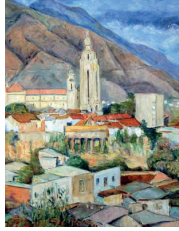
El material hemerográfico y bibliográfico del siglo XIX fue consultado en Biblioteca Nacional Febres Cordero de Mérida; otros, en Hemeroteca Nacional de Caracas. El correspondiente al siglo XX, fue examinado en las Bibliotecas de la Universidad de Los Andes: “Tulio Febres Cordero”; “Pedro Rincón Gutiérrez” de la Facultad de Humanidades y Educación, y, la del Instituto de Investigaciones Literarias “Gonzalo Picón Febres”. Agradezco al personal de todos estos repositorios, no solo la colaboración ofrecida, sino también, la amistad brindada, su benevolencia y su paciencia conmigo. Vale acotar: algunos textos los consulté en mi biblioteca.

Debo admitir, sin ánimos de petulancia, que la redacción de esta biografía intelectual se hizo apasionante. Cualquier dato inconcluso no me permitía avanzar. Más bien, me incitaba a revisar mis anotaciones o en retornar a las fuentes para corroborar, corregir o reescribir párrafos, e inclusive, capítulos. La estructura se hizo en función de dieciocho apartados. Unos son extensos; y otros, muy cortos. No manejé un criterio para la extensión de cada cual. Me dejé guiar por la información hallada –de manera directa e indirecta– en las fuentes examinadas: hemerográficas, bibliográficas, mimeografiadas, electrónicas, legales y de referencia, las cuales aparecen señaladas en las notas al final de cada capítulo. Los documentos digitalizados de los libros parroquiales de los archivos eclesiásticos de Caracas, Maiquetía y Carúpano son citados tal como lo sugiere la misma fuente electrónica.



Las citas tomadas de los documentos analizados conservan la ortografía y signos de puntuación originales, y para darle mayor fluidez a la lectura de las mismas, obvié colocar la locución latina *sic*. Algunas citas de las fuentes primarias presentan palabras en paréntesis, alternancia de letras mayúsculas y minúsculas, cursivas, comillas, aclaratorias, resaltados, subrayados y cualquier signo tipográfico, que he decidido respetar y dejar tal como aparecen. En virtud de que algunos periódicos y documentos estaban deteriorados haciendo ilegible la lectura de ciertos vocablos o frases, anoté entre corchetes: ilegible; en otros, por poseer el dato mediante fuente distinta, simplemente completé la palabra u oración. Para las traducciones al castellano de locuciones en latín, así como de explicaciones hechas sobre ciertas expresiones latinas, conté con la colaboración del Profesor Francisco Antonio Morales Ardaya, a quien le agradezco la ayuda brindada.

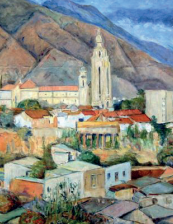
También, debo señalar que antes de parafrasear las citas de larga extensión, me pareció más pertinente transcribirlas, para mostrar cómo fue manejada la estructura discursiva en la diatriba intelectual de finales de la década de los 50 y el primer lustro de los 60 del siglo XIX venezolano, en especial, la promovida por Peoli, y de quienes, por verse envueltos en su invectiva, tuvieron que cuestionarlo. Tales citas textuales, por fungir como cuadros de palabras muy pintorescos, permiten comprender ampliamente —sin recurrir a la imaginación— el calibre del lenguaje empleado. Además, ofrecen una idea más real y clara de lo que se explica sobre la crítica literaria. Las otras citas, por tratarse de resoluciones, misivas y documentos de primera mano, consideré pertinente copiarlas *in extenso*, para dar mayor testimonio de este escritor que hizo aportes al intelecto nacional durante la conformación de “la república de las letras”². En cuanto a los artículos costumbristas de Peoli, también fue menester transcribir algunos pasajes para revelar



la fortaleza de sus ideas contra las costumbres, modas, maneras y comportamientos sociales de la vida urbana, que desfilaban en su rededor, y le generaban aversión. Sus poemas –apenas son tres los que hasta el presente conozco– los copié en su integridad, porque siempre es mejor leerlos completos que por fragmentos.

El capítulo titulado: El autor a la luz de las fuentes consultadas, nació de mis conversaciones con el MSc. en Historia Hancer Juan Tercero González Sierralta –testigo ocular de una parte de la investigación en la Biblioteca Nacional Febres Cordero, por cuanto él, junto con la MSc. en Ciencias Políticas Nelly Josefina Hernández Rangel, están a cargo del préstamo del material decimonónico en dicho recinto–. En cierta oportunidad, luego de comunicarle a Hancer que la información habida sobre la vida y obra de Alejandro Peoli, era precaria, dispersa, y en su mayoría inexacta, me sugirió la redacción de un apartado, de tono historiográfico, a fin de plasmar todos esos detalles.

Gracias al apoyo de la Biblioteca Nacional Febres Cordero, quien agilizó ante la Sala de Libros Antiguos y Raros de Biblioteca Nacional (Caracas) los trámites de digitalización del libro *Compendio de la historia antigua y moderna de Venezuela* (1853) de Alejandro Peoli, pude redactar el capítulo: Autor del primer Manual de Historia de Venezuela; que por cierto, estaba dudoso en escribirlo, porque solo tenía como referencia el artículo: “La génesis de un imaginario colectivo: la enseñanza de la Historia de Venezuela en el siglo XIX”, de Nikita Harwich Vallenilla. Pero, ya teniendo la obra en mis manos, aclaré dudas y tuve argumentos más sólidos para la redacción de ese apartado.



El otro texto de Peoli, titulado: *Artículos literarios* (1865), que hasta hace cinco años aproximadamente, era inhallable, lo pude consultar gracias a su digitalización por el servicio *google*, quien, durante un tiempo, permitió su descarga de la web, de manera gratuita. Con su lectura pude ampliar algunos tópicos en esta biografía intelectual, e incluir tres capítulos que no estaban presentes en el esquema inicial: Su obra *Artículos literarios*; su faceta como poeta; y la crítica que le hizo al bardo Domingo Ramón Hernández.

Acerca de la labor de Peoli como lexicógrafo, me apoyé en la obra *El castellano en Venezuela* de Julio Calcaño y en algunas evidencias de otras fuentes directas e indirectas. De mis trabajos sobre la Guerra Federal, ya antes mencionados, con suma libertad cité información concerniente a: los enfrentamientos intelectuales entre Peoli y Ramón Ramírez; su faceta de irónico frente a los ataques académicos y los cuestionamientos contra él, que algunos hicieron en versos y firmaron con seudónimo. (Aproveché de corregir algunos deslices, cometidos en dichos trabajos de mi autoría). Los restantes capítulos referidos a su desempeño como crítico literario, historiador y articulista de costumbres, contienen detalles que, desde mucho ha, conservo en fichas y libretas, y por primera vez, los doy a conocer.

Quiero agradecer a la escritora, ensayista y Doctora en Historia Mirla Alcibíades, quien luego de comentarle sobre este libro, gentilmente me suministró, en digital, los artículos: “Poesías del señor Domingo Ramón Hernández” de Peoli, publicado con el seudónimo Arturo, en la revista *Mosaico* (1854); “Seudónimos, Títulos Nobiliarios y otros nombres” de S. Cabrales y Cabrales; así como también, el libro de Abigaíl Lozano: *Colección de poesías originales*, editado en París en 1864; la nota necrológica de este poeta aparecida en *El Federalista* el 2 de agosto de 1866, y las de Peoli aparecidas en



los rotativos *La Opinión Nacional* y *Diario de Avisos* el 23 y 24 de octubre de 1877, respectivamente. Estos seis textos fueron fundamentales para afinar algunos detalles de la presente obra. Hay algo curioso que debo agregar: cuando Mirla me entregó el material, en la ciudad de Mérida, era 23 de octubre de 2014. Hablamos largo y tendido sobre el autor, pero, ninguno de los dos se percató que ese día, Peoli cumplía 137 años de haber fallecido. Lo noté tres días después, cuando retomé la investigación.

Igualmente, expreso mi eterno agradecimiento a mis Maestros: el Doctor Elías Pino Iturrieta, por sus enseñanzas sobre mentalidades, ideas y vida cotidiana de la Venezuela decimonónica, y al Doctor Belford Moré, por apoyar mis pesquisas en torno a temas histórico-literarios desde mi época de estudiante de pregrado, y, aceptar prologar este libro. Al mismo tiempo, vayan mis palabras de gratitud al Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico, Tecnológico y de las Artes (CDCTHA) de la Universidad de Los Andes (ULA), por hacer posible la edición digital de este texto; en especial, a la Doctora Mariela Ramírez, cuyo abnegado trabajo en el Programa de Publicaciones, permitió este logro. También, mi reconocimiento a mis colegas del Grupo de Investigación de Historia Social y Económica de Venezuela (GIHSEV) de la ULA, por apoyar esta iniciativa.

Como sé que ninguna obra es conclusiva del todo, al menos, espero haber puesto la primera piedra en la calzada, para contribuir con la reconstrucción de la vida y obra de Alejandro Peoli Mancebo, un intelectual venezolano que había estado condenado al olvido.

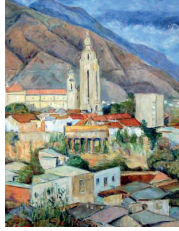


NOTAS

- 1 Volumen XXV, Número 99. Caracas, julio-septiembre de 2007, págs. 287-300.
- 2 Esta frase fue tomada de la nota necrológica: “Alejandro Peoli”. *Diario de Avisos*. Caracas, 24 de octubre de 1877, pág. 2.

EL AUTOR A LA LUZ
DE LAS FUENTES
CONSULTADAS





Es poco lo que se sabe de Alejandro Peoli Mancebo, a pesar de sus aportes a la historia, el periodismo, la didáctica y la literatura nacional del siglo XIX. Hasta ahora conocemos nueve menudas biografías de unas cuantas líneas que ofrecen pistas sobre él. La primera, de José María de Rojas: *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos*¹, pese a lo exigua, y a los datos erróneos sobre la fecha de nacimiento y a los nombres de los padres de Peoli², es la más completa y fue punto de referencia para los sucesivos autores, quienes, obviamente, siguieron repitiendo los mencionados datos equivocados; la segunda, de Miguel Tejera: *Venezuela pintoresca é ilustrada*³, es una reseña escueta que coincide con lo sostenido por José María de Rojas; la tercera, de Felipe Tejera: *Perfiles venezolanos*⁴, pese a la inexactitud en la fecha de defunción de Peoli⁵, es una breve y acertada proyección analítica sobre su oficio literario.

La cuarta biografía, es de Telasco A. Macpherson: *Diccionario histórico, geográfico, estadístico y biográfico del estado Miranda (República de Venezuela)*, escrito y publicado por disposición del Consejero Encargado de la Presidencia del Estado, General J.M. García Gómez⁶; contiene un extracto textual del libro de José María de Rojas, *ut supra* identificado, por lo que no aporta ningún dato de relevancia; la quinta, de Manuel Landaeta Rosales: “Escritores venezolanos”⁷; solo dice: “Ale-



jandro Peoli, Maiquetía, literato y poeta”⁸; la sexta, aparece en la *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana*⁹. A pesar de ser un buen resumen de la citada obra de José María de Rojas, reproduce el mismo error en la fecha de nacimiento.

La séptima, del *Diccionario general de la literatura venezolana* del Instituto de Investigaciones Literarias “Gonzalo Picón Febres” de la ULA¹⁰ (ediciones 1974, 1982 y 1987), incluye como información novedosa que el autor en estudio fundó y dirigió el periódico *El Nacional* de Carúpano en 1862; y en 1865, publicó en Caracas su libro *Artículos literarios*; además, señala alguna bibliografía escrita sobre él¹¹. La octava, de Elke Nieschulz de Stockhausen: *Los periodistas en el siglo XIX, una élite*¹², cataloga de historiador al escritor bajo examen, e informa que su profesión era Bachiller en Letras y ejerció la co-redacción del rotativo *El Artista*, junto con Manuel María Poleo. La novena, y última, de Rafael Ángel Rivas Dugarte y Gladys García Riera: *Quiénes escriben en Venezuela. Diccionario de escritores venezolanos (Siglos XVIII a XXI)*¹³, es un resumen de la información del *Diccionario general de la literatura venezolana* antes referido.

Sobre el personaje *in comento*, también aparecen datos puntuales y dispersos en obras cuyo propósito no era lo biográfico, sino más bien, la literatura nacional, las anécdotas de la vida cotidiana de autores patrios, los manuales de Historia de Venezuela en el siglo XIX, la historia sobre Carúpano y Puerto Cabello, los escritores venezolanos que se escudaron tras seudónimos, la crítica literaria decimonónica, en específico, en tiempos bélicos; los aportes lexicográficos, las polémicas intelectuales generadas en torno a la correcta manera de escribir; los estudios sobre la picaresca en periódicos caraqueños decimonónicos. Asimismo, aparece aludido en algunas biografías sobre Juan Vicente González, José Antonio Calcaño,



Julio Calcaño y Abigaíl Lozano. Entre los textos que mencionan a Peoli, dando pistas sobre él de modo fragmentario y disperso, pero sin ahondar sobre su vida, hallamos los que señalaremos a renglón seguido.

Juan Vicente González: “Crítica literaria. (‘El Porvenir’, Nros. 436, 37, 38, 39, 40 y 41)”¹⁴; S. Cabrales y Cabrales: “Seudónimos, Títulos nobiliarios y otros nombres”¹⁵; Julio Calcaño: *El castellano en Venezuela*¹⁶; Rafael Seijas: “Historiadores de Venezuela”¹⁷; Francisco de Sales Pérez¹⁸: “El costumbrismo venezolano”, discurso pronunciado el 3 de marzo de 1895 con motivo de su nombramiento como miembro de la Academia Venezolana de la Lengua¹⁹; Bartolomé Tavera-Acosta: *Notas al primer libro de literatura, ciencias y bellas artes*²⁰, y en otro de sus libros titulado: *Historia de Carúpano*²¹; Gonzalo Picón Febres: *La Literatura venezolana en el siglo diez y nueve*²²; José Gil Fortoul: *Historia constitucional de Venezuela*²³; Jesús Semprún: “Los románticos (1919)”²⁴; Luis Correa: *Terra patrum*²⁵; Mariano Picón Salas: *Estudios de literatura venezolana*²⁶; Eduardo Carreño: *Vida anecdótica de venezolanos*²⁷; Eloy G. González: “Informe sobre el periodismo en Venezuela”²⁸; Santos Erminy Arismendi: “La imprenta y el periodismo en Carúpano”²⁹; Roberto Lovera De Sola: *Bibliografía de la crítica literaria venezolana (1847-1977)*³⁰; Angel Rosenblat: *Estudios sobre el habla de Venezuela. Buenas y malas palabras*³¹; Nikita Harwich Vallenilla: “La génesis de un imaginario colectivo: la enseñanza de la Historia de Venezuela en el siglo XIX”³²; Rodolfo Ochoa: *La enseñanza de la historia de Venezuela en la primera mitad del siglo XIX*³³.

Igualmente, Peoli aparece referido en: Lubio Cardozo y Juan Pinto: *Seudonimia literaria venezolana. (Con un apéndice de José E. Machado sobre seudónimos de escritores y políticos venezolanos)*³⁴; José Eustaquio Machado: “Listas de seudónimos



y anónimos en la Literatura y en la política venezolanas³⁵; Fernando Paz Castillo: *Reflexiones de atardecer*³⁶; *Ensayo de un repertorio bibliográfico venezolano (años 1808-1950)* (Compilación de Ángel Raúl Villasana)³⁷; Julio Planchart: *Temas críticos*³⁸; Luis Beltrán Guerrero: *Perpetua heredad*³⁹; Enrique Bernardo Nuñez: *Escritores venezolanos*⁴⁰; Rafael Ramón Castellanos: *Historia del seudónimo en Venezuela*⁴¹; Mirla Alcibíades: “Literatura, política y humor en las publicaciones periódicas venezolanas del siglo XIX”⁴²; y *Ensayos y polémicas literarias venezolanas 1830-1869*⁴³; Ángel Gustavo Infante: *Primeros momentos del pasado crítico*⁴⁴; Carlos Viso C.: “El primer faro del Puerto de Carúpano”⁴⁵; Emad Aboasi El Nimer: *La primavera en la sombra del cadalso. Cotidianidad y poesía durante la Guerra Federal*⁴⁶; “La crítica literaria durante la Guerra Federal venezolana (1858-1863)”⁴⁷; y en *Ideas y letras durante la Guerra Federal*⁴⁸; “Proliferan periódicos de corte literario en Venezuela”, publicado en el rotativo *Independencia. 1857, Año Bicentenario*⁴⁹. Finalmente, Pedro D. Correa: *La patria pícaro. Estudio sobre la prensa jocosidad venezolana en el siglo XIX*⁵⁰.

Buena parte de los artículos de crítica literaria de Peoli, así como los textos de autores que le respondieron a sus cuestionamientos —en prosa o en versos— quedaron diseminados en la prensa caraqueña de las décadas 50 y 60 decimonónicas, básicamente en: *El Heraldo*, *El Foro*, *El Jején*, *El Pica-y-Juye*, *El Artista*, *El Porvenir*, *El Federalista* y *La Opinión Nacional*; incluso, en *El Centinela* y *El Nacional* de Carúpano. Sobre la base de las fuentes mencionadas —que en su debido momento aparecerán reflejadas en este libro— presentaremos la vida y obra de Alejandro Peoli Mancebo. A partir de allí, ofreceremos matices sobre el discurrir social e intelectual caraqueño de la segunda mitad del siglo XIX, en específico, de 1850 a 1866, porque durante esos años se escribieron y publicaron los textos analizados.



NOTAS

37

- 1 Rojas Hermanos, Editores - Jouby et Roger, éditeurs. Caracas – París, 1875.
- 2 Sobre esto ahondaremos en el capítulo 3.
- 3 Librería Española de E. Denné Schmitz, comisionista para España y América. París, 1877, Tomo II. El título completo de esta obra es: *Venezuela pintoresca e ilustrada. Relación histórica (desde el Descubrimiento de la América hasta 1870), geográfica, estadística, comercial é industrial; usos, costumbres y literatura nacional. Ilustrada con numerosos grabados y cartas geográficas.*
- 4 Presidencia de la República, Fuentes para la historia de la literatura venezolana. Caracas, 1973.
- 5 En el capítulo 18 desarrollaremos este tópico de manera amplia.
- 6 Imprenta de “El Correo de Caracas”. Caracas, 1891.
- 7 En: *El Cojo Ilustrado*. Año III, Número 69. Caracas, 1 de noviembre de 1894. Luego fue reeditado con el título: “Escritores venezolanos por el General Manuel Landaeta Rosales”. *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes*. Tipografía El Cojo, I Parte. Tipografía Moderna, II Parte. Caracas, 1895.
- 8 Manuel Landaeta Rosales. “Escritores venezolanos”. *Op. Cit.*, pág. 452.
- 9 Hijos de J. Espasa, Editores. Barcelona-España, 1907, Tomo XLIII (PEL-PESZ), pág. 457. En dicha Enciclopedia, siete venezolanos participaron en la redacción sobre temas y autores nacionales, éstos son: Rafael Bolívar Coronado, Francisco González Guinán, Juan F. Pestico, Gonzalo Picón Febres, Alfredo Sanjinés, Alberto Urbaneja y N. Navarrete. *Vid:* Rafael Ramón Castellanos. *Un hombre con más de seiscientos nombres. (Rafael Bolívar Coronado)*. Talleres Italgráfica. Caracas, 1993, pág. 157. De estos intelectuales, consideramos que el encargado en redactar la biografía de Peoli, fue Gonzalo Picón Febres, debido a su dedicación al estudio de la literatura venezolana decimonónica.



- 10 Editorial venezolana – Consejo de Fomento – Consejo de Publicaciones ULA. Mérida-Venezuela, 1987, Tomo II.
- 11 Llama la atención que en la edición de 2013, coordinada por Víctor Bravo, la biografía de Alejandro Peoli fue excluida, a pesar de que en la introducción de la obra se expresa:

La presente versión del *Diccionario general de la literatura venezolana* es continuación, profundización y actualización (...) (del anterior, referido a autores) que el Instituto de Investigaciones Literarias Gonzalo Picón Febres, bajo la coordinación del Profesor Lubio Cardozo, presentara ante la comunidad académica, cultural y literaria del país en 1974. (...) Han pasado más de treinta años de su edición fundamental y se hizo necesaria la elaboración de un proyecto que, partiendo de los parámetros e instrumentos de investigación actuales, revisara aquella primera edición, reformulara críticamente sus primeros objetivos y propusiera una versión contemporánea, ajustada a las exigencias actuales. (*Diccionario general de la literatura venezolana*. Monte Ávila Editores Latinoamericana. Caracas, 2013, pág. 9)

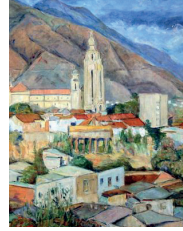
Desconocemos cuáles fueron los parámetros y razones críticas, que privaron para la exclusión de la biografía de Peoli. Por otro lado, en el *Diccionario de Historia de Venezuela*, aún no ha sido incluido el nombre de este intelectual.
- 12 Universidad Católica del Táchira. Editorial Arte. Caracas, 1982.
- 13 Impresos Minipres. Caracas, 2006, Tomo II, págs. 599-600. (2da. Edición corregida y aumentada). En la tercera edición se mantuvo la misma información. Los autores modificaron el título del libro, quedando el siguiente: *Diccionario de escritores venezolanos*. Americana de Reaseguros – Universidad Católica Andrés Bello. Caracas, 2012, Tomo II (L-Z), pág. 308.
- 14 En: *Edición facsimilar de la revista literaria (1865)*. Tipografía Vargas. Caracas, 1956.
- 15 *El Monitor*, Número 40. Caracas, 17 de septiembre de 1881, pág. 1.
- 16 Tipografía Universal. Caracas, 1897.
- 17 En: *Primer libro venezolano de Literatura*,...
- 18 Vale traer a colación que Sales de Pérez y Peoli se conocieron, y probablemente, se trataron. Esto se colige de la nota de prensa



- aparecida en *El Federalista*, el 14 de diciembre de 1866, informando que ese día, en horas de la tarde, en el mismo coche, viajaron de Caracas a La Guaira: “Francisco de Sales Pérez y señora, Alejandro Peoli, F. Muller, Félix Herrera, Frittiche”. “Pasajeros por los coches de Carácas á La Guaira”. *El Federalista*. Año IV, Mes V, Número 1003. Caracas, 14 de diciembre de 1866, pág. 1.
- 19 En: http://webdelprofesor.ula.ve/humanidades/alconber/enlaces/ensayos/francisco_perez_ensayo/francisco_de_sales_perez.pdf Francisco de Sales Pérez, se limitó a decir que Alejandro Peoli, junto con Tomás Lander, Pedro José Hernández, Rafael Agostini y José María Reina, ilustraron el periodismo político en diferentes épocas, con producciones de primer orden. (pág. 8).
 - 20 Tipografía de Julio S. Machado. Ciudad Bolívar, 1899, pág. 10. El autor, pese a cuestionar varias partes del texto en conjunto, así como la inclusión de unos bardos y la exclusión de otros, reconoce a Peoli como poeta, y no lo refuta.
 - 21 Lit. y Tip. Casa de Especialidades. Caracas, 1930, Tomo II.
 - 22 Editorial Ayacucho. Buenos Aires, 1947.
 - 23 Ministerio de Educación. Dirección de Cultura y Bellas Artes. Caracas, 1954, Volumen III.
 - 24 *Crítica, visiones y diálogos*. Fundación Biblioteca Ayacucho, Ministerio del Poder Popular para la Cultura. Caracas, 2006, Colección Clásica, Número 236, pág. 122.
 - 25 Monte Ávila Editores. Biblioteca Popular El Dorado. Caracas, 1972, Tomo I, págs. 145-146.
 - 26 Ediciones Edime. Caracas – Madrid, 1961.
 - 27 Concejo Municipal del Distrito Federal. Caracas, 1974.
 - 28 En: *Primer libro venezolano de Literatura...* págs. CXI-II-CXXIII. Y, en: Pedro Grases (compilador). *Materiales para la Historia del periodismo en Venezuela durante el siglo XIX*. Ediciones de la Escuela de Periodismo de la Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1950, págs. 7-46.
 - 29 En: Pedro Grases (compilador). *Op. Cit.*, págs. 451-458.



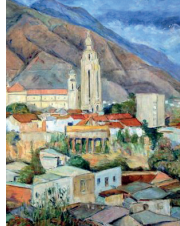
- 30 Instituto Autónomo Biblioteca Nacional y de Servicios de Bibliotecas. Caracas, 1982. Solo se refiere al libro *Artículos literarios* de Peoli, destacando que: “Incluye trabajos sobre Abigaíl Lozano y Domingo Ramón Hernández”. (pág. 258).
- 31 Monte Ávila Editores. Caracas, 1989, Tomo II.
- 32 *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. Tomo LXXI, Número 282. Caracas, abril-junio de 1988, págs. 349-387. Sobre el tema de los manuales de historia de Venezuela del siglo XIX, hay autores que, siguiendo la idea de Harwich, han hecho referencia a Peoli en sus trabajos, por ejemplo: Alex Tamara. “Textos y manuales escolares como mediación simbólica: Salvador Brau y Paul Miller, y el discurso de la enseñanza de la Historia de Puerto Rico en las tres primeras décadas del siglo XX”. *Historia Caribe*. Universidad del Atlántico. Barranquilla - Colombia. Número 11, 2006, págs. 43-72. Disponible en: <http://www.redalyc.org/pdf/937/93701104.pdf>. Consultado el 06 de mayo de 2014; Hora: 9:24 p.m.
- 33 Universidad Pedagógica Experimental Libertador – Instituto Pedagógico “Rafael Alberto Escobar Lara”, Subdirección de Investigación y Postgrado. Maracay, 2014.
- 34 Centro de Investigaciones Literarias, Universidad de Los Andes, Facultad de Humanidades y Educación, Escuela de Letras, Mérida-Venezuela, 1974. Serie Bibliográfica 6.
- 35 Apéndice en: *Ibidem*, págs. 111 y 112.
- 36 Ediciones del Ministerio de Educación. Biblioteca Venezolana de Cultura. Departamento de Publicaciones. Caracas, 1964, Volumen I.
- 37 Banco Central de Venezuela. Talleres de Artegrafía. Caracas, 1976, Tomo V (M-P). Colección Cuatricentenario de Caracas, págs. 446-447.
- 38 Presidencia de la República. Italgráfica. Caracas, 1972. Fuentes para la Historia de la Literatura venezolana, Número 3.
- 39 Biblioteca Venezolana de Cultura. Ediciones del Ministerio de Educación. Caracas, 1965.
- 40 Universidad de Los Andes, Ediciones del Rectorado. Mérida – Venezuela, 1974.



- 41 Ediciones Centauro. Caracas, 1981, Volumen I.
- 42 En: *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*. (Compiladores: Beatriz González Stephan, et. al). Monte Ávila Editores Latinoamericana – Equinoccio - Ediciones de la Universidad Simón Bolívar. Caracas, 1995.
- 43 Casa Nacional de las Letras Andrés Bello. Caracas, 2007. En este libro, Mirla Alcibiades compila un artículo de crítica literaria de Peoli, titulado “El adiós y el rosal”, firmado con el seudónimo El Ingenuo; también incluye el artículo “El Ingenuo y su crítica” de José Antonio Calcaño, en el que éste le responde a Peoli por los cuestionamientos que le hizo al poema: “A Mateo Vallenilla, Comandante del batallón Convención, muerto en el campo de batalla”.
- 44 Fondo Editorial de Humanidades y Educación. Universidad Central de Venezuela. Caracas, 2002.
- 45 En: *Diario de Sucre*, 30 de diciembre de 2007. Disponible en: <http://www.ahces.net/proyectos/noescuento/07-12-30.html> Consultado el 07 de febrero de 2013. Hora: 5:59 p.m
- 46 Mérida, 1998. Memoria de Grado para optar al Título de Licenciado en Historia. (Mimeografiada). Disponible en la Biblioteca de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes, Mérida - Venezuela.
- 47 En: *Op. Cit.*, págs. 287-300.
- 48 Vicerrectorado Administrativo de la Universidad de Los Andes. Mérida – Venezuela, 2011.
- 49 Año 47, Número 47. Caracas, 1857. Comisión Presidencial para la Conmemoración del Bicentenario de la Independencia de la República Bolivariana de Venezuela.
- 50 Academia Nacional de la Historia. Caracas, 2013. Colección Libro Breve, Número 254.

UN REPASO A LA VIDA DE ALEJANDRO PEOLI





NACIMIENTO, INFANCIA Y FAMILIA

José María de Rojas señaló como fecha de nacimiento de Alejandro Peoli Mancebo¹, el 6 de octubre de 1830². Este dato es erróneo, puesto que en el *Libro de Bautismo de la Parroquia San Sebastián de Maiquetía, correspondiente a los años 1821-1923*, consta que Alejandro, hijo legítimo de Juan Jorge Peoli³ y de María del Socorro Mancebo⁴, vecinos de Maiquetía, nació en dicha parroquia el 6 de septiembre de 1828; y un mes después, el 6 de octubre, fue bautizado por el cura Doctor Joseph Ramón Hernández. Sus padrinos fueron dos vecinos de Caracas: Teresa Mancebo, de quien no hallamos datos biográficos; y el Doctor José Ángel Álamo⁵ (1774-1831), destacado dirigente civil de la gesta emancipadora, en cuya casa “(...) se reunieron los conjurados la noche que precedió el 19 de abril”⁶ de 1810; es firmante del Acta de Independencia, Diputado por Barquisimeto en el Congreso de 1811, redactor y firmante de la Constitución de 1811.

En 1828, año en que nace Alejandro, Álamo residía en Caracas, era Jefe Político Municipal de dicha ciudad y bajo su responsabilidad estaba la dirección de la Alta Policía⁷. Este hombre, tan importante de la política de ese momento, fue su padrino de bautismo, porque se trataba nada más y nada menos que, del nacimiento de un niño “(...) descendiente de una familia opulenta⁸, (...) con una prosperidad en la activi-



dad comercial”⁹, cuyos padres habían participado y cooperado con la causa libertaria cubana, y tenían amistad manifiesta con el Libertador, quien a su vez, era amigo de Álamo.

El apellido Peoli, originariamente Paoli, es de origen corso. El cambio de la letra “a” por la “e” ocurrió en Inglaterra en 1807. La historia es la siguiente: entre 1768 y 1769, los hermanos Pasquale y César Paoli, participaron en las actividades revolucionarias contra genoveses y franceses por la emancipación de Córcega. En ese último año, fueron vencidos, por lo que se fugaron a Londres. En esa ciudad se relacionaron con lo más selecto de la intelectualidad y la aristocracia inglesa de las tres últimas décadas del siglo XVIII, llegando incluso a tener contacto directo con el Rey Jorge III de Inglaterra, quien consideró a Pasquale como “uno de sus mejores amigos”. Al morir éste, en 1807, mandó a poner en la Abadía de Westminster, donde solo se entierra a los nobles, una placa de mármol que decía: “*To Pasquale Peoli his friend George III*”¹⁰. (A Pasquale Peoli de su amigo Jorge III). Así fue como se modificó el patronímico de la familia de Paoli en Peoli¹¹, forma en que llegó a América, a través de César, quien ansioso por continuar “(...) con sus actividades revolucionarias se mudó a Venezuela¹², donde se empezaba a luchar por la independencia de este continente”¹³.

La historiografía revisada no registra el nombre de la primera descendencia de César Peoli en Venezuela, más sí de la segunda¹⁴. Habla de su nieto, Juan Jorge¹⁵, quien se casó con María del Socorro Mancebo. Tuvieron seis hijos: María Socorro, que nació en La Habana, (desconocemos fecha de nacimiento y muerte), y se casó con el puertorriqueño Carlos Miyares y Egui¹⁶; Juan Jorge, nació en New York el 1 de enero de 1825, se casó en Cuba con Antonia Alfonso y Madan el 10 de julio de 1855 y falleció en dicha isla, el 8 de julio de 1893;



Nieves, nació en Cojimar (Cuba) en 1826, se casó con el venezolano Luis Alejandro Baralt Celis en 1847, y murió en Santiago de Cuba, el 5 de enero de 1866; Jorge, nació en Caracas en 1832, se casó con la señorita Rodríguez Crespo (desconocemos el nombre y las fechas de su boda y de su muerte); Gonzalo, nació en 1835, se casó con Teresa Caraballo, murió en 1871, (no hallamos datos sobre su lugar de nacimiento, la fecha y lugar de su matrimonio, ni el sitio de su deceso)¹⁷. Y Alejandro, ya lo identificamos a inicios de este subtítulo.

El padre de Peoli Mancebo tuvo un rol importante en la gesta emancipadora cubana. Con el dinero proveniente de su actividad comercial, en 1823, sufragó la compra de armamentos para la “Conspiración de Soles y Rayos de Bolívar” en la isla antillana, y él “(...) era almirante nombrado en aquel plan, (...)”¹⁸. Desde allí, junto con su esposa, mantuvo intercambio de correspondencia con el Libertador —mediante la cual propagaba las ideas bolivarianas en Cuba—¹⁹, debido a que “La posición (...) (de Bolívar), al alcanzar la unidad continental en la lucha contra el colonialismo español y la construcción de una nueva América hispana, representó una opción atractiva para los revolucionarios”²⁰. En 1824, los insurrectos fueron derrotados y apresados. Unos, condenados a extrañamiento; otros, multados. Durante el proceso judicial, algunos murieron, otros se escaparon. Entre estos últimos, Juan Jorge logró huir del Convento de Belén disfrazado de fraile y se embarcó rumbo a Norteamérica²¹. Su estadía en dicha nación le permitió seguir promoviendo la independencia de Cuba, financiando algunos pertrechos²². Luego, viajó a Venezuela. Presumimos que haya sido entre 1827 y 1828.

Con respecto a la madre de Alejandro, es oportuno destacar que ella guardaba lazos familiares con Inés Mancebo de Miyares, quien desde el último tercio dieciochesco, residió en



la Provincia de Venezuela, “(...) cerca de la esquina de San Jacinto, en la casa (...) N° 15 de la calle Este 2³. A la vuelta y en la calle Sur 1 vivía el Coronel Don Juan Vicente de Bolívar, casado con la señora Concepción (...) Palacios (y Blanco)”²⁴. Según cuenta Arístides Rojas, Inés y Concepción eran “amigas íntimas, habían de verse diariamente, pues entre ellas existían atracciones que sostenían el cariño y la más fina cortesía”²⁵.

Doña María Concepción Palacios y Blanco de Bolívar, unos días antes de parir se enfermó gravemente de tuberculosis. Los médicos de cabecera le señalaron que después de nacido su hijo no debía amamantarlo. Le aconsejaron que se buscara una madre sustituta que lo hiciera. Razón por la cual, recurrió a su amiga Inés, quien también tenía un niño recién nacido, y “(...) le pidió (...) que la acompañara y *le hiciera las entrañas*²⁶ al párvulo que viniera al mundo”²⁷. Cuando nació Simón Bolívar, el 24 de julio de 1783, Inés, obedeciendo a su instinto materno, le ofreció la primera leche de sus pechos al niño que, unas décadas más tarde, se convertiría en el Libertador de varias naciones suramericanas. Fue su nodriza durante varias semanas²⁸, hasta cuando la negra Hipólita, se hizo de sus cuidados²⁹.

Alejandro vivió parte de su niñez y adolescencia en San Sebastián de Maiquetía, para entonces, parroquia del Cantón La Guaira³⁰, cuya zona portuaria era la primordial de toda la costa de Caracas, por el gran vaivén mercantil³¹. A sus aguas arribaban las embarcaciones con mercaderías demandadas por el colectivo, cuya necesidad de consumo movía el mercado interno. Entre los disímiles artículos domésticos llegaban libros de literatura en variados idiomas (básicamente en castellano, francés, alemán, inglés, italiano y latín) que se vendían en las librerías y tiendas de la época. Tales textos, posiblemente, junto con obras de los venezolanos (Andrés Bello y Rafael



María Baralt), hayan despertado en Alejandro, la curiosidad, el entusiasmo, el amor y la disciplina por el mundo de las letras, trayéndole como consecuencia su apego a la gramática y su obsesiva exigencia en el correcto uso del lenguaje escrito, al que defendió acérrimamente en su etapa adulta, al dedicarse al oficio de crítico literario, el cual lo catapultó a la posteridad.

HIMENEO

Sobre este tema, permítasenos resaltar la ironía que le jugó la vida a Alejandro Peoli Mancebo. En sus escenas costumbristas, vertió duras críticas contra el casamiento. Lo cuestionó rudamente y hasta se mofó de quienes daban ese paso en la vida, porque, según él, muchos interesados lo hacían como mecanismo para el ascenso social, como fachada para ocultar la conducta libertina, o simplemente, para evitar el menosprecio social por medrar en la soltería:

(...) la sociedad rechaza el matrimonio del pobre, y que para aceptarlo es indispensable que los novios lleven el manto del oro, aunque ese manto sea adquirido á precio de la deshonra. De todas maneras, ó la mujer es mala y le acarrea al hombre chascos horribles, y entónces la sociedad le señala á él con el dedo de la ignominia; ó la mujer es buena, y esa misma sociedad la desprecia porque no viene vestida á la moda, es decir, con el traje de la infamia³².

No solo consideraba la boda como un convencionalismo social para gente acaudalada, sino más bien, sostenía que su consumación no evitaba a los cónyuges probar los amargos desafueros que, por natura, formaban parte de la esencia misma del enlace nupcial. Por ende, mientras estuvo soltero³³, con una mezcla de sentimientos: quejumbroso, melancólico e irónico, hizo alarde de su estado civil, con exaltados términos misóginos, como en las líneas que veremos a continuación:



De todos los disparates que cometemos en la vida, solo he podido librar-me de uno, del matrimonio, gracias á Dios y á las mismas mujeres que, semejantes á esos muñecos que ponen los cultivadores en sus sementeras para ahuyentar á los pájaros, se nos presentan en el mundo vestidas con tanta seda y tanto oro que nos asustan; y concluiremos por huir de ellas como los pájaros, para ocultarnos en los bosques. Las aves espantadas pierden el grano, que comerán en otra parte con sosiego; pero nosotros perdemos las mujeres que pudieran hacernos felices con otras costumbres, para no encontrarlas en parte alguna, porque siempre las vemos pidiendo oro, que es su único deseo; y como quiera que el metal precioso anda escaso en la tierra como el honor, tendremos que vendernos para comprar esposas que tal vez otro pagará mas caras; y al fin perderemos la libertad y perderemos tambien la mercancía. Aunque soi soltero, paso algunos dias tan fatales, que llego á figurarme que soi casado, tales son las pérdidas que sufro, la desconfianza que me aflige y el mal humor que me atormenta³⁴. (Cursivas nuestras).

Pese a las anteriores tormentas de palabras contra el sacramento nupcial, en algún momento lo vio con buenos ojos, al presenciar una noche en un templo a “dos novios frente á un altar, (...) (que) se unian para siempre con el santo vínculo del matrimonio”³⁵. Consideró que ese era el camino de la vida, pues permitía a los contrayentes, con corazones colmados de amor y simpatía, “(...) consolarse en la adversidad y gozar en la próspera suerte”³⁶.

En otro de sus escritos, curiosamente asomó ideas que echaban por tierra su escepticismo hacia el himeneo, para, en un santiamén, arrojarse al ruedo de vivir en pareja con todas las de la ley. Claro está, porque concebía que para los menesteres del hogar, la mujer era muy útil. Evidentemente, su sarcasmo siempre estuvo por delante:

Pude llegar á mi casa como llega el hombre á la tumba, después de mil incomodidades, angustias y desgracias. Encontré la comida fría, y no pude ménos que exclamar con rabia: me hace falta una mujer



para no sufrir tanto! La comida fría, los muebles desordenados... me caso pronto!³⁷.

51

Finalmente, admitió la necesidad de matrimoniarse a cualquier precio, porque –según él– nada como esa institución, fuese fingida o no, prometía mayor felicidad a un ser humano:

Quisiera vivir de ilusiones para tener amigos, casarme pronto, creer en la gloria y esperar la felicidad en la tierra. A lo ménos me lanzaria en el mundo como vuelan muchos al altar de Himeneo, cerrados los ojos, pero con el recuerdo de un pasado encantador y con la esperanza de un porvenir venturoso, aunque esa esperanza y ese recuerdo no sean mas que apariencias. Porque el novio que, después de algun tiempo de amores, se casa con una mala mujer sin haberla conocido, y el hombre que vive en sociedad ignorando los misterios que ella encierra, aunque se mantienen de apariencias, son felices, puesto que nunca se desengañan³⁸.

Pareciera que la anterior idea fue una sentencia para sí mismo. Pues, cuando tuvo la oportunidad de alejar la soltería de su vida –de la que se vanagloriaba tiempo atrás– no lo pensó dos veces. Hizo a un lado la presunta misogamia vertida en sus textos, para probar las mieles del maridaje e incluirse en la lista de los hombres casados, que otrora fueron su objeto de burla. La mano que en el ayer trazó descripciones contradictorias contra el himeneo –a ratos pesimista, y otros, optimista– no le titubeó para suscribir su acta de matrimonio. El 8 de junio de 1862, a la edad de 33 años, contrajo nupcias en la Santa Iglesia Catedral de Caracas, con Josefa María Sucre Sucre, hija legítima de Luis Sucre Sucre y Ana Estefanía Sucre Márquez. El Cura decano, Doctor Martin Tamayo, realizó la exploración de voluntades y revisó las tres dispensas legales, otorgadas por el Gobernador del Arzobispado, Ilustrísimo Señor Doctor Mariano Fernandes Festigne Antione, Obispo de Guayana. Ese mismo día, en acto continuo, el Señor Magistral Doctor



José Manuel Mendosa³⁹, le dio las bendiciones a los contrayentes; quienes, tal como exigía el ritual romano, confesaron y comulgaron. Fueron testigos en ambos actos Luis Sucre e Ysabel Mancebo⁴⁰.

Alejandro y Josefa, tuvieron un hijo llamado Jorge Antonio, nacido en Santa Ana de Carúpano el 23 de abril de 1863. Fue bautizado seis semanas después, el 8 de junio, por el cura Manuel M. Loaiza de la Iglesia de dicha comunidad. Fueron sus padrinos Juan Giamarchi y Celestina Castillo⁴¹.

ACTIVIDAD LITERARIA CON SEUDÓNIMOS

Alejandro Peoli Mancebo, fue poeta, crítico literario, lexicógrafo, periodista, articulista, ensayista, escritor de escenas costumbristas, director y redactor de periódicos, administrador de la Aduana Marítima de Carúpano, “historiador”⁴² y docente universitario. Cursó sus estudios superiores en la antaño Universidad de Caracas, hoy Universidad Central de Venezuela, en la que luego impartió las asignaturas de Literatura y Gramática castellana⁴³. Fundó y dirigió los rotativos caraqueños *El Artista*⁴⁴ (1853)⁴⁵, *El Jején*⁴⁶ (1854)⁴⁷ y *El Pica-y-Juye* (1858)⁴⁸. Al mismo tiempo, “(...) colaboró en (...) *El Mosaico*, *El Heraldo*, y redactó (...) *Las Avispas* y *El Diluvio*⁴⁹, este último leccionario y órgano del alcantarismo”⁵⁰. En Carúpano estuvo bajo su responsabilidad *El Nacional* (1862)⁵¹:

(...) cuyo primer número circuló el 6 de diciembre de ese año. No aparecía en sus columnas el nombre del Redactor; pero se sabía que lo dirigían Alejandro Peoli, de fácil y amena pluma, y A. Martínez Mata, hermano del bachiller José Jesús Martínez Mata. Solo duró seis meses ese órgano del pensamiento que servía con honradez los intereses políticos del Gobierno⁵².



También, fue articulista en los periódicos capitalinos: *El Foro*, *El Porvenir*, *El Federalista*, *Museo Venezolano*⁵³ y *La Opinión Nacional* entre las décadas de los 50, 60 y 70 del siglo XIX. En *El Heraldo* trabajó como corrector de pruebas⁵⁴. Publicó textos en el rotativo *El Redactor de Santiago*, mientras estuvo residenciado en la Isla de Cuba⁵⁵. Sus artículos de prensa tratan sobre costumbrismo y crítica literaria. Ejerció el oficio de la escritura con destreza y despiadada mordacidad, bajo los seudónimos: Arturo⁵⁶, Tuqueque y Puyón⁵⁷, El frenólogo⁵⁸, El Ingenuo⁵⁹ y Don Pálido Reposo⁶⁰.

Arturo fue el primer alias que usó para refrendar artículos de crítica literaria y de costumbres⁶¹. De los primeros, hallamos uno con este seudónimo: “Poesías del Señor Domingo Ramón Hernández”, publicado en la revista *mosaico* en 1854⁶². Mientras que de los últimos, encontramos los que están incluidos en su libro *Artículos Literarios*. Éstos —en su mayoría— estaban estructurados en forma de diálogos entre él (Arturo) y un sirviente de nombre Braulio, con quien intercambiaba ideas sobre política, literatura, hábitos y comportamientos de la sociedad caraqueña decimonónica⁶³. Debido a la marcada influencia de Mariano José de Larra⁶⁴ en Peoli, es probable que éste haya tomado el nombre Braulio de un artículo de Larra titulado “El castellano viejo”⁶⁵, como una forma de hacer alusión al estilo de dicho autor, mediante un lenguaje cifrado.

En el periódico *El Jején* (1854), que estaba bajo su responsabilidad, “(...) aparecían como redactor-jefe, ‘Tuqueque’ y, como secretario, ‘Puyón’”⁶⁶. (Dos de sus seudónimos). Dicho rotativo se titulaba “(...) ‘joco-serio-satírico-puyoso, trabajoso-ampuloso y tormentoso’, y traía como lema: ‘El hombre que no roba en este país se lo lleva el diablo’, ¡frase que adjudicaban a Platón!”⁶⁷. Aunque, más bien, parece un



parfraseo mordaz de la máxima: “la propiedad es un robo”, del socialista utópico francés Pierre Joseph Proudhon.

Su seudónimo El frenólogo lo utilizó en el artículo “Fisiología de la corbata”, aparecido en *El Heraldo* el 18 junio de 1859⁶⁸, y luego fue reeditado en su libro *Artículos literarios* (1865). Con este alias quería dar a entender, a los lectores de la prensa, que él era un especialista en la teoría psicológica que intentaba estudiar el carácter y las funciones del intelecto nacional, a partir de la conformación externa del cráneo. Así mismo lo reconoció, al expresar:

Hai signos exteriores que revelan claramente el carácter y las pasiones del hombre: en esto se funda la frenología que trata de conocer por la estructura del cráneo y por las actitudes del cuerpo humano, todas nuestras pasiones y facultades intelectuales⁶⁹.

Según Julio Calcaño, el seudónimo El Ingenuo, en principio, fue usado por Sabá Rodríguez y Maya⁷⁰ en el periódico *El Heraldo*, quien dejó de emplearlo después de haber oído las observaciones de su maestro, Juan Vicente González. Arrepentido, exigió el más absoluto silencio al hijo de éste, Jorge González Rodil⁷¹, encargado de dicho periódico, y a Alejandro Peoli, corrector de pruebas, “(...) pues solo había querido escribir un ensayo”⁷². Luego de la muerte de Rodríguez Maya ocurrida en Carúpano, Peoli adoptó el alias El Ingenuo⁷³ para rubricar sus artículos de crítica literaria. Lo usó por primera vez en *El Heraldo*, el 2 de noviembre de 1859, en un artículo costumbrista titulado “Los tenderos y las tiendas”⁷⁴, para cuestionar a los vendedores que se apostaban en los espacios públicos de la Caracas de entonces. Catorce días después, comenzó a utilizarlo en materia de crítica literaria y lo inauguró contra el trabajo poético de Abigaíl Lozano, con quien estaba molesto por ciertos ataques que éste le había hecho⁷⁵. Lo siguió usando en temas de discusiones literarias y para seguir vapuleando a



varios escritores de la época⁷⁶. Seis años más tarde, se corrió el velo y se dio a conocer el nombre de pila de quien se escudaba detrás del seudónimo El Ingenuo. Eso ocurrió el 3 de noviembre de 1865, cuando el rotativo caraqueño *El Federalista*, en la sección Literatura, publicó la primera parte del texto: “Continúa El Adios y el Rosal”, precedido de una esquila reveladora sobre el autor⁷⁷, bajo el tenor siguiente:

LITERATURA

Amigos del señor Abigaíl Lozano, si accedimos a publicar en nuestro diario la siguiente crítica de algunas composiciones poéticas de ese celebrado vate venezolano es en fuerza de la imparcialidad que caracteriza nuestra marcha periodística. Además, también somos amigos de *Ingénuo*, quien, y de paso sea dicho, es el señor Alejandro Peoli; para cuya revelación se ha servido autorizarnos.

Por lo demás, y hasta innecesario parece decirlo, el señor Lozano tiene á su disposición las columnas de “El Federalista” para contestar al señor Peoli, (lo mismo que para cualquier otro fin) caso de que lo estime conveniente⁷⁸.

El alias Don Pálido Reposo lo empleó en seis números consecutivos del periódico caraqueño *El Porvenir*, desde el 7 hasta el 14 de febrero de 1866, para satirizar la Meseniana⁷⁹ a la muerte de Fermín Toro, y a su autor, Juan Vicente González⁸⁰. Este seudónimo mal intencionado, lo extrajo, en tono de burla, del último párrafo del texto elegíaco que textualmente dice:

Antes del día supremo, habias ido á buscar en medio de la naturaleza la armonía y el amor que no hallaste en los hombres. Viviste en los campos, oyendo el soplo de los vientos, atento al variado color de las trémulas hojas, poniendo el oído al religioso murmullo de los bosques agitados. *Y cuando viste á lo léjos las confusas sombras, mensajeras del pálido reposo*, contemplaste el mundo, como una flor fresca, y te reclinaste en su seno, sonreído. ¡Los cielos te coronan !!!⁸¹. (Cursivas nuestras).



A Peoli le pareció que la frase “pálido reposo” era espeluznante para describir un cuerpo yerto. Sin embargo, González cuestionó severamente tal apreciación en su artículo de crítica literaria, en estos términos:

Nada hemos leído más *pálido* que este pensamiento: un *pálido reposo* puede ser trasladado al lienzo por cualquier pintor sin necesidad de emplear colores. Podemos decir plácido, humilde (*¡humilde reposo!*) agradable reposo. Por medio de la personificación, los poetas han atribuido la palidez á la muerte, como Horacio en aquellos versos, que no por ser tan conocidos, pierden nunca su filosófica grandeza:

*Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas,
Regumque turre...*⁸²
(...)

(...) no quiere este Ilota que se diga el *pálido reposo*, y la expresion es del elocuente Tertuliano: *pallidum silentium et æternitatis mare*⁸³. Se lee en el Apocalipsis, *equus pallidus mortis*⁸⁴ á que alude Víctor Hugo en su *Le Cheval*,

Il traverse l'Apocalypse;
Pâle⁸⁵ ...⁸⁶.

LABORES GUBERNAMENTALES Y POSTURA PAECISTA

El autor en estudio, ejerció distintos cargos públicos⁸⁷, entre ellos, el de Administrador de la Aduana Marítima de Carúpano desde 1861⁸⁸, logrando la construcción del primer faro del puerto de Carúpano⁸⁹. Carlos Viso señala que, días antes a la fecha de culminación e inauguración del faro (17 de enero de 1863) la prensa carupanera y la caraqueña, le dedicaron elogios a Alejandro Peoli, a quien calificaron de “Individuo de espíritu civilizador”⁹⁰.

El 18 de septiembre de 1862, junto a otros connotados de la época (Andrés Eloy Meaño, Gobernador; José Jesús Mar-



tínez Mata, Juez de Provincia, etc.), aparece firmando el Acta de pronunciamiento “El pueblo de Carúpano a la República con motivo del motín militar de Maracaibo”, para apoyar a la dictadura de José Antonio Páez. En dicho documento se le expresa al Gobierno:

(...) obediencia, cooperación y firme ayuda; y he aquí también por qué, llenos de la mayor y más justa indignación, protestamos solemnemente contra el motín militar habido en la ciudad de Maracaibo el día 20 de agosto último. Dispuestos como estamos a combatir la anarquía con el mismo interés y la misma perseverancia que hemos desplegado en contra de los *Titulados federalistas*, no podemos prescindir de hacer la presente exposición, la cual probará a los venezolanos todos que nuestros principios políticos de hoy no difieren en nada de los consignados en el acta de pronunciamiento que celebró el pueblo de Carúpano el año próximo pasado, proclamando a S.E. el Ciudadano Esclarecido Jefe Supremo de la República⁹¹.

La cita anterior nos devela la postura política de Peoli quien, atendiendo a su cargo de funcionario público, rechazó cualquier acto contra el gobierno conservador del “Ciudadano Esclarecido”, del cual formaba parte, dando visos de su perfil institucionalista. Durante los años 1862 y 1863, integró la logia masónica “Virtud Premiada” que fue instalada en Carúpano, el 27 de diciembre de 1857⁹². Esto demuestra su carácter polifacético.

El 10 de febrero de 1863, junto con José María Molinar, formó parte de la Comisión que tuvo como objetivo poner en manos del entonces Presidente de la República, General José Antonio Páez, un comunicado de congratulación remitido por J. N. Salazar Manterola, Presidente del Concejo Municipal de Carúpano, mediante el cual éste le manifestaba a Páez su satisfacción por su llegada a la Isla de Margarita, felicitándole, por sí y a nombre del pueblo carupanero, por la pacificación que



había emprendido en el país luego del lustro sangriento vivido durante la Guerra Federal:

Al Ciudadano Esclarecido de Venezuela, Benémerito General
José Antonio Páez, Jefe Supremo de la República.

El Concejo Municipal de Carúpano acaba de saber con la mas grata complacencia la feliz llegada de V.E. á la isla de Margarita, y con este motivo se apresura á dirigirle la mas cordial felicitación, por sí y á nombre del pueblo carupanero, verdadero apreciador de las glorias de V.E. que lo son también de la República.

Grandes y mui felices resultados en el camino de la pazificación, que con tanto acierto ha emprendido V.E. debe esperarse de su importante y oportuna visita á las provincias orientales, en la que tantas simpatías tiene V.E. por sus grandes merecimientos. Este pueblo cree tener el gusto de conocer personalmente á V.E. en esta ocasión.

Que su recorrida por el Oriente sea precursora de la paz, y que con ella recoja un nuevo laurel debido á su constancia y valor, son los votos del Concejo Municipal de Carúpano.

Una comisión compuesta de los señores Alejandro Peoli y José María Molinar pondrán en manos de V.E. esta congratulacion.

Con todo respeto soi de V.E. mui obediente servidor.

Exmo. Señor.
El Presidente del Concejo,
J.N. Salazar Manterola.
Carúpano, Febrero 10 de 1863⁹³.

Después de recibido el anterior comunicado, Páez le respondió al Presidente del Concejo Municipal carupanero, informándole que Peoli y Molinar habían puesto en sus manos la congratulación que le había dirigido. Agradeció la afable y franca cortesía dispensada por el Concejo Municipal y el pueblo de Carúpano, objeto de su particular predilección, y al que en muchas ocasiones había querido visitar para probarle su afecto, pero, por cuestiones circunstanciales no había podido hacerlo; y en ese viaje a oriente, "...pasa por la pena de aplazar para otra oportunidad su visita a Carúpano"; por



lo que pidió a la Providencia le concediera la satisfacción de ver a los carupaneros y a la República disfrutando de la paz, el progreso y la dicha:

Sr. Presidente del I. Concejo municipal de Carúpano.

Los señores Alejandro Peoli y José María Molinar han puesto en mis manos la felicitación que me ha dirigido el Ilustre Concejo municipal de ese canton por el órgano de U.

Agradezco debidamente la cordial y franca salutación que me dirigen el Ilustre Concejo municipal y el siempre leal y valeroso pueblo de Carúpano. Estoy bien penetrado del amor y adhesión que me profesan los carupaneros y de sus fervientes deseos de que se consoliden en la República el orden y la regularidad.

El pueblo de Carúpano ha sido desde muy atrás objeto de mi particular predilección; pero una fatal casualidad ha frustrado muchas veces mis deseos de visitarlo y probarle mi afecto. En esta ocasión las grandes atenciones del Gobierno, las exigencias de la guerra y los muchos y graves deberes que pesan sobre mí, me fuerzan a volver a la capital y a no disponer sino de días y aun de horas contadas, teniendo que pasar por la pena de aplazar para otra oportunidad mi visita a Carúpano.

Pido a la Providencia me conceda la dicha de ver al pueblo de Carúpano y a la República gozando de los beneficios de la paz, del progreso y de la felicidad.

Con toda consideración soy de U. atento servidor.

José A. Páez⁹⁴.

(Cursivas nuestras)

En 1865, Peoli fue comisionado para una operación de retroventa. En dicha labor, descubrió la falsificación de un certificado expedido a nombre del registrador Emilio Conde, por lo que inició un procedimiento judicial. Así lo reseñó *El Federalista*, el 29 de octubre de 1865, para informar y alertar a la sociedad caraqueña sobre este asunto⁹⁵:



Falsificación.

Precávanse los negociantes de la ciudad contra este nuevo expediente de fraude que ya se ha iniciado. El señor Alejandro Peoli, comisionado para entenderse en una operación de retroventa, ha descubierto la falsificación de un certificado expedido en nombre del señor Emilio Conde registrador, que ya ha dado origen á una inquisición judicial.

*Alerta!*⁹⁶.

Como colofón de este repaso biográfico de Alejandro Peoli, podemos abreviar que, él es de “(...) los primeros escritores del país, nacido muy cerca, o dentro de los límites, morales y materiales, de la República”⁹⁷. Al igual que otros de su época (Daniel Mendoza, Francisco de Sales Pérez, Amenodoro Urdaneta, ...) se inició en la literatura costumbrista, la cual tenía como finalidad plasmar en el papel la realidad social y cultural de la nación a través de cuadros o escenas satíricas. Amén de estos textos y los de crítica literaria dispersos en la prensa de la época ya mencionada, dejó las siguientes obras escritas: *Compendio de la historia antigua y moderna de Venezuela*⁹⁸; y, *Artículos literarios*⁹⁹. Ésta última, es una compilación de algunas de sus publicaciones periodísticas, “(...) contiene sus mejores artículos de costumbres y críticas literarias, y (cuando) se preparaba á hacer una segunda edición, (...) la madre tierra le llamó á su seno”¹⁰⁰. José María de Rojas le endilgó la autoría de unos escritos basados en observaciones sobre el *Diccionario de Galicismos* de Rafael María Baralt¹⁰¹, “(...) que fue durante mucho tiempo una especie de instrumento de la persecución anti-galicista”¹⁰².



NOTAS

61

- 1 Algunas fuentes lo identifican a él y a sus hermanos, con la conjunción copulativa “y”, entre los dos apellidos: Peoli y Mancebo.
- 2 *Vid.* José María de Rojas. *Op. Cit.*, pág. 614.
- 3 Algunas de las fuentes bibliográficas y hemerográficas consultadas, al referirse al padre de Alejandro lo hacen erradamente con el nombre de Jorge, cuando en realidad se llamaba Juan Jorge. Así aparece en el Acta de bautismo y en la de matrimonio de Alejandro.
- 4 En la historiografía ha quedado registrada por su segundo nombre: Socorro. Pero en el Acta de bautismo de Alejandro aparece como: María del Socorro; y en el Acta de matrimonio como: Socorro.
- 5 Cfr.: “Venezuela, registros parroquiales y diocesanos, 1577-1995,” images, FamilySearch (<https://familysearch.org/pal:/MM9.3.1/TH-1942-23265-57695-34?cc=1951777&wc=M-MYX-FFV:n156747586>: accessed 17 Jan 2014), Distrito Federal > Maiquetía > San Sebastián > Bautismos 1821-1923 > image 79 of 2447.
- 6 Enrique Bernardo Nuñez. *Op. Cit.*, pág. 161.
- 7 Véase: Héctor Pérez Marchelli. “Álamo, José Ángel de”. *Diccionario de Historia de Venezuela*. Fundación Polar. Caracas, 1997, Volumen I (A-C), 2da. edición, págs. 98-99.
- 8 Luego, su fortuna se vino a menos. *Vid.* Carlos Viso C. *Op. Cit.*, pág. 2.
- 9 Carlos Viso C. *Op. Cit.*, pág. 2.
- 10 Cfr: José de Onís. “Una página blanca. Poesía inédita de José Martí”. *Revista Iberoamericana*. Volumen XX, Número 40, Septiembre, 1955, pág. 226. Disponible en: <http://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/issue/view/86> Consultado el 13 de enero de 2013. Hora: 11:33 p.m. Nydia Sarabia. *La patriota del silencio*. Carmen Miyares. Editorial Ciencias Sociales. La Habana, 1990, pág. 20.



- 11 Nydia Sarabia señala que en la inscripción funeraria se asentó correctamente el apellido del corso Pasquale. Al parecer, fue “(...) por vicio de pronunciación, (que en Inglaterra) llegó a cambiarse la ortografía del apellido Paoli por Peoli”. (Sarabia, Nydia. *Op. Cit.*, pág. 20).
- 12 No tenemos fecha exacta de su llegada a Venezuela.
- 13 José de Onís. *Op. Cit.*, pág. 226.
- 14 De las 12 escuelas (1 pública y 11 privadas) que funcionaban en Caracas en 1809, había una maestra: Doña Josefa Peoli, quien instruía en la Parroquia Catedral. Por la fecha, presu- mimos que pueda ser la hermana de César Peoli. No tenemos más datos que ofrecer. Véase: *Documentos para la historia de la educación en Venezuela*. (Época colonial). Estudio preliminar y compilación: Ildefonso Leal. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Número 87. Caracas, 1968, pág. LVII.
- 15 Ninguna de las fuentes consultadas nos suministraron el nom- bre de los padres de Juan Jorge Peoli.
- 16 María Socorro Peoli y Carlos Miyares y Egui, son los padres de María del Carmen Miyares Peoli, quien luego de 1870 se fue a vivir a New York con su esposo Manuel S. de La Cari- dad Mantilla. En dicha ciudad, tuvieron una famosa casa de huéspedes donde se hospedaban cubanos. Allí, en enero de 1880, Carmen conoció a José Martí, con quien mantuvo ínti- ma amistad. El 28 de noviembre de ese año, nació María, la hija menor de Carmen. Martí fue su padrino de bautizo. Sin embargo, entre cartas cruzadas entre María Mantilla Peoli y Gonzalo de Quesada en febrero de 1959, sale a relucir, “(...) un secreto que (ella guardaba) en el corazón con tanto orgullo y satisfacción”: Martí no era su padrino, sino, su padre bioló- gico. *Vid.* Nydia Sarabia. *Op. Cit.*, págs. 35-40; 98-99.
- 17 Véase: [http://freepages.genealogy.rootsweb.ancestry.com/~hol- comb/wifeancestors.htm](http://freepages.genealogy.rootsweb.ancestry.com/~holcomb/wifeancestors.htm) Consultado el 29 de diciembre de 2016. Debemos aclarar que en esta fuente digital se repiten los datos biográficos errados de Alejandro que, en el primer párrafo de este capítulo, ya aclaramos y corregimos.



- 18 Leví Marrero. *Cuba, economía y sociedad. Azúcar, Ilustración y conciencia (1763-1868)*. Editorial Playor. Madrid, 1990, Tomo VII, pág. 100.
- 19 Consúltese: Francisco Pérez Guzmán. *Bolívar y la Independencia de Cuba*. Editorial de Ciencias Sociales, Colección Alba Bicentenario, Instituto Cubano del Libro. La Habana, 2010, págs. 4 y 45.
- 20 *Ibidem*, pág. 44.
- 21 Cfr: Leví Marrero. *Op. Cit.*, pág. 100.
- 22 *Idem*.
- 23 Inés, después de morir su esposo: Don Fernando de Miyares, se mudó para la esquina de Camejo. De ahí, a una modesta casa situada en la Avenida Este. Véase: *Ibidem*, pág. 30.
- 24 Arístides Rojas. *Crónicas de Caracas. Antología*. Ediciones del Nuevo Mundo. Colección Escritores Latinoamericanos dirigida por José Bonilla Amado. (s.p.i), pág. 24.
- 25 *Idem*.
- 26 “*Hacer las entrañas* es frase familiar antigua que equivale a nutrir a un recién nacido, cuando la madre se encuentra imposibilitada de hacerlo. Antiguamente se aceptaba esto por lujo, entre familias de alto rango, y entre los pobres como necesidad. Casi siempre se elegía de antemano una madre que en condiciones propicias pudiera alimentar no solo a su hijo sino también al del vecino, del amigo o del pariente”. *Ibidem*, págs. 24-25.
- 27 *Ibidem*, pág. 25.
- 28 Algunos autores dicen que fue por unos días. Véase: Augusto Mijares. *Lo afirmativo venezolano*. Monte Ávila Editores Latinoamericana. Comisión Centenario Augusto Mijares. Obras completas. Caracas, 1998, Tomo IV, pág. 153.
- 29 *Vid*: Arístides Rojas. *Op. Cit.*, págs. 24-25. Augusto Mijares. *Op. Cit.*, pág. 153. Astrid Avendaño Vera. “Miyares Pérez y Bernal, Fernando”. *Diccionario de historia de Venezuela*. Fundación Polar. Caracas, 1997, Volumen III (M-S), 2da. Edición, págs. 200-201. Amparo María Ballester López. “Ilustres cubanos desconocidos”. Blog sobre poesía, historia, y otros



- temas de Santa Clara, Villa Clara y Cuba. Disponible en: <http://verbiclar.wordpress.com/tag/ines-mancebo-de-miayres/> Consultado el 02 de febrero de 2014. Hora: 10:30 p.m.
- 30 Este cantón estaba conformado por las parroquias: Guaira, Caraballeda, Naiguatá, Caruao, Maiquetía, Carayaca y Tárma. Maiquetía era la segunda más poblada, luego de Guaira. Dicho cantón, según el padrón general realizado en 1829, arrojó una población de 11.522 habitantes, de los cuales 9.508 eran libres, y 2.014 esclavos. Cfr.: Telasco A. Macpherson. *Op. Cit.*, págs. 150-151.
- 31 Cfr.: Telasco A. Macpherson. *Op. Cit.*, pág. 256.
- 32 Alejandro Peoli. *Artículos literarios*. Imprenta de G. Corser. Caracas, 1865, pág. 76.
- 33 La mayoría de los textos que formaban parte del libro *Artículos literarios* (1865), habían sido publicados en años anteriores en páginas periodísticas caraqueñas. Cuando Peoli decidió reeditarlos con su nombre de pila, estaba casado. No obstante, no los modificó. Los dejó tal cual como fueron escritos en su época de soltería.
- 34 Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, pág. 86.
- 35 *Ibidem*, pág. 96.
- 36 *Idem*.
- 37 *Ibidem*, pág. 113.
- 38 *Ibidem*, pág. 114.
- 39 Así aparece escrito en el documento original.
- 40 Cfr.: “Venezuela, registros parroquiales y diocesanos, 1577-1995,” images, FamilySearch (<https://familysearch.org/pal:/MM9.3.1/TH-1942-23260-38941-84?cc=1951777&wc=M-MYX-F51:326348131>: accessed 07 Feb 2014), Distrito Federal > Caracas > El Sagrario > Matrimonios 1821-1946 > image 492 of 1663.
“Venezuela, registros parroquiales y diocesanos, 1577-1995,” images, FamilySearch (<https://familysearch.org/pal:/MM9.3.1/TH-1951-23260-37210-75?cc=1951777&wc=M-MYX-F51:326348131>: accessed 07 Feb 2014), Distrito Fede-



- ral > Caracas > El Sagrario > Matrimonios 1821-1946 > image 493 of 1663.
- 41 “Venezuela, registros parroquiales y diocesanos, 1577-1995,” images, FamilySearch (<https://familysearch.org/pal:/MM9.3.1/TH-1951-23261-33119-14?cc=1951777&wc=M-MYX-XGB:n161708557>: accessed 06 Feb 2014), Sucre > Carúpano > Santa Rosa > Bautismos 1848-1890 > image 735 of 3106.
- 42 Rafael Seijas lo incluye en su texto “Historiadores de Venezuela”. *Op. Cit.*, pág. XI. Y Elke Nieschulz de Stockhausen. *Op. Cit.*, pág. 68, lo llama historiador.
- 43 Véase: José María de Rojas. *Op. Cit.*, pág. 614. No tenemos mayores datos sobre su ingreso a la Universidad como estudiante ni como docente, tampoco sobre su egreso.
- 44 Eloy G. González, en: “Informe sobre el periodismo en Venezuela”, pág. 16, lo señala como Director de este periódico junto a Manuel María Poleo. Lo mismo señala Elke Nieschulz de Stockhausen. *Op. Cit.*, pág. 68.
- 45 En el *Diccionario general de la literatura venezolana* (1986), pág. 379; y en Eloy G. González. *Op. Cit.*, pág. 16, aparece la fecha de 1853. Sin embargo, en el artículo “Proliferan periódicos de corte literario en Venezuela”. *Op. Cit.*, pág. 2, se expresa que este rotativo se publicó desde 1851.
- 46 La nota necrológica: “Alejandro Peoli”. *Diario de Avisos. Op. Cit.*, pág. 2, lo señala como redactor de este rotativo.
- 47 Eloy G. González. *Op. Cit.*, pág. 26.
- 48 El lema de este periódico era “joco-serio-crítico-satírico-pullos y chismográfico. Circulaba “(...) una, dos ó tres veces por semana, según tuviere donde hincar el diente”. En su número 2, editado el 25 de abril de 1858, empleó el siguiente epígrafe versificado:

*Yo me llamo Pica-y-Juye
Porque las verdades digo;
A nadie mi pico excluye
Y soy de todos amigo.*



- “El Pica-y-Juye”. *La Regeneración*. Trimestre I, Número 8. Caracas, 21 de abril de 1858, pág. 4. José Eustaquio Machado. “Lista de algunos periódicos que vieron la luz en Caracas de 1808 a 1900”. En: Pedro Grases (compilador). *Op. Cit.*, pág. 93. Consúltese también: Julio Calcaño. *Op. Cit.*, pág. 206. Emad Aboasi El Nimer. *Ideas y letras durante la Guerra Federal*, pág. 194. F. A. denominó pasquín a este rotativo, en su artículo: “A los autores del pasquín titulado ‘El-Pica-y-Juye’”. *El Foro*. Trimestre X, Número 140. Caracas, 2 de julio de 1858, pág. 4. Juan Vicente González lo llamó papelucho, en su artículo: “El Pica-y-Juye y otros papeluchos de igual ralea”. *El Foro*. Trimestre X, Número 144. Caracas, 16 de julio de 1858, pág. 2.
- 49 Sobre los dos últimos periódicos, solo manejamos estos datos. No tenemos más información que ofrecer.
- 50 “Alejandro Peoli”. *Diario de Avisos*. *Op. Cit.*, pág. 2.
- 51 Vid: *Diccionario general de la literatura venezolana* (1986), págs. 379-380.
- 52 Santos Erminy Arismendi. *Op. Cit.*, págs. 451-452.
- 53 Véase: Martín Pérez Matos. “Periódicos olvidados: Museo Venezolano”. *El Farol*. Año XVIII, Número CLXVI. Caracas, septiembre-octubre de 1956, pág. 18. Además, en la mencionada revista *El Farol*, aparece inserta como separata una copia del periódico *Museo Venezolano*. Año 1, Tomo 1, Número 3. Caracas, 1 de noviembre de 1865, pág. 1, donde se observa que en la lista de colaboradores figura el nombre de Alejandro Peoli.
- 54 Cfr.: Julio Calcaño. *Op. Cit.*, pág. 206.
- 55 Véase: José María de Rojas. *Op. Cit.* pág. 614. Miguel Tejera. *Op. Cit.*, pág. 434. Felipe Tejera. *Op. Cit.*, pág. 295. Acerca de la labor intelectual desempeñada por Peoli en Cuba, no manejamos más datos, pues, no pudimos trasladarnos a dicha isla caribeña a realizar la pesquisa correspondiente. Dejamos esta labor a otro investigador.
- 56 Cfr.: S. Cabrales y Cabrales. *Op. Cit.*, pág. 1; Julio Calcaño. *Op. Cit.*, pág. 206; José Eustaquio Machado. *Op. Cit.*, pág.



- 111; Lubio Cardozo y Juan Pinto. *Op. Cit.*, pág. 45; Rafael Ramón Castellanos. *Op. Cit.*, Volumen I, pág. 328,
- 57 Vid: Mirla Alcibíades. “Literatura, política y humor...”, pág. 294. Queremos aclarar que en Pedro H. Correa. *Op. Cit.*, están señaladas varias referencias de artículos publicados en el periódico *El Pica-Y-Juye*, firmados como: Pullón, El pullón; mas no: Puyón.
- 58 El frenólogo. “Fisiología de la corbata”. *El Heraldo*. Año I, Número 23. Caracas, 18 de junio de 1859, pág. 4.
- 59 Remítase a: S. Cabrales y Cabrales. *Op. Cit.*, pág. 1; Julio Calcaño. *Op. Cit.*, pág. 206; José Eustaquio Machado. *Op. Cit.*, pág. 112; Lubio Cardozo y Juan Pinto. *Op. Cit.*, pág. 45; Rafael Ramón Castellanos. *Op. Cit.*, Volumen I, pág. 328.
- 60 Concúrrase a: Ángel Rosenblat. *Op. Cit.*, pág. XIX.
- 61 Véase: Julio Calcaño. *Op. Cit.*, pág. 206.
- 62 Consúltese: *Mosaico*. Número 3. Caracas, 1854, págs. 87-90.
- 63 Recomendamos la lectura de: Alejandro Peoli. *Artículos literarios*.
- 64 Este autor español se suicidó en 1837. Ni siquiera había cumplido 28 años. Dejó una amplia obra “desperdigada en varias publicaciones”. Dos años después, en Caracas, en la imprenta de George Corser, se editaron sus textos completos. Fueron recogidos en tres volúmenes, empastados en cubiertas de cuero, con dorado en títulos y orlas en las tapas. Dicha publicación se llevó a cabo porque –para entonces– los hombres de la élite caraqueña no solo se mantenían al día con la actividad literaria y editorial españolas, sino también, tenían muy clara: “La conciencia nacional de ser directores de calidad en el concierto de las Repúblicas americanas, (...)”. Este ideal se mantuvo en buena parte del siglo XIX. No en vano, las obras salidas de las imprentas caraqueñas durante sus primeros treinta años de funcionamiento, pudieron competir con las mejores publicaciones coetáneas de los países de América, incluso, de España. Larra, pese a su corta existencia, logró proyectarse como un escritor famoso que tuvo un impacto significativo en varios intelectuales de Caracas, quienes estimaron su estilo y



temas costumbristas. Muchos lo tomaron como modelo. En varios artículos costumbristas de la literatura venezolana del siglo XIX, se halla una cita de Larra como epígrafe o motivación. Véase: Pedro Grases. “Proyección continental de la cultura venezolana en el siglo XIX”. *Temas de bibliografía y cultura venezolanas*. Editorial Nova, Buenos Aires, 1953, págs. 173-181. Ante este escenario, es evidente que Peoli se haya visto influenciado por el autor español *in comento*, con quien guarda similitudes en el estilo de redacción.

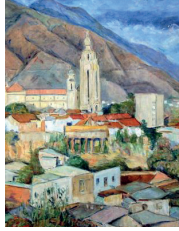
- 65 Cfr. Mariano José de Larra. *Artículos*. Alianza Editorial. Madrid, 1995, págs. 55-68.
- 66 Mirla Alcibíades. “Literatura, política y humor...”, pág. 294.
- 67 *Ibidem*, págs. 294-295.
- 68 El frenólogo, *Op. Cit.*, pág. 4.
- 69 Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, pág. 59.
- 70 Sobre este autor hallamos los siguientes datos: Desde el 23 de marzo hasta el 30 de abril de 1860, quedó a cargo de la administración del periódico *El Herald*. En 1862, fue redactor del semanario *El Centinela* de Carúpano. *Vid*: “El Herald”. *El Herald*. Año I, Trimestre IV, Número 132. Caracas, 23 de marzo de 1860, pág. 2. Santos Erminy Arismendi. *Op. Cit.*, pág. 451.
- 71 Hijo de Juan Vicente González y Josefa Jorja Rodil. Fue alumno del Colegio El Salvador del Mundo, fundado y regentado por su padre; institución en la que su madre, también, jugó un rol importante. Fue “(...) escritor, orador, autor de un texto muy conocido de gramática castellana, (...) (estuvo entregado) a sus actividades literarias y educacionales; (...)”. Sin embargo, “(...) murió joven y amado de las musas para hacer una vez más sensible a los poetas del verso de Menandro”. Luis Correa. *Op. Cit.*, Tomo I, págs. 82-83, 113.
- 72 Julio Calcaño. *Op. Cit.*, pág. 206.
- 73 Las referencias de *El Herald* y de Santos Erminy Arismendi nos revelan que todavía en 1862, Rodríguez Maya, estaba vivo. Por ende, consideramos que desde 1859 Peoli empleó este seudónimo, y probablemente, lo hizo con la anuencia de



- Rodríguez Maya. Sin embargo, dejamos abierta la posibilidad de una futura reconsideración o corrección. Por los momentos, no tenemos más argumentos que ofrecer.
- 74 El Ingenuo. “Los tenderos y las tiendas”. *El Herald*. Trimestre III, Número 62. Caracas, 2 de noviembre de 1859, pág. 3. Luego, fue editado en: Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, págs. 45-48; y después, en José María de Rojas. *Op. Cit.*, págs. 615-617.
- 75 Cfr: Julio Calcaño. *Op. Cit.*, pág. 206.
- 76 Más adelante, daremos cuenta sobre sus polémicas con algunos intelectuales en la prensa caraqueña de la época.
- 77 El 17 de diciembre de 1872, el periódico capitalino *La Opinión Nacional* reveló, también, que el alias El Ingenuo pertenecía a Alejandro Peoli. Consúltese: Mirla Alcibíades. *Ensayos y polémicas literarias...*, pág. 205.
- 78 “Literatura”. *El Federalista*. Año III, Mes IV, Número 672. Caracas, 3 de noviembre de 1865, pág. 3.
- 79 José Gil Fortoul nos dice: “(...) Mesenianas, (son) elegías en prosa dedicadas a la memoria de amigos muertos, (...)”. *Op. Cit.*, pág. 335. Enrique Anderson Imbert, señala que este tipo de poesía cultivada por Juan Vicente González es una adaptación de “(...) las elegíacas *Mesenianas* del abate Jean-Jacques Barthélemy”. *Historia de la literatura hispanoamericana*. Fondo de Cultura Económica. México – Buenos Aires, 1957, pág. 152.
- 80 Véase: Angel Rosenblat. *Op. Cit.*, págs. XIX-XX.
- 81 Juan Vicente González. “Meseniana. Fermin Toro”. *Revista literaria*. Mes VII, Número 25. *Edición Facsimilar ...*, pág., 398.
- 82 “La pálida muerte *toca igualmente*, las chozas de los pobres y las torres de los reyes”. (Literalmente, sería *toca con igual pie*, porque los romanos tocaban la puerta con el pie). Esta traducción y comentario es cortesía del Profesor Francisco Antonio Morales Ardaya.
- 83 “El pálido silencio y el mar de la eternidad”. Traducción nuestra.



- 84 “El caballo pálido de la Muerte”. Traducción nuestra.
- 85 Estas frases fueron tomadas de los dos primeros versos de la octava estrofa del poema “El Caballo” de Víctor Hugo, y su traducción en español es: “Cruza el Apocalipsis, pálido”. Remítase a: <http://www.poesie-francaise.fr/victor-hugo/poeme-le-cheval.php> Consultado el 17 de octubre de 2014. Hora: 8:13 p.m.
- 86 Juan Vicente González. “Crítica literaria. (‘El Porvenir’, Números. 436, 37, 38, 39, 40 y 41)”. *Edición facsimilar...*, pág. 470.
- 87 El primer autor que refirió esta información fue José María de Rojas, *Op. Cit.*, pág. 614, pero no aportó más datos. Miguel Tejera, *Op. Cit.*, pág. 434, señaló que el desempeño de tales cargos, Peoli lo hizo con lucimiento. No dice por qué, ni aporta más información. El *diccionario general de la literatura venezolana* (1986), *Op. Cit.*, pág. 379, señala lo mismo que José María de Rojas.
- 88 *Vid:* Carlos Viso C. *Op. Cit.*, pág. 2. Y Bartolomé Tavera-Acosta. *Historia de Carúpano*, pág. 236. No hallamos datos que nos indiquen hasta qué fecha ejerció dicho cargo.
- 89 Véase: Carlos Viso C. *Op. Cit.*, pág. 2.
- 90 *Idem.*
- 91 Citado por: Bartolomé Tavera-Acosta. *Historia de Carúpano*, págs. 235-236.
- 92 *Ibidem*, págs. 251 y 253.
- 93 *Registro Oficial*. Año II, Número 86. Caracas, 21 de febrero de 1863, pág. 687. Disponible en: <https://books.google.co.ve/books?id=nPk9AQAAMAAJ&pg=PA696&clpg=PA696&dq=Registro+Oficial.+A%C3%B1o+II,+Caracas,+21+de+febrero+de+1863.&source=bl&ots=WQHW2wWKi6&sig=IIfAk1VrRUQ4gIY-KS3ND6y2tIE&hl=es&sa=X&ved=0ahUKEwia6taymavSAhUEMyYKHR49DGM-Q6AEIHzAB#v=onepage&q=Registro%20Oficial.%20A%C3%B1o%20II%2C%20Caracas%2C%2021%20de%20febrero%20de%201863.&f=false> Consultado el 07 de febrero de 2017. Hora: 4:11 a.m.



- 94 *Idem.*
- 95 Como no hallamos más información, no sabemos en qué deparó este caso.
- 96 “Falsificación”. *El Federalista*. Año IV, Mes III, Número 965. Caracas, 29 de octubre de 1865, pág. 1.
- 97 Fernando Paz Castillo. *Op. Cit.*, pág. 344.
- 98 Imprenta de Tomás Antero. Caracas, 1853.
- 99 Imprenta de G. Corser. Caracas, 1865.
- 100 “Alejandro Peoli”. *Diario de Avisos*. *Op. Cit.*, pág. 2.
- 101 *Vid.*: José María de Rojas. *Op. Cit.*, pág. 614.
- 102 Ángel Rosenblat. *Lengua literaria y lengua popular en América*. Cuadernos de filología Andrés Bello. Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación. Caracas, 1969, pág. 28.

SU POESÍA





Solo conocemos tres poemas de Alejandro Peoli Mancebo que aparecieron en su obra *Artículos literarios*. El primero, escrito en prosa, lleva por título “El desterrado”, el cual da cuenta de la realidad que los políticos e intelectuales venezolanos vivieron durante el siglo XIX, quienes, de manera forzosa, tenían que abandonar el país, como pena o castigo, por estar conspirando contra el gobernante de turno. Dicho poema, es una mirada sobre las vicisitudes por las que pasaba un confinado estando lejos de la familia y de su patria, afrontando hambre, carestía, necesidad, choque cultural, desamparo, angustia, tristeza y soledad. En ese contexto, los versos aluden a la amnistía: figura jurídica aplicada por los gobernantes venezolanos de entonces, para repatriar a sus nacionales; generalmente procedía en dos situaciones: a) previa petición de los deudos del exiliado; b) como un acto de paz y concordia, resumido en el slogan: “unión y olvido de lo pasado”. Muchos lograron materializar su “Vuelta a la Patria”, como escribiera Pérez Bonalde, y pudieron describir la emoción de retornar al suelo que los vio nacer y les dio el sustento vital. Sin embargo, para otros, la petición de amnistía quedó en palabras de aliento y desaliento, en vanas esperanzas. La muerte en tierras extranjeras, sirvió de redentora. Esta situación fue recogida por Peoli en los siguientes versos:



El Desterrado

¿Quién es ese infeliz que, con la cabeza inclinada y pálido el semblante, cruza las calles de una ciudad extranjera?

Que tiene hambre, y no encuentra una mano caritativa que le brinde limosna.

Que oye el acento de un idioma extraño que no comprende.

Que se detiene frente á una posada donde multitud de gente, alegre y satisfecha, come y bebe en abundancia.

Que no puede entrar á donde se vende la comida, porque no tiene una moneda.

Que sigue su camino arrecido de frío y necesitado de alimento.

Que derrama lágrimas cuando se acuerda de su familia, de sus hermanos y de su patria, que le deja morir desamparado.

Que exclama con frecuencia: “¡Ah, patria maldita, que así te complaces en el martirio de un hijo tuyo!”.

Que continúa á la ventura su camino, ignorando si á la noche tendrá un pedazo de tierra que reciba su cuerpo exánime, desfallecido ya por el hambre y por el sueño.

¿Quién es ese hombre que llora sin tregua, que maldice su destino?
EL DESTERRADO.

Pero de improviso el desterrado levanta la cabeza, se sonríe alegremente y exclama entusiasmado: “¡Patria querida, ya pisaré tu suelo: ya daré un abrazo á mi madre: ya contaré á mis amigos la historia de mi destierro!”.

¿Por qué se alegra el proscrito? Es que ha llegado á sus oídos una palabra sublime pronunciada por sus hermanos: *Amnistía*.

Y por eso se regocija, y por eso se prepara á tomar el camino que le conduce á su casa y á sus campos.

Pero ah! el desterrado ha contraído sus miembros, ha inclinado de nuevo su cabeza y ha vertido lágrimas abundantes. —“¡Ah, [pa]tria maldita! cómo te burlas de mi infortunio!”

Y es que el proscrito sufre, porque le han engañado con una esperanza¹.

El segundo poema, titulado: “Un recuerdo”, es de contenido necrológico, dedicado al Coronel Manuel Narvarte. Está concebido de manera distinta a la lírica romántica en boga en la Venezuela decimonónica. No tiene rimas. Contiene versos



libres con frases lapidarias que filosofan sobre el ser humano frente al hecho mortuorio. Con una extensión relativamente corta, describe heroicamente al personaje fallecido:

Un Recuerdo

Brevis á natura nobis vita data est;
ad memoria bene reddittæ vitæ sempiterna².
Cicerón.

Crucé los brazos é incliné la cabeza ante un cadáver.
Lo vi con el abatimiento que causa la muerte de un amigo.
Lo contemplé con la veneracion que inspira el hombre honrado y valeroso.
Admiré la fragilidad de las cosas humanas.
Porque era ya nada el que ayer fué un héroe.
Su existencia era la luz.
En la guerra cruzaba como un rayo.
En la paz fué el faro del Infortunio.
En el Gabinete iluminó con sus consejos.
Lo lloré por mí, por su familia y por su patria.
Porque son pérdidas que no se lamentan solo en el hogar doméstico, sino que las llora el Mundo.
El dolor destrozó mi alma y ofuscó mi imaginacion.
Tres Deidades vestidas de luto, reclinadas sobre su lecho fúnebre, derramaban lágrimas.
Eran la Virtud, la Patria, el valor.
Á un lado el monstruo de la guerra civil se sonreía: habia devorado una víctima mas.

.....
.....

Acompañé el cadáver hasta la tumba.
Y vi desaparecer para siempre al que honró la Historia con sus preclaros hechos.
Hasta su nombre lo escribo aquí con respeto:
Era el Coronel MANUEL NARVARTE,
Vivió breve tiempo; pero deja una memoria inmortal³.



Y el tercer poema: “Con ella, sin ella”. Su contenido es idílico y tiene dos partes que se contrastan entre sí. Una escena es en torno a la ausencia de la amada; y la otra, sobre su presencia. El juego de cuadros es interesante. Su extensión es corta. Pese a referirse al tema del amor, no hay rimbombancia. Con imágenes directas y con versos sueltos construye escenarios de descripciones (triste y alegre); y en cada uno, la frase final es la que le imprime un mayor sentido al poema:

Sin Ella --- Con Ella

I

Mi Vida sin ti

- El dolor que siente el ave al ver su nido arrebatado por el huracán:
 - El desamparo del náufrago arrojado por las olas á una playa desierta:
 - La existencia del preso aherrojado en su calabozo:
 - El remordimiento que persigue al criminal:
 - El hombre que no cree en Dios;
- Nada puede compararse á mi desgracia cuando estoi sin ti.

II

Mi vida contigo

- El placer que experimenta el caminante extraviado, en las tinieblas de la noche, al ver un rayo de luz que ilumina su camino:
 - La tierra que divisa el marinero despues de la borrasca:
 - El perdon concedido al reo en el acto del suplicio:
 - La vista para el ciego:
 - La libertad para el cautivo:
 - Para la madre la resurreccion del hijo adorado:
 - La entrada en el cielo;
- Nada puede compararse á mi felicidad cuando estoi contigo⁴.



Queremos señalar que, Ángel Raúl Villasana catalogó a los tres poemas analizados como glosa literaria, necrología y pensamientos galantes respectivamente⁵. Discrepamos de su óptica. En nuestro entender, era un estilo de poesía venezolana que estaba emergiendo, y Peoli, con intención de innovar, se desmarcó de la lírica de las décadas 50 y 60 del siglo XIX, escrita por bardos como: Abigaíl Lozano, José Vicente Nucete, Vicente Coronado, Manuel María Fernández, Juan Vicente González, Domingo Ramón Hernández, José María Heredia, Jacinto Gutiérrez Coll, Pedro Arismendi, Carlos Calcaño, Rafael María Hernández, Amenodoro Urdaneta, José Ramón Yépez, Ildefonso Vásquez, Diego Jugo Ramírez, José Antonio Maitín, Julio Calcaño, José Antonio Calcaño, Francisco Guai-caipuro Pardo, entre otros⁶.

Alejandro Peoli, siendo conteste con lo que le criticó a varios poetas de entonces, propuso una estructura lírica distinta; más sobria: sin estrofas rimadas, con versos libres, con una descripción directa, sin larga extensión, sin gerundios, sin muchos adjetivos, sin rodeos ni amaneramientos lingüísticos. En casi todas las frases apeló a la correcta construcción gramatical: sujeto, verbo y predicado. Pese a estar hilvanada desde la razón, antes que de la pasión, es una poesía muy depurada que para el momento guardó distancia del romanticismo –al que tanto cuestionó el autor– y, consecuentemente, presentó un nuevo modo de poetizar en el país; pero, no tuvo el impacto esperado porque no generó ninguna ruptura con la tradición literaria de su tiempo. No puede negarse que las rudas críticas de Peoli, amén de sacudir a quienes escribían con el prurito de las extravagancias, generaron un revuelo importante y sentaron un precedente conceptual sobre la confección de los textos poéticos, que muchos miraron con atención.



NOTAS

- 1 Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, pág. 23.
- 2 El dicho de Cicerón tiene algunos errores, pues la forma correcta sería: “*Brevis a natura nobis vita data est, at memoria bene redditae vitae sempiterna*”. Significa: “La vida que nos ha dado la naturaleza es breve, pero el recuerdo de una vida bien vivida es para siempre”. Traducción y comentario cortesía del Profesor Francisco Antonio Morales Ardaya.
- 3 Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, pág. 44.
- 4 *Ibidem*, pág. 80.
- 5 Ángel Raúl Villasana. *Op. Cit.*, pág. 446.
- 6 Véase: Emad Aboasi El Nimer. *La poesía durante la Guerra Federal*. En imprenta.

“(…) AUTOR DEL PRIMER
MANUAL DE HISTORIA
DE VENEZUELA (…)”





Según Nikita Harwich Vallenilla, en la primera mitad del siglo XIX se publicaron tres textos de Historia de Venezuela. El primero, entre 1833 y 1837, de Feliciano Montenegro y Colón: *Geografía general para el uso de la juventud de Venezuela*, en cuatro tomos, de los cuales el último fue concebido como el relato de la historia del país desde la llegada de los conquistadores a América en 1492, hasta la Revolución de las Reformas en 1835¹. “Cronológicamente, éste vendría a ser el primer libro de historia de Venezuela escrito con fines pedagógicos”², que Montenegro utilizó como libro de texto en su Colegio de la Independencia, a partir de su fundación, en julio de 1836³. El segundo, en 1840, de Francisco Javier Yanes: *Compendio de la Historia de Venezuela desde su descubrimiento y conquista hasta que se declaró estado independiente*. Y el tercero, en 1841, de Rafael María Baralt y Ramón Díaz: *Resumen de la Historia de Venezuela*, en tres tomos, publicado “(...) como complemento a la *Geografía de Venezuela* de Agustín Codazzi, (...)”⁴.

De esta “(...) ‘trilogía básica’ (...)”⁵, ninguno de esos textos fue concebido con “(...) la modalidad discursiva de la pregunta-respuesta propia (...)”⁶ del catecismo. Por ende, se hizo necesario “(...) buscar fórmulas para adaptarlos como eventuales instrumentos para este tipo de enseñanza, proceso que tomaría más de una década, (...)”⁷. El 15 de septiembre de 1853, el Gobernador y Jefe Superior Político de la Provin-



cia de Caracas, Manuel María Echeandía, conforme a la ley del 8 de abril de ese año, le concedió a Alejandro Peoli —quien para entonces contaba con 23 años de edad— el privilegio para publicar su obra *Compendio de la historia antigua y moderna de Venezuela*⁸:

PRIVILEGIO⁹

Manuel María Echeandía,
Gobernador, Gefe Superior político de la provincia.

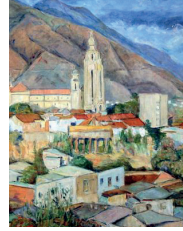
Hago saber: que el Señor Alejandro Peoli, se ha presentado ante mí reclamando el derecho esclusivo para publicar y vender una obra de su propiedad, cuyo título ha depositado y es como sigue: *Compendio de la historia antigua y moderna de Venezuela*. Y que habiendo prestado el juramento requerido, lo pongo por la presente en posesion del privilegio que concede la ley de 8 de Abril del presente año, sobre propiedad de las producciones literarias; teniendo derecho esclusivo de imprimirla, pudiendo él solo publicar, vender y distribuir dicha obra por el tiempo que le permite el artículo primero de la citada ley¹⁰. Dado, firmado de mi mano, sellado y refrendado por el secretario de este Gobierno, en Carácas á quince de Setiembre de mil ochocientos cincuentitres.

MANUEL MARIA ECHEANDIA.
El Secretario, EUGENIO ALFONSO¹¹.

Las razones que motivaron a Peoli a escribir y divulgar la obra antes referida, las expuso de manera precisa en el prólogo, que copiaremos *in extenso*:

La necesidad que se nota en Venezuela de un compendio de su historia antigua y moderna, me indujo á escribir este que presento al público. No tiene otro mérito sino el de reunir en pocas páginas los sucesos más notables que han ocurrido en nuestra patria, desde el inmortal Cristóbal Colon que sacó á la América de entre las aguas, donde yacía ignorada del viejo mundo, hasta Simon Bolívar, que conquistó su independencia y libertad.

Hasta ahora se ha visto con indiferencia este cuadro sublime en que figuran tantos héroes, cuadro que debiera estar siempre á los ojos del



pueblo, para que no olvidara á sus libertadores ni la patria que nos legaron á fuerza de inmensos sacrificios.

El estudio de nuestra historia, descuidado en las aulas, nos hubiera preservado de grandes males: los jóvenes venezolanos conocen á Calígula y á Neron: nos hablan de Enrique IV y de Luis XVI, pero no saben quién es Bolívar, quien es Ricaurte; ignoran esa magnífica epopeya americana, cuyos héroes, dignos de la antigüedad, asombran al mundo con sus proezas inauditas.

La H. Diputación Provincial de 1852 mandó que se leyese en las escuelas la Historia nacional, y esto solo es un gran paso de progreso para el pueblo. Este objeto no se hubiera conseguido, si no existiese un compendio adecuado á la tierna inteligencia de los niños, y que descartado de juicios y de largas relaciones, inútiles para ellos, facilitase su lectura y pudiesen obtenerlo á corto precio.

Creo que este reúne las ventajas indicadas; y lo recomiendo á los padres de familia, que tienen el deber sagrado de inculcar en el corazón de sus hijos el amor á la patria, fuente de felicidad comun.

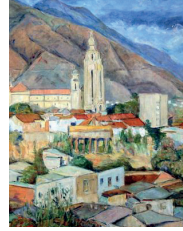
A.P.¹².

A poco de editarse el *Compendio de la historia antigua y moderna de Venezuela*, se vendía en Caracas, específicamente “(...) en la imprenta de los señores Carreño hermanos, en la librería de San Francisco y Casa del Señor Tomas Antero a ocho reales el ejemplar”¹³. Dicho texto, según los criterios manejados en la época, fue concebido bajo la orientación de la didáctica catequística de preguntas y respuestas¹⁴. Su estructura gramatical, básicamente, giraba en torno a las interrogantes: ¿Qué?, ¿quién?, ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿dónde?, ¿cuál?, ¿a qué?, ¿a quién?, ¿con quién?, ¿a dónde?, ¿por qué? y ¿en dónde? El discurso de fondo, el autor lo manejó en función de resaltar “hechos notables” y de explicar la relación de los acontecimientos históricos entre sí, destacando, *grosso modo*, sus ventajas y desventajas. Es un manual en forma de cuestionario. Las respuestas son descripciones muy breves y concretas, sin análisis profundo. La mayor cualidad del libro es la sencillez. Está estructurado en 112 lecciones, cada una de apenas 2, 3 o 4 páginas, a lo sumo. Se divide en dos partes.



La primera: Historia antigua, contentiva de 41 lecciones, comprende un periodo de 309 años de estudio: desde la llegada de los españoles a la Península de Paria, en agosto de 1498, hasta la Conspiración de Gual y España en 1797. En este apartado, Peoli recreó –de modo ágil– el proceso colonizador hispánico en América. Empezó mencionando las “naciones” americanas que formaron parte del imperio español ultramarino. A renglón seguido, identificó a Cristóbal Colón como “intrépido genovés, descubridor de la América”¹⁵; luego, describió el periplo de este navegante desde aguas del Puerto de Palos hasta las aguas del Trópico; narró su travesía marítima por la región costera, insular y continental del Nuevo Mundo. Apuntó, cronológicamente, algunos de los incidentes ocurridos entre marineros en alta y baja mar; pintó escenas dantescas de la larga travesía que implicó el encuentro entre europeos y americanos. Mencionó ciertas conductas de navegantes y colonizadores (Martín Alonso Pinzón, Diego de Lope, Rodrigo de Bastidas, Lope de Aguirre,...), de algunos que ocuparon cargos administrativos en las colonias españolas en América (Ambrosio Alfínger, Bartolomé Sailler, Francisco de Bobadilla, Alonso de Ojeda, ...) y de piratas (Sir Walter Raleigh).

Mediante un enfoque eurocéntrico, omitió referencias previas a las sociedades aborígenes. Negó la existencia de la riqueza de la civilización indígena americana cuando sostuvo que, en este continente: “Sin duda existió una nación desconocida que perecería ántes de la conquista española”¹⁶. Con tal argumentación, dio a entender que el Nuevo Mundo estaba desolado. Para él, la Historia antigua de Venezuela inició con el encuentro de dos mundos el 12 de octubre de 1492. Además, solapó el choque cultural entre colonizadores y aborígenes que implicó la destrucción de vestigios autóctonos y la implantación de la sociedad hispánica en ultramar.



Pese a su eurocentrismo, en algunos párrafos refirió ideas en defensa de los indígenas. Relató victorias de caciques, a quienes pintó como grandes guerreros. Por ejemplo, a Guai-caipuro lo describió como valiente y líder nato, cuando expresó que él: “Empezó á recorrer todas las tribus, excitando á los caciques á levantarse en masa y simultáneamente, para defender su independencia, (...)”¹⁷. De Terepaima dijo que en enero de 1562 atacó al ejército de hombres de Narváez en el Alto de las Montañas de Aragua, haciendo “tal estrago” en ellos, “(...) que solo tres pudieron escapar con una pronta fuga”¹⁸. También, relató el episodio del Licenciado Bernáldez y el Mariscal Gutiérrez de La Peña, cuando debieron abandonar su intento de conquista sobre los caracas, porque “(...) los indios les (...) (opusieron) gran resistencia”¹⁹.

Más adelante, al referirse al trato de los aborígenes hacia las huestes comandadas por Diego de Lozada, ante la fundación de Santiago de León de Caracas y Nuestra Señora de Caraballeda, en 1567 y 1568, respectivamente, se formuló la siguiente pregunta: “¿Qué conducta observaban los indios?”²⁰. A lo que respondió con el sentimiento autóctono de defensa del suelo que los vio nacer, pero, cometió el gazapo de hablar de “patria”, un concepto que en nada encajaba para la realidad aborígen del siglo XVI. Leamos la respuesta: “Siempre dispuestos á defender su patria, perseguian por doquiera á los españoles”²¹. Como podemos notar, Peoli asomó criterios de apología indigenista para reivindicar la hidalguía del aborígen americano que, con sentido de pertenencia cultural, enfrentó a los colonizadores venidos del viejo continente.

Por otro lado, valoró la conducta de los misioneros, pero también la cuestionó agriamente:



Cuál fué el fruto de estas misiones?

Perfeccionaron la obra que habían empezado las armas, reduciendo las pocas tribus indígenas que aun se mostraban pertinaces en su odio, mas bien que en su resistencia á los conquistadores.

Cuál fué la conducta de los misioneros?

No se puede negar á los primeros misioneros el prez que merece su celo por la reduccion de los indígenas; pero mas tarde, cuando lograron fundar varios establecimientos, libres ya de afañes y peligros, se dieron unos á la vida mundana, buscando riquezas y placeres; otros vivieron en la holganza y la pobreza²².

Al concluir Peoli la primera parte del libro, titulada Historia antigua de Venezuela, cuyo contenido actualmente se denomina Historia colonial (1498-1810), cometió otro exabrupto histórico y conceptual, al pretender manejar términos que se debatían políticamente a mediados del siglo XIX. Por ejemplo, anacrónicamente, habló de pueblo y de clases sociales altas, en una sociedad que estaba dividida en estamentos. Leamos: “¿Cuál era el estado de la educación pública en Venezuela? Estaba en la situación mas lamentable, siendo absolutamente nula la del *pueblo*, y en sumo grado incompleta la de las *clases elevadas*”²³. (Cursivas nuestras).

La segunda parte, se denomina: Historia moderna. Contentiva de 71 lecciones, inicia desde 1797 (con “las causas principales que produjeron la revolución política de 1810 en Venezuela”), hasta 1853 (fecha de la edición del libro). En este segmento, el autor continúa con el mismo estilo de preguntas y respuestas. Entre algunos de los excesos conceptuales, notamos que la palabra pueblo fue utilizada de manera equívoca. Por ejemplo, para referirse a la conjura de los mantuanos ocurrida en julio de 1808, menciona ese término, en vez de vecinos o grupo de personas congregadas. Claro está, no se aleja de la concepción romántica de la historia que se manejaba en ese momento. Así, dijo que Don Juan de Casas, luego de recibir a



los Comisionados del Lugarteniente Murat, éste “(...) confirió con ellos, y según la costumbre no comunicó al pueblo sino una parte de las noticias recibidas, exagerando el poder de Napoleón y la completa sumisión de España”²⁴. Nombró una supuesta “conmoción del pueblo” ante tal noticia, y exageró en sus argumentaciones al referir que todos los vecinos de la Caracas de entonces, apoyaron a Fernando VII. Veamos el siguiente párrafo para darnos cuenta de ello:

*Conmuévase el pueblo: cunde el entusiasmo: la suerte de la real familia reducida á cautiverio excita en todos los corazones la mas viva indignacion: libertarla es el voto de todos: permanecer unidos á España el sentimiento general; y como temiesen la deslealtad de las autoridades, se dirigieron en gran número á la casa del gobierno y obligaron al capitán general á jurar con ellos obediencia y fidelidad al rey Fernando*²⁵. (Cursivas nuestras).

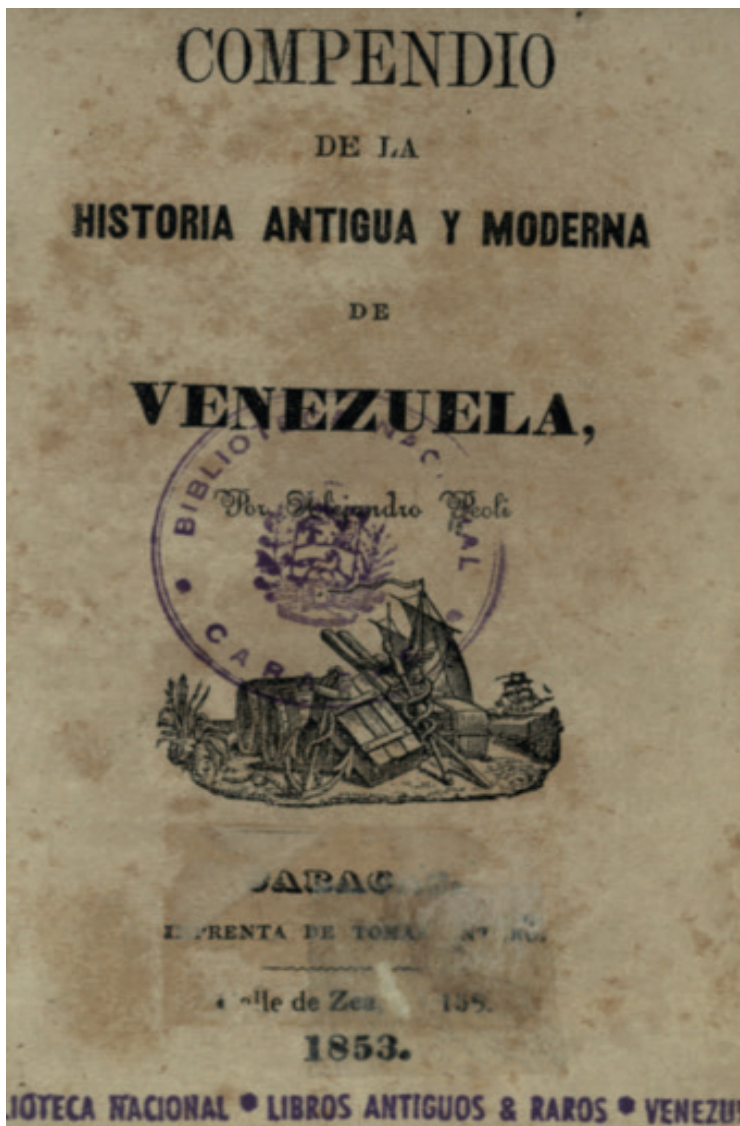
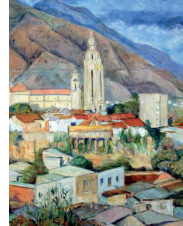
Después mencionó “(...) la buena disposición del pueblo hacia (...) España”²⁶, la opinión del colectivo²⁷, y la gran conmoción que produjo en éste la invasión napoleónica a la metrópoli hispánica²⁸. A lo largo del texto, manejó libremente la palabra “pueblo” para aludir a grupos de personas reunidas en un lugar determinado. Del mismo modo, erró al referirse a Venezuela como país para el año de 1808²⁹ y durante el proceso emancipador³⁰. Habló de los venezolanos de 1809³¹, cuando aún no estaba configurado un Estado-nación, ni una República independiente para evocar ese gentilicio. Pese a la existencia de la Provincia de Venezuela, hoy día Caracas, dudamos que se estuviese refiriendo a los habitantes de dicha comarca. En su discurso no distinguió a los estratos sociales existentes: blancos peninsulares, blancos criollos, blancos insulares o de orilla, pardos, aborígenes o esclavos, o, en su defecto, al sector en específico del que quería hablar. De acuerdo con el contexto histórico, no puntualizó que la escaramuza preindependentista la lideraron los criollos y los peninsulares.



Por otro lado, narró y describió hazañas realizadas durante la gesta emancipadora por personajes realistas (Boves, Monteverde, Morillo...) y patriotas (Bolívar, Páez, Ribas, Mariño, Narvarte,...). A los héroes independentistas los llamó con remoqueos como: “machos americanos distinguidos”, “republicanos eminentes”, “patriotas venerables”³². No dejó de mencionar, en escenas breves, las victorias, las derrotas, las traiciones, los aciertos y desaciertos en las estrategias bélicas y en la toma de decisiones de cada bando en el campo de batalla. Categóricamente dijo que Miranda murió en La Carraca “(...) devorado por los pesares, (...) el 14 de julio de 1816”³³. A quienes asesinaron a José Félix Ribas, los tildó de: “plebe vil y desalmada”³⁴. Luego de referir la muerte de Bolívar, ocurrida en 1830, de forma rápida y escueta, mencionó los nombres de los que ocuparon la Presidencia y Vicepresidencia de la República entre 1831 y 1853. Con esta última fecha culminó el libro *in comento*, señalando que el Dr. Joaquín Herrera era el Vicepresidente del sexto período constitucional que, hasta entonces, había tenido la Venezuela republicana.

Cabe destacar: el contenido temático del *Compendio de la historia antigua y moderna de Venezuela*, según Harwich Vallenilla, estaba representado porcentualmente de la siguiente manera: 38% para el periodo colonial o historia antigua venezolana; 58% para el periodo que va desde 1797 hasta la disolución de la Gran Colombia en 1830; y 4% para el periodo postindependentista que va desde 1830 hasta 1853³⁵. Al final, incluye un apéndice de una sola página, contentiva de los 32 nombres de los prelados del Obispado de Caracas de 1535 a 1852.

Con la obra bajo análisis, Peoli ingresó en el área de la pedagogía nacional, como “(...) el autor del primer manual de Historia de Venezuela publicado en el siglo XIX, (...)”³⁶.



“(...) AUTOR DEL PRIMER MANUAL DE HISTORIA DE VENEZUELA (...)”

(Imagen tomada del ejemplar que reposa en la *Colección de Libros Antiguos y Raros* de *Biblioteca Nacional* – Caracas)



NOTAS

- 1 Vid: Nikita Harwich Vallenilla. *Op. Cit.*, pág. 351.
- 2 *Idem.*
- 3 Cfr. Mirla Alcibíades. *Manuel Antonio Carreño*. Biblioteca biográfica venezolana, El Nacional – Banco del Caribe. Caracas, 2005, Volumen 12, pág. 79.
- 4 Nikita Harwich Vallenilla. *Op. Cit.*, pág. 352.
- 5 *Idem.*
- 6 Mirla Alcibíades. “Un manual de urbanidad para los hispano-americanos”. *Kipus. Revista andina de letras*. 31, Quito, primer semestre de 2012, pág. 168. Disponible en: <http://repositorio.uasb.edu.ec/handle/10644/3490> Consultado el 09 de marzo de 2016. Hora: 3:00 a.m.
- 7 Nikita Harwich Vallenilla. *Op. Cit.*, pág. 352.
- 8 Fue reeditada en 1854 en la Imprenta de Carreño Hermanos. Véase: *Ibidem*, pág. 363. En el *Primer Libro venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes*, a esta obra de Peoli se le tituló erróneamente: *Compendio de la Historia de Venezuela*. Así se observa en el capítulo: “Instrucción popular por el Doctor Guillermo Tell Villegas”, pág. LXIII; y en el capítulo “Historiadores de Venezuela por Rafael Seijas”, pág. XI. Mientras que, en el capítulo “Materiales para la bibliografía nacional por el Doctor Afolfo Frydensberg”, pág. 333, se identifica como: *Catecismo de historia antigua y moderna de Venezuela. Compendio de la historia de Venezuela*. Estos errores han dado pie a confundir el verdadero título del texto, e incluso, a creer que fueron dos libros.
- 9 El privilegio era la aprobación que el Gobernador, mediante escrito, firmado y sellado, otorgaba a todo solicitante para la publicación y venta de obras escritas o artísticas. Su fundamento legal inició con la Ley del 19 de abril de 1839, la cual incentivó la promoción intelectual e ingeniosa, otorgando a cada autor el derecho exclusivo de editar, difundir y comercializar sus obras. Protegía los derechos de autor. Vid: “Ley de 19 de abril de 1839 asegurando la propiedad de las produc-



- ciones literarias”. Número 368. *Leyes y Decretos de Venezuela (1870-1873)*, Biblioteca de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales. Serie República de Venezuela, Caracas, 1983, Tomo 5, págs. 509-511.
- 10 La ley del 8 de abril de 1853 que derogó la del 19 de abril de 1839, seguía resguardando los derechos de autor; fue promulgada por los siguientes considerandos: “1° (...) todo autor tiene derecho á la propiedad de su obra. 2° Que este derecho debe ser eficazmente asegurado por la ley; y 3° Que semejante garantía contribuye al progreso y perfección social, (...)”. En su artículo 1, garantizaba a todo escritor o artista el derecho exclusivo de imprimir, grabar, litografiar y difundir su obra, pudiendo publicarla, venderla y distribuirla “(...) por la primera vez respecto de cada edición ó publicación que (...) haga por el tiempo de su vida, y catorce años después de su muerte en el caso de dejar (...) (herederos)”. Véase: “Ley de 8 de abril de 1853 derogando la de 1839, número 368, que asegura la propiedad de las producciones literarias”. Número 832. *Leyes y Decretos de Venezuela (1870-1873)*, Biblioteca de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales. Serie República de Venezuela, Caracas, 1983, Tomo 5, págs. 100-101.
- 11 Alejandro Peoli. *Compendio de la historia antigua...*, pág. III.
- 12 *Ibidem*, págs. V-VI.
- 13 Así lo informó el *Diario de Avisos y Semanario de las Provincias*, el 21 de enero de 1854, en su primera página. Citado por: Rodolfo Ochoa. *Op.Cit.*, págs. 31-32.
- 14 Cfr.: Nikita Harwich Vallenilla. *Op. Cit.*, pág. 357.
- 15 Alejandro Peoli. *Compendio de la historia antigua...*, pág. 7. El término intrépido, Peoli lo empleó en varias partes del libro para resaltar la gallardía y pundonor de navegantes, conquistadores, patriotas, realistas, héroes y próceres que se destacaron en su labor en la historia de Venezuela entre 1498 y 1853.
- 16 Alejandro Peoli. *Compendio de la historia antigua...*, pág. 25.
- 17 *Ibidem*, págs. 54-55.
- 18 *Ibidem*, pág. 55.
- 19 *Ibidem*, pág. 58.



- 20 *Ibidem*, pág. 60.
- 21 *Ibidem*, pág. 61.
- 22 *Ibidem*, pág. 97.
- 23 *Ibidem*, pág. 109.
- 24 *Ibidem*, pág. 119.
- 25 *Ibidem*, pág. 120.
- 26 *Idem*.
- 27 *Vid: Ibidem*, pág. 121.
- 28 Véase: *Idem*.
- 29 Cónfróntese: *Ibidem*, pág. 120.
- 30 Remítase a: *Ibidem*, pág. 159.
- 31 Véase: *Ibidem*, pág. 123.
- 32 *Ibidem*, pág. 158.
- 33 *Ibidem*, págs. 158-159.
- 34 *Ibidem*, pág. 193.
- 35 Cfr.: Nikita Harwich Vallenilla. *Op. Cit.*, págs. 369 - 370.
- 36 *Ibidem*, pág. 361.

ARTÍCULOS LITERARIOS:
PARA LEER COTIDIANIDADES
CARAQUEÑAS (1850-1866)





El 22 de septiembre de 1865, el periódico capitalino *El Federalista* anunció que se estaba imprimiendo el libro *Artículos Literarios* de Alejandro Peoli, en el local de G. Corser. Además, informó sobre la admisión de suscripciones¹. Cada parte del contenido del texto se fue divulgando por entregas, de la cual, no tenemos información de la primera, pero sí de la segunda: fue a finales de octubre del mismo año², y la última, en abril de 1866. El tomo, constante de 131 páginas, tenía un costo de 22 reales. Según la nota de prensa, era 25 centavos más oneroso de lo que le había costado a los suscriptores. Éstos podían acudir ante el mismo Alejandro Peoli para obtener gratis, hasta tres entregas, si les faltaban para completar la obra. Las personas interesadas en la adquisición del texto debían entenderse directamente con el editor, el señor G. Corser, dirigiéndose a su establecimiento ubicado en Calle del Comercio, esquina del reducto de Caracas³.

El libro fue dedicado “a los señores Dres. Manuel M. Echeandía y Carlos Elizondo y B. Rivodó, (...) como testimonio de amistad”⁴. Está estructurado de la siguiente forma: 29 “cuadros de costumbres”⁵, 3 artículos de crítica literaria, amén de 3 poemas en prosa. En este segmento, solo nos referiremos a los primeros, pues los textos poéticos ya fueron analizados; y los de crítica literaria –aparecidos en dicha obra– serán estudiados más adelante.



En los “cuadros de costumbres”, notamos que Peoli está influenciado por la picaresca española del siglo XVI, de Voltaire (sobre todo de su libro *El Ingenuo*), Espronceda, Villergas y Mariano José de Larra. Sobre la base de estas fuentes satíricas de la literatura universal, Peoli elaboró sus textos, pero lo hizo con el discurso de la picaresca criolla, muy típica del venezolano, con el fin de mostrar, con agrio humor, los cambios sociales y culturales que estaba viviendo Caracas en la segunda mitad del siglo XIX, al imponer al colectivo un recetario de modos y ademanes para su conducción en el entorno, exigiéndole ciertos tipos de comportamientos en los espacios públicos y privados. A fin de cuentas, para el autor, los ambientes donde se puede medir la temperatura de la civilidad son dos: “Nuestro grande escenario es la calle, y las casas que habitamos son también pequeños teatros donde se ensayan unas veces, y otras se representan piezas interesantes”⁶.

Peoli desenmascaró a la sociedad caraqueña esnobista que, envuelta en el proceso transitorio de formas de comportamiento, fue víctima de sus propias contradicciones: por un lado exigía recato y moderación en los modos; y por el otro, se contradecía con una conducta incivilizada, petimetre y muy dada a la jerigonza de la moda⁷. Ante tal escenario, el biografiado hurgó en los vicios sociales que, para entonces, enlodaban las costumbres capitalinas, al revelar: “(...) *un mundo* de interioridades, secretos de la vida íntima de toda una familia, los disgustos, los goces, las debilidades, las faltas de toda especie”⁸.

Como una voz de protesta, con rudeza e ironía, expuso temas de sensibilidad social presentes en la realidad del entorno, que causaban furor en la mentalidad colectiva. Con palabras caricaturizó lo que a su juicio formaba parte de esa sociedad tartufesca y mojigata que ocultaba sus desvergüenzas



con el velo de la hipocresía. Como si fuese una bitácora de etnografía, describió severamente escenas de espacios públicos (calles, bailes, templos, etc...) y privados (hogares). Para ello narró “(...) los hechos como experiencias personales (cosas que a él le acontecieron, que él vio y sufrió), (y) literalmente envenena de reprobación, a través de connotaciones irónicas, la mayoría de los detalles”⁹.

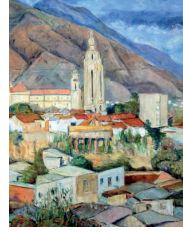
Los cuadros costumbristas, en su mayoría, son diálogos entre él –oculto con el seudónimo Arturo–; y un tal Braulio –su sirviente– quien muchas veces irradiaba una chispa que le hacía ver la realidad. Arturo y Braulio se hacían preguntas entre sí, y con las respuestas, destejían los temas que estuviesen discutiendo. Es el juego de la razón: maestro-aprendiz, pero con la diferencia que cualquiera de los dos emite la respuesta acertada. Los demás artículos costumbristas, en nuestro criterio, son pequeños ensayos satíricos escritos en una sola voz; otros, son diálogos cortos que parecen chistes. Solo uno titulado *Eva*, tiene la estructura de un relato con moralejas, pues, advierte sobre el triste final al que podían conllevar las acciones indecorosas de algunas mujeres, al profanar el sacramento del matrimonio con el “(...) frío puñal de la infidelidad, (...)”¹⁰.

La gracia puesta de relieve, en muchas de las escenas costumbristas, le dan un tinte satírico a los textos de Peoli. Detrás de ese modo de expresión de burlar burlando, ahíto de desmanes, devela la corrosiva dosis de cuestionamiento, porque reírse de lo que en su criterio desentonaba era una manera de criticar. Así se colige del epígrafe de su artículo “Los tenderos y las tiendas”, en el que señaló: “Protestamos que nuestra sátira no será nunca PERSONAL, al paso que consideramos la sátira de los vicios, de las ridiculeces y de las cosas, útil, necesaria y sobre todo mui divertida”¹¹.



En sus esbozos costumbristas, haciendo alusión a personajes reales pero con nombres ficticios, cuestionó a la mujer coqueta y a la casada; las nupcias, las ambiciones, el interés de los individuos, la avaricia, la picardía, la impertinencia, la petulancia, la envidia, la ignorancia, la malevolencia, el egoísmo, la moda, el ocio, los juegos de azar, los salones de bailes, la política, el poder, la justicia, los tribunales con sus *modus operandi*, la prensa, las tertulias, la corrupción, la charlatanería, el atrevimiento, los absurdos, las ridiculeces, los chascos, las costumbres relajadas, el amor fingido, la falta de pudor, la descortesía, la falta de tino, la simulada devoción en las misas, el fervor religioso como un negocio lucrativo, la falsa amistad, las lenguas viperinas (que con el chismorreo hacían estragos la vida de los demás), los periodistas, los tenderos, los funcionarios públicos, los petimetres, los parientes abusivos, los “sin oficio, renta, ni ocupación de ninguna especie”; los limosneros, la presunta ética de los abogados, las beatas, los jueces y los médicos; entre otras conductas nefastas, acciones, cargos, faenas e instituciones del escenario urbano en el que él vivía. Estos cuadros costumbristas fungen como documentos de historia social que dan cuenta del país “(...) en un momento en que la vida de los pueblos y las ciudades va cobrando caracteres de complejidad”¹².

Para ilustrar al lector desde la base de las fuentes directas, en este caso, sobre el libro *Artículos Literarios*, hagamos un breve y rápido balance de ciertos intrínquilis que expone Peoli acerca de la joven república venezolana —atascada en luchas civiles, desorden e improvisación política— pero, que en su discurrir cotidiano, se veía expuesta a un panorama cundido de vicios, y que él, magistralmente, deshilachó con la furia e ironía del verbo que le caracterizaba. Pues: “(...) su intención crítica (...) (era) evidente. Suerte de realismo grotesco, paten-



te en el uso de la exageración, como en la malicia descriptiva que hurga escondrijos y no perdona detalles delatores”¹³.

En este sentido, manifestó que el ser humano –al entusiasmarse con el dinero– era capaz de negociar con la amistad, el amor, el llanto, la alegría y el gobierno. No en balde, los hombres transaban su idilio con las mujeres feas –solo si tenían oro– y con las hermosas –no importaba si tenían riqueza–. Por ende, expresó: “(...) qué mujer bonita no tiene dinero si su marido es codicioso?”¹⁴. A la idea de la mercantilización del Ser y sus relaciones con los otros, añadió el dilema de la sobrevaluación material frente al conocimiento: “para vivir en sociedad es necesario negociar con algo; y pasan mui mala vida los que no tienen sino ideas, porque ellas carecen de mérito entre nosotros; nadie las compra”¹⁵.

Luego, con un discurso biliar, señaló que uno de los modos de ascenso económico empleado por los esnobistas –además del juego y la vida conventual– era casándose: “(...) con una señora vieja, (...) (que tuviese) muchas onzas de oro, (...)”¹⁶. Entonces, al estar bien vestidos “(...) con buenos caballos y con dinero en la faltriquera, (...) (se olvidarían) de las arrugas de (la) esposa para (...) (acordarse) solamente de los buenos bocados, de las atenciones sociales y de los placeres que proporciona la plata”¹⁷. De esta forma, ingresaban a la sociedad “refinada” y gozaban de las delicias de estar en ese estrato. Y cuando: “(...) un hombre entra á una sociedad de *gran tono*, no se le pregunta quién es, ni qué sabe, ni cuáles son sus cualidades, sino cómo viene vestido y cuánto dinero trae”¹⁸. Porque: “El dinero es un manto de oro con que se arropa el criminal, para que la sociedad, deslumbrada con su brillo, no pueda descubrirlo y lo acepte con aplausos”¹⁹. Un individuo “(...) con dinero no (...) (necesita) de enamorar para tener mujeres, ni de estudiar para ser (...) (sabio), ni



de buen comportamiento para recibir aplausos”²⁰. Tampoco pierde litigios en los Tribunales de la República, porque: “La justicia entra primero por la faltriquera y después cae sobre el expediente”²¹.

A la par de lo anterior, juzgó que el hombre que se casaba con una mujer de baja condición social, así fuese joven y bonita, podía correr el riesgo de que ella, ante la necesidad y carencia económica, llegase a pedir limosna y venderse. Debido a que “(...) un matrimonio pobre es como un desterrado sin salvoconducto; se muere de hambre”²². Sin embargo, en ambos estratos, las nupcias tenían sus contratiempos, toda vez que: “(...) un matrimonio *pobre* es el suicidio social de dos personas, al paso que un matrimonio *rico* es muchas veces la resurrección de dos seres corrompidos á quienes toda sociedad civilizada debiera arrojar de su seno”²³. No obstante, el casamiento con persona pudiente, no dejaba de ser un buen trampolín para llegar a codearse con las élites, regenerarse y adquirir nombradía en el entorno, porque la:

(...) sociedad es mui indulgente con las mujeres casadas que no solo rompen esas leyes, sino que quebrantan un juramento solemne pronunciado ante un altar y ante Dios. Una mujer casada y rica, aunque manche el lecho nupcial con el crimen del adulterio, entra á los salones como una reina, y recibe los aplausos de la multitud; mientras que la inocente jóven, víctima de un infame seductor, aunque pasa toda su vida en la práctica de las virtudes, tiene que morir desamparada, siendo la burla de una sociedad que no respeta sino la opulencia y el oro. Por eso **el matrimonio es un negocio para las mujeres corrompidas**²⁴. (Resaltado nuestro).

Para los esnobistas del siglo XIX —que se pavoneaban por los espacios públicos de la urbe caraqueña— el traje era sinónimo de opulencia y signo de riqueza; era símbolo de distinción social de quienes querían guardar distancia con los desarrapa-



dos. Por ende, el autor, en sus cuadros de costumbres, subrayaba que las damas debían andar vestidas a la moda:

- Vuelen , señores, á ver á una joven lindísima, encantadora, que pasa por la calle....
- Eso no vale nada, es mui fea.
- Por qué?
- Lleva un traje viejo, y la gorra no es de moda²⁵.

En dicha época decimonónica, la figura de buen aspecto era la mejor carta de presentación personal ante los demás. La vestimenta reflejaba cuán refinado se era. La civilidad también entraba por la ropa que se usaba, porque “el hábito sí hacía al monje”, adecentaba el cuerpo y moldeaba la estampa de la dama o del caballero²⁶. Detrás del discurso “civilizador” del buen vestir, se motorizó la actividad económica mercantil, ya que había un mercado para consumidores interesados en adquirir atuendos a la moda, para salir de la barbarie²⁷. No en vano: “(...) la ciudad (...) (mostraba) en sus calles centrales una animación consumista hasta entonces desconocida”²⁸. La demanda de los sectores sociales esnobistas fomentaba la oferta, haciendo abundantes los lugares de venta de atavíos:

La multitud de tiendas que hoi existen en la capital prueba nuestro adelanto, es decir, que el hombre civilizado necesita de trapos para vivir, como el asno matado necesita de albarda: la ropa es, pues, la máscara del individuo; y ¿quién no ha de usarla cuando todos la llevan puesta? Esto equivaldría á andar desnudo y ser conocido: lo primero es indecoroso, lo segundo impediría disfrazar nuestros hechos²⁹.

De la misma forma, Peoli cuestionó a las tiendas, porque, según él, fungían de antro de perdición de la sociedad caraqueña: allí, a hurtadillas, los amantes se encontraban para fraguar sus infidelidades. También, caracterizó a los tenderos como chismosos, entrometidos y cómplices de las traiciones



amorosas, porque para mantener en marcha su actividad mercantil, avalaban tal inmoralidad. Así se colige en el siguiente párrafo:

(...)

El tendero sabe la vida y milagros de todo el mundo: si se quiere saber cuándo se casa Teresita no hai sino preguntarlo al tendero; si el marido es infiel, el tendero lo descubre, porque va el esposo á la tienda y hace abrir una cuenta privada... Si hay alguna intriguilla amorosa la sorprende al momento, porque viene el amante y, como el dinero no abunda, le dice al oído: —Ahora debe venir Sofía a comprar unos efectos; cárguelos en mi cuenta. El tendero se aprovecha casi siempre de estas revelaciones, y aunque carga en la cuenta las mercancías, él sirve de carga muchas veces al comprador indiscreto. El libro de cuentas de un tendero es un cementerio en que están enterrados el sudor del comerciante y el crédito de muchas familias; y donde duermen tranquilos, como sucede en el mundo, el adúltero al lado del buen esposo, la inocente consorte junto con la rival aborrecida.

(...)

¡Oh, señor, líbrame de todo mal, de las tiendas y de los tenderos, de sus cuentas y de los cuentos de los compradores, de los fiados, de las muestras, de los encargos; y por último, Señor, si debes ser tan severo con mis culpas que me has de meter en una tienda, quítame ántes la vida y mándame mas bien al infierno.

EL INGENUO³⁰.

(*) Aunque estas valen mas que aquellos ¿cómo he de ser tan impolítico que ponga ántes las cosas que las personas: Hemos honrado, pues, á los tenderos³¹.

El autor bajo análisis, retrata un ambiente capitalino que se mueve por una nueva realidad social y mercantil. Mediante las cosas materiales, devela cómo se le vendía al colectivo la idea del progreso. Exhibir los últimos artículos del mercado,



en su mayoría obtenidos de Europa, situaba a sus portadores, poseedores o propietarios, en un buen sitio de la sociedad. Los individuos eran medidos por sus objetos, ante la mirada escrutadora de los fisgones. Eran éstos los que etiquetaban a los demás de estar o no, a la vanguardia de los tiempos modernos.

Pese a que la moda del buen vestir había cautivado a más de uno, Peoli no se dejó deslumbrar por este nuevo prosenio de seducción material. Su pensamiento crítico se mantuvo firme. Con aguda mirada, consideró que no todo lo que brillaba era oro, ni toda elegancia era distinción de honorabilidad. Porque muchos de los hombres elegantes, petimetres, “de buen tono”, “de cuellos tiesos” y “andar pausado”, que se presentaban como honorables ante el colectivo y se les trataba con deferencia, no eran más que pícaros, lenguaraces, tahúres, que iban de casa en casa enamorando damas, frecuentaban bailes, pedían prestado y no pagaban; caminaban con poses fingidas, aspiraban a un cargo de la administración pública y, a veces, lograban tener un empleo. No eran más que unos remilgados farsantes que cubrían su ignominia con prendas finas, trajes de actualidad y riqueza mal habida. Para colmo, se exhibían ante la mirada de una sociedad capitalina que valoraba a los ciudadanos por la riqueza y los atavíos de lujo que llevaban encima:

Aniceto se casará mui pronto con una jóven linda y virtuosa. Los padres de la niña le acarician y le colman de respetos. ¿Cuáles son las cualidades del novio? Armado de una lengua viperina, hierde de muerte el honor de todas las familias: no sale de las casas de juego: en la calle se detiene á conversar con mujeres de mala vida; y cubre su cuerpo el oropel que seduce á los necios; en una palabra, *es elegante*.

(...)

Pero ahí viene Lindoro: sale de una casa y entra en otra: aquí deja una mujer que le ama: allá desprecia una víctima de su amor: su vida



son las visitas y los bailes: anda á la moda, porque debe cuanto lleva puesto y pide prestado y no paga: es querido de las damas porque es necio, y aspira á los destinos públicos porque no tiene dignidad. Sus esperanzas se verán realizadas, porque es hombre *de buen tono*.

(...)

¿Quién es aquel hombre de andar pausado, que no mueve la cabeza por temor de que se le arrugue el cuello de la camisa; que sacude las botas con el pañuelo que le sirve tambien para enjugarse el sudor de la cara? Es un elegante lleno de humildad, porque ha llegado á creer que no vale nada si no viste con lujo. ¡Y tiene razon el buen hombre! Ah! pero ya se acerca un tipo raro: es un jóven de veinte años que compone versos y carga una cara magistral: no contento con esconder su pobre alma entre los trapos, oculta su cuerpo en un enorme *paleto* de anchas y largas mangas: sus piernas son dos hebras de hilo que descansan sobre dos larguísimos piés.... Es un *elegante*.

(...)

Don Tiburcio era un mendigo: obtuvo un empleo y se ha enriquecido en cuatro meses: ayer andaba á pie, hoy á caballo: ayer no salía de su casa, hoi visita las principales familias; en una palabra, *es elegante*³².

Las anteriores personalidades de mampuesto, finas estampas, simulación y fingimientos, dan cuenta de las vanidades desarrolladas en los espacios públicos urbanos, y en los espacios de la vida doméstica de la Caracas de entonces, que cuestiona el crítico de San Sebastián de Maiquetía:

La elegancia es una serpiente que se desliza en la sociedad para adormecerla primero y aniquilarla despues con su veneno. El infeliz que se siente herido de este animal se vuelve loco al instante: juega, roba y se entrega á los vicios mas abominables. Casi todos los empleados públicos están picados de la serpiente³³.



A propósito de la moda del sombrero y de la corbata, impuesta en el país durante la segunda mitad del siglo XIX, Peoli, como una manera de molestar a los petimetres, realizó unas interpretaciones malevolentes de estos atuendos, porque le generaban hilaridad. Del sombrero, por ser la “(...) cúspide de la pirámide del hombre vestido, (...)”³⁴ estableció una escala de valores para ridiculizar el carácter y las inclinaciones de la persona, a partir del matiz, el modelo y el uso de dicho artículo:

(...)

El hombre que usa siempre sombrero negro y alto, sin ninguna inclinación, es grave y melancólico: si el ala delantera cubre la frente, es hipócrita y astuto: si echa el sombrero para atrás, dejando la frente enteramente descubierta, es fatuo y codicioso: si es casado, como casi todos los que usan el sombrero de este modo, puede asegurarse que su esposa le da mala vida; si lo inclina hácia un lado, es jaqueton y cobarde. El individuo que usa sombrero alto de pelo blanco, es irascible y por lo regular enamorado: si el sombrero es chato de cualquier color, la cabeza que lo contiene es superficial, ligera y de poco juicio. La cachucha, que es de la misma especie, indica en el que la usa la necesidad en el supremo grado: exceptúanse de esta regla los señores jefes y oficiales de mar y tierra porque... llevan espada, la cual modifica mucho la simpleza. Los que acostumbran sombreritos encarnados, no ofrecen ninguna esperanza de servir para nada: son necios consumados³⁵.

De la corbata, señaló: es un “trozo de tela” que “forra el pescuezo” para “ocultar la manzana de Adán”, se introdujo en Francia, en 1633, por un regimiento de húngaros, y desde ese momento empezó a usarse en varias partes del mundo. Su uso, al igual que el del sombrero, define la personalidad y el carácter del hombre oculto detrás de ella³⁶. Por ende, propuso una taxonomía cromática, mediante la cual, el color, tamaño y forma de colocación de la corbata identifica el temperamento de cada individuo. El caballero que no quería verse aludido



en esa lista, ni ser objeto de burlas, podía abstenerse de usar tal atuendo, claro está, bajo el riesgo de restarle elegancia a su estampa. Confrontemos la presente cita *in extenso* y observemos cómo Peoli se regocijaba enardeciendo el ánimo del individuo refinado, “de gran tono”:

El hombre que usa siempre corbata blanca de algodón es reservado, adusto, corto de genio y poco amigo del bello sexo, porque las mujeres gustan mucho de colorines, y el que no las complace en esto es porque no las quiere. El que usa corbata negra es de carácter grave, pensador, melancólico, de grandes pasiones, y aunque es poco enamorado, cuando alguna bella lo trastorna trueca la corbata negra por una de colorines; así que, cuando uno de estos individuos cambia de color en el pescuezo, puede jurarse que su corazón ha cambiado también de color, y que está locamente enamorado. Pero esta transformación dura poco, porque como las ilusiones son pasajeras en los hombres de talento, cesa el amor, vuelve a su antigua costumbre, y la corbata negra representa entonces el luto de la locura que murió en su cerebro, no para siempre, porque esta especie de delirio resucita de cuando en cuando. La corbata azul revela pureza de sentimientos, inocencia y por consiguiente mucha fe en el porvenir, en el amor, en la libertad y en otras cosas que no existen, pero que son bellas: los hombres que llevan esta especie de corbata son por lo regular conservadores, algunas veces fastidiosos y casi siempre poetas.

La corbata encarnada ó de otro color extravagante, como amarillo ó azul subido, y más si está bordada en las puntas, es signo infalible de necedad ó locura; y esta es la razón por qué hai tantos azulejos y guacamayos en el mundo. El individuo que las usa no tiene remedio, su enfermedad es crónica; y hasta el sepulcro vivirá soñando con aventuras, con mujeres, con caballos, con juguetes y con otras cosas superficiales y de poca monta. Este es el verdadero enamorado, y por consiguiente el buen marido: sin haber sido comerciante, sabe comprar cintas, encajes, cuentas, felpas y otros adornillos femeniles: es el muchacho de mandado de las señoritas; y ya sabemos que *quien hace los mandados se come los bocados*. Estos son también los que se ponen la corbata con enorme lazo, de largas puntas horizontales formando con el cuerpo una cruz perfecta.



El individuo que usa corbata mixta, que es la de varios colores, es alegre, vivo, travieso, reservado en el fondo y charlatan en apariencia: su carácter tiene algo de serio y de jocosos al mismo tiempo; tan pronto está con los necios como con los sabios: es, en una palabra, el hombre de mundo. El pescuezo de estos hombres es como el camaleón, cambia de colores á cada instante; así es que tienen muchas corbatas, casi todas entre escandalosas y serias: al baile concurren siempre con corbata blanca de raso, si es posible bordada en las puntitas, para atraer á las mujeres con el bordado y á los hombres graves con el color serio.

En cuanto á la forma y colocacion de la corbata; diremos que el individuo que la usa mui angosta, dejando al aire todo el pescuezo; tiene mas de imbécil que de ser racional; pues el pescuezo mui largo es signo de estupidez; y aunque el cuello sea corto, si queda descubierto, aparece como largo. Si además deja caer las puntas de la corbata hasta el vientre, este hombre está perdido para siempre, y pide por amor de Dios que le ahorquen con la misma corbata. Semejantes seres son por lo regular abandonados, perezosos, holgazanes y viven dominados por algún vicio ó tienen alguna pena que no han podido vencer por debilidad de carácter.

El hombre que ha perdido en el matrimonio ó en el juego, usa esta especie de corbata; y si á esto se agrega que acostumbra echarse el sombrero hácia atrás, (como lo dijimos en el artículo de la *Fisiología del sombrero*) el lector irá conociendo por el traje á los infelices que padecen ciertas dolencias morales.

El individuo que usa la corbata mui ancha, cubriendo todo el cuello, es de carácter irascible, pendenciero, con quien no puede jugarse mucho, y tan temible que nosotros mismos no queremos continuar en la pintura de este carácter por rezelo de que nos sobrevenga alguna desgracia; mucho mas si recordamos que á esta especie pertenecen los señores jefes y oficiales de mar y tierra, que segun ordenanza deben usar corbatines, con quienes deseamos vivir en buena paz y armonía³⁷.

Por otro lado, Peoli, imitando casi que al calco la estructura del artículo “El hombre-globo” de Mariano José de



Larra³⁸, se inspiró para escribir el texto “Las moscas”, en el cual cuestionó la falcidia de quienes, pese a manejarse con antivajores en el entorno urbano capitalino, eran vistos con buenos ojos. En dicho artículo, los fue desvistiendo de sus extravagancias, cubiertas con esos “falsos atuendos a la moda”, que disimulaban su hipocresía; los contrapuso frente a los pasos de la virtud, para mostrar que las normas de la cortesía eran las que catapultaban al hombre como un ciudadano de bien; con verdadera solvencia moral ante Dios y sus semejantes. Llamó moscas a los: fastidiosos, necios, pícaros, chismosos, desmedidos, impertinentes, petulantes, descortesés, ignorantes, egocéntricos, habladores, engreídos, presumidos, egotistas, sin oficios (que están en los espacios públicos y privados), cuya presencia es tan notoria y palpable que incomoda a todos. Elaboró una clasificación del tipo de personalidades, cada una con adjetivos y sus respectivas características, tan aciagas para la tranquilidad social:

Con el título de *moscas* designaremos una especie de hombres, abundante por desgracia en nuestra sociedad, que no sirve para nada, sino de estorbo siempre, y á quienes arrojó en el mundo la Providencia para mortificación continua de los seres racionales. Hai diversidad de moscas, ninguna malévola, pero todas molestas, pesadas, impertinentes y fastidiosas: son las piedras con que tropezamos en un mal camino, como el de la vida, ó cual espinas ocultas entre flores, como diría un poeta, muchos de los cuales son tambien moscas que zumban en nuestras pobres orejas. Si alguna mosca hace daño es sin intención, y la culpa la tienen entónces los que las han sufrido con paciencia, sin haberse tomado el trabajo de espantarlas. La razón de la diferencia de estos insectos se funda en sus distintas inclinaciones, aunque á todos ellos convienen ciertas cualidades características. Hai moscas de sala, de las cuales hablaremos mas extensamente, porque es el género que las comprende á todas: moscas-políticos, que viven soñando con empleos sin merecerlos, moscas-enamorados, que por fortuna se vuelven pronto moscas-maridos: hai moscas-musicos, moscas-escritores, moscas-públicos como los abogados noveles, y á cuya clase no pertenecen por cierto los del Gobierno porque estos



son siempre zancudos ó sanguijuelas: hai moscas domésticas y otras (...)

(...)

Para que el lector acabe de conocer tal mosca y pueda decir de repente “tal hombre es mosca”, vamos á trazar algunos rasgos que completarán su retrato.

Si dos señores conversan en la calle y se acerca un tercero solo con el fin de saludarlos, este es mosca.

El que visita una casa con mucha frecuencia; sin ser querido de nadie, es mosca insoportable.

El ignorante que pretende alcanzar los favores de una dama de talento, á quien no es capaz de comprender, y que recibe con sangre fría los mayores desprecios, porque se figura que son gracias ó medios de seducción, es un mosca con quien debe entenderse la policía, porque es mosca-loca.

El que trata de enamorar por medio de versos ó de epístolas periódicas es un mosca necio con ínfulas de literato, tormento de la señorita cuyo lindo nombre profana á cada instante, y que en su delirio pretende el insensato que el público le sirva de intermediario. Los que entran á las imprentas para leer de balde los periódicos, ó los piden prestados, son moscas.

Los hombres que se paran frente á las casas para oír lo que se conversa en las salas, son moscas.

Los caballeros que refieren sus hazañas amorosas, ó dicen la ropa que tienen en sus armarios, ó lo que se come en sus casas, son moscas de cocina.

(...)

El hombre que habla de sí mismo, de sus enfermedades, de sus cálculos y esperanzas, que anda diciendo á todos que está pobre, este es un mosca en toda la extension de la palabra³⁹.

En este orden de cuestionamientos y categorizaciones, Peoli estableció la distinción entre los hombres habilidosos y los altruistas. Para ello, empleó los epítetos de *vivo* y *muerto*. Al *vivo*, lo retrató como el adinerado, el profesional o funcionario público que actúa de forma bárbara, quebranta leyes,



normas sociales y mandamientos religiosos; siendo además, petardista, charlatán, murmurador, asesino, infiel, grosero, miserable, mal padre, mal esposo, mal hermano, mal vecino, entre otros adjetivos negativos sobre su actuar; al *muerto*, por el contrario, lo describió como el pobre, honrado y honesto, que no se adecuaba a la marcha malévola del otro:

Los *vivos* solo piensan en adornar su cuerpo y en reunir grandes tesoros, como si fuera tan larga nuestra peregrinación en la tierra, y los *muertos* cuidan más del alma que es eterna y la única que puede sostenernos y consolarnos en las tribulaciones de la existencia, de las cuales no está exento ni el más rico, ni en el más poderoso.

(...)

Se le advierte desde muy joven que para obtener de la sociedad los títulos de *vivo*, honrado, inteligente y bueno, es indispensable que presente oro, aunque sea mal adquirido; por eso debemos borrar ya de nuestros diccionarios las palabras *fraude*, *engaño*, *traición*, *infidelidad*, porque los delinquentes las han resumido en una sola frase, linda y expresiva: VIVEZA HUMANA.

(...)

Lo que más nos entristece es que la denominación de *vivos* que se da a los criminales y de tontos o muertos a los hombres honrados, que acabará por pervertirnos a todos, se va generalizando en extremo; (...) ⁴⁰.

De los falsos convencionalismos sociales que advirtió Peoli en sus lienzos de palabras, el llanto fingido lo develó como un negocio para conmover corazones, inspirar piedad y misericordia ante los ojos de los demás; un modo de persuadir al otro, utilizado por el fingidor lloroso para lograr su cometido. Según él, así ocurría cuando alguien simulaba estar enamorado: aparentaba abatimiento, dolor y tristeza; por ejemplo, cuando:



La viuda llora sobre el cadáver de su marido, á quien tal vez aborrecía, solo con el fin de aparecer sensible y amorosa ante los ojos de la sociedad. Los doloridos que van detras del muerto, inclinan la cabeza y derraman lágrimas, aunque solo piensen en la herencia, porque es necesario hacer todo lo que manda la sociedad; y ella ordena que se llore en ciertas ocasiones. La picaruela doncella que ha encontrado un hombre que la ama, bueno para marido, todo lo compone con el llanto; (...)⁴¹.

Algunas de las escenas sociales costumbristas puntualizadas por el biografiado, tienen la estructura de relatos breves, escritos sarcásticamente. Con tales textos, se mofa de los actos aborrecibles ante los ojos de la sociedad, señalados por los moralistas con el dedo de la reprobación por quebrantar el decoro, los deberes y las buenas maneras de conducirse en el entorno, como se colige a renglón seguido:

- Muchacha. ¿has traído los diez reales que mandé pedir prestado?
- Sí, señora, aquí están.
- Gracias á Dios, mamá! Ya tenemos qué comer hoy: manda á buscar algo con qué alimentarnos, pues el hambre nos mata.
- Nada de eso, niña: que traigan diez reales de aceite para la lámpara, porque de lo contrario no tendremos visitas ni tertulia⁴².

En ciertos “cuadros de costumbres”, Peoli, de modo indirecto, empleó la voz de algunos personajes como excusa para increpar comportamientos incivilizados. Ante la petulancia de quienes se ufanaban de sus riquezas, linaje y descendencia, y ensoberbecidos de sí mismos creían tener el cielo a sus pies para enamorar damas de recato, sin sucumbir a la tentación del mundo material, aprovechó para darles lecciones de moralidad y patriotismo, desligadas de las banalidades del momento:



Linda jóven: yo aspiro a vuestro amor: tengo un palacio, hermosos caballos, ricas joyas de oro, y criados sumisos; dispoñed de todo si me amais.

-Eso es mui poco, aspiro á mas en el mundo.

-Pues bien, yo conquistaré para vos una corona de reina.

-Eso es mui poco.

-Yo me atrevo á presentaros tanto oro que no hallaréis donde guardarlo: vuestro cuerpo descansará en un lecho de marfil; y vuestros vestidos serán rubíes, esmeraldas, perlas y diamantes.

-No me hagais reír; eso es mui poco.

-Pues bien; además de esto yo os ofrezco mi mano de esposo y una familia noble por su linaje y grande por su riqueza.

-Vuestros ofrecimientos dejan vacío mi corazón....

-Y ¿qué quereis entónces, niña hermosa?

-El amor, que no podeis darme, la virtud, que no conoceis y la libertad que habeis destruido en mi patria⁴³.

Asimismo, el crítico de San Sebastián de Maiquetía, se solazó mostrando el diálogo entre un descendiente de nobles y un comerciante, en un espacio urbano de la “heroica capital”⁴⁴ de 1865. Al primero, lo pintó como un holgazán perteneciente a la nobleza conservadora; y al segundo, como un digno trabajador. Si contextualizamos históricamente, comprendemos que esta escena literaria fue trazada como una caricatura verbal. Recordemos que, después de la Guerra de Independencia nacional se forjó un sector social llamado conservador. Estaba formado por descendientes de españoles que querían seguir poseyendo los títulos nobiliarios y privilegios distintivos de su grupo, ostentados durante mucho tiempo. Luego de concluida la Guerra Federal, en 1863, esos títulos nobiliarios fueron sacudidos, y en la *Constitución Nacional* de 1864, fueron derogados de plano. Entonces, a dos años de concluida esta contienda, y a uno de suscrita dicha Carta Magna, el descendiente de nobles mantuvo en su estructura mental: la idea de que el trabajo lo deshonraba, toda vez que, durante largos períodos, la nobleza vivió a expensas de la producción y del



dinero de los sectores sociales inferiores. Por ende, el diálogo que imaginariamente construyó es revelador sobre la nueva realidad que les tocó vivir a los conservadores, pero que aún no querían asimilar:

- ¿Me hace usted el favor de prestarme veinte reales hasta el día último del mes, en que se los pagaré religiosamente?
- No tengo dinero; pero si usted quiere trabajar, aquí no falta en qué ocuparse, y ganará usted bastante oro.
- Ah!.... no, señor: yo soi hijo de don Pedro de los Pozuelos y Quiñones: descendemos de príncipes; y ya usted ve que no puedo dedicarme á profesiones bajas como el comercio, la abogacía, la carpintería.... oh! esto fuera mi deshonra: ¡qué dirían mis antepasados!
- Pero ¿no cree usted mas deshonroso vivir pidiendo dinero á todo el mundo sin satisfacer á nadie?
- Es que yo pido para pagar pronto; y todos tienen el deber de auxiliar á una familia tan ilustre como la mía: somos los únicos que hemos conservado el DON ántes del nombre y el DE ántes del apellido.
- Pues, señor DON DE, tenga la bondad de retirarse⁴⁵.

Peoli no tuvo escrúpulos con nadie. Pese a que entre 1862 y 1863 formó parte de la logia masónica “Virtud Premiada” de Carúpano, en su cuadro de sátiras literarias, sin contemplación alguna, incluyó a la masonería para señalar, con trazos de ideas sueltas y ambiguas, que hasta en este tipo de cofradía los miembros cifraban su trato de hermandad, según el interés que tuviesen. Porque, al parecer, muchos sacaban provecho personal y, con la excusa de ayudarse y socorrerse entre sí, abusaban del altruismo de los demás:

- Un hermano mason suplica á usted como actor que concurra á su beneficio y pague anticipados dos reales, con lo cual cumplirá uno de los mas sagrados deberes de la institucion.
- Compran billetes de lotería?
- Su amiga Marcela le ordena á usted que tome un número de esta rifa.
- El señor don Sinforoso que tenga usted la bondad de prestarle su mula, aperada de un todo.



-A su señora esposa que se sirva prestarme la manteleta azul que se puso ayer, para sacar moldes.

-Que si las planchas están desocupadas las mande por un instante, y que para la noche necesita las sillas, los espejos, los cuadros, los manteles y la loza de porcelana, porque hai baile.

Este último cuadro de mi artículo me ocasionó algunas pérdidas de dinero, porque, sin detrimento del bolsillo, nunca terminan las *Escenas sociales*⁴⁶.

Así las cosas, en sus cuadros costumbristas, Peoli describió los vicios de la sociedad caraqueña de su época, la cual se presumía moralizada y elegante. Caricaturizó, ridiculizó y banalizó algunas de sus prácticas y ciertas costumbres foráneas adquiridas para entonces. La estrategia argumentativa que empleó fue de manera directa e indirecta. Para ello, recurrió a personajes que expresaban duras críticas, mofas y picardía. Empero, más allá del burlesco proscenio esbozado sobre la vida cotidiana capitalina, su intención era persuadir al colectivo que hiciera a un lado las vanidades y ambiciones de ostentar puestos públicos, sin estar capacitados para ejercerlos. En su parecer: “(...) el mejor negocio para el hombre y el que le proporciona verdadera dicha en el mundo, es la práctica de las virtudes y el cumplimiento de los deberes”⁴⁷. Pues, las vanas ilusiones, apolillaban la edificación del país, dejándolo a merced de otras naciones. Por ende, convocó a la cordura y a la sindéresis:

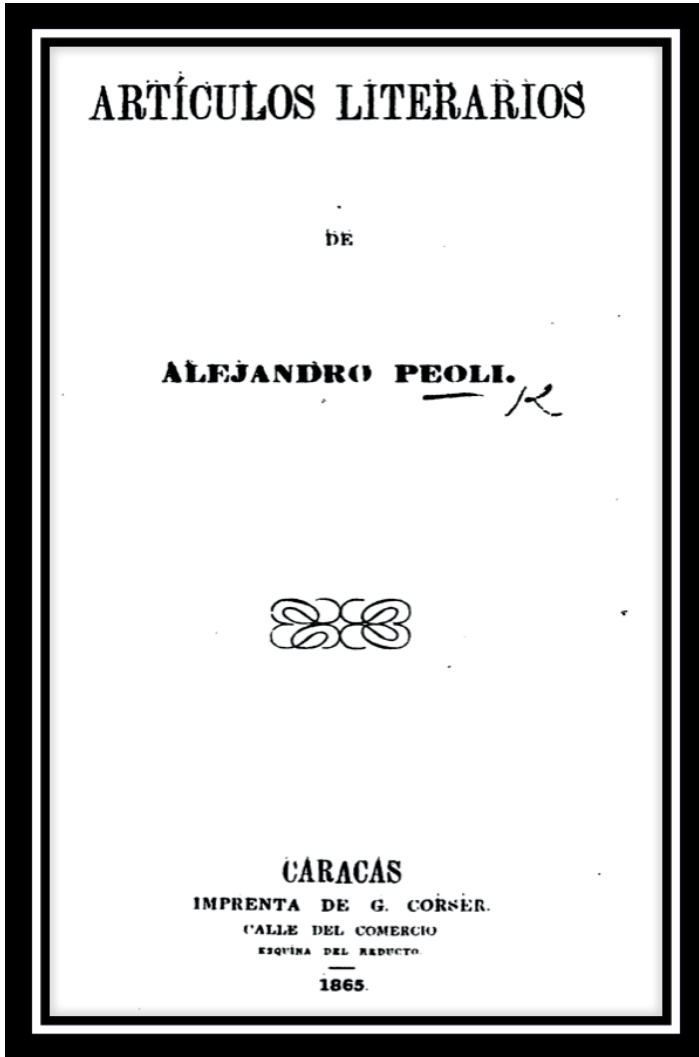
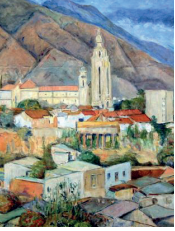
Si los hombres no se llaman seriamente al orden, y estudiándose á sí propios no ocupan sus verdaderos destinos, deponiendo, humildes y arrepentidos, esa pueril vanidad que nos induce á creer que somos aptos para todo, nos presentaremos en ridículo á los ojos de las demas naciones, y luego excitemos su justa indignacion al ver un pueblo de niños insensatos degollándose por esos viles juguetes que llaman puestos públicos y por ese vano oropel de frágiles vestidos. Entónces doblegaremos la frente ante la tiranía y pondremos las desnudas espaldas bajo el látigo del extranjero, que nos hará compren-



der á fuerza de castigos, de baldon, de vergüenza y de ignominia que fuimos víctimas de *vanas pretensiones*⁴⁸.

117

El biografiado, entre chanzas y consejos, desmontó el discurso urbano de la Caracas de los años 50 y 60 del siglo XIX. A la sazón, seleccionó temas puntillosos y los desarrolló con fineza discursiva. Supo captar detalles precisos de su entorno y exponerlos con facilidad, haciendo que el mensaje llegara más rápido al destinatario. Empleó el dedo de la acusación moralista para observar a los otros, y así dar cuenta del entorno cotidiano en el que se desenvolvía. El desparpajo fue su punta de lanza.



(Tomado de: <http://books.google.co.ve/>)



NOTAS

119

- 1 Remítase a: “Artículos literarios de Alejandro Peoli”. *El Federalista*. Año III, Mes II, Número 638. Caracas, 22 de septiembre de 1865, pág. 1.
- 2 Concúrrase a: “Artículos literarios de Alejandro A. Peoli”. *El Federalista*. Año III, Mes III, Número 669. Caracas, 30 de octubre de 1865, pág. 1.
- 3 Véase: “Artículos literarios de Alejandro Peoli”. *El Federalista*. Año, Mes y Número Ilegibles. Caracas, 10 de abril de 1866, pág. 3.
- 4 Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, pág. 3.
- 5 Así denomina el autor en estudio los artículos costumbristas. *Vid: Ibidem*, pág. 42.
- 6 Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, pág. 57.
- 7 Véase: Emad Aboasi El Nimer. *Ideas y letras...*, Capítulo I: “Urbanidad y buenas costumbres’. Un reto de nuevo orden social”, págs. 25-89.
- 8 “Artículos literarios de Alejandro A. Peoli”. *El Federalista*. Año III, Mes II, Número 638. Caracas, 22 de septiembre de 1865, pág. 1.
- 9 Alba Lía Barrios. *Primer costumbrismo venezolano*. Ediciones La Casa de Bello. Caracas, 1994, pág. 26. Colección Zona Tórrida, Número 48.
- 10 Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, pág. 96.
- 11 *Ibidem*, pág. 45.
- 12 Pedro Díaz Seijas. “Hacia un concepto del costumbrismo en Venezuela”. Apéndice. *Antología de costumbristas venezolanos del siglo XIX*. Monte Ávila Editores. Caracas, 1980, Colección El Dorado, pág. 426.
- 13 Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, pág. 18.
- 14 *Ibidem*, pág. 5.
- 15 *Idem*.
- 16 *Idem*.
- 17 *Idem*.
- 18 *Ibidem*, pág. 6.



- 19 *Ibidem*, pág. 70.
- 20 *Ibidem*, pág. 7.
- 21 *Ibidem*, pág. 8.
- 22 *Ibidem*, pág. 12.
- 23 *Ibidem*, pág. 70.
- 24 *Ibidem*, pág. 11.
- 25 *Ibidem*, pág. 108
- 26 Véase: Emad Aboasi El Nimer. *Ideas y letras...*, Capítulo I: “Urbanidad y buenas costumbres’. Un reto de nuevo orden social”, págs. 25-89.
- 27 *Idem*.
- 28 Alba Lía Barrios. *Op.Cit.*, pág. 38.
- 29 Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, pág. 45.
- 30 *Ibidem*, págs. 47-48.
- 31 Esta aclaratoria aparece en el artículo en estudio como nota a pie de página.
- 32 Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, págs. 28-29.
- 33 *Ibidem*, pág. 30.
- 34 *Ibidem*, pág. 60.
- 35 *Idem*.
- 36 Véase: *Ibidem*, pág. 61.
- 37 *Ibidem*, págs. 61-62.
- 38 Véase: Mariano José de Larra. *Op. Cit.*, págs. 46-54.
- 39 Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, págs. 38, 42-43.
- 40 *Ibidem*, págs. 19-21.
- 41 *Ibidem*, pág. 9.
- 42 *Ibidem*, pág. 109.
- 43 *Ibidem*, pág. 24.
- 44 Véase: *Ibidem*, pág. 57.
- 45 *Ibidem*, pág. 105.
- 46 *Ibidem*, pág. 111.
- 47 *Ibidem*, pág. 13.
- 48 *Ibidem*, págs. 84-85.

LEXICÓGRAFO





Julio Calcaño definió a Alejandro Peoli como “(...) correcto pero árido escritor, el primero que se dio (...) a observaciones lexicográficas, (...)”¹. Tal aseveración nos ofrece pistas acerca de la importancia del “oficio académico” desempeñado por este intelectual en el país, sobre todo, en la crítica literaria, en la que hizo alarde de su dominio de la gramática y del uso correcto de las palabras, según la semántica y el contexto.

En su obsesión sobre el buen uso del lenguaje, Peoli realizó disquisiciones filológicas, unas adecuadas; y otras, no. Razón por la cual, Calcaño consideró que en materia lexicográfica incurrió en más desaciertos que aciertos. Ángel Rosenblat lo catalogó como: “(...) el padre putativo de una infinita caterva de husmeadores de deslices (de presuntos deslices, por lo común)”². Con esta declaración, Rosenblat juzgó a Peoli con el lenguaje del desdén, el mismo que éste, unas décadas antes, empleó contra sus criticados. Así le pagaba con la misma moneda, poniendo en evidencia la frase bíblica: “con la misma vara que midas, serás medido”. Julio Planchart lo tanteó al pie de la letra. Empleó el mismo jarabe de la crítica literaria: *lapi-des loqui* (hablar con piedras, maltratar de palabras, insultar), para luego denostarlo con los siguientes desmanes:

Peoli mezclaba, sin amalgamarlas bien, sátira y crítica. Es larga la torpe descendencia de este híbrido género, especie de bestia mular



literaria, que se diferencia de la alta crítica como una mula de carretera y mal comida de un hermoso corcel de batalla. En España esa fácil crítica de la palabra, a la que Herosilla dió impulso y alimento, tuvo su esplendor popular a fines del siglo (...) [XIX] con Antonio de Valbuena; y con las variaciones que impone el tiempo y la diversidad de talentos y capacidades exegéticas, ha sido continuada por Julio Casares y el Padre Cejador. Algunas veces en estos últimos, así como en Villergas, puede comparársele con una mula bien tenida y luciente³.

En nuestro concepto, flaco favor le hizo Planchart al análisis ponderado y objetivo del trabajo de Peoli, al referir valoraciones subjetivas carentes de discurso académico. La crítica literaria venezolana de la segunda mitad del siglo XIX, debe entenderse dentro de su propia realidad, y no fuera de su contexto histórico; no debe ser abordada como si se estuviese resolviendo un problema personal pendiente con el autor, porque eso contamina la salubridad del tema en estudio, restándole seriedad y científicidad.

Ahora bien, entre los desaciertos lexicográficos del biografiado, hallamos el cuestionamiento que Calcaño detectó en la explicación del sustantivo *díceres*, pues lo había definido:

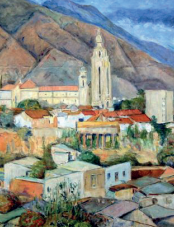
(...) como un venezolanismo incongruente y bárbaro, sentando que debía decirse *decires*. Efectivamente, el familiar *díceres* tiene la misma significación anticuada de *decires*, esto es, murmuraciones ó detracciones, dichos vagos cuyo origen se ignora y que frecuentemente son mal intencionados. (...) pero *díceres* es simplemente un arcaísmo, como lo comprueban su origen, su significación ya antigua en paralelo con las de *decires*, (...) *Díceres* es plural del anticuado *diçer*, *diser* ó *dísir*, que así significa *decir*, como *bajar* ó *descender*, y se formó del latín *dícere*⁴.

Del mismo modo, Peoli erró cuando propuso la modificación del término *mujer* por el de *señora*⁵. Por cuestiones de



gusto lingüístico, no le parecía apropiado “(...) que se dijese *mi mujer, su mujer, la mujer de fulano*; pero tal uso (...) (era) propio, corriente y culto”⁶. Planteó cambiar el vocablo de asesino por el de “(...) homicida, criminal, matador, heridor, etc”⁷; orín por óxido o herrumbre⁸. Rechazó, además, el empleo de las palabras: “(...) *suicidarse* (prefería *matarse*), *ovación* (le bastaba con *trunfo*) y *antagonismo* (consideraba que no era) (...) palabra castellana), (...)”⁹; lo correcto era expresar: *rivalidad, lucha* u *oposición*¹⁰. Afirmó que en el idioma castellano no se decía: “(...) *echar en rostro, sino dar en rostro*”¹¹; *tocar a la puerta, sino llamar a la puerta; tuvo lugar, sino tuvo efecto; confeccionar una ley, sino elaborar una ley; pasar desapercibido sino pasar en silencio o por alto, o pasar, simplemente; armonizar, sino acordar*¹².

Pese a ciertos desatinos, el crítico de San Sebastián de Maiquetía realizó algunos aportes. Entre ellos, notamos que fue “(...) el primero que en *El Pica y Juye* (1860) censuró el uso impropio de *dintel* por *umbral*, y (esto, según Calcaño) trabajo cuesta desarraigarlo”¹³.



NOTAS

126

EMAD ABOAASI EL NIMÉR

- 1 Julio Calcaño. *Op. Cit.*, pág. 206.
- 2 Ángel Rosenblat. *Estudios sobre el habla...*, pág. XX.
- 3 Julio Planchart. *Op. Cit.*, pág. 307.
- 4 Julio Calcaño. *Op. Cit.*, págs. 47-48.
- 5 Véase: *Ibidem*, pág. 206.
- 6 *Ibidem*, pág. 207.
- 7 *Ibidem*, pág. 206.
- 8 Vid: El Ingenuo. “Siguen los malos versos”. *El Heraldó*. Año I, Trimestre III, Número 70. Caracas, 30 de noviembre de 1859, pág. 3.
- 9 Ángel Rosenblat. *Estudios sobre el habla...*, pág. XIX.
- 10 Confróntese: Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, págs. 107 – 108.
- 11 El Ingenuo. “Continúa el adalid estrecho”. *El Heraldó*. Año I, Trimestre III, Número 76. Caracas, 21 de diciembre de 1859, pág. 4.
- 12 Remítase a: Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, pág. 107.
- 13 Julio Calcaño. *Op. Cit.*, pág. 578.

CRÍTICO LITERARIO
POLÉMICO Y SEVERO





Los textos de crítica literaria de Peoli¹, en nuestro modo de ver, no solo son fuentes que develan ideas en torno al oficio de escribir, sino también, son documentos históricos que permiten conocer el desarrollo de las polémicas “eruditas” sobre lexicografía y gramática en la Venezuela de la segunda mitad del siglo XIX, por lo que son de consulta necesaria para comprender cómo fue desplegada esta actividad por el autor en estudio, a propósito de que: “En los primeros años de vida republicana era significativa la enorme libertad que había para que la prensa expresara opiniones y puntos de vista”².

La mayoría de sus artículos de crítica literaria (salvo dos: “Poesías del Sr. Domingo Ramón Hernández” y la reedición ampliada de “Continúa El Adiós y el Rosal”) se circunscriben al periodo de la Guerra Federal. Dentro de ese contexto, mientras arreciaba el “plomo bélico” entre liberales y conservadores, el “plomo de la imprenta” seguía su curso, y en la prensa ocurrían fuertes debates entre escritores y críticos, por las enjundiosas exigencias de éstos. Hubo interesantes discusiones por la correcta manera de escribir, y Alejandro Peoli Mancebo, desde la trinchera académica, con su pesada artillería lingüística, supo hacer estragos en los textos de varios literatos.

Indudablemente, este escritor es uno de los intelectuales venezolanos que, a escasos años de iniciado el periodo



republicano (al igual que lo fueron en su momento Andrés Bello³, José Luis Ramos⁴, Ramón Esparza⁵, Vicente Hernández Ayala⁶, entre otros) fue custodio del buen desarrollo de las letras patrias, pues estaba consciente de la importancia de dicho desarrollo en la formación de la cultura nacional. *Motu proprio*, asumió el reto de ser un gendarme literario (como A. P. Colludrovich, Cleto, M.S.P., Jesús M. Pozo, etc)⁷, con el objeto de preservar el buen manejo de la lengua escrita. En sus cuestionamientos fue severo, cáustico, irónico y zahiriente. No en balde, Mariano Picón Salas lo llamó: “el feroz aristarco de nuestro Romanticismo”⁸. El fin último de su oficio era exigir a los literatos el mayor rigor académico. De allí su acritud, como excusa pedagógica, para advertirles que en el desarrollo de las letras debían ser cautelosos a la hora de rotular la palabra sobre el papel, porque: “(...) para escribir al público es necesario nacer con talento y haber estudiado y aprendido mucho, que todo palo no es para trompo; que los literatos, los poetas, los hombres de Estado no se forman como bombas de jabon”⁹. Consideraba que la escritura es un arte, y por su alto nivel de exigencia no cualquiera gozaba del numen para desarrollarla. Así lo refirió en el siguiente cuadro costumbrista:

Conversaciones literarias hemos visto publicadas, donde se manifiesta que en esta tierra de Dios todo el mundo es escritor público de gran nota y nombradía, hasta el gato de la cocina; y el autor de aquellas pláticas ha merecido aplausos, atenciones y un elevado puesto en la inteligente caterva¹⁰.

En su cúmulo de reprensiones y advertencias, expresó que en todas partes rondaban “literatos” como insectos, en cuyas vanidades egocéntricas –haciendo alarde de sus textos– se volvían molestos, impertinentes y extravagantes. El engreimiento los hacía delirar, por lo que consideraba prudente encerrarlos para calmar sus desatinos e ínfulas: “Los escritores que dirigen



al público largos y fastidiosos artículos sin plan, sin objeto, y solo con el fin de aparecer como literatos, son moscas que deben encerrarse y morir en un hospicio: (...)”¹¹.

Peoli, en su práctica de “crítica literaria erudita”¹², también era riguroso con la calidad conceptual y estética del texto. Desde el inicio hasta el final, husmeaba obstinadamente en los escritos de sus reprendidos literatos. Su minuciosidad en la lectura le permitía detectar gazapos o deslices en la redacción, sobre los cuales elaboraba su veredicto infamatorio. A la manera de un severo maestro de la época, rígida e inflexiblemente, corregía el estilo con argumentos lexicográficos, filológicos y lingüísticos. Si las obras no se ajustaban a su criterio, eran objeto de una fuerte censura pública. Reprendía con hilaridad a los autores por haber escrito el texto de forma deliberada. A fin de cuentas, fungía como la voz de protesta de un académico que quería hacer valer su postura de catedrático de gramática y literatura castellana en la Universidad de Caracas. No en vano, en uno de sus artículos, expresó:

(...) al acometer la desagradable empresa de criticar los abusos, las ridiculeces, los vicios y los malos versos, que son peores que todos los vicios juntos, no tenemos otro propósito sino el de contribuir con nuestra pequeña inteligencia á la felicidad de esta República¹³.

Con su pluma aguda, punzante e incisiva, fue muy astuto en el manejo de la palabra. Su peculiar manera de llevar a cabo la crítica literaria, le permitió desplegar una estrategia suspicaz que a cualquiera desarmaba: jugar al descontexto de textos para pretextos. En su razonamiento, era capaz de mostrar cualquier escrito como un bodrio. Para ello apelaba a retruécanos, solecismos, contrastes del lenguaje figurado con el sentido literal, dudas razonables, preguntas de lógica filosófica sobre el significado y el significante de las palabras, entre otros. No cualquiera podía rebatirle sus aseveraciones. Quien



lo hiciera, debía tener sólidos argumentos sobre el trinomio: gramática, léxico literario adecuado y lógica en la expresión de las ideas. Pues, según Felipe Tejera:

Era Peoli de los más notables prosistas de Venezuela, con un estilo suelto, puro, castizo y sazonado con galas y sabor a los escritores del siglo de oro. (...) muy acucioso y nutrido de buena doctrina, pues poseía una erudición clásica y selecta, seguía la escuela zahiriente de Villergas, y más que a corregir los errores del autor, su crítica parecía hecha para anonadarle y hacerle enmudecer. Por una falta gramatical era capaz de enviar al poeta a servir de peón de una labranza, como lo hizo con Juan V. González y Abigaíl Lozano. Ya se ve que esta crítica no corrige sino exagera, e hierde más al escritor que al escrito. (...) Peoli no se contraía al fondo sino a la forma de la obra que criticaba y se paraba minuciosamente sobre pequeños deslices y faltillas que no ameritan ni siquiera el apuntarlos, sobre todo, si el trabajo que se examina lo avaloran bellezas superiores en otros respectos. Peoli era siempre el maestro de gramática, pronto a corregir al discípulo hasta un desliz de puntuación y a descargar todo su rigor, como pecado abominable, sobre un error de sintaxis o sobre un neologismo superfluo. *El aclimató entre nosotros ese sistema de crítica deplorable que consiste en amenguar o deprimir hasta la saciedad el mérito de un trabajo literario o de un autor, por cualquier violación de la gramática o la retórica, como si únicamente en la pureza del lenguaje se fincara la excelencia de una obra, y como si fuera posible hallar autor libre de estos pecados en ninguna literatura*¹⁴. (Cursivas nuestras).

Entre los escritores que tuvieron la mala racha de ser vapuleados por el censor inconcuso en estudio, figuran los nombres de “(...) los tres poetas del naciente romanticismo venezolano”¹⁵: Abigaíl Lozano, Francisco Guaicaipuro Pardo y José Antonio Calcaño; así como también: Juan Vicente González, Miguel Carmona y Ramón Ramírez. El bardo Domingo Ramón Hernández, fue la excepción en no ser rebatido, por el contrario, su trabajo lírico fue elogiado.



Como era de esperarse, en un momento tan violento como el siglo XIX venezolano, hubo batallas de palabras entre Peoli y sus cuestionados. Cada cual, con sus pertrechos verbales, defendió su dignidad e imagen pública de literato. En la prensa de entonces, hicieron gala los mejores argumentos lógicos y persuasivos en torno a la escritura, donde se desarrollaron polémicas lingüísticas de alto calibre. Fue un pugilato de titanes literarios de la época que, en una verdadera lucha de poder intelectual, lidiaron por demostrar sus conocimientos en torno a lo que hacían: labrar la palabra escrita¹⁶.



NOTAS

- 1 Julio Planchart. *Op. Cit.*, los cataloga como: "(...) artículos de sátira crítico-literaria que provocaron la polémica", pág. 306.
- 2 Mirla Alcibiades. *Manuel Antonio Carreño...*, pág. 34.
- 3 Cfr.: Andrés Bello. "Juicio crítico de Don José Gómez Hermosilla". *Edición facsimilar de la revista literaria por J. V. González (1865)*. Tipografía Vargas. Caracas, 1956, págs. 490-496, 507-511, 525-528, 536-540.
- 4 Concúrrase a: "Juicio del señor J.L. Ramos acerca de dos composiciones del señor J. H. García (1830)". Mirla Alcibiades. *Ensayos y polémicas...*, págs. 3-10.
- 5 Remítase a: Ramón Esparza. "La cítara de Apure o las melodías del desierto (1856)". Mirla Alcibiades. *Ensayos y polémicas...*, págs. 137-163.
- 6 Vid: Vicente Hernández Ayala. "Literatura". *El Venezolano*. Caracas, 6 de julio de 1844, pág. 4. Mirla Alcibiades. *Ensayos y polémicas...*, págs. 63-69.
- 7 Estos autores son contemporáneos con el periodo en que Peoli publicó sus artículos de crítica en la prensa caraqueña. Recomendamos la lectura de: Emad Aboasi El Nimer. *Ideas y letras...*, Capítulo VI: "¿Crítica o polémica literaria?", págs. 261-315.
- 8 Mariano Picón Salas. *Op. Cit.*, pág. 90.
- 9 Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, pág. 34.
- 10 *Ibidem*, pág. 14.
- 11 *Ibidem*, pág. 44.
- 12 Vid: Mariano Picón Salas. *Op. Cit.*, pág. 91.
- 13 El Ingenuo. "Siguen los malos versos". *Op. Cit.*, pág. 2.
- 14 Felipe Tejera. *Op. Cit.*, págs. 295-296.
- 15 Ángel Rosenblat. *Estudios sobre el habla...*, pág. XIX.
- 16 Para ampliar más sobre este tópico recomendamos la lectura de: Emad Aboasi El Nimer. *Ideas y letras...*, Capítulo VI: "¿Crítica o polémica literaria?", págs. 261-315.

ATAQUES A
ABIGAÍL LOZANO





Al primer escritor que Peoli sentó en el banquillo de la crítica (oculto bajo el seudónimo de El Ingenuo) fue al poeta Abigaíl Lozano¹. El 16 de noviembre de 1859, publicó en *El Herald* de Caracas un artículo titulado –igual que un poema de Lozano–: “El adiós y el rosal”², al cual cuestionó verso por verso, como quien va desarmando un artefacto y va explicando las partes que lo contienen. La invectiva la inició con el siguiente epígrafe: “Nosotros experimentamos un sentimiento doloroso al ver tantas penas, tantos cuidados y tiempo perdidos, sobre estos versos tan arrullados, tan mimados...”³. Y añadió entre paréntesis: “Tomado de un libro que no ha visto el poeta”⁴. En realidad, este encabezamiento tiene su razón de ser: En 1854, Juan Vicente González, mediante un artículo, celebró la Oda a Barquisimeto escrita por Lozano; elogió sus estrofas como “(...) reveladoras de ‘un corazón templado al fuego de las grandes pasiones’, (...) [e invitó] a romper la lira en que se cantaron los devaneos de la mocedad, para ser ‘la voz de la patria en el corazón del pueblo’⁵. Pero, a González se le fue un gazapo: citó una frase del escritor francés Saint-Beuve y omitió entrecomillarla. Por ello, Peoli la empleó como epígrafe, y con malevolencia, entre paréntesis señaló: “Tomado de un libro que no ha visto el poeta”⁶. Con esta “saeta de doble punta” calificó de ignorante a Lozano, y, con reticencia, tildó de plagiador a su panegirista González⁷ quien, pese al gran



“torrente de su erudición”, no flaqueaba ante el plagio⁸, copia-
ba textualmente frases, párrafos y pensamientos sin citarlos⁹.

Luego, inició el cuestionamiento del poema de Lozano en estos términos:

Hemos leído una composición INÉDITA (que así debió haberse quedado) cuyo título es “El adiós y el rosal”, y con un aditamento que nos ha traído a la memoria los embrollados nombres del *Diario de Avisos*, pues una poesía INÉDITA publicada, tomada del libro Amor y Lágrimas, también INÉDITO, que está dentro de un *Arpa de los Andes*, que nadie conoce, es cosa de confundir al más entendido¹⁰.

De manera satírica, analizó el argumento central de la oda; retorció el sentido metafórico de sus imágenes hasta mostrarla como un bodrio. Pero, primero la contrastó con versos de Tíbulo, poeta latino del siglo I a.C., para justificar, a través de una hipotética historia absurda, toda una explicación gramatical, conceptual y semántica que daba cuenta del palabrerío vacuo de la estrofa analizada:

El asunto de la composición se reduce a que el autor amó a una Maga, es decir, a una bruja, que por haberle hechizado hasta el extremo de precipitarle a dar a luz la peregrina y nunca bien alada historia de sus amores, pensamos que no sea tan caritativa como aquella de que nos habla Tíbulo:

¿Pues no me dijo la *maga*
¡Tan peregrina en su arte!
Que sus conjuros y yerbas
De mi amor pueden curarme?

Los amantes se separaron en un campo de batalla, lo cual no es de extrañarse si se considera que en toda separación hay batallas y peligros de consecuencia; también tenía un *rosal*, que es parte integrante del argumento, porque fue abandonado por el mozo en razón a que



la tímida paloma que anidaba en sus hojas creyó conveniente marcharse en busca de una mansión más abrigada y segura; pues un nido en unas hojas está muy expuesto a que se lo lleve el viento; y si no fuera porque sabemos que ciertas ideas caben en algunas cabezas, no podríamos explicarnos cómo la Maga se encogió tanto que cupo en un nido. Pero tal vez sucedió por vía de encantamiento, porque no debemos olvidar que la Señora era bruja¹¹.

La revisión minuciosa de cada palabra puesta en cada estrofa, era una de las más fuertes armas lingüísticas de Peoli. Con mirada atenta y milimétrica, detectaba detalles nimios que a cualquier escritor y/o editor se le podían escapar. Pero, para él, eran excusa perfecta para conjeturar y armar sus peroratas mal intencionadas contra la obra que estuviese examinando. Otras veces, se detenía en el abuso de adjetivos en el que incurrían muchos autores patrios, o en la sonoridad cacofónica que producían algunos versos. Su labor era tan pormenorizada, que parecía un cirujano del lenguaje. En vez de bistrurí en mano, con papel y tinta, en su agudo análisis, disecaba textos completos, pliegue por pliegue, para llevar a cabo su *leit motiv*. Tal como se colige en el siguiente párrafo:

Para contarnos esto nos regala, el autor con ochenta y ocho versos que, en puridad de verdad, no dicen todo lo que hemos referido. El poeta *rompe* el canto de este modo:

¡Ella partió!... (¡oiga!) Sus trémulos *adioses*
Cual *doble* de campana *funeraria*
Sollozan en la estancia *solitaria*

¿Quién será capaz de oír el *ió, io, oses, oble, aria, an, ancia*, sin que lo devoren las ansias más horribles? ¡Y esto en solo tres versos, los primeros del canto, por más señas!

Sus trémulos adioses. Quisiéramos ver unos adioses temblando, pues a pesar de lo que dejamos visto y de cuantos disparates hemos leído hasta ahora, no recordamos haber tropezado nunca con uno semejante. También es un fenómeno para nosotros, y digno de exhibirse,



una campana funeraria: con haber dicho doble de campana no había necesidad de aquel adjetivo, pues el doble es siempre funerario, porque es el toque de campanas por los muertos. Prescindamos de la comparación de los adioses con el doble de campana, porque estamos en noviembre¹² y no queremos más campanas, ni más muertos, cuando tanto que hacer nos dan los vivos.

SollozAN EN la estancia solitaria

Este verso es una campanada y un desatino: lo primero, porque nadie resiste el terrible sonido de *an, en, an, ia, aria*, en cinco palabras; y lo segundo, porque no puede estar solitaria una estancia donde hay nada menos que unos *adioses* que sollozan tan fuertemente como un doble de campanas. No sabemos a qué especie de seres pertenecen unos *adioses trémulos* que gimen, pero ello es que los había y en abundancia en el cuarto de la bruja¹³.

De los señalamientos que hizo al texto de Lozano, resaltó el mal empleo del adjetivo posesivo *su*, apócope de *suyo*; señalando incluso, cómo la reiteración de palabras y la rima generaban una desagradable sonoridad en la melodía del poema. En sus observaciones sobre la coherencia y el sentido lógico de algunas frases de la composición lírica, contrapuso lo metafórico con el enfoque racional, lo que, obviamente, hizo que los versos perdieran su razón de ser:

Voló con SU Suspiro mi Suspiro....
Corrió mi llanto con su triste llanto....
Enmudeció mi canto con su canto....
Despertó mi dolor con su dolor....

Qué repetición tan repetida y fastidiosa! ¡Ni una idea encontramos en tantas palabras! Lo único que encontramos son puntos suspensivos. Ignoramos a quién se refiere el posesivo *su* en *su suspiro*, si es al rosal, sustantivo más inmediato, o a la estancia, o a la campana, o a la palabra *literatura* que está más lejos, y que no debió haberse colocado sobre esta composición.



Enmudeció mi canto con su canto, quiere decir, en mal castellano, que cuando ella cantó él enmudeció; pero como esta interpretación hace aparecer a la Maga como una mujer insensible que cantaba en el momento supremo de la despedida, injuria que no queremos irrogarle, nos inclinamos a creer que el poeta quiso decir.... ¿qué fue, señor, que ya se nos olvidó?... ¡Ah, sí! que *cesó su canto* cuando ella dejó de cantar. Esto es bueno.

El *canto* y el *llanto*, el *dolor* y el *amor*, toda la estrofa, en suma, nos hace recordar las extravagancias de uno de nuestros más ramplones versistas, que nombraríamos a propósito si no fuera por el respeto que debemos al sepulcro¹⁴.

A medida que el crítico de San Sebastián de Maiquetía avanzaba en su invectiva literaria, la mueca irónica hacia el texto de Lozano, era mayor. Con distintos argumentos, dibujó infijos en el discurso; censuró, insultó y se burló de forma humillante del poema de este rapsoda carabobeño:

En la siguiente octava, que comienza con un “HEME con ella *en la inmortal llanura*”, se mezcla una batalla que allí se dio con la que *empeñó* el galán al despedirse de la dama (esto es picaresco), la sangre de los héroes con las lágrimas, y el trueno del cañón con un grito de dolor, que subió hasta el cielo, adonde debieran irse temprano los escritores que dicen tales despropósitos.

¿Qué importa *que* mañana en el *oriente*
Despierte el sol con soberana pompa

.....
Qué importa si la Maga de mis sueños,
Dicha Del bardo cuanDO Dios quería...

¡Se necesita habilidad para reunir tantas cacofonías en tan pocos vocablos! *Que, que, ana, ana, iente, ierte, Di, de, do, dio, do*. Y como que tuvo el amante algunos disgustillos con la Maga, pues no siempre era esta su dicha, sino *cuando Dios quería*, es decir, tal cual vez, en los momentos en que Dios estaba de buen humor. ¡Dios mío, cómo te ultrajan! **¿Qué haremos para que estos poetas no mezclen**



el sagrado nombre de Dios con tantas porquerías que no deben nombrarse solas?

Cuando Dios quería, fuera de que no expresa la idea del escritor, que fue *cuando le plugo a Dios en otro tiempo*, es una frase prosaica en extremo, que pudo hallar cabida en un artículo burlesco, pero nunca en una composición seria, del género erótico¹⁵. (Resaltado nuestro).

Peoli, para llevar a cabo su cometido, empleó como estrategia una retórica despectiva y retadora, acompañada de una fuerte dosis de humor corrosivo e hiriente. Detectó los desatinos gramaticales y los expuso de manera sarcástica, con el fin de someter al poeta a la afrenta pública, para que, en lo sucesivo, fuese más cuidadoso en el manejo del lenguaje:

Azucenas y lirios del desierto
 Donde las silfas olvidadas moran,

 Saludad a la hermosa cuando pase,
 Angustiado el semblante, mudo y frío,
 Vertiendo de sus ojos el rocío,
 Bella como la aurora tropical.

Esto es detestable. No es posible leer versos sin que sufra el tímpano más fuerte: el retintín *del, de, don, de, dadas, dad,* y los asonantes *oran, osa, ase, ante*, sin mencionar otros que tiene la octava, son capaces de herir las orejas de un asno, cuánto más las de un ser racional.

Saludad a la hermosa cuando pase. Esta frase no es aceptable ni como mala prosa; el poeta da a las flores el mismo recado que damos a un sirviente: “*Cuando pases por la tienda compra el chocolate*”. Una mujer angustiada, que llora la pérdida de su amor, no tiene el semblante mudo y frío como dice el poeta, sino expresivo y ardiente, porque cuando el alma se conmueve tiembla el cuerpo, y la angustia pone en eferescencia la sangre, no la entibia. La fisonomía del hombre revela el estado de su alma, y cuando aquella está muda y fría es porque no le agitan las pasiones, o porque está muerto.



Y si no fuera por el respeto que nos inspira, el bello sexo, diríamos al autor que le tocaba el *semblante* a una mujer angustiada, para que viese si quemaba o no.

Tampoco es cierto que una mujer angustiada vierta de sus ojos EL rocío, pues éste no es más que propiedad de la naturaleza, un vapor que se condensa con la frialdad de la noche y aparece en gotas por la mañana. Podía haber dicho que *vierte rocío de sus ojos*, no EL rocío, porque con el artículo se determina.

Decir que una mujer angustiada es bella *como la aurora tropical* es un símil descabellado, porque no hay semejanza sino oposición manifiesta entre una mujer angustiada, es decir, afligida, triste, y la aurora tropical, que es tan alegre, tan risueña, tan encantadora. Esto equivaldría a comparar una joven en un sarao con un ataúd en el cementerio¹⁶.

Sin muestra, siquiera, de un ápice de encomio, sino más bien, con la exagerada soflama de sus burlas, mostró las imágenes poéticas de Lozano como palabras en desorden, puestas sin reflexión sobre la hoja de papel. Fue tal el cuestionamiento, que algunos versos los expuso como una mezcla de vocablos inconexos, que se contradecían entre sí:

¡Ah! ¿dónde, dónde estás? ¿Por qué mis brazos
Se abren y cierran hoy en el vacío?

En cuanto a la dureza de estos versos, léalos quien pueda; respecto a las ideas ¿qué es lo que cierran los brazos? Habrá querido decir el escritor SE *cierran, se unen*; y entonces, ¿por qué no lo dijo?, ¿por qué le dio al verbo *cerrar* la forma activa? Se nos contestará que es una licencia poética; pero en este caso hasta los arrieros tendrían licencia para hacer versos. Es verdad que los poetas pueden faltar en algunas ocasiones a la construcción gramatical de los verbos, pero es cuando del uso de esta horrible licencia no resulta un absurdo, como lo hay en los versos o palabras del Sr. Lozano. Y suponiendo que hubiera dicho *se abren y SE cierran hoy EN EL VACÍO* (figura por cierto que hace representar una muy fea al Sr. Poeta, porque un hombre



abriendo y cerrando los brazos es capaz de hacer correr a cualquiera), preguntaremos ¿y dónde se abrían y se cerraban antes? ¿Sería en la Maga? Mas no comprenderemos cómo unos brazos pueden abrirse y cerrarse EN una mujer. Este es un logogrifo¹⁷ admirable. Tal vez quiso decir el poeta que antes abrazaba a su querida y ahora no abraza a nadie; pero entonces, repetimos, ¿por qué no lo dijo U., hombre de dios, y nos sacara de una vez de tantos apuros?¹⁸.

Así, con valoración moralista, descontextualizó unos versos del poema “El adiós y el Rosal”, y los develó como sicalípticos y perversos al oído de los lectores beatos. Aunque, en realidad, no atacaban el pudor, ni se referían a partes íntimas, ni a actos indecorosos que atentaran contra las buenas costumbres; tampoco eran palabras soeces. Solo que, Peoli, con su habilidad en la escritura, sabía manipular constructos analíticos –muchas veces, desde la base de sofismas– y generaba toda una alharaca para persuadir al lector de que él tenía la razón. Además, en su sagacidad retórica, apelaba a alguna frase o sentencia de algún autor consagrado para darle mayor sostén a sus argumentos, develando que lo argüido tenía basamento teórico. Tal estrategia, era una forma de hacer alarde de su erudición frente al cuestionado:

Viudos están mis *labios* de tus *besos*.

Este verso nos produce cierta comezoncita en la boca. El autor ha querido darnos dentera, pues no se conforma con decir que abrazaba, sino que también había en el juego *labios y besos*. ¡Esto se llama hablar claro! ¿Qué fin se propondrán estos poetas con revelarnos y sacar a luz escenas tan privadas, que deben perderse en la oscuridad de un dormitorio? ¿Qué ganaremos nosotros con saber que hubo tales pruebas de amor? ¿Qué papel representan en una composición? Si nos descuidamos con estos poetas nos arrastrarán hasta meternos debajo de una cama. Por una falta, no tan grave, dijo Hermosilla: “Solo quisiera que se hubiera omitido la palabra *beso*, porque tratándose de amantes, presenta con excesiva desnudez una idea voluptuosa”. El contubernio de los *labios* con los *besos* es también original; pero por fortuna murió la moza, y habiendo quedado *viudos*



los *labios*, no habrá más escándalos ni ruidos. ¡Que la tierra le sea ligera!¹⁹.

145

El feroz aristarco, con sus acostumbradas lecturas malevolentes, manipuló uno de los significados del término demandar, aparecido en el poema de Lozano, para referirlo solamente al campo jurídico en el cual se empleaba con más asiduidad; mostró como algo risible el hecho de que el poeta hubiese preguntado sobre el paradero de su ángel guardián, pues, según él, en poesía era una pregunta muy grotesca:

Y *cuando* al cielo, al *munDo* les *demanDo*
En *Dónde* está mi serafín *queriDo*...

El verbo demandar en la acepción de preguntar es un arcaísmo que huele más bien a notaría que a otra cosa, y prueba que el autor tiene más vocación para abogado que para poeta. Además carece de memoria el Sr. Lozano, puesto que sabiendo que su adorada está en ESOS bosques, es decir, en unos bosques determinados, adonde podía ir y entrar a la hora que quisiera, porque los bosques no tienen puertas, la busca como a cosa perdida, y le pregunta, nada menos que al cielo, dónde es que está la pobre muchacha²⁰.

Con el fin de seguir ninguneando el estilo poético del bardo *in comento*, de manera punzante, le indicó que la conjugación en participio pasado y la reiteración de vocablos creaban ecos en algunas voces, haciendo estruendoso el ritmo y la melodía del verso. Tal vez, la sugerencia era válida y apreciable. Empero, el modo de expresar su crítica no era adecuado, tampoco académico. Más bien, obedecía a un discurso biliar, cuya insolencia y antipatía campeaban en la disertación:

Los tristes ecos me responden: “¡IDO!” ...
“¡IDO!”.... repite el viento gemidor
¡Amor!.... ¡Amor!.... encantadora fuente.



¡Este participio IDO! Por sí solo es capaz de espantar al más valiente y destruir la reputación literaria mejor sentada. ¡No sé qué cosa mala nos hace recordar este participio IDO! ¡IDO! Hasta ahora habíamos oído el eco después del sonido, pero el sonido después del eco es un fenómeno de acústica que no estaba escrito. Es necesario estudiar mucho para imponerse uno de todos los progresos de la ciencia. Sabemos que la comida se repite, que los versos malos se repiten también, que hay relojes de repetición como hay versos de repetición; pero ignorábamos que el viento repitiese los ecos. La idea es ingeniosa, y puede estar seguro el autor que nadie la repetirá²¹.

Las metáforas de Lozano fueron observadas literalmente. Razón por la cual, los versos se tornaron en un batiburrillo de términos. Ello es evidente, porque al examinar la expresión poética bajo la *lupa racional*, la proyección del *numen pasional* perdía sentido, y, la aseveración del crítico relucía irrefutable. Obviamente, cada palabra en cada imagen poética debe meditar-se, antes que escribirse a troche y moche. Empero, Peoli confeccionaba conjeturas cínicas de lo que, presuntamente, quiso decir el escritor y, entonces, terminaba satirizándolo. (¡Y lo hacía muy bien!). Si su intención era divertirse humillando al poeta, y, por supuesto, entretener al lector con sus mofas, consideramos que lo logró. No en vano, era un calificado bufón de la escena literaria divulgada en la prensa capitalina de la segunda mitad del siglo XIX. Leamos el siguiente extracto:

¡Amor!.... ¡Amor!... encantadora fuente,
Donde se ven los ángeles del cielo,
¿Por qué desdicha en este bajo suelo
La sombra que te sigue es el dolor?

Esta octava es más baja que el suelo a que se refiere el poeta; es toda entera un ripio despreciable. *Los ángeles del cielo*: esto equivale a decir los agricultores de la tierra o los disparates de los disparates. Aquel complemento, que nada completa, se lo ha puesto al verso el Sr. Lozano, como se pone un hombre feo y tuerto un ojo de vidrio, para llenar un hueco y quedar más espantoso. Hay frases pleonásticas que



dan más energía al discurso; pero la *del cielo* solo sirve para debilitar, para profanar el pensamiento, porque al decir *los ángeles* solamente, ya sabemos quiénes son, la idea se engrandece por lo mismo que nos referimos a unos seres que no tienen semejantes; y agregando el complemento, ofendemos a los ángeles, porque les damos a entender que ellos no son únicos, sino que tienen rivales en el mundo.

(...) vamos a tratar de la personificación del Amor, *encantadora fuente*. ¿En qué se parece el amor a una fuente? Esto nos trae a la memoria ciertas preguntas de los muchachos: ¿En qué se parece el Papa a un látigo? En que hace cardenales. ¿Y una ermita a un ético? En que no tiene cura. La única semejanza que encontramos nosotros entre el amor y una fuente, es que todo el que se enamora se ahoga. ¿A quién es que sigue el dolor, a la fuente o al amor? Sería curioso ver una fuente volando, perseguida por una sombra. ¿A que te alcanzo? ¿A que no me alcanzas? Pero supongamos que la cosa seguida sea el amor; y hablemos seriamente. El dolor no es ni puede ser la sombra que sigue al amor. ¡Ojalá fuera así, que jugaríamos con el dolor como se juega con una sombra, y buen cuidado tendríamos de que no nos alcanzase nunca, porque *¡pies para qué os quiero!* Mas por desgracia, el dolor no es sombra de nada ni sigue a nadie; lo sienten, lo llevan en el corazón todos los mortales, amen o aborrezcan, esperen o alcancen²².

De la minuciosa censura contra el poema de Lozano, el polémico crítico de San Sebastián de Maiquetía, se mantuvo en trece; siguió husmeando para demostrar, con variados argumentos y estilos analíticos, el presunto desorden de ideas en la estructura lírica que tenía bajo examen. Su taimado interés en disgustar al bardo, fue su principal estratagema. Luego de apostrofarle que la composición no servía, le sugirió que debía deshacerse de ella, pues, según él, sobraban razones para desbaratar el texto y darlo de alimento al cesto de la basura con prontitud, antes de que infectase la inocencia de los noveles escritores, quienes pudieran verlo como un paradigma a seguir, porque Lozano era un poeta popular y su nombre desfilaba en los periódicos venezolanos más representativos del momento:



Lira, da fin a tu lloroso canto.

¡Gracias a Dios! ¡Qué tunante es el autor! Para no hacerse responsable de las faltas de su canto, se lo achaca a la pobre lira, como si una lira pudiese cantar: harto ha hecho la infeliz con dejarse tocar por el bardo. La lira debe demandar al poeta ante el Tribunal del buen gusto por injurias de hecho, aunque es probable que el juez se inhiba por ser también parte ofendida.

Concluye el autor dirigiendo al *Rosal* un apóstrofe insulso, contradictorio y expresado en versos tan malos como los anteriores. Le encarga que guarde esa historia entre sus hojas y no la refiera a nadie, y luego le ordena que la cuente a la noche, y a los astros, y a su amante, y por último la publica, que es lo peor que ha podido hacer en su vida.

Si todas las poesías de *El Arpa de los Andes* son como “El adios y el rosál”, le aconsejamos al poeta que rompa el arpa, que tan malos sonidos debe producir, y se quede con los Andes que á lo menos producirán buenas cosechas de frutos.

“El Adios y el Rosal” es, en nuestro concepto, una pobrísima composición: ni asunto, ni plan, ni estilo, ni armonía, ni una idea, nada hemos encontrado en ella. No merece los honores de la crítica; pero hemos hecho este imperfecto trabajo porque, gozando el Sr. Lozano de cierta fama literaria, pueden sus versos servir de modelo y extrañar á los jóvenes que se lanzan ciegos en ese mar inmenso y peligroso de la poesía, a quienes debemos señalar los escollos, como á inexpertos navegantes, para que no naufraguen.

Por ahora le aconsejamos el mayor cuidado en la elección de los asuntos, pues del acierto en esta materia depende en gran parte el renombre de los escritores; (...) que escriba menos y estudie más, sin olvidarse de la naturaleza y del hombre, donde encontrará inagotable fuente de inspiración y dignísimos argumentos que deleiten o ilustren, no trivialidades que nacen hoy para morir al instante. Por último deseáramos que limase sus escritos y no los diese a luz sin someterlos previamente a la censura de personas doctas; porque la prensa, tan activa para enaltecer a los ingenios difundiendo sus



obras, lo es asimismo para castigar a los presuntuosos publicando sus necesidades²³.

149

El 10 de diciembre de 1859, Peoli publicó otro artículo, titulado “El Ingenuo. Continuará ‘El Adiós y El Rosal’”, en el que sigue su animadversión e insolencia contra Lozano. No en balde, dijo que la obra de éste era “(...) un cadáver *trémulo que gime*, (...) (una) pobre composición”²⁴. Además, se burló de él de modo estridente. Tomó palabras y frases de manera aleatoria de las imágenes poéticas: “Heme con ELLA en la inmortal llanura”, “Que el universo mundo en himnos rompa”, “Qué importa, si la Maga de mis sueños”, “Sepa la hermosa (...)”²⁵, para ridiculizar al poeta y mostrarlo como un quijote del trópico:

Entónces hincados de finojos ante vuestra excelsa sabiduría, os confesaremos que no hay en el universo doncella mas fermosa que la emperatriz de la inmortal llanura, la sin par y extraordinaria Maga del Toboso, conocida por toda la redondez de la tierra con el nombre y sobrenombre de “El Adios y el Rosal” de “El Arpa de Los Andes”²⁶.

Abigaíl Lozano contestó a éstas y a las anteriores críticas en un larguísimo artículo: “A uno que llaman por ahí EL INGENUO”, de 27 cuartillas, escrito en Saint Thomas, el cual incluyó como último capítulo en su *Colección de poesías originales*, volumen de 472 páginas que publicó en París en 1864, en la Casa de Th. Ducessois²⁷. Sin embargo, no pudo probar que eran “(...) buenos los versos en cuya composición entren inmediatas locuciones sonantes como en estos que le tacha con sobrada razón Peoli:

Ella partió... sus *trémulos adioses*
Cual *doble* de *campana funeraria*,
Sollozan en la *estancia solitaria*”²⁸.



Pese a que el bardo carabobeño “(...) defendió sus versos con gran sentido poético, y hasta con notable erudición, (...)”²⁹ no pudo evitar insultar a Peoli. Lo llamó hombre de mala fe, envidioso, mal patriota, aristarco, quijote, bufón, caza-sílabas, y hasta feo lo apellidó³⁰. No obstante, “(...) inseguro de sí mismo, terminó por rehacer —o echar a perder— algunos de los pasajes censurados”³¹. Develando así, la gran influencia que tenían los denuestos, para nada ingenuos, del censor de San Sebastián de Maiquetía. Éste, sobre el calificativo de feo, en un acto de burla burlando, le rebatió a Lozano que él era “más feo” “(...) y mas pesado porque (...) (era) mui *gordo*, tomando tambien este vocablo en su acepcion anticuada”³². Los comentarios sobre los aspectos físicos que se hicieron entre sí, en nada se correspondían al verdadero contexto de la polémica intelectual, pero, como el ejercicio de esta crítica literaria, muchas veces, incluía lo íntimo, fue una excusa para seguir molestándose e insultándose más allá de lo esperado.

La historia del epígrafe empleado por Peoli donde trató al bardo carabobeño como ignorante, y a Juan Vicente González de plagiador, no terminó. Pues:

Durante cinco años Lozano llev(ó) a cuestras el peso de esta contestación. Con toda paciencia, (...) (reunió) citas y ejemplos de las mayores autoridades del Parnaso, no para probar que la mencionada composición (...) (era) *buena*, sino para probar que la crítica del *Ingenuo* (...) (era) mala³³.

Al acopiar sus poemas y publicarlos en París en su *Colección de poestias originales*, señaló el nombre del autor y el título del libro, también la fecha y lugar de la edición de donde González extrajo el epígrafe (Sainte-Beuve. *Causeries du lundi*, Librería de Garnier Hermanos, 1852, Tomo quinto, pág. 304); y citó el párrafo en francés³⁴. Incluso, acompañó el texto con



un collage de referencias de varios escritores, para hacer alarde de que él también era un poeta ilustrado. De este modo, se sacaba la espina con El Ingenuo. Pero, mostró un lado flaco, al recriminarle a su crítico, con un dejo de abatimiento, que su malevolencia tenía como fin: “(...) echar por tierra en un solo día *una reputación literaria sostenida por espacio de VEINTE AÑOS dentro y fuera del país*”³⁵.

Peoli, quien era retador, desafiante, incisivo, porfiado en su oficio, y “(...) cuyo espíritu combativo, (...) no le permitía guardar silencio ni guardar rencores, (...)”³⁶ no le dejó pasar las aseveraciones a Lozano, ni le aprobó la nueva versión del poema que éste, siguiendo sus cuestionamientos de 1859, reescribió y publicó un lustro más tarde. Una vez que le llegó el texto a sus manos, le respondió en un artículo titulado: “Continúa el adiós y el rosal”, que incluyó en su libro *Artículos literarios* (1865)³⁷. Con un tono aparentemente sonso, asomó nuevamente la idea de que, en efecto, Juan Vicente González era plagiador³⁸. Esto evidencia que la cuestión se volvió personal. Pues, ¿cómo se justifica que después de tantos años, el crítico de San Sebastián de Maiquetía siguiese pendiente del escritor valenciano, para censurarle su actividad lírica y endilgarle cruentos descréditos a él y a su panegirista?:

Como nosotros no tenemos la obra del señor Sainte-Beuve, no nos es posible saber si el señor González merece el tremendo cargo de *plagiario* que usted le hace, quizá inadvertidamente. El señor Juan Vicente González está en el caso de contestar; pues su silencio nos convencería de que tiene razón el señor Abigail Lozano. De todas maneras, sea esto plagio ó no del señor González, el poeta ha podido, después de más de un lustro, conocer el libro á que nos referimos: si hubiera contestado inmediatamente, comprenderíamos que lo había leído, porque en cinco años un hombre puede descubrir mucho y hasta aprender á volar³⁹.



En este artículo de 1865, Peoli utilizó como epígrafe el verso 139 del *Ars Poética* de Horacio: “*Quid dignum tanto feret hic promissor hiatu? Parturient montes; nascetur ridiculus mus*”. A través de este poeta griego, oblicuamente le expresó a Lozano: “¿Qué cosa digna de tan sublime y enfático comienzo dirá el que promete esto? Las montañas están de parto...: nacerá un ridículo ratón”⁴⁰. A renglón seguido, con mueca zahiriente y jacarandosa le manifestó:

Hace como siete años que dimos á luz un juicio crítico de una composición en verso del señor Abigail Lozano, titulada *El Adios y el Rosal*, malísima bajo todos conceptos, lo que creemos haber probado de una manera inconcusa. Después de tanto tiempo trascurrido, y cuando ya nos habíamos olvidado de aquellos versos y hasta del mismo señor Lozano, sale ahora este poeta con un larguísimo artículo que llama *réplica*^{*41}.

La palabra *réplica* la acompañó con un asterisco, mediante el cual remite al lector a un pie de página. En dicho exergo, explicó la diferencia existente entre contestar y replicar, y le endilgó más ofensas al autor:

De paso diremos al señor Lozano que su artículo no es *réplica* sino *contestación*, porque para que haya *réplica* es preciso que preceda *contestación*. Según el Diccionario de la Academia española.- RÉPLICA. *La instancia ó argumento que se hace contra lo que se ha RESPONDIDO*.- Pero esto no es extraño, porque creemos que el poeta entenderá de idiomas extranjeros, pero del que ha mamado con la leche ignora hasta los rudimentos. Sobre la palabra *réplica* que usa el señor Lozano, véase la nota que está en la página 64 de su obra⁴².

Luego, con cinismo desaforado le expresó:

Pero dejemos aparte la chanza que no sienta bien cuando se trata de injurias, y digamos al señor Lozano que nuestro destino es recibir insultos en cambio de beneficios: ejemplo de esto es el mismo señor



Lozano, á quien le advertimos algunos de los muchos defectos de su composicion, los corrigió, y en vez de darnos las gracias, nos ofende atrocemente. Hasta ahora no hemos tenido el gusto de entrar en una polémica literaria con nadie: siempre nos llaman al terreno fangoso de las personalidades. Si guardaran silencio, creeríamos á lo menos que nos despreciaban. Qué desgracia! Esto nos contrista, señor Lozano⁴³.

De manera detallada, pasó a advertir todas las variaciones que el bardo carabobeño le hizo al poema “El Adiós y el Rosal”, precisamente, siguiendo las observaciones y cuestionamientos que le había hecho en noviembre de 1859, en el famoso artículo mediante el cual se generó una acalorada polémica, que hasta Juan Vicente González, meses luego, tuvo que salir en defensa de Lozano. Peoli dio a entender que no eran tan malas sus acotaciones de aristarco, porque, de lo contrario, Lozano no las hubiese tomado en cuenta ni hubiese modificado ni reescrito el poema debatido.

Acto seguido, le deshilachó la nueva versión lírica, y la fue contrastando con una lista de versos de autores de la literatura universal, que según su parecer, sí habían elaborado poemas en su justa y balanceada medida que exige la creación literaria. De la larga lista de autores, citó a los siguientes: Horacio, Lope de Vega, Fernando de Herrera, Francisco de Rojas, Zorrilla, Quintana, Arjona, Carvajal, Don José Bermúdez de Castro, Gil de Zárate, Martínez de La Rosa, Olmedo, Iriarte, Ovidio, Fray Luis de León, Moratín, Sigüenza, Lupericio Leonardo de Argensola, Don Patricio de la Escosura, Duque de Frías, Don Juan Nicasio Gallego, Madrazo, Burgos, Rioja y Don Diego Hurtado de Mendoza.

Para dar cuenta de la forma en que Peoli abordó el análisis del texto de Abigail Lozano, el vate venezolano más popular de su momento, citaremos el siguiente extracto:



Dijimos al poeta que *una mujer angustiada que llora la pérdida de su amor no tiene el semblante mudo y frío, sino expresivo y ardiente*; y que no podía verter de sus ojos *el rocío* sino *rocío*, sin el artículo. Además le advertimos que una *mujer angustiada* no podía compararse con la *aurora tropical*, que es alegre, risueña, encantadora; sino más bien con la tarde, con la noche, porque la noche es triste, melancólica: *nutrix maxima curarum*⁴⁴.

El vate inclinó la cabeza, aceptando nuestra corrección. Veamos Original.

Salud a la hermosa cuando pase
Angustiado el semblante, mudo y frío
Vertiendo de sus ojos *el rocío*
Bella como la AURORA tropical.
Corrección.

Salud a la hermosa cuando pase
Llena de angustia, de dolor sombrío,
Bañado el rostro en CÁLIDO rocío
Bella como la TARDE tropical.

Ahora sí que nos acabó de llevar el diablo con el CÁLIDO rocío. El rocío no es *cálido*, señor Lozano, y mucho menos *caliente*, que fue lo que usted quiso decir, porque deseando representar como *abrasadoras* las lágrimas de su amada, se figuró que este epíteto podía convenir al rocío, lo que es un absurdo de tomo y lomo. –CÁLIDO. *Lo que tiene virtud para dar calor; y así se dice que es CÁLIDA la pimienta*. Y ¿el rocío tendrá virtud para dar calor? –CALIENTE. *Se aplica al cuerpo que tiene calor*. De modo, señor, que nuestro clima es *cálido*, porque tiene virtud para dar calor; y una brasa es *caliente* porque tiene calor, es decir, porque quema. La cualidad característica del rocío, es la *frialidad*: puede llamarse *vivificador, líquido, puro*: pero rocío *cálido, caliente, ¡guarda, Pablo!*⁴⁵.

El crítico de San Sebastián de Maiquetía no sintió piedad por Lozano. Por el contrario, redobló su escarnecimiento, que la artillería de su cinismo campeó como una procesión hasta el final del escrito. Con aires de fanfarronería, puso de relieve la iniquidad en sus comentarios y, con artilugios de palabras, terminó el artículo con una sobredosis de sarcasmo:



Al concluir este artículo manifestamos al señor Abigail Lozano, que hemos comisionado á un hijo nuestro de treinta y seis meses de edad á fin de que le conteste si se le antoja al vate defenderse de los cargos que le hacemos; pues si invirtió más de seis años en escribir su réplica á nuestra ligera crítica, estamos seguros de que, para atacar estos renglones, necesita por lo ménos seis lustros, y para entónces ya nuestro hijo tendrá treinta y tres años, y estará en capacidad de habérselas con tamaño gigante literario como el autor de *El Adios y el Rosal*⁴⁶.

La polémica entre ambos literatos iniciada en 1859, con un supuesto carácter académico, y que luego trascendió hacia lo personal, se mantuvo hasta la muerte de Lozano, ocurrida en New York, el 8 de julio de 1866, cuando éste apenas contaba con 49 años. *El Federalista* dio cuenta de su muerte el 2 de agosto en una nota necrológica muy emotiva:

EL DULCE CANTOR DE VENEZUELA;
UNO DE LOS MAS GRANDES POETAS
DE AMERICA;

Entre los corazones del continente,
uno de los mas nobles y briosos;
Entre sus almas, una de las mas
bellas;
ABIGAIL LOZANO,
se ha hundido en la tumba
SU CUERPO;

ha ascendido á las regiones del
ideal divino

SU ALMA.

Murió en Nueva York el 8 de Julio
á la edad de 49 años!!!⁴⁷.



Vale la pena abrir un paréntesis discursivo para destacar que, no solo a Peoli le incomodaron los versos del vate carabobeño. Sino también, a otras personalidades decimonónicas. Citemos el caso del escritor, historiador y político español M. Menéndez y Pelayo, quien era miembro de la Real Academia Española y de la Real Academia de la Historia. Éste, en su artículo “poetas y prosistas venezolanos del siglo XIX”, fechado en Madrid, diciembre de 1885, le endosó rudos desmanes:

“*Abigaíl Lozano* (que era varón, a pesar de su nombre femenino), es, sin duda, uno de los más huecos y desatinados poetas que en ninguna parte pueden encontrarse. Sus composiciones son un conjunto de palabras sonoras, que halagan por un momento el oído y dejan vacío de toda forma el entendimiento. Para él la poesía no era más que el arte de hacer versos rimbombantes y estrepitosos.

(...)

(...) *Abigaíl Lozano*, que no tenía más condiciones que las de versificar rotundo, aunque monótono, inundó la América del Sur de alejandrinos calcados sobre el patrón de las *Naves* de Zorrilla, y tuvo una plaga de imitadores; (...).

(...) *Abigaíl Lozano* fué la caricatura venezolana de Zorrilla. Poeta sin gusto, sin estudios, pero de muy buen oído y de cierta fantasía que pudiéramos decir *pirotécnica* o de farol de iluminaciones, fué uno de los grandes corruptores del gusto en América; y la tolerancia que hasta críticos muy estimables, fascinados por el número y sonoridad de sus rimas, tuvieron con él, contribuyó a acrecentar el daño, haciendo incurables sus resabios⁴⁸.

Abigaíl Lozano, pese a haber gozado de tanta popularidad en vida, y haber encantado a muchos con sus composiciones poéticas; a otros, los desilusionó y así lo expresaron agriamente. Mientras tanto, *Alejandro Peoli Mancebo*, el crítico literario más odiado y detestado por los escritores capita-



linos de las décadas 50 y 60 del siglo XIX, siguió haciendo de la suyas. Sus sátiras, diseñadas con tanta fortaleza discursiva que metafóricamente caían como vigas de acero en el alma, siguieron zahiriendo a otros intelectuales de entonces, como veremos en lo sucesivo.

NOTAS

- 1 Nació en Valencia (Venezuela), el 25 de mayo de 1821; murió en Nueva York, en julio de 1866. Poeta, político y diplomático. Colaboró en el periódico caraqueño *El Venezolano* en 1841. En 1843, fundó en Valencia, dos revistas literarias: *Al Álbum* y *Flores de Pascua*. Fue Diputado por Yaracuy en 1860, y, Cónsul de Perú en Saint Thomas en 1861. En su viaje a los Estados Unidos de Norteamérica, fue Secretario privado del General mexicano Antonio López. Véase: *Diccionario general de la literatura venezolana* (1987), Tomo I, pág. 286.
- 2 El artículo fue publicado inicialmente en *El Heraldo* de Caracas, el 16 de noviembre de 1859, págs. 3-4. Luego, Peoli lo reescribió, y en 1865, lo editó en: *Artículos literarios*, págs. 49-57. En el 2007, fue compilado en: Mirla Alcibíades. *Ensayos y polémicas...*, págs. 205-222.
- 3 El Ingenuo. “El Adiós y el Rosal”. *El Heraldo*. Año I, Trimestre III, Número 66. Caracas, 16 de noviembre de 1859, pág. 3. Enrique Bernardo Nuñez. *Op. Cit.*, pág. 140.
- 4 *Ídem*.
- 5 Luis Beltrán Guerrero. *Op. Cit.*, pág. 113.
- 6 *Ídem*.
- 7 Véase: *Ídem*.
- 8 A propósito de esta tendencia de González, de transcribir omitiendo las normas de propiedad intelectual, Arturo Uslar Pietri, de modo justo y ponderado, argumentó:
Muchas veces me he preguntado con dolorosa duda: ¿por qué plagió Juan Vicente González? ¿Por qué tan gran escritor, dotado tan espléndidamente, incurrió en ocasiones en plagios tan transparen-



tes y visibles? Y he llegado a la conclusión de que fué por provincialismo, por orgulloso y rencoroso provincialismo. Su mundo se reducía a Caracas, a aquellos solemnes y orondos doctores, que él sabía ignorantes, o a aquellos militares, que él sabía ignorar. Para anonadarlos más en la hora de la invectiva o del despliegue de la comparación erudita, ya no le parecían suficientes los relámpagos de su propia pluma y entonces era cuando, con malévolos candor, echaba mano de Michelet o de otro y vertía páginas que no eran suyas, como plomo derretido sobre las cabezas de sus enemigos. Ese estrecho provincialismo fue la tragedia inconsciente de González. (Arturo Uslar Pietri. *Letras y hombres de Venezuela*. Editorial Mediterráneo. Colección de bolsillo Edime. Madrid, 1978, págs. 160-161).

- 9 Vid: Arturo Uslar Pietri, *Op. Cit.*, pág. 159.
- 10 El Ingenuo. “El Adiós y el Rosal”. *Op. Cit.*, pág. 3.
- 11 *Idem.*
- 12 Como el artículo fue escrito en ese mes, Peoli vio pertinente contextualizar la crítica con su realidad social, para darle mayor tono sarcástico a su invectiva, toda vez que, el 1 de noviembre, se conmemora el día de Todos los Santos; y el día 2, el de las almas, muertos o difuntos.
- 13 El Ingenuo. “El Adiós y el Rosal”. *Op. Cit.*, pág. 3.
- 14 *Idem.*
- 15 *Idem.*
- 16 *Idem.*
- 17 El logogrifo fue un estilo de escribir versos durante el siglo XIX venezolano. Tenía estructura de adivinanza. Planteaba al lector el reto de hallar las posibles respuestas ocultas, alusivas a elementos culturales o situaciones que estuviesen ocurriendo en la época. Luego pasó a llamarse Charada. Vid: Mirla Alcibíades. *Ensayos y polémicas literarias...*, pág. XV. Emad Aboaa-si El Nimer. *Ideas y letras...*, Capítulo IV: “La ingeniosidad y el hecho bélico”. “Epigramas, charadas, poemas y cartas...”, págs. 213-227.
- 18 El Ingenuo. “El Adiós y el Rosal”. *Op. Cit.*, pág. 3.
- 19 *Idem.*
- 20 *Idem.*
- 21 *Idem.*



- 22 *Idem.*
- 23 *Idem.*
- 24 “El Ingenuo. Continuará ‘El Adiós y El Rosal’”. *El Heraldó.* Año I, Trimestre III, Número 73. Caracas, 10 de diciembre de 1859, pág. 4.
- 25 *Idem.*
- 26 *Idem.*
- 27 *Vid:* Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, pág. 119. Enrique Bernardo Nuñez. *Op. Cit.*, pág. 139.
- 28 Felipe Tejera. *Op. Cit.*, pág. 189.
- 29 Ángel Rosenblat. *Estudios sobre el habla...*, pág. XIX.
- 30 Concúrrase a: Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, pág. 119.
- 31 Ángel Rosenblat. *Estudios sobre el habla...*, pág. XIX.
- 32 Véase: Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, pág. 119.
- 33 Enrique Bernardo Nuñez. *Op. Cit.*, pág. 140.
- 34 *Vid:* Luis Beltrán Guerrero. *Op. Cit.*, pág. 114. Enrique Bernardo Nuñez. *Op. Cit.*, pág. 140. Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, pág. 119.
- 35 A tal afirmación, Peoli le respondió: “Esto da lástima! Creemos que la reputacion literaria del señor Lozano, á fuerza de años envejecerá y morirá pronto”. Véase: Abigaíl Lozano. Citado por: Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, pág. 125.
- 36 Julio Planchart. *Op. Cit.*, pág. 306.
- 37 Véase: Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, pág. 119.
- 38 Remítase a: *Idem.*
- 39 *Vid:* Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, pág. 118.
- 40 Antonio Azaustre Galiana. “Citas de autoridades y argumentación retórica en las polémicas literarias sobre el estilo culto”, pág. 47. Disponible en: [file:///C:/Users/Usuario/Downloads/citas-de-autoridades-y-argumentacin-retrica-en-las-polmicas-literarias-sobre-el-estilo-culto-0%20\(2\).pdf](file:///C:/Users/Usuario/Downloads/citas-de-autoridades-y-argumentacin-retrica-en-las-polmicas-literarias-sobre-el-estilo-culto-0%20(2).pdf) Consultado el 18 de octubre de 2014. Hora: 5:00 a.m.
- 41 Véase: Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, pág. 118.
- 42 Cfr.: *Ibidem*, págs. 118-119.
- 43 Remítase a: Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, pág. 120.
- 44 “La noche es gran nodriza de preocupaciones”. Esta traducción es cortesía del Profesor Francisco Antonio Morales Ardaya.



160

- 45 Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, pág. 122.
- 46 *Ibidem*, pág. 130.
- 47 *El Federalista*. Caracas, 2 de agosto de 1866, pág. 2.
- 48 M. Menéndez y Pelayo. “Poetas y prosistas venezolanos del siglo XIX”. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. Tomo XCV, Número 380. Caracas, octubre-diciembre de 2012, págs. 95-96. Edición Centenaria.

EMBESTIDA LINGÜÍSTICA
CONTRA JOSÉ ANTONIO
CALCAÑO





Otro a quien le tocó sufrir el purgatorio en la pluma de Peoli fue a José Antonio Calcaño¹, por su poema: “A Mateo Vallenilla, Comandante del Batallón Convención, muerto en el Campo de Batalla”. Con el mismo estilo aplicado contra Lozano, en un prolijo artículo, entre tantas mofas, luego del siguiente epígrafe de Quintana: “Castiga la famélica osadía / de esta caterva estúpida y grosera / que nubla el lustre de la patria mia”², le señaló:

Parece que nuestro destino es vivir con lo que mas daña ó repugna: amamos la soledad y nos persiguen los hombres³; por eso no será que uno de estos días despertemos solteros y nos durmamos casados, que es como mas se duerme, ó que dejemos la tierra para entrar en el infierno. Ni en la imprenta nos es dado conseguir el aislamiento, porque casi siempre nos colocan al lado de fatales composiciones; como sucedió con nuestro juicio sobre *El Adios y El Rosal* que lo pusieron sobre una necrología del Sr. José Antonio Calcaño, que ni por estar á nuestras plantas la queremos, pues nunca hemos deseado pisar abrojos. El Sr. Lozano debe consolarse con esa inserción, porque á lo menos le probará que no está solo en el mundo, como poeta. Hasta ahora habíamos pensado que en la tumba descansaríamos para siempre; pero los versos del Sr. Calcaño nos hacen creer que ni allí estaremos libres de calamidades; pues hasta debajo de la tierra nos van á buscar esos hombres para atormentar nuestros oídos. No sabemos qué nos affige mas, si la muerte de nuestro amigo, el valeroso jóven Mateo Vallenilla ó el canto con que se acaba de profanar su sepulcro.



(...)

(...) la muerte, que muchas veces hemos deseado como un descanso, ya no la queremos tampoco, porque nos asusta la idea de que mas allá del sueño han de venir á despertarnos los versos y las necrologías⁴.

Días después, Calcaño le respondió a Peoli, pero “(...) no enfrentó dos maneras de entender el hecho poético sino, por el contrario, pretendió atacar a su oponente con argumentos salidos de la misma argucia argumentativa: apelar a la autoridad de los clásicos al enfrentar a su interlocutor”⁵. Lo llamó “libelista”, “reptil” y escritor de “larga cadena de parodias”. Entre toda la explicación erudita que trató de darle, con la sana lógica de la indiferencia, le expresó:

Y si es tan rematadamente mala una obra ¿qué más daño puede sobrevenirle? (...) ha dicho un célebre escritor español de nuestros días: ‘la crítica animosa no la toma en cuenta, porque contra las obras buenas es la víbora que roe la lima, y contra las malas, la gran lanzada sobre moro muerto; en cuanto a los ataques personales, los considero solamente como impertinencias de una mala educación’⁶.

Luego del anterior razonamiento, indirectamente admitió sus errores, justificándose con los deslices que tuvieron escritores de la literatura universal:

No hubiera de movernos a tomar la pluma, sin la consideración que más adelante exponremos, el vanidoso puntillo de querer alejar de nuestras humildes producciones toda sombra de defecto, cuando sabido es que abundan aún en las obras de los más celebres autores, (...)⁷.

En vez de polemizar, aclaró que el poema cuestionado lo escribió desde la profundidad del dolor causado por la muerte de un amigo. Su intención, entonces, era defenderlo de la mala fe del crítico, porque sabía que éste era especialista empleando



solecismos en su razonamiento para develar los textos como estrafalarios. Razón por la cual, le señaló:

165

(...) nuestro intento es únicamente apartar con piadosa mano el reptil que se acerca a marchitar las flores que hemos regado sobre el sepulcro de un amigo.

Rechaza *El Ingenuo*, en primer lugar, el verso que dice, hablando del héroe,

De Amor y Marte hijo.

y para ridiculizarlo apela a su recurso favorito, el de torcer el sentido y la significación local de las voces, apartando al lector a empujones del camino por donde le conducen ellas naturalmente, para llevarle por la tortuosa vereda y los enmarañados abrocales de su mala fe⁸.

Calcaño, con argumentos filológicos y lexicográficos, discutió las diatribas en su contra, haciendo de su apología una discusión de altura, en la que de manera académica trató de demostrar –conceptual y gramaticalmente– que su trabajo lírico no era producto de la improvisación ni del desconocimiento sobre el oficio de escribir poesía, como lo había expuesto el crítico literario de San Sebastián de Maiquetía:

Sin necesidad de hojear el diccionario para buscar la significación metafórica del sustantivo *hijo*, comprende el lector menos culto, a la más ligera lectura, que está usado en la acepción de *favorecido* (que trae aquel libro y que bien pudo no traer) porque basta para ello una mediana dosis de sentido común. ¿No sabe *El Ingenuo*, que cuando se dice *fulano es hijo de la dicha*, (ejemplo del diccionario de la Academia aumentado por Salvá, tercera edición) lo que se expresa es que ella le *favorece*, y no que fue dado materialmente a luz por ella? Y si son atributos de los padres la solicitud, el afecto y la predilección, y se dice del que estos dones recibe que es hijo del que los dispensa, y si pueden recibirse estos de más de un protector ¿puede nadie que no sea *El Ingenuo* tachar de absurda la frase *de Amor y Marte hijo* con



que se expresa que el joven guerrero era objeto de la predilección del dios del amor y del dios de los combates?

Huélgase el peregrino crítico con su chistosa censura respecto de este verso, y cree haber encontrado en su muy propio vocablo *contubernio* un rayo del Tonante; pero entre mil cosas de que no tiene la más leve noticia, ignora que “el maestro Ávila ha dicho *Casar la caridad con la fe*; y Fray Luis de Granada *Casar la fe con la razón*” (Baralt, *Diccionario*). El maestro *Ingenuo* dirá enfáticamente que él no usará nunca tales frases; y estamos convencidos de ello, no obstante que, sin que lo sepa, es tan frecuente en él imitar a aquellos grandes maestros, aunque en parodia, cuando acostumbra a *Casar la mala fe con la sinrazón*⁹.

Este acento discursivo, donde José Antonio Calcaño exhibió su conocimiento sobre la escritura, continuó. Como pretendía probar que él sí sabía de gramática, en términos cínicos, le siguió refutando a Peoli las invectivas plasmadas. De allí que le haya señalado lo siguiente:

“¡Un año que contiene a un adalid, y un adalid estrecho!”. No obstante que este cargo no es otra cosa que un eslabón de la larga cadena de parodias que el *Ingenuo* llama sus artículos de crítica literaria, no hemos de romper lanzas en defensa de la imagen empleada para expresar aquel pensamiento, en primer lugar, porque esto sería pasar a hacer la apología de nuestras concepciones, que en tan poco hemos estimado siempre; y en segundo, por más que dijésemos y probásemos, como respecto de los tropos y figuras del lenguaje sucede como de las fisonomías y los colores, que los pareceres disienten, podría en todo derecho contestarnos el crítico con Abenhamar.

Cosa puesta en razón, cosa muy justa,
Pero a mí no me gusta

En cuanto a la segunda parte de la censura, es diferente, porque ella lo que prueba no es ya otra cosa sino una supina ignorancia del valor de las preposiciones *en* y *a*, y de la diferente construcción que en casos como éste rige cada una de ellas para expresar sin embargo el mismo pensamiento. ¿No ve el crítico que lo mismo vale, por ejem-



plo, “las columnas del Heraldo vienen *estrechas a* tantos desatinos”, y, “tantos desatinos vienen *estrechos en* las columnas del Heraldo?”. ¿Ignora que el adjetivo *estrecho* tiene las significaciones de *ajustado*, *apretado*, porque tiene su raíz en el verbo *estrechar*, que vale *reducir a menor espacio alguna cosa*? ¿Cuán estrecho intelecto, y cuánto debe hallarse estrecha en él tan grande ignorancia!¹⁰.

Después de haberle expresado –al feroz aristarco– que sabía de su proceder analítico tan malevolente, metafóricamente jugueteó con un lenguaje alusivo a lo militar, para mofarse de él mediante el acento de la jerga castrense. Esta táctica empleada en la retórica se justifica por el ambiente caudillista e incendiario que se vivía en el país. Para entonces (1865), apenas habían transcurrido dos años del cese de la Guerra Federal y continuaban los enfrentamientos entre caudillos; cada cual, en su bando, apelaba a estrategias bélicas. Por ende, la actitud de Calcaño fue muy sensata al contextualizar su alegato de defensa, estableciendo analogías entre el caudillismo y la disertación poética:

¿Y qué diremos de su original sistema de extraer a los versos, ya las consonantes, ya las vocales, para colocarlas en fila, como soldados a que militen por su cuenta? Esto recuerda la estrategia de algunos combatientes, cuando, sin fuerzas que oponer al enemigo, ponen de pie sus muertos para engañar. ¿Qué sería, al peregrino sistema, de cuanto se ha escrito y pudiera escribirse? (...) ¹¹.

Finalmente, concluyó menospreciando la labor del censor inconcuso, a la que consideró anodina, sin sentido, alejada de la objetividad, irrelevante y opuesta a lo que, según él, debería ser un verdadero texto de crítica literaria:

(...) Pero ¿a qué ocuparnos más en tanta futilidad? Y ya que hemos hecho visible lo insustancial de la pretensa crítica del que ha creído poderse improvisar juez en literatura, sin los estudios necesarios y sin la imparcialidad y buena fe que requieren estas tareas, nos falta



solamente, parta concluir, echarle en rostro un cargo que unánimemente le ha hecho la vindicta pública; y le apostrofaremos con el hoy redactor de *El Herald*o, diciéndole:

“Os hemos sorprendido en flagrante profanación de un sepulcro”.

Cumplido se ha el funesto presentimiento que agitaba nuestra pluma, cuando en la misma composición censurada dijimos al glorioso mártir:

¡y aun sobre el mármol mismo
Que diga tu renombre,
La cifra de tu nombre
Mañana inmundada víbora
Escupirá tal vez!

Solo que no se ha aguardado a mañana...¹².

En respuesta a los precedentes argumentos, Peoli, como era de suponer, no guardó silencio. Redactó otro artículo más agresivo en el que hilvanó un rosario de ofensas contra Calcaño. A lo largo del texto le dirigió rudos vejámenes. En ninguno de los párrafos dejó, siquiera, una grieta por donde cupiera una luz de deferencia. Desde el título –donde lo llamó “adalid estrecho”– hasta el final –que concluyó con una inscripción mortuoria a modo de sentencia sobre la supuesta muerte literaria de Calcaño–, no dio descanso para endilgarle improperios. Como primicia del ludibrio, respaldó su artículo con dos epígrafes. El primero, del escritor español Leandro Fernández de Moratin: “Sátiras no: que producen / Odio y encono mortal; / Y entre los tontos padece / Martirio la *ingenuidad*”¹³. Y el segundo, una frase en latín con la que justificó la aspereza de sus argumentos: *Insani capitis nos multum durat amictus*¹⁴. Algo así como: “El manto de una cabeza loca (o el aspecto que ofrece la locura) nos endurece mucho”¹⁵.



Continuando con sus habituales ambages lingüísticas, de tergiversar el sentido de frases y palabras para hacer papillas al cuestionado, acosó a Calcaño con celo infatigable, develándolo como escritor de pensamiento desordenado. Con frases avinagradas, construyó en su contra una parafernalia insultante que expuso bajo la atmósfera de la maledicencia y la hilaridad. Tal como se evidencia en el párrafo que sigue:

Cuando ya nadie se acordaba de la pobre necrología del Sr. Calcaño, á quien creíamos penitente y arrepentido, viene como *sombra que alienta* á decirnos que nosotros tenemos razon y á probarnos que su prosa es peor que sus versos. Muchas gracias por su cortesía, Sr. Calcaño, y sepa U. que nuestra gratitud será eterna y tan grande que *vendrá estrecha en los términos de este año*. Quedamos enterados de que no hubo mala intencion ni picardías en lo de Amor y Marte, sino que el Adalid era solo *favorecido*; pero como U. no lo dijo, por eso nos espantó la monstruosa union: de modo que cuando se dice que Pedro es hijo de Ambrosio y de Merced, no se entiende que estos señores... pues... ¡en qué embarazos nos pone el Sr. Calcaño! Este hombre es capaz de embarazar a cualquiera! Decíamos que no se entiende que Pedro sea hijo de sus padres, sino solamente *favorecido*. Si yo, que soy soltero, le digo a una señora: “tengo tres hijos”, y ella me contesta: “no sea U. inmoral”, le respondo entonces: “he hablado metafóricamente: no son tres hijos los que tengo, señora, sino tres *favorecidos*”; y quedamos en paz. Y si á una mujer se le dice que es fea, no debe ofenderse, porque el propósito fué ensalzar su belleza. Sabemos, pues, que las palabras del Sr. Calcaño han de leerse patas arriba¹⁶.

Más adelante, agudizó la mofa de una manera tan sarcástica que en el discurso salió a relucir un cruel regocijo personal. Para mostrar que las ideas de Calcaño eran discordantes, empleó una juerga filológica, donde algunos vocablos adquirieron un tinte traslaticio y se acomodaron a otra perspectiva semántica, quedando expuestos sin cohesión. A pesar de persuadir con explicaciones eruditas, no disimuló su malsana intención de someter al escarnio público al cuestionado. Con

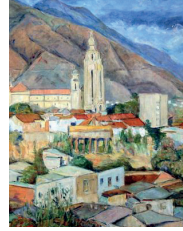


lacerantes humillaciones, lo representó como un ignorante enloquecido que apoyaba el “incesto poético”:

Pero el Sr. Calcaño manifiesta en seguida que su idea fue que Amor y Marte contrajesen matrimonio, puesto que quiere justificar tan abominable union con el ejemplo de *casar la caridad con la fe*; y como *Amor y Marte* es lo mismo que *caridad y fe*, con la única diferencia de que estas son virtudes y aquellos dioses ó pecados mortales, sucede que el Sr. Calcaño tiene razon. Sin embargo, debemos hacerle saber que, según la Mitologia, Amor es hijo de Marte, y por consiguiente el Adalid, ademas de todas sus desgracias, es hijo de punible y dañando ayuntamiento, ó lo que es igual, *incestuoso*. ¡Y despues no quiere U. que nos molestemos con sus cosas, Sr. Calcaño!

Pero hablando seriamente: de *casar la caridad con la fe* no se deduce que tengan hijos como el que U. hace dar á la luz á Amor y Marte: la cuestion es de *hijo*, no de *casar*; pero como para U. nada hay estéril, cree que la caridad y la fe procrean. *Casar*, Sr. Calcaño, significa, además de *contraer matrimonio*, *unir ó juntar una COSA con otra*; y en este sentido hasta las piedras pueden *casarse*, y U. y yo podemos *casarnos*? (lo que Dios no quiera) sin cometer el pecado mortal que U. atribuye á los pobres dioses, sin que haya entre nosotros union *estrecha*. ¿Cree U. que todo lo que *se casa* produce hijos, é ignora que hay quien los tenga sin *casarse*. Repetimos que es U. mui fecundo, Sr. Calcaño, y muy bueno para marido, mas no para literato. Si hubiera otro diluvio, que bien lo merecen los poetas como U. no tendríamos necesidad de arca para salvar los animales, porque con solo dejar vivo al Sr. Calcaño, á las tres horas habia mas animales que chinches! Qué fecundo es el Sr. Calcaño¹⁷.

Sin hacer a un lado el doble sentido en sus argumentos, parodió el comportamiento de las mujeres en cuanto a las posibilidades que éstas tenían de elegir a su Adonis, y bajo la suposición de que él fuese una de ellas, emitió opiniones. Obviamente, es una burda ironía simular desde el sentimiento femenino. En nuestro modo de ver, Peoli perdió la sindéresis al manejar un discurso afeminado. (Esto pudo haber generado suspicacia ante los ojos y oídos de los puristas del lenguaje).



Con la excusa de explicar sobre las peculiaridades de una dama del momento, se burló de Calcaño personalizando el ejemplo:

Si le digo que U. se ha *casado* con el Adalid, se entiende que están *unidos*, pero si aseguro que está U. tan *casado* con sus artículos, que no los repudia por mas infieles que le sean a U, se supone que hay algo de matrimonio. Por último, si afirmo que de la union de U. con sus artículos ha resultado un monstruo, que es la defensa de la necrología, entónces U. comprenderá lo que le dé la gana, porque U. yo, Sr. Calcaño, hemos nacido para entendernos. **Si yo fuera mujer lo habria elegido por esposo, no solo por sus buenas cualidades, sino porque, en caso de ausencia, mis hijos los [ilegible] yo como favorecidos, y nuestra paz [ilegible]**¹⁸. (Resaltado nuestro).

Apelando a su “(...) verbosidad ganada para el vilipendio, (...)”¹⁹ el censor inconcuso de San Sebastián de Maiquetía, siguió su análisis y le fue endosando más recriminaciones a su criticado. Le estampó denuestos que lo develó como una persona de pensamiento irreflexivo:

Por lo que toca á las estrecheces del Sr. Calcaño, parece que su idea fué manifestar que el Adalid quedó *ajustado* en los términos del año, esto es, que cupo; de manera que el Adalid era pequeño, y no valía maldita la cosa y de todos modos murió de *términos estrechos*. No quisimos amenguar tanto la inteligencia del Sr. Calcaño; pero él lo ha dicho y debemos creerle. El Sr. Calcaño esta enfermo; y como “anda diciendo tantos disparates y desatinos, da indicios claros de haber perdido el juicio, y ha sentido después de la critica que no todas las veces le tiene cabal, sino tan desmedrado y flaco que hace mil locuras; y no siente en sí valor ni fuerzas para sacar el cuerpo de la *estrechez* en que por su gusto ha querido ponerle”²⁰.

En franca correspondencia con lo anterior, mantuvo su versatilidad analítica con el fin de demostrar que José Antonio Calcaño escribía de manera incongruente porque no conocía bien las reglas de la gramática; razón por la cual, le aconsejó



leer un capítulo de la obra de Andrés Bello, para que aprendiera a escribir correctamente y no siguiera garabateando frases con estructuras ambiguas:

En lo que parece que tiene dudas es en lo de *clarines y atambores bélicos que se ven mudos callar*; y para desvanecerlas nos valdremos, no de términos gramaticales que no entiende este señor, sino de ejemplos. Si se dice: *los disparates no se critican*, no hay ambigüedad, porque los sujetos son seres inanimados, y ellos no pueden criticarse los unos á los otros; pero si U. escribe: *los hombres no se critican*, no sabemos si nosotros no debemos criticarlos, ó si son ellos los que no se critican, pues los sujetos son seres animados, lo mismo que los *atambores bélicos* que U. personificó. No sería malo que el Sr. Calcaño estudiase el capítulo XXIX de la gramática del Sr. Bello²¹.

Acto continuo, lo trató de neófito en literatura y, sin matizar ni suavizar su tono peyorativo, ni eludir nada, lo denigró de modo directo y frontal. Le reprendió el descuido en la disposición de algunas palabras que generaban un sonido desagradable; le increpó que en su “miserable ignorancia” no sabía diferenciar cacofonía de onomatopeya; incluso, lo trató de torpe, porque en vez de imitar las bellezas de los autores consagrados, repetía sus defectos:

Para justificar el Sr. Calcaño la horrible é insoportable cacofonía de su estrofa que comienza: *Mas tanTAS flores muerTAS*, y que no reproducimos por no mortificar al autor, cita ejemplos de onomatopeya y de *repetición*, figuras que se emplean, la primera para imitar, por medio de los sonidos, algun objeto, como otro sonido, el movimiento físico y sensible de los cuerpos ó las conmociones interiores del ánimo; y la segunda para llamar la atención sobre las diferentes ideas de una frase, ó para dar gran fuerza al discurso. De manera que el Sr. Calcaño no sabe distinguir la *cacofonía* de la *armonía imitativa*; y no hay mas que decir para probar su miserable ignorancia. Si el Sr. Calcaño supiese lo que es cacofonía, no le hubiera costado gran trabajo encontrar algunas en los poetas, aunque no como la suya, porque todo el mundo tiene orejas; pero en este caso, y suponiendo que el Sr. Calcaño insistiera en la monomanía de escribir, lo que no



creemos, le aconsejariamos que no imitase las faltas de los escritores, sino sus bellezas²².

173

La petulancia y la ignominia se entrecruzaron en la crítica de Peoli. Su temperamento escritural adquirió un tono de impudicia. Pese a que contrastó sus ideas con lo sostenido por especialistas del lenguaje y autores de la literatura universal, su léxico fue agudo, procaz y lesivo. Sin eufemismos, asedió al bardo cuestionado con una vorágine de voces malsonantes que el ultraje al honor y el menosprecio lograron señorío. A toda costa, la flama discursiva puso en evidencia la insolencia verbal, porque eran: “Palabras para la burla y el escarnio, palabras para convocar la agresión y el exterminio, palabras para llamar al deshonor y al desdoro, palabras para imprimir en el cuerpo la brecha de lo vulnerable y la herida de la maledicencia”²³. Desde el párrafo que transcribiremos *in extenso*, hasta el final del texto bajo estudio, la diatriba refleja una metástasis de oprobio. En cada línea se disemina la forma y fisonomía del discurso hiriente que no solo agravia el oído de Calcaño, sino que, por sus estentóreas groserías, suele ruborizar o escandalizar al lector de oídos refinados y preocupado por la delicadeza en el trato hacia el otro. En efecto, es una letanía insultante que cualquiera, en aquellos tiempos como en éstos, rechazaría de plano y no toleraría bajo ningún concepto. Menos, en la manera escatológica –quevediana y rabelesiana– en que se refiere a una de las acepciones de la palabra orín, para luego involucrar a Calcaño en su explicación excrementicia, indecorosa e inaceptable:

Y ¿qué haremos nosotros para olvidar las extravagancias y sandeces del Sr. José Antonio Calcaño?

El autor de la célebre necrología, no solo carece de oído y de criterio, sino también de olfato cuando vuelve a descomponernos el estómago con su ORIN. La segunda acepción de esta palabra, Sr. Licencia-



do, es *orina*; y no nos obligue U. á hablar mas claro. Dice el Sr. Gil y Zarate: “Hay vocablos que tienen doble sentido, y cuya significacion puede ser equívoca. El empleo de estas voces esta *enteramente fuera de lugar* en las obras sérias, de las que debe ser *del todo* desterrado”. Y no se refiere a significaciones indecentes, porque está demas expresarlo. La misma regla dan Hermosilla, Martínez de la Rosa y cuantos han escrito sobre el asunto. **El ORIN del Sr. Olmedo ni se ve, ni hiede, porque se halla debajo de muchas flores; pero su ORIN de U., Sr. Calcaño, que esta sobre óxido, y sobre víboras que escupen, y sobre estrecheces, y sobre una porcion de porquerías, no huele á ámbar; y mejor será no meneallo.** Y no se ponga á buscar faltas para justificar las suyas, Licenciado, pues le tendrán por un destornillado y al fin se volverá loco, si puede U. volverse loco. Si a U. le agradan mas los disparates que las reglas, y si carece de sentido comun para distinguir lo bueno de lo malo, se convertira U. en un disparate viviente.

No contento el Sr. Calcaño con ponerse en ridículo publicando otra vez sus originales despropósitos, vuelve á ensuciar el periódico con estos asquerosos versos:

Mañana inmundada víbora
ESCUPIRA tal vez

¿Dónde tendrá el Sr. Calcaño el juicio, el oído y el estómago? En ocasiones creemos que este Licenciado se burla del público, porque nos resistimos a pensar que de buena fe, y solo por ignorancia, publique tales desatinos é indecencias. Oiga U. á Hermosilla, caballero, y si U. no oye, no vuelvas á importunarnos mas, José Antonio:

“No solo en asuntos sérios, elevados y majestuosos, pero aun en los jocosos, humildes y sencillos, las metáforas nunca se han de tomar de objetos que puedan excitar en el ánimo ideas ASQUEROSAS ó torpes. Horacio se burlaba de un poeta que para dar á entender que nevaba, había dicho: “Júpiter escupe nieve cana sobre los Alpes”. Jupiter canâ nive conspuat Alpes. Y sin embargo, Lope no hizo caso de su juiciosa censura, pues dice:

No escupe celestial artillería
Mas balas de granizo, que la fiera
Gente peñas del mar.



“En donde además de que la metáfora es impropia, el término *escupe*, el cual produce una idea asquerosa, es el mismo censurado por Horacio”.

¿Le quedarán á U. mas ganas de escribir, Sr. Calcaño? ¿Quiere todavía mayor castigo?

¿O espera U. á que le coronen con su inmundia víbora? **Tenga compasión de su cuerpo, ya que no puede salvar su espíritu. Crea, Licenciado, que U. nos inspira lástima**²⁴. (Resaltado nuestro).

En conjunción con lo que venimos diciendo, Peoli no le puso frenos a la invectiva. Cual sádico de la palabra, arreció el escarnio con mayor fuerza. Si el Marqués de Sade sentía placer al infligir dolor en las entrañas de un cuerpo mediante sus acciones copulativas, este feroz aristarco de San Sebastián de Maiquetía lo hacía mediante el lenguaje, para nada erótico, más bien con ultrajes desgarradores:

El pobre Sr. Calcaño concluye su desgraciada é inoportuna defensa con esta fría, *cacofónica* y disparatada frase:

“Solo que no se hA AguArdAdo A mAñAnA...” Estos puntos suspensivos es lo único bueno del artículo, porque si *tacet insipiens sapienti nomine gaudet*²⁵. Este latincito y otros que U. encontrará en nuestros escritos, no se dirigen á U., señor, sino á ciertas personas que están en el secreto.

El Sr. Licenciado nos llama *libelistas*, y aunque esta palabra no es castellana, comprendemos lo que quiso decirnos. Nuestras críticas le han ofuscado hasta el punto de ver en ellas fantasmas que solo existen en su enfermo cerebro. U., está perdido, Sr. Calcaño; y Dios le vea con ojos de misericordia: cálmese, amigo: confórmese con su suerte y no tire coces contra el aguijon²⁶.

A renglón seguido, sin proscribir infamia alguna de su elegante pluma, ni amainar su encono desmedido, siguió disparando agravios de alto calibre. Como guinda para adornar el discurso, de manera humorística, fue desmontando un párrafo



del texto de Calcaño, por mera diversión. Y, con suspicacia, jugó con el doble sentido de la frase “un hombre muy grande”, a fin de poner en entredicho la sexualidad del poeta cuestionado:

La prosa del Sr. Calcaño es peor que su necrología: da vergüenza leer lo que escribe: sus disparates harían reír en boca de un niño. Basta decir que la imprenta del Sr. Zarzamendi, tan correcta siempre, no ha podido arreglar las palabras del infeliz escritor. Dice que *Cree de su deber dirigir algunas líneas al público. Al hacerlo está muy lejos de él (del público) la idea de importunarle (¿a quién?) descendiendo á contestar las inciviles personalidades (esto es con nosotros) con que el LIBELISTA El Ingenuo ha pretendido zaherirle* (mentira: yo nunca he zaherido al público, Sr. Calcaño, porque es un bello sugeto: anoche hablé con él y me dijo que su artículo de U. era muy bueno) *para probar que sus versos (yo no hago versos, Sr. Licenciado: déjese de calumniarme) no son buenos. AQUEllas y este ¿A QUÉ pueden conducir?* (no sabemos quiénes son *aquellas*, ni quién es *este*) Tenga U. muy buenas noches, Sr. Calcaño. Lo que sigue es lo mejor del cuento, porque no se entiende.

¿A qué tampoco sus profundas disertaciones, de que nada ha de comprender? (¿Quién no ha de comprender nada, Licenciado?) No se entienda que afrontamos con el libelista en pretensiosa defensa literaria de nuestros versos: (tantas flores muertas en tu estacion venusta) nuestro intento es únicamente apartar con piadosa mano el reptil (y si lo pica el reptil, Licenciado? dele palos mas bien, porque ya U. está muy picado y tan confundido que es capaz de apartar una culebra con la mano) que se acerca á marchitar las flores que hemos regado sobre el sepulcro de un amigo. No sea pícaro, Sr. Calcaño: cuando U. echó las flores estaban ya marchitas, escupidas y llenas de óxido y de orin. No nos levante falsos testimonios, porque peleamos de veras; y no afirme U. que nosotros apartamos al lector á empellones del camino, porque ni el camino da empellones, ni somos tan fuertes que podamos mas que los lectores: para U. El Ingenuo es un hombre muy grande: ¿quién sabe qué le habrá hecho?²⁷.

En el párrafo siguiente, definitivamente, rebasó la diatriba. Valiéndose de la lengua de la antigua Roma, no titubeó



para expresarle al escritor la peor de las ofensas: “*Vestum ut collegi, vestis mihi tota cácata est*”. Es decir: “Luego que recogí uno de los trajes, mi ropa ha quedado totalmente cagada”; o, “cuando me recogí el vestido, ya éste me había quedado totalmente manchado de excremento”²⁸, dando a entender que era tan grande la “cagada” de su escritura, que lo “embadurnó” con la porquería de sus textos. Acá, definitivamente, a Peoli se le fueron los estribos y el corcel de su frenesí se desbocó. Al menos encubrió su coprolalia con otra lengua, y no precisamente para que no fuese descifrada por el lector, porque la mayoría de los letrados del momento sabían leer latín. Quizá fue el modo menos lesivo en decirlo:

El cargo que U. nos *echa en rostro*, Sr. Calcaño, se lo devolvemos todo entero, porque no se dice en castellano *echar en rostro*, sino *dar en rostro*. Trague, Sr. Licenciado, y digiera, si puede. *Vestum ut collegi; vestis mihi tota cácata est*²⁹.

Peoli, luego de ese estilo visceral y punzante, emparentado con la crudeza discursiva de los célebres escritores universales: Juvenal, Francois Rabelais y Francisco de Quevedo y Villegas, inmediatamente, trató de persuadir a Calcaño para que desistiera de su propósito de seguir escribiendo, porque según él, no nació para escritor, sino para cargos públicos. Por ende, apelando nuevamente a la lengua del gran poeta Virgilio, le enunció: “Prefiero que me guíe un burro, a que me arrebate un caballo”³⁰. Acto seguido, le aconsejó quedarse desempañando su puesto en la Tesorería, sacando cuentas, ya que le era más conveniente:

Con que vamos a ver, Sr. Calcaño, si se distrae un poco de sus pesares y toma algunos remedios, porque la defensa que ha publicado U. prueba que su cabeza no está completamente sana: si nuestra critica le ha indispuesto, procure olvidar estas cosas, y sobre todo no desentierre muertos. No aspire á ser literato, ni á glorias que U. no puede



alcanzar: confórmese con su destino en la Tesorería, saque cuentas, y no haga versos ni escriba prosa, porque esto no le conviene, ni le ha de producir nada agradable. Es mejor contentarse con un mediano estado, que aspirar al peligro de los altos puestos³¹.

Como sentencia final, de manera luctuosa, le escribió un epitafio en latín, ampuloso en insolencias que a cualquiera lo dejaría estupefacto, por el desprecio que mostró hacia el recipiendario de la crítica:

U. ha muerto como literato, Sr. Calcaño; y ya que no quedó satisfecho con el sepulcro donde tuve la bondad de colocarle, sino que desea además una pesada losa, este artículo será su losa; y allá va el epitafio:

Híc ratio jacent, mens ac judicium
Josephi Antoñiusculi Calcañensis,
viri ad mortem usque privatis virtutibus
egregii; sed amore in Musas effreno
et Grammaticae studio subitò
amentiâ correpti.

Mortuus est anno MDCCCLIX syllabarum,
figurarum, verborumque disparatorum
¡vae illi! Indigestione. ¡Viatores,
orate pro illo!³².

EL INGENUO (afigido)³³.

Así entonces, se evidencia que entre los intelectuales venezolanos de la segunda mitad del siglo XIX, en determinados momentos, el dicerio se sobrepuso a las normas de urbanidad y a lo más elemental del sentido común. Pese a que muchos se jactaban en recomendar la lectura del *Manual de Carreño* como recetario de civilidad, en la práctica, la urbanidad estaba muy distante de la teoría³⁴. El buen comportamiento, la cortesía y la educación, fueron relajados a granel; donde el escarnio



y el insulto fueron acciones cotidianas entre varios letrados de la joven república venezolana.

179

NOTAS

1 Nació en Cartagena, Colombia, el 21 de enero de 1827; murió en Caracas, el 21 de julio de 1897. Poeta, novelista y orador. Buena parte de su vida la dedicó al comercio y a la literatura. Cuando le correspondió, desempeñó cargos públicos. Durante el período gubernamental de Juan Crisóstomo Falcón, en 1867, fue enviado como Cónsul de Venezuela a Liverpool. Fue Miembro de la Real Academia Española de la Lengua y es fundador de la Academia Venezolana de la Lengua. Véase: *Diccionario general de la literatura venezolana* (1987), Tomo I, pág. 113.

2 El Ingenuo. “Siguen los malos versos”. *Op. Cit.*, pág. 2.

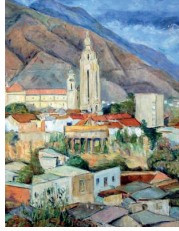
3 Calcaño no jugó a descontextualizar expresiones, como lo hacía Peoli. Sobre la base de sus mismas palabras, no aprovechó la frase “nos persiguen los hombres” para poner en entredicho la sexualidad de El Ingenuo. Tal estrategia no es ruin como pudiera parecer, pues formaba parte del discurrir intelectual. Citemos como ejemplo a Colludrovich, quien cuestionó el poema “Parénesis a mi querido amigo Don José Heriberto García de Quevedo”, de Evaristo Fombona, en estos términos:

Cómo se evidencia que es U. gran conocedor de esos pecadillos, que con tanta maestría sabe describir. ¡Que perfectamente se ha descrito U, y qué bien debe ya conocerle su muy querido amigo! (Ya U. sabe á quien aludo) aquel que lo avaloró á U por la raíz cúbica de cierto forro; por donde intentó pasarlo a U. parenéfiticamente.

(Colludrovich, A.P. “Al parenético Evaristo Fombona”. *El Progreso*. Año I, Serie II, Número 23. Caracas, 2 de febrero de 1858, pág. 1. Para ampliar más sobre este tema, consúltese: Emad Aboasi El Nimer. *Ideas y letras...*, Capítulo I: “Urbanidad y buenas costumbres’. Un reto de nuevo orden social”, págs. 25-89).



- Pero, claro está, Calcaño mantuvo el temple y no se desvió de su cometido académico. Más bien, en su artículo de contestación “El Ingenuo y su crítica”, trató de dar una clase magistral sobre el oficio de escribir poesía.
- 4 El Ingenuo. “Siguen los malos versos”. *Op. Cit.*, pág. 2.
 - 5 Mirla Alcibíades. *Ensayos y polémicas literarias...*, pág. XLIV.
 - 6 José Antonio Calcaño. “El Ingenuo y su crítica”. *El Heraldo*. Año I, Trimestre III, Número 75. Caracas, 17 de diciembre de 1859, pág. 3. En el 2007, se publicó en el libro: Mirla Alcibíades. *Ensayos y polémicas...*, págs. 223-234.
 - 7 José Antonio Calcaño. *Op. Cit.*, pág. 3.
 - 8 *Idem.*
 - 9 *Idem.*
 - 10 *Idem.*
 - 11 *Idem.*
 - 12 *Idem.*
 - 13 El Ingenuo. “Continúa el adalid estrecho”. *Op. Cit.*, pág. 4.
 - 14 *Idem.*
 - 15 Esta traducción es cortesía del Profesor Francisco Antonio Morales Ardaya.
 - 16 El Ingenuo. “Continúa el adalid estrecho”. *Op. Cit.*, pág. 4.
 - 17 *Idem.*
 - 18 *Idem.*
 - 19 Francisco Javier Pérez. El insulto en Venezuela. Fundación Bigott. Caracas, 2005. Colección en Venezuela, Número 10, pág. 17.
 - 20 El Ingenuo. “Continúa el adalid estrecho”. *Op. Cit.*, pág. 4.
 - 21 *Idem.*
 - 22 *Idem.*
 - 23 Francisco Javier Pérez. *Op. Cit.*, pág. 13.
 - 24 El Ingenuo. “Continúa el adalid estrecho”. *Op. Cit.*, pág. 4.
 - 25 “Si el ignorante calla, agrada con apariencia de sabio”. Esta traducción es cortesía del Profesor Francisco Antonio Morales Ardaya.
 - 26 El Ingenuo. “Continúa el adalid estrecho”. *Op. Cit.*, pág. 4.
 - 27 *Idem.*



- 28 En el *Diccionario de la lengua castellana compuesto por la Real Academia Española* de 1770, la frase de marras aparece escrita: *Vestem ut collegi, vestis mihi tota cacata est*. Lo que podemos notar que la forma *vestum ut collegi*, escrita por Peoli es una errata, que también consta así en la *Colección de refranes y locuciones familiares de la lengua castellana con su correspondencia latina*. Es posible que el autor en estudio leyese esta *Colección* u otra semejante con el mismo error, de donde con mucha probabilidad la copió. La traducción es la siguiente: “Una vez que me arremangué, toda me ensucié. Refr. con que se da á entender la desgracia de algunos que una vez se determinan á alguna cosa, no tienen la fortuna de conseguirla”. *Diccionario de la Lengua Castellana compuesto por la Real Academia Española*. Por D. Joachin Ibarra, Impresor de Cámara de S.M. Madrid, 1770, pág. 332. Segunda impresión corregida y aumentada. Tomo Primero (A-B). Disponible en: <http://books.google.co.ve/books?id=Cds311mS248C&pg=PA332&lp=PA332&dq=para+una+vez+que+me+arremango&source=bl&ots=8qN-zjfruwA&sig=UzofnTc8KlUkIb7meh0x811Vob4&hl=es&sa=X&ei=jMY9VIPzI7G1sQT0mYCgCA&ved=0CDQ-Q6AEwBQ#v=onepage&q=para%20una%20vez%20que%20me%20arremango&f=false> Consultado el 22 de noviembre de 2013. Hora: 3:56 a.m. F. V. y M. B. *Colección de refranes y locuciones familiares de la lengua castellana con su correspondencia latina*. Librería de Juan Oliveres, Editor, Barcelona-España, 1841.
- 29 El Ingenuo. “Continúa el adalid estrecho”. *Op. Cit.*, pág.4.
- 30 *Idem*.
- 31 *Idem*.
- 32 “Aquí yacen la razón, la mente y el (buen) juicio de / José Antoñito Calcaño, / varón destacado, hasta su muerte, por sus virtudes / personales; pero por su amor desenfrenado a las Musas / y por su afición a la gramática, (fue) / súbitamente atacado por la demencia. / Murió en el año 1859, por una indigestión, / ¡ay de él!, de sílabas, de figuras (literarias), / de palabras y de frases contradictorias. / Viajeros, orad por él”. Esta traducción es cortesía del Profesor Francisco Antonio Morales Ardaya.



182

- 33 El Ingenuo. “Continúa el adalid estrecho”. *Op. Cit.*, pág.4.
- 34 Recomendamos la lectura de: Emad Aboaasi El Nimer. *Ideas y letras...*, Capítulo I: “Urbanidad y buenas costumbres’. Un reto de nuevo orden social”, págs. 25-89.

FRANCISCO GUAICAIPURO
PARDO, CUESTIONADO
DE MANERA ACCESORIA





Peoli, en ninguno de sus textos de crítica literaria cuestionó –directamente– la obra de Francisco Guacaipuro Pardo¹. Más bien, de manera accesoria, aparece aludido dentro de dos artículos. El primero, titulado: “Siguen los malos versos”, escrito contra el poema “A Mateo Vallenilla, Comandante del Batallón Convención, muerto en el Campo de Batalla”, de José Antonio Calcaño. En ese texto, el feroz aristarco, incluyó una postdata para criticar los versos de Pardo. Y, con el fin de generar “estrepitosas carcajadas” en los lectores, lo hizo con elegante sarcasmo:

*Lira guerrera vístete
De funeraria POMPA,
Desata en son FATÍDICO
Tu alambre gemidor.
Ira, er, aria, ata.*

Que será una lira GUERRERA VESTIDA de funeraria POMPA, que no tiene mas que un alambre gemidor, que se desata en son FATÍDICO? –Un monstruo! Composiciones de esta clase anuncian que el juicio final se acerca. ¿Cómo será que puede sonar una lira vestida? El músico saca el violín de la bolsa para tocar; pero á nadie le ocurre vestir una lira y decirle que suene. ¡No hay como el talento para crear cosas extrañas! Un alambre que se desata está flojo y por consiguiente no produce sonidos. ¡Misericordia, Señor! **Una lira que no tiene mas que un alambre lloron no es guerrera, como dice el poeta, si no bien afeminada:** una lira *guerrera* como que no debiera llorar ni debajo de la lanza de los apureños. Cuando exclama el poe-



ta: *Lira guerrera!* Parece que va á decirle: ¡Pelea y vence! Pero es todo lo contrario, le ordena que lllore hasta que se canse. Y como no tiene mas que un alambre gemidor, la lira nunca podrá cantar. (...)

(...)

Si continúan estos versos, dejaremos la crítica para dar parte á la policía. Si nuestra policía supiera leer no permitiría estas publicaciones”². (Resaltado nuestro).

En el otro artículo, titulado: “El Ingenuo. Continuará ‘El Adiós y El Rosal’”, no solo vapuleó a Pardo, sino también, a José Antonio Calcaño, Abigaíl Lozano y Ramón Ramírez. A los cuatro los incluyó en el mismo discurso de reprobación literaria. Los sermoneó con autoridad, cual si fuese un censor oficial puesto por el Estado para criticar textos. Pareciera que la sociedad intelectual capitalina le generaba urticaria. Pues, ¿de qué otra forma puede explicarse y entenderse tanto enfado y ataque frontal a varios de los escritores más emblemáticos de la época? El artículo lo inició contrastando dos epígrafes. Uno, supuestamente aparecido en el libro de Ramírez. En éste, alude a Juan Vicente González, el apologista de Lozano y Calcaño; y otro, aparentemente de la novela española *El Diablo Cojuelo*, de Luis Vélez de Guevara, en el que resalta en cursivas la palabra pardos. Al adjetivar el apellido de Francisco, pretende resaltar que lo oscuro de su pluma proviene de su falta de linaje:

Y dijeron las malas lenguas que con el transcurso de los tiempos debía de venir el defensor de “El Adios y el Rosal” y de todas las necrologías nacidas y por nacer. (Tomado de “*El Cristianismo y la Libertad, poesía estrecha, inédita; pero publicada, vestida de pompa.*”)³

¿Qué haces, mamotreto del demonio, que no acabas de Salir á luz? déjate de andar a picos *pardos*. (*Obras fúnebres del Diablo Cojuelo*)⁴.

Para fastidiar a la sociedad intelectual de la Caracas de su época, empleó como técnica analítica: meter en el mismo saco



de su invectiva a varios escritores, y así, medirlos exactamente con la misma vara del desdén. Hilvanó una disertación donde, primero, los envolvió a todos en un mismo párrafo; después, los desenvolvió, cuestionándolos por separado. Pese a que este artículo de crítica literaria es uno de los más cortos de los que conocemos de Peoli, éste, como aventajado aristarco, mantuvo el temple de zaherir e insultar con sobrada libertad. A propósito de que el país se hallaba envuelto en la Guerra Federal, hizo alusión a los caudillos liberales Zamora y Falcón, como una manera de decirle al lector, que él también estaba al ritmo del discurrir político en la nación de entonces:

Ha llegado á nuestros oidos el rumor de que un pobre poeta, á quien llamaremos el Quijote de la andante poesía, anda por esos trigos de Dios con un inmenso mamotreto que ha enseñado á todo el mundo, y es obra de muchos literatos como él, en que prueba de una manera clara, inconcusa y terminante, que “El Adios y el Rosal” y las necrologias de los Sres. Calcaño y Pardo son cosa buena. *¿Risum teneatis, amici?*⁵ Esto se llama tener talento y ser hombre de bríos! Personas inteligentes nos aseguran que el documento es curioso y que llamará la atencion del público. Conque ¡arriba, payaso! Esperamos temblando al desfacedor de tuertos y agravios, que ya se acerca con su enorme lanza y gentil continente, diciendo en alta voz: *detenéos, caballero, quien quiera que seáis, y dadme cuenta de lo que habéis fecho, de quién sóis, á dónde váis y por qué criticáis nuestras encumbradas composiciones; y si no, conmigo sóis en batalla, Ingenuo descomunial y soberbio.*

Ofrecemos al lector una contestacion de *chupe U. y déjeme el cabo*; y además continuaremos el juicio sobre “El Adios y el Rosal”, donde se verán cosas de eterna risa y memoria, como una *tímida paloma QUE SE FUÉ YA...* y un nido tan brujo, que estando ROTO se ve mecido en otros rios y otras fuentes, es decir, un nido que tan pronto esta a orillas de una fuente como de un rio; un nido, en fin, tan andariego, que corre, vuela, traspasa el alta sierra y ocupa el llano de Carabobo, y se halla en toda parte y lugar, como Zamora y Falcon⁶.



Como una práctica de diversión, Peoli, en el mencionado texto: “El Ingenuo. Continuará ‘El Adiós y El Rosal’”, cada vez que arrojó su dardo lingüístico contra los versos de Francisco Guaicaipuro Pardo, no dejó de aludir a los otros poetas románticos venezolanos, para descargarlos en conjunto bajo una misma lluvia de invectivas:

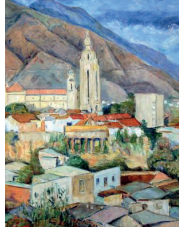
Citaremos también algunos versos del Sr. Pardo, célebre poeta contemporáneo, esto es, semejante á los Sres. Calcaño y Lozano. Por ejemplo:

Silencio! ni una RÁFAGA
Murmure del FAVONIO.

Favonio es un viento SUAVE de la parte de Poniente, que también se llama *CÉFIRO*, y ráfaga es el movimiento VIOLENTO del aire: la ráfaga no murmura sino retumba ó resuena (en la cabeza del poeta). Con que atome U. estos cabos y verá si el Sr. Pardo es hombre de talento, y de ráfaga, y de viento. Estamos seguros de que el Sr. Pardo lo que escribió fué: *ni una ráfaga retumbe del ventarron*; pero los tales impresores son el diablo y pusieron *favonio* en vez de *huracán*, y *murmure* en vez de *retumbé*⁷.

En otro párrafo, invitó a Pardo a desertar del oficio de labrar versos y de editarlos, supuestamente, por el bien de la literatura. No en vano, le exigió que: “(...) debe dar de palos á todos los cajistas del mundo, y no volver mas á la imprenta, que tantos sinsabores le proporciona”⁸. Luego, lo trató de áni-ma en pena, loco encerrado en una jaula que con la pretensión de escribir poesía, escribía disparates:

Tambien hablaremos de *un féretro que levantó la Fama*, porque la Fama no quiere que nadie viva sino que muera todo bicho viviente; y ojalá que no se olvide de los bichos poetas para que les levante tambien, y sin pérdida de tiempo, un féretro sobre que velen atónitas la Ridiculez y la Burla. Habrá tambien una *noble ánima encerrada en un sepulcro*, á la cual le dice el Sr. Pardo que *despierte*, como si el alma

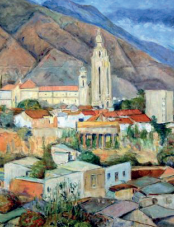


podiera dormirse, y como si fuera un loco á quien encerramos en una jaula. Seria de verse un ánima dentro de una tumba! Existen ánimas en pena, y si no que lo diga el Sr. Pardo; pero ánimas dentro de un escaparate, no las han visto ni los espiritualistas mas rematados⁹.

Peoli, en un párrafo del artículo *in comento*, logró condensar invectivas contra cuatro escritores que integraban el parnaso venezolano del siglo XIX. A Juan Vicente González, le endosó los calificativos: “un Don Quijote”, “un Caballero de Triste Figura” cuyas defensas entretenían y divertían; a Abigaíl Lozano, lo nombró indirectamente al aludir a sus versos: “trémulos adioses” y “estancia solitaria”; a José Antonio Calcaño, lo mencionó calificándolo de necrólogo, por su poema dedicado a la muerte del Comandante Mateo Vallenilla. Y, en un acto de preterición, fingió no estar hablando de Francisco Guaicaipuro Pardo; aun cuando omitió su nombre, citó el verso: “alambre gemidor y fatídico”, el mismo que unos días antes le había cuestionado. Así entonces, en las mismas líneas de su discurso vejatorio, hizo alarde de su buen manejo escritural demostrando que él sabía elaborar una argamasa discursiva para despotricar, de manera conjunta, contra quien quisiera:

Aguardamos al defensor del *Adios* para que sirva de diversion, ya que no hay caballitos ni volatines que nos entretengan.

Con que venga U., Sr. Don Quijote, armado de todas armas, á destruir las estrecheces de la andante poesía, a defender los *trémulos adioses*, a enjugar las lágrimas de la *estancia solitaria*, á probar que las ilusiones perdidas son mariposas, que las liras cantan, que las hay de un solo alambre gemidor y fatídico, que un adalid cabe dentro de unos términos; y por último, Sr. Caballero de la Triste Figura, pruebe U. con poderosas é incontestables razones que U., el Sr. Lozano y el Sr. Calcaño, son poetas y *necrólogos*, como en el mundo no los hay, y habrá U. ganado la batalla mas comunal de cuantas registra la historia manchego-versista¹⁰.



De la fragmentaria documentación examinada, podemos mostrar los desafueros del discurso de crítica literaria contra Pardo: otro de los literatos que también fue víctima de los desmanes del feroz aristarco de San Sebastián de Maiquetía.

NOTAS

- 1 Nació en Caracas, el 5 de noviembre de 1829; y murió en la misma ciudad, el 31 de agosto de 1882. Abogado y poeta. Fue Secretario del Ministerio de Guerra y Marina desde 1859 a 1863, Director del Ministerio de Crédito Público, y ocupó el cargo de Secretario General de Gobierno del estado Bolívar. *Vid: Diccionario general de la literatura venezolana* (1987), Tomo II, pág. 365.
- 2 El Ingenuo. “Siguen los malos versos”. *Op. Cit.*, pág. 3.
- 3 Peoli no menciona a Ramón Ramírez como el autor del texto. Pero, por este epígrafe, y porque en uno de los párrafos se refiere a un jurisconsulto, es por lo que dedujimos que se trata de Ramírez.
- 4 El Ingenuo. “El Ingenuo. Continuará ‘El Adiós y El Rosal’ ”. *Op. Cit.*, pág. 4.
- 5 “¿Aguantáis la risa, amigos?”. Traducción cortesía del Profesor Francisco Antonio Morales Ardaya.
- 6 El Ingenuo. “El Ingenuo. Continuará ‘El Adiós y El Rosal’ ”. *Op. Cit.*, pág. 4.
- 7 *Idem.*
- 8 *Idem.*
- 9 *Idem.*
- 10 *Idem.*

RAMÓN RAMÍREZ,
BAJO EL ESCALPELO
DE LA CRÍTICA





Ramón Ramírez¹ también estuvo en el huracán del verbo incendiario de Peoli. La primera vez que éste despotricó contra aquel por su libro *El Cristianismo y la libertad. Ensayo sobre la civilización americana*, fue en el artículo “Continuará el adiós y el rosal”, escrito contra Abigaíl Lozano. Allí, el feroz aristarco dio inicio a sus insultos hacia el literato, cuando dijo que era un:

(...) jurisconsulto inconsulto, que escribe en el *Diario* y en el *Industrial* sobre todas materias, sin entender de ninguna: que ha publicado una obra donde, no diremos que se hallan contradicciones, como asegura el Redactor de “El Heraldó”, porque lo que no tiene diccionnes no puede encerrar contradicciones, sino *contrarrazones*; en fin, un libro que es una casa de locos, cuyo guardian es el autor².

Luego de ese preludeo de ofensas, días después, en un prolijo artículo titulado “El Cristianismo y la Libertad ó el Demonio y la Fatalidad”, censuró a la mencionada obra de Ramírez y la delató como un cúmulo de disparates. Su autor fue mostrado como pésimo literato, de pensamiento incongruente. Autor y obra fueron proyectados como dos caras de una misma moneda de ínfimo valor, desgastada y devaluada, pues, como ya lo hemos expuesto, una de las tácticas empleadas por Peoli para criticar, era inmiscuir lo académico y lo personal en un mismo análisis.



El incontrovertible censor cuestionó el libro de Ramírez en su integridad. Tomó en cuenta: el título, los epígrafes, las citas, la introducción, el marco conceptual, el estilo de redacción, entre otros. Hizo el análisis de manera ordenada desde el inicio hasta el final. No obvió nada. Hasta los datos biográficos, académicos y laborales del autor, los evaluó unitariamente:

Al abrir el libro del Sr. Ramírez, nos encontramos con este letrero: 'El Cristianismo y la Libertad': volvemos la hoja y se halla un pensamiento de Augusto Nicolas; y en la portada el mismo letrero con esta añadidura: *Ensayo sobre la civilizacion americana*, por Ramon Ramirez (*de la Universidad de Carácas*). Debió haberse omitido el nombre del autor, porque el libro no le honra, y asimismo el complemento *de la Universidad de Carácas*, porque ni el Sr. Ramírez es propiedad de la Universidad, ni esta corporacion le ha hecho ningun mal para que la desacredite de este modo. Pero hasta cierto punto es culpable la Universidad, porque no debió haber admitido nunca en su seno la singularidad del Dr. Ramírez³.

De las tantas observaciones que hizo sobre la obra *in comento*, le sugirió al autor correcciones de vocabulario, sintaxis, sentido lógico, conjugación de los verbos, ortografía, expresión de ideas, versificación, cacofonía, entre otras valoraciones. También, le cuestionó los lugares comunes. En el siguiente párrafo, ejemplificaremos cómo ridiculizó a Ramírez porque empleó el sustantivo *suicidio* como verbo en infinitivo: *suicidar*, en momentos en que aún no era considerado verbo por la Academia Española de la Lengua:

[...] *El esclavo que llega á convencerse de la injusticia de su suerte, no vuelve á servir mas; se hace libre ó se SUICIDA*. De manera que debemos dejar a los esclavos con sus cadenas, porque desde el momento en que se convezan *de la injusticia de su suerte*, no vuelven á servir mas, esto es, se hacen inútiles, y luego se matan, como quien no dice nada. ¿Y de dónde sacó U., Sr. Ramírez, el verbo SUICIDAR? *Sui-*



cidio y suicida son palabras castellanas, pero SUICIDAR no estaba escrito sino en su Diccionario. ¿Por qué no escribe U. un Diccionario, para tener el gusto de hacer el juicio ó enjuiciar la obra de U., Sr. Don Ramon?

Dicen que el señor Ramírez es un buen hombre; y nosotros creemos todo lo contrario, que es un tunante que ha publicado su Cristianismo, no con la idea de lucirse, sino para burlarse de nosotros. Quien no te conozca que te compre, pájaro de mal agüero⁴.

Atendiendo a su habitual costumbre de meter a varios literatos en el mismo saco de su crítica, aprovechó para atacar no solo al cuestionado, sino también, a Ricardo Ovidio Limardo, co-redactor del *Diario de Avisos*, para luego sugerirles que cambiasen de trabajo:

El Monitor Industrial no puede leerse, porque lo redacta el Sr. Dr. Ramon Ramírez: El Cristianismo y la Libertad no se entiende, porque lo escribió el mismo señor; y el Diario de Avisos es un caos, porque lo llenan de absurdos los Sres. Limardo y Ramírez, á quienes llaman *Doctores* por antífrasis.

(...)

Han errado su vocacion, y es necesario advertírsele para que, si desean ser útiles a su patria, se dediquen desde luego á otra profesión ú oficio⁵.

Peoli, al entrar en materia, no se ahorró unidades léxicas arrogantes. Más bien, las empleó como ingredientes en la estructura discursiva del análisis, para, en cierta forma, hacerle honor al epígrafe que utilizó en el artículo: “*La verdad, como el remedio, es desagradable pero cura*”⁶. A la sazón, como si fuese algo normal, usó palabras malsonantes y vejatorias, imprimiendo rudas huellas de intolerancia verbal. Columpiándose en tópicos conceptuales denigrantes, consideró que el ensayo de Ramírez era contradictorio, transgredía las reglas de la gramática, estaba concebido de manera antiacadémica, contenía



prosa de baja calidad literaria y su lenguaje era rimbombante. Por tal motivo, irónicamente expresó:

Los escritos del Sr. Ramírez son, en nuestro concepto, una plaga horrorosa que es necesario extinguir á todo trance; no porque digan cosas perjudiciales, sino por lo mismo que no dicen nada. Sus pensamientos son una nube de moscas que, aunque no pican, nos persiguen por todas partes, nos molestan, nos impiden el paso y nos producen náuseas. Nadie entiende los largos artículos de este buen hombre, que se ha propuesto ser escritor público ignorando hasta las reglas más triviales de la gramática. La prosa del Dr. Ramírez es peor que todos los malos versos; y la sociedad no puede sufrir mas el descaro de estos señores presuntuosos y bárbaros que le hablan á todas horas y en todos los periódicos en un lenguaje extravagante que atormenta, entristece y enferma⁷.

Como Ramón Ramírez se refirió al amor, el feroz aristarco le señaló que debía ser cauteloso en la terminología empleada, para no distorsionar su verdadero significado. Con su facilidad de lenguaje y habilidad para persuadir, partiendo de sofismas, disertó sobre el correcto empleo de lo que en realidad se habría de entender como afecto humano entre dos personas:

Donde habla con propiedad el Sr. Ramírez es en materia de amores: ¡aquí te esperábamos, picaron, porque este es nuestro terreno! Oigamos al Doctor.

Definimos EL AMOR, *en el capítulo anterior* (verso) diciendo que era un presentimiENTO (asonantes) *de lo infinito*. (¡Bravísimo, Doctor!). *Ahora decimos que el amor es la felicidad*. El amor es la necesidad de querer. Esto no es burla: Véase la página 44.

Tenemos, pues, que el amor es un *presentimiento*, es la *felicidad* y una *necesidad*: escoja el lector la definicion que mas le cuadre.

Si el Sr. Ramírez fuera capaz de enamorarse, le aconsejariamos que requerrara á una de esas mujeres vivarachas que no sufren impertinencias, y que la dijese de sopeton: --- Señorita: mi amor es un presentimiento. --- Caballero: cuando U. sienta y no presenta, entonces le atenderé. --- Pues mi amor es mi felicidad. --- Pues viva U. feliz muchos años, señor mio. --- Pero sucede que mi amor es una necesi-



dad satisfecha, Srta. --- Pues si está U. satisfecho, váyase al infierno con su amor y déjeme tranquila.

Entónces, ¿cómo definiría el amor el Sr. Ramírez? Diciendo que era el demonio con cuernos, y qué cuernos!

El amor, Sr. Doctor, es como el talento, que muchos creen tenerlo y se llevan chasco; y casi todos lo quieren, sin conocer sus consecuencias⁸.

Bajo ese tono discursivo, volvió contra el texto para polemizar sobre dos elementos fundamentales en la creación de un gobierno: 1) la independencia institucional, como sinónimo de buena marcha estatal; y 2) la libertad, como máxima a seguir en la consecución de garantías, deberes y derechos de los ciudadanos. Luego, introdujo el dedo en la llaga, al desmontar una aseveración de Ramírez y corregirla, señalando que todo gobierno antes de ser libre, era independiente, y sobre la base de esto último es que podía garantizar su libertad. Tal crítica resultaba interesante, pero no se explayó en esgrimir ideas de peso, sino que se diluyó en jugueteos de vocablos hirientes para hacer ver que el cuestionado era un iletrado excéntrico:

El Gobierno de sí mismo constituye la libertad. Esto es mentira, Sr. Ramírez: el Gobierno de sí mismo constituye la independencia, pero no la libertad.

Si U. traduce su obra, entonces hablaremos de las ideas: por ahora la cuestión es de palabras.

¿Cuál será, en fin, el verdadero sistema social que haga posible esa libertad CON QUE todos deliramos?

Con la libertad nadie delira, ni U. mismo puede delirar con ella, porque la libertad no es tan necia que se deje abrazar por U. Que la libertad le haga delirar á U., Sr. Ramírez, lo comprendemos, porque U. vive en un continuo delirio. Y déjese de seguir hablando de libertad, porque se extraviará U. tanto, querido Doctor, que le encerrarán en un hospital, y entonces conocerá lo triste que es perder la libertad. Con que no escriba U. mas, Doctor, y vamos á ver si defendemos algunos pleitecitos, porque la metafísica no es comida que digiere su débil estómago. No pretenda U. abrazar la libertad, porque se



quedará *abriendo y cerrando los brazos en el vacío*, para valernos de la infeliz expresión de uno de nuestros poetas⁹.

Puesto que Ramírez había cuestionado al órgano policial y a sus agentes, sin importarle la represalia que pudiera sufrir por parte de esos “*carceleros del alma*”, al gendarme literario de San Sebastián de Maiquetía, le pareció un exabrupto, porque los consideraba incuestionables; más bien, dignos de reverencia y respeto. Por ende, manifestó:

Dice el Sr. Ramírez que la *Policía es una inicua inquisición*; que sus miembros *son viles agentes*, ¡CARCELEROS DEL ALMA! ¿Y qué hace la señora policía que no se despierta y mete á estos hombres en la cárcel? ¿Quiere todavía mas locos insultos? ¡Señores comisarios, cumplid con vuestro deber!¹⁰.

En Peoli no solo era usual la aseveración desmedida y deliberada, sino también, la conjetura. A partir del análisis de frases que extraía del contexto gramatical, interpretaba lo que quiso decir el autor. ¡Era una reconstrucción imaginaria! Con su característico juego lingüístico y facilidad en el manejo de la palabra, denotaba diversión; y con una colosal petulancia alardeaba de sólidos conocimientos sobre la lengua castellana. De esta forma, en un acto de mera soberbia académica, le armó una perorata a Ramón Ramírez (la misma que días antes, en otro artículo, le había armado a Abigaíl Lozano) porque empleó de manera errada el adjetivo “su” (apócope del pronombre posesivo en tercera persona del singular “suyo”). Según su parecer, ese término generaba confusiones y ambigüedades para la comprensión del libro. Además, literal y conceptualmente, era incorrecto afirmar: la razón no tiene itinerario y el hombre no sabe cuál es su destino. Dejemos que un extracto de la crítica nos ilustre ampliamente:



Al entrar el hombre en el ejercicio de su razon, el primer uso que debe hacer de ella, es darse cuenta de SU destino.

¿A quién pertenece el destino, Sr. Ramírez, á la razon ó al hombre? No podemos, pues, analizar su libro sin que se tome U. el trabajo de volverlo á escribir y ponerlo en castellano. Si le decimos que la razon no tiene destino, nos contestará U. que el *su* se refiere al hombre: si le hablamos del destino del hombre, nos dirá U. que el *destino* es de la razon; y si le probamos que U. no tiene ni destino ni razon, ¿quién sabe con lo que nos sale U.? Con que lo mejor será que no escriba, Sr. Ramírez, porque si no consigue destino, á lo menos perderá la razon¹¹.

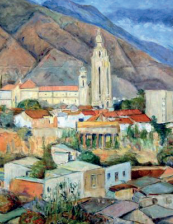
Así, el censor literario, atendiendo a su particular estilo de hacer crítica, siguió deshilachando la obra del escritor bajo análisis. Esta vez, como quien va decodificando un mensaje enrevesado, se detuvo en la frase mal construida gramaticalmente, y pasó a explicar las ideas filosóficas en torno al Ser expuestas por el autor. Con un tono burlón, conjeturó posibles razonamientos lógicos y, con suspicacia, hizo ver que el texto era un bodrio, al comentar:

El hombre que no sabe lo que es ni lo que ha venido á hacer al mundo....
El hombre que no sabe lo que es, Sr. Ramírez, no sabe nada é ignora por consiguiente lo que ha venido á hacer al mundo: por lo tanto está de mas esta frase, y si no fuera porque sabemos que no saldrá la segunda edicion de su libro, le aconsejariamos que la omitiera para entónces.

El hombre que no sabe lo que es ni lo que ha venido á hacer al mundo, pasa SU carrera sin satisfacer el objeto de su creacion, porque ni puede señalar un término á sus acciones, ni hacer uso eficaz y acertado de SUS facultades.

(...)

(...) (El) (...) *hombre que no sabe lo que es*, frase que nos hace pensar en el autor, preguntamos ¿la carrera es del mundo? ¿la creación es de la carrera, ó del mundo, ó del hombre? ¿Las acciones son de la carrera, ó de quién? ¿Las facultades á quién se las da U., si es que U. tiene



facultades, Sr. Ramírez? Además el *objeto* no se *satisface*, se cumple: se satisface la sed, el hambre.

¿*Qué cosa es el hombre? Hé aquí el eterno problema del mundo intelectual.*

(...)

El hombre.... es al mismo tiempo el ser que llega al mundo mas imperfecto, mas necesitado, mas desprovisto.... ¿De qué mundo nos habla U., Sr. Doctor? Será de alguno que tiene U. en su cabeza? Nosotros no conocemos un mundo mas imperfecto que este donde vivimos: si nos hablara de hombres imperfectos, necesitados, desprovistos de inteligencia, no tendríamos mas que citarle á U. como autor de aquel pensamiento, y sería negocio concluido¹².

Luego de sembrar recelos con sus comentarios, mostrando que Ramírez era un escritor de jerigonzas, por no saber expresar sus opiniones, lo vapuleó porque empleó de modo coloquial la palabra *cosa*, como sinónimo de *ente*; al mismo tiempo, calificó de disparatadas las preguntas: “¿Qué cosa soy yo?¹³ De dónde vengo? Adónde voy?”; interrogantes que el hombre siempre se ha formulado, y a través de la filosofía, la religión, la poesía y la historia ha tratado de respondérselas. Sin embargo, para este crítico, resultaron ser burdos devaneos de un arriero, o quizá, de un filosofastro:

El Sr. Ramírez pregunta mui serio, ¿qué *cosa* soy yo? U. será cosa, señor, pero el hombre no es cosa, sino persona; y ese yo, tan pleonásticamente disparatado, ¿para qué lo agregé U. á las palabras *qué cosa soy?* ¿Se acordaría U. de sí mismo cuando habló de cosas? *De dónde vengo y á dónde voy*, son preguntas no de un filósofo, sino de un arriero. Oiga U. expresó Balmes las mismas ideas: *Qué soy? De dónde he salido?* Cuál es mi destino? Como el Sr. Bálmes tenia fe en su racionalidad, no le ocurrió que podía ser una cosa; pero U. es otra cosa, Sr. Ramírez, y su libro es una quisicosa¹⁴.

Las palabras de menosprecio empleadas por Peoli contra la obra de Ramón Ramírez, Abigaíl Lozano, José Antonio Calcaño, Francisco Guaicaipuro Pardo y Juan Vicente González, fueron habituales en la prensa decimonónica nacional como:



“(...) respuesta a los fragores de la contienda política y a las tensiones sociales e intelectuales que la guerra ideológica era capaz de hacer fructificar en los escasos interludios de paz permitidos por las intermitentes pausas bélicas”¹⁵.

No se puede –ni debe– negar lo violento que fue el siglo XIX, como tributo necesario que las circunstancias históricas exigieron para la edificación republicana, sumiendo al país en refriegas de toda índole. En tal sentido, el lenguaje no fue la excepción a toda la rudeza que se oteaba y sentía en el ambiente. Fue el medio de expresión de las ideas, los conceptos, las ideologías y los sentimientos; fue el arma letal para zaherir al otro desde la procacidad que, en ocasiones, derivó en agresión física¹⁶. Así como los doctos se curtieron de virtudes y valores; también se enlodaron de odios y rencores que articularon con palabras malsonantes en los espacios del saber, tal vez, porque la idiosincrasia caudillista y el ambiente pendenciero de entonces, lo requirieron y avalaron.

NOTAS

- 1 No hallamos sus datos de nacimiento ni defunción. Abogado, publicista, prosador y diarista. Fue fundador y redactor del periódico caraqueño *Los Obreros del Porvenir* (1854). En 1860, ejerció el cargo de Diputado al Congreso de la República. Véase: Elke Nieschulz de Stockhausen. *Op. Cit.*, pág. 69. José María de Rojas. *Op. Cit.*, pág. 782. Juan Vicente González. “Respuesta al Diputado Ramón Ramírez en la cuestión ‘24 de enero’”. *El Heraldito*. Año II, Trimestre V, Número 144. Caracas, 15 de mayo de 1860, pág. 3.
- 2 “El Ingenuo. Continuará ‘El Adiós y El Rosal’”. *Op. Cit.*, pág. 4.
- 3 El Ingenuo. “El Cristianismo y la Libertad ó el Demonio y la Fatalidad”. *El Heraldito*. Año I, Trimestre III, Número 75. Caracas, 17 de diciembre de 1859, pág. 2.
- 4 *Ibidem*, pág. 3.



- 5 *Idem.*
- 6 El Ingenuo. “El Cristianismo y la Libertad...”, *Op. Cit.*, pág. 2. En el artículo “El mundo por dentro”, utilizó la misma idea pero de esta manera: “(...) siempre el remedio es desagradable; pero cura”. Véase: Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, pág. 94.
- 7 El Ingenuo. “El Cristianismo y la Libertad...”, *Op. Cit.*, pág. 3.
- 8 *Idem.*
- 9 *Idem.*
- 10 *Idem.*
- 11 *Ibidem*, pág. 2.
- 12 *Ibidem*, págs. 2-3.
- 13 Tal vez, Ramón Ramírez, hacía alusión al célebre filósofo francés René Descartes, quien expresó: “Soy, por tanto, una cosa verdadera y que verdaderamente existe; ¿pero qué cosa? Lo he dicho ya: una cosa que piensa”. René Descartes. “Meditaciones sobre la filosofía primera”. *Obras filosóficas*. Editorial “El Ateneo”- Librería. Buenos Aires, 1945, pág. 89.
- 14 El Ingenuo. “El Cristianismo y la Libertad...”, *Op. Cit.*, pág. 3.
- 15 Francisco Javier Pérez. *Op. Cit.*, pág. 11.
- 16 Para ampliar sobre estas reyertas intelectuales, recomendamos la lectura de: Emad Aboaasi El Nimer. *Ideas y letras...*, Capítulo VI: “¿Crítica o polémica literaria?”, págs. 261-315.

A MIGUEL CARMONA,
TAMBIÉN LE TOCÓ



La Guayaquil 1862



De los enfrentamientos lingüísticos entre Peoli y Miguel Carmona¹, solo hallamos el dato cuando una vez tuvieron excesos de palabras y Juan Vicente González, redactor del diario *El Heraldo*, tuvo que intervenir para ponerle coto a la agresividad. El feroz aristarco se limitó a publicar, en el mencionado rotativo, la siguiente nota aclaratoria:

EL INGENUO.

Iba á contestar hoy á 'El Monitor'; pero por intervencion del Redactor de 'El Heraldo', no se publica el artículo².

Lo anterior nos ofrece un panorama interesante. Nos muestra que en la Caracas letrada del siglo XIX, lo intelectual y lo personal se confundía entre sí, por lo que la frontera entre la pasión y la razón se unía o se distanciaba para medir fuerzas³. La prensa, principal medio de comunicación del momento, que ejercía fuerte influencia en la opinión colectiva en materia política, social, comercial y económica, era controlada por pequeños sectores que, en asuntos de autoridad académica, cuando era de su parecer, condicionaban: qué, cómo, cuándo y por qué publicar o no, un texto.

El hecho de que Juan Vicente González, *motu proprio*, haya decidido vetar la publicación de Peoli, por no estar de



acuerdo con las ideas esgrimidas en el artículo, evidencia cómo en el panorama cultural los grupos de poder tenían potestad y autoridad sobre la prensa. Y, los dueños de los rotativos, los editores y los redactores, apelando a su arbitrio, en tanto daban carta blanca para la libertad de expresión, frenaban los ataques hacia algunos escritores que, probablemente, eran de su mismo círculo literario. Como la prensa era una principal tribuna de poder intelectual, buscaban el modo de controlarla.

NOTAS

- 1 Nació en Caracas, el 18 de febrero de 1819; y murió en la misma ciudad, en 1876. Abogado, poeta, músico, fundador y redactor en Jefe del *Monitor Industrial* (Caracas, 1859). Véase: *Diccionario general de la literatura venezolana* (1987), Tomo I, pág. 123.
- 2 “El Ingenuo”. *El Heraldo*. Año I, Trimestre IV, Número 109. Caracas, 25 de febrero de 1860, pág. 1.
- 3 Esta realidad se ve reflejada en varias ciudades de la Venezuela de ese momento. Véase: Emad Aboaasi El Nimer. *Ideas y letras...*, Capítulo VI: “¿Crítica o polémica literaria?”, págs. 261-315.

JUAN VICENTE GONZÁLEZ
ENFRENTÓ A PEOLI
CON CRECES

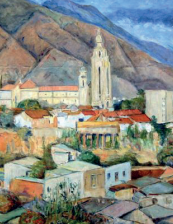




En relación con las pugnas entre Peoli y Juan Vicente González¹, queremos referir que este último, siendo redactor del periódico *El Heraldo*², no tuvo recelos para permitirle a aquel la publicación de artículos de crítica literaria bajo el seudónimo El Ingenuo. Para ello, salvó su responsabilidad en el rotativo que dirigía, con la siguiente nota aparecida el 28 de noviembre de 1859: “El Redactor de *El Heraldo*³ solo responde de sus editoriales y los artículos que recomiende”⁴. Pese a que González era aguerrido con el verbo contra sus adversarios, en algunos momentos, cuando los ánimos entre los cuestionados de las polémicas periodísticas se exaltaban, tornándose intolerables, vetaba la divulgación del artículo, tal como vimos precedentemente en el caso de Miguel Carmona.

Antes de dilucidar sobre el contrapunteo intelectual que hubo entre Peoli y González, queremos referir que, en 1858, cuando González era redactor de *El Foro*⁵, publicó un artículo titulado: “El Pica-y-Juye y otros papeluchos de igual ralea”, en el que despotricó contra ese periódico fundado y dirigido por Alejandro Peoli. A sus articulistas los llamó “bufones”, “aduaneros del insulto”, y, los denigró en los siguientes términos:

Al frente de nuestras cuestiones nacionales, esos no hallan objeto para sus escritos sino en la pobre señora que van á hacer gemir, en el hombre exento que van á entregar al ridículo, conservando conmovida



la sociedad bajo sus calumnias, esperando todos que les llegue el momento de pagar el indispensable tributo á estos aduaneros del insulto. Ocultos bajo el anónimo, asestan cobardemente su dardo, miserable, cuyo castigo sería publicar sus nombres:

Ce feroce écrivain

Il faut qu'il assassine, ou qu'il creve de fain⁶.

(...)

Escritos que no discuten ni ilustran, sin gusto ni talento, sin gracia atica, sin la fina ironia, hechos por mano tosca que debiera llevar el arado, no tienen porque ocupar la atencion pública. En medio de nuestras luchas políticas y literarias es triste ver acercarse á estos bufones que *con un cohombro lleno de sangre⁷ manchan nuestras armas y procuran afrentarnos⁸*. (Cursivas nuestras).

Dos años después, entre el feroz aristarco de San Sebastián de Maiquetía y el intelectual caraqueño, hubo una discusión de alta factura acerca del oficio de escribir. El 4 de enero de 1860, Juan Vicente González publicó en *El Heraldo* un artículo titulado: "Crítica literaria", en el que con un tono moderado, señaló que: "(...) en medio de las preocupaciones políticas, (...) (pretendía) calmar la polémica ardiente que animaba la envidia de *El Ingenuo* contra los inspirados versos de los señores Abigail Lozano y José Antonio Calcaño⁹". Esta apología se tradujo en una larga enemistad con Peoli; animadversión que duró hasta la muerte de González.

Seis años luego, específicamente desde el 7 hasta el 14 de febrero de 1866, en seis números consecutivos del periódico *El Porvenir*, el biografiado arremetió contra un texto del literato capitalino¹⁰, titulado "Meseniana a Fermín Toro"¹¹. Le manifestó que carecía de: "(...) talento, instrucción, sentimiento y buena fe, (...)", condiciones fundamentales para escribir con éxito y comprender el hecho literario¹². Le subrayó que su escrito era: "(...) uno de esos monstruos, abortos de la Naturaleza, que aparecen en la tierra para espantarnos"¹³; recriminándole el empleo de "(...) un lenguaje vulgar y grose-



ro, incorrecto, contradictorio, absurdo, exagerado y mentiroso, (...)”¹⁴. Y para rematar, con fina ironía, en el último párrafo le expresó: ‘Concluimos este artículo manifestando al señor González que nuestro ánimo no ha sido herirle de ninguna manera, sino convencerle de que carece de las dotes necesarias para ejercer la profesión de escritor público’¹⁵.

Desde el 17 hasta el 23 de febrero de 1866, en el mismo rotativo, González publicó por entregas (en seis números consecutivos), un artículo con el título: “Crítica literaria”, estructurado en tres segmentos: una carta enviada por sus discípulos, la reedición del texto de enero de 1860 y la exposición de una polémica. En esta última parte, defendió su “Meseniana” con firmeza. Como él era un cazador de embrollos, le cayó como anillo al dedo debatir con Peoli. La temeridad hizo mella en su temperamento expresivo. No amilanó su reciedumbre. Por el contrario, mantuvo su temple. Sin compasión, despuntó su verbo incendiario para descalificar a su cuestionador con una lluvia de epítetos: “pobre zoilo”, “hombre verde”, “crítico”, “farfanton”, “risible aristarco”, “imbécil”, “bicho”, “críticastro”, “crítico sin sentido común”, “ilota censor”, “esclavo del absurdo”, “*crepitus ventris*” (ruido del vientre, retorcijón o pedo en intestinos), “pirata literario”¹⁶. En un párrafo magistral, lo calificó de: lerdo, sometido, beodo¹⁷, frío y estúpido; que con su dipsomanía, en las calles se bamboleaba tristemente por la embriaguez; siendo su musa una bailarina de escenarios (Cancán); y su lámpara de conocimiento, una botella de licor¹⁸:

Ilota, estás muy torpe; has engañado mi esperanza. Ahora noches me hiciste aguardar prodigios de tu talento: ibas de Pajaritos hacia abajo; ¡qué ligero de cuerpo! qué pasión en tus movimientos! qué ciencia, qué arte en tus traspies! Era lo infinito, lo indefinido! Tu pierna derecha estaba en pleito con la izquierda; tu cabeza como un



péndulo se iba hacia delante y hacia atrás; ya corrías, ya reposabas para tomar aliento; eras un ditirambo animado; eras el CANCAN de la Rigolboche. Con una bacante por musa y por candil una botella... ¡Y tan frío! ¡Tan estúpido!¹⁹.

Juan Vicente González, quien otrora había impartido las asignaturas de gramática castellana y retórica en el Colegio de Roscio de Caracas²⁰, era un letrado de armas tomar, pues tenía suficientes conocimientos y argumentos sólidos para hacerlo. En el discurso académico, era combativo; y con las palabras, severo. En materia de insultos, un especialista. No en vano, Ildefonso Riera Aguinagalde lo consideró como un erudito cuya pluma “(...) era un cauterio; y por un privilegio especial, la única que en nuestro país escupió el rostro de sus enemigos con soberano desenfado”²¹. Por ende, cuando tuvo que hacerle frente a un rival espinoso, como Peoli, sacó a relucir sus dotes escriturales; “(...) se lanzó al ruedo con toda su violencia, que nunca fue pequeña (...). No era empresa difícil para él aniquilar a su crítico, (...)”²². Midió fuerzas intelectuales sobre literatura y gramática y lo hizo con excelsitud. Se arrojó a la crítica desplegada en los espacios periodísticos de entonces, la cual era una labor titánica, porque solo podía hacerla quien tuviese destrezas y supiese persuadir con sus ideas. Quien sabía ensalzar su discurso con arrogancia, ironía y rigidez, sin perder el tino, podía develar su pericia en el manejo de la escritura.

Las lides intelectuales formaban parte del carácter de González. Su temperamento era belicoso, lo que hacía de él una especie de “(...) estatua de la rabia implacable (...)”²³. ¡Con cuántos políticos de la época no protagonizó acaloradas discusiones! Son harto conocidas las que sostuvo con Antonio Leocadio Guzmán, Juan Crisóstomo Falcón, entre otros. No se le puede negar la altísima preparación de la que gozaba. Tampoco, el talante dado a las fuertes discusiones académicas,



que continuamente, cual lanza en ristre, estaba dispuesto para salir a la lucha, con imágenes retóricas y expresiones encarnizadas. Pese a su manía de plagiar, no dejaba de hacer alarde de su erudición sobre literatura universal y manejo de varias lenguas.

En el artículo en estudio, dirigido contra el gendarme literario de San Sebastián de Maiquetía, citó a los siguientes autores: Aristóteles, Homero, Virgilio, Ovidio, Nicolás Boileau, Jacques Bénigne Bossuet, Lafontaine, Pierre Corneille, François de Salignac de la Mothe Fénelon, Pierre Joseph Proudhon, William Shakespeare, Alphonse de Lamartine, François René de Chateaubriand, Víctor Hugo, Don Mariano de Sicilia, Lupercio Leonardo de Argensola, Hermosilla, Garcilaso de La Vega, Juan de La Cueva²⁴, José de Cañizares, Antonio de Zamora, Antonio de Solís y Rivadeneyra, José de Espronceda, entre otros.

Indubitablemente, Juan Vicente González, “(...) ese gigante de la letras venezolanas, (...)”²⁵ sabía pulsar con el contrincante. Sabía guantear con palabras e iniciar un escrito de la manera más sarcástica, y, como si estuviese montado en un cuadrilátero, a medida que iba entrando en el calor de la controversia, aumentaba su furia lingüística. Verbigracia, el artículo bajo examen, lo inició con las siguientes líneas de presunta modestia:

Hemos leído en nuestro periódico algunas críticas literarias hechas por jóvenes que anuncian talento y estudio, y hemos creído necesario dirigirles algunas observaciones y consejos. De en medio de las agitaciones y luchas vamos a arrojar una mirada sobre el pacífico mundo de las Musas, que sentimos no habitar²⁶.

Luego, realizó un interesante análisis sobre el estado de la cuestión de la literatura de la Venezuela que, para enton-



ces, apenas tenía 29 años de haberse constituido en República. Hizo algunas recomendaciones sobre el estilo y la mesura en la expresión, como cualidades fundamentales para modelar al ciudadano. Reclamó una “educación literaria” para la nación, a fin de que pudiese fijar “los buenos principios literarios”. Según él, de ese modo se hacía culto al individuo, se le afinaba el gusto y el sentido común; su espíritu y alma se llenarían de buenas intenciones, y su memoria sabría cómo manejarse en función de lo estético, lo justo y lo virtuoso:

No hay en Venezuela educación literaria, la única que puede hacer el espíritu más bello, el gusto más puro, el sentido común más recto, la lengua más culta, el alma más delicada, la memoria más feliz. Las más bellas disposiciones se malogran por la falta de dirección extraviados los talentos en camino que se alejan igualmente de lo bueno y de lo bello. Ni es indiferente a la formación del ciudadano y del patriota una educación cuidadosa que fije los buenos principios literarios. Las buenas costumbres en un pueblo civilizado dependen del buen gusto más de lo que se piensa. El mal gusto no puede nacer sino de una falsedad o de un sesgo natural en las ideas; y como el espíritu obra incesantemente sobre el corazón, es difícil que las vías del corazón sean rectas, cuando las del espíritu son tortuosas. El que ama lo falso, no está muy lejos de amar el vicio; el que es insensible a la belleza, puede muy bien desconocer la virtud. Y es por esto que el que tiene un entendimiento absurdo, con un gusto depravado, lleva un corazón inclinado al mal²⁷.

Después de haber trazado los lineamientos sobre el ser humano y su formación en el mundo de las letras, de manera sistemática, abordó el tema de la crítica literaria y los críticos. A éstos, los categorizó en tres tipos: a) los amables y delicados, quienes cual abeja, convertían en miel el polvo de las flores; b) los indiferentes y desdeñosos, que dirigían miradas fatigadas a las obras de los otros y nada de lo que leían les encantaba; y c) los que se complacían de la maligna burla²⁸. Además, aconsejó “(...) abandonar la pequeña y fácil crítica de los defectos, por



la grande y difícil crítica de las bellezas”²⁹. Hizo referencia a los grandes escritores de la literatura universal para sustentar que, pese a la imperfección de una obra literaria, siempre poseía méritos que no la hacían deslucir. Por ende, señaló:

Deberíamos seguir el ejemplo de Aristóteles; que en vez de censurar las faltas de Homero, ha hallado razones para excusarlas; todo el cap. XXIV de su poética lo consagró a este objeto. La crítica no conduce a nada, si es demasiado ruda. Deseando corregir al autor, se le irrita y se le obstina en los defectos, o bien se desanima, verdadera desgracia si el que empezaba tenía talento. Boileau no hubiera corregido a Racine, si mientras censuraba al autor de la Tebaida, no hubiera dirigido bellos versos al genio que produjo a Fedra. Bossuet no fue en un principio sino un *bello espíritu* en el hotel de Ramboillet; él se perfeccionó por grados, hasta aparecer en toda su magnificencia: importa aún más no evitar el bien que evitar el mal. Hay defectos por otra parte que son inherentes a bellezas, y que forman la naturaleza, y en algún modo, la constitución de ciertos espíritus. Si hacéis desaparecer los unos, destruiréis los otros. Quitad a Lafontaine sus incorrecciones y perderá una parte de su sencillez; haced menos familiar el estilo de Corneille y será menos sublime³⁰.

Ipsa facto, siguió afinando el discurso. Como quien va preparando el escenario con parábolas, antes de torpedear al adversario, a guisa de señalamiento general, hizo una menuda reflexión para reprobear: “(...) el celo amargo de ciertos críticos por lo que llaman buen gusto; su indignación, su vehemencia son ridículas; escriben sobre palabras como no es permitido expresarse sino sobre las costumbres. Las cosas del espíritu deben tratarse con el espíritu”³¹. Rápidamente, mediante términos rotulados con el donaire que caracterizaba su estilo, pasó a ocuparse de Peoli. Con una frase lapidaria, le recalcó que:

(...) para ser literaria, la crítica debe ser amena, y que sin bondad, ella turba el gusto y emponzoña los sabores. Él ha censurado a jóvenes de verdadero talento, esperanza única de nuestro Parnaso y a



quienes solo ha faltado una instrucción severa y días más serenos y amigos de las Musas. Más para excusar a los poetas, no nos haremos críticos amargos de los censores. Estos no han sabido gustar lo bello; pero el buen juicio literario es una facultad muy lenta, que no llega sino tarde al último punto de acrecentamiento. Temeríamos que por ellos se pudiese decir, que no halla poesía en ninguna parte el que no la lleva en sí³².

Asimismo, de manera ponderada y sabia, alentó a los escritores a seguir escribiendo: “¡Que crezcan nuestros jóvenes poetas! ¡Que nos extasién y transporten! La lira es un instrumento alado. Los bellos versos se escapan de toda censura; ellos se exhalan como sonidos o perfumes”³³.

El docto caraqueño, en su respuesta al feroz aristarco, amén de polémico, fue colosal. No se podía esperar menos de él. Pues, como destacado y aventajado literato sabía hacer papillas al otro, desgranando sus argumentos. En esta oportunidad, con el primor irónico de su pluma, siguió el mismo estilo minucioso de Peoli y, párrafo por párrafo, desarticuló la estructura analítica del texto para ir refutando, palmo a palmo, sus cuestionamientos. Por ejemplo, del escrito del feroz arsitarco, transcribió lo siguiente:

Debemos advertir que no son las cimas las que se estremecen, murmuran y piensan, sino los seres, los cuerpos, o una parte principal de ellos, como las ramas respecto de los árboles; por lo cual no diremos nunca, sin incurrir en disparate, que la cabeza de Fulano murmuró o se estremeció, pues son actos que no pueden atribuirse a una sola y pequeña fracción de ellos, sino al todo o a lo principal como hemos asentado³⁴.

A renglón seguido, pasó a rebatirle las anteriores ideas en estos términos:



¿Conque debí decir *las ramas de las cimas de los árboles se estremecen, o los árboles se estremecen, murmuran y parecen pensativos*? Pero los árboles rodeados de otros no se agitan sino en sus copas; y solo las *cimas* tranquilas a veces imitan a su manera al hombre que medita. Y sepa el crítico sin sentido común que puede decirse muy bien *la cabeza de Fulano se estremeció; las orejas del Zoilo, hechas píldoras, bestializarían a cualquiera*. ¿No decimos con frecuencia *la frente reposa sobre la mano; la cabeza descansa, su mirada quema, su ojo centellea*? ¿No puede emplearse la parte del todo? ¿Está mal dicho

L'oeil ebloui les cherche et les perd á la fois³⁵,
de Lamartine?³⁶.

Con ese modo de cuestionar tan punzante, González dio respuesta a su crítico. Cual si fuese un gran torero del lenguaje, luego de haberlo toreado en el ruedo de la diatriba literaria, le asestó la estocada final. Mediante el empleo de palabras hirientes, contentivas de un dejo lastimero, pavoneó, reticente, su último respingo contra él:

Dime ahora tu nombre, *crepitus ventris*, que deshonra a tu ignorancia; yo lo se bien, el nombre del insecto se lee a la escasa luz que lo alumbra, arrastrándose. Y ya que lo ocultas, llamándote *Reposo verde o pálido*, explícame que te ha movido a insultarme, a provocar puñales sobre mi pecho, a pronunciar sobre mi cabeza palabras homicidas? Qué mal he podido hacerte nunca? Cuándo te he tocado ni con la punta de mi pie? Soy yo tu suegro, que deseas mi muerte? Aun cuando fuera rico, ignoras que tengo hijos que me hereden? Oh hombre de apellido vergonzoso, y de mente más vergonzosa todavía! Cubre tantas vergüenzas con la elástica jaula que desfigura nuestras bellezas; envolverás los yerros ortográficos de tus piernas:
(...)

Bien se ve, pirata literario, que sales de un *pirata negrero*; te imaginas que los escritos ajenos son las costas de Guinea o las riberas de Falemé en la tierra de Bambuk; y así como caía el corsario sobre la pobre choza y separaba los hijos de sus madres, y los llevaba maniatados a la odiosa nave así te lanzas tú sobre los bellos sentimientos y las bellas ideas, poluyes las cláusulas, las descoyuntas, cruel, y arrastras cautivas



alguna preposición, alguna inocente coma, que debieras buscar en la *fe de erratas*³⁷.

Así las cosas, este intelectual caraqueño tuvo la gallardía de bajar del sitial de honor al feroz aristarco de San Sebastián de Maiquetía. Con una actitud insolente, refutó sus opiniones porque se trataba de una lucha por el poder intelectual, y de una medición de fuerzas en el espacio público, para demostrar quién sabía más de gramática, lenguaje y literatura. El encono entre ambos continuó hasta la madrugada del 1 de octubre de 1866, momento cuando, Juan Vicente González, aquejado de su arterioesclerosis, falleció en la casa de José Ángel Álamo, quien fuera el padrino de bautizo de Alejandro Peoli³⁸.

NOTAS

- 1 Nació en Caracas, el 29 de mayo de 1810; y murió en la misma ciudad, el 1 de octubre de 1866. Ensayista, poeta, docente, periodista e historiador. Fue maestro de gramática en la “Sociedad Económica de Amigos del País”. En 1848, fundó el colegio “El Salvador del Mundo”. En 1858, fue Director de la Biblioteca de la Universidad, que luego pasó a ser Biblioteca Nacional. Fue redactor de *El Heraldo* (Caracas, 1859-1861). Cfr.: *Diccionario general de la literatura venezolana* (1987), Tomo I, pág. 223. Elke Nieschulz de Stockhausen. *Op. Cit.*, pág. 52.
- 2 Este rotativo empezó a circular el 1 de abril de 1859. Durante seis meses no se señaló quién era su redactor. El 1 de octubre apareció, en la página 2, el nombre de Juan Vicente González. A partir del 16 de noviembre comenzó a señalarse a este escritor como redactor, en la página 1, debajo del título del periódico.
- 3 Curiosamente, en 1859, Peoli fue corrector de pruebas en *El Heraldo*, bajo la dirección de Juan Vicente González.
- 4 *El Heraldo*. Año I, Trimestre III, Número 69. Caracas, 28 de noviembre de 1859, pág. 2.



- 5 Apenas duró seis meses en ese cargo. Véase: Juan Vicente González. “A mis amigos y antiguos suscriptores”. *El Heraldo*. Año I, Número I. Caracas, 1 de abril de 1859, pág. 2.
- 6 “Este escritor feroz, debe asesinar lo que de buena gana tiene a la vista”. Traducción nuestra.
- 7 Con esta frase, alude a la *Leyenda de los siete infantes de Lara*, atesorada en cantares, romances y crónicas españolas de la época medieval, en específico, a *la escena cuando Doña Lambra le da órdenes a su criado de ir a la huerta a arrojarle a Gonzalo González* –homicida de su primo Alvar Sánchez y agresor de su marido Don Rodrigo de Lara (Ruy Blásquez)– *un cohombro lleno de sangre*, para recordarle el crimen cometido y, poner en entredicho su virilidad. Con dicha afrenta trató de cobrar venganza. Empero, la acción tuvo un desenlace trágico: Gonzalo, al ver que el cohombro ensangrentado había manchado su camisa de lino, siguió al vasallo, quien corrió a protegerse bajo el manto de su señora, pero fue inútil. Pues, Gonzalo lo asesinó vilmente y manchó de sangre el atuendo de Doña Lambra. De este episodio, derivó una matanza familiar y marcial. Ahora bien, Juan Vicente González refiere la frase no solo por mera erudición, sino que, oblicuamente, tilda a Peoli de sirviente, cuya valentía consiste en ocultarse tras un seudónimo y, gozar de la protección de los directores de la prensa. Entonces, irónicamente, le demuestra que tiene linaje literario para darle una estocada con su verbo lacerante. Y es lo que, precisamente, hace a lo largo de su artículo. Recomendamos la lectura de: María de los Reyes Nieto Pérez. “Pepinos contra azores. El juego de apariencias y realidades en la estructuración de la leyenda de los siete infantes de Lara”. *Espéculo. Revista de estudios literarios*. Facultad de Ciencias de la Información. Universidad Complutense de Madrid. Revista Digital Cuatrimestral, Año VIII, Número 20. Madrid, Marzo-junio 2002. ISSN: 1139-3637 Disponible en: <https://webs.ucm.es/info/especulo/numero20/index.html> Consultado el 17 de mayo de 2019. Hora: 5:19 a.m.



- 8 Juan Vicente González. “El pica-y-juye y otros...”, *Op. Cit.*, pág. 2.
- 9 Juan Vicente González. “Crítica literaria”. *Op. Cit.*, pág. 462.
- 10 Ángel Rosenblat. *Estudios sobre el habla...*, pág. XIX.
- 11 No hallamos la crítica de Peoli a la Meseniana de González. Tenemos referencias de ella, a través del mismo González y de Ángel Rosenblat.
- 12 Citado por: Ángel Rosenblat. *Estudios sobre el habla...*, pág. XX
- 13 *Idem.*
- 14 *Idem.*
- 15 *Idem.*
- 16 Véase: Juan Vicente González. “Crítica literaria”. *Edición facsimilar de la revista literaria por J. V. González (1865)*. Tipografía Vargas. Caracas, 1956, págs. 459-471.
- 17 Santiago Key Ayala, cita el siguiente epigrama que una vez González improvisó contra Peoli, en el cual, con un excelente juego de palabras, lo trató de ebrio:

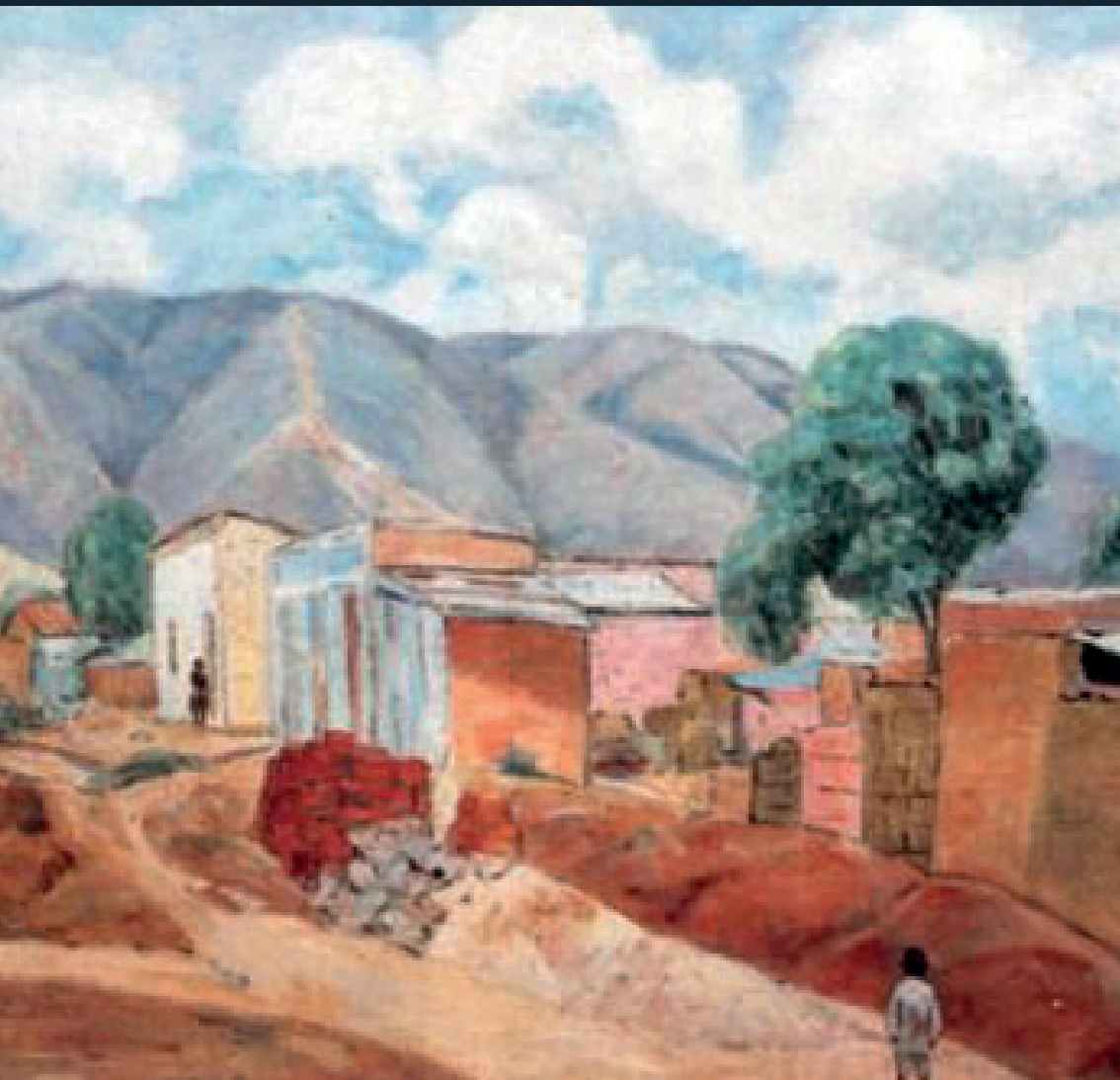
Allí viene peolino
Allá Peolino viene:
No viene como conviene,
Pues viene como con vino”.

(Santiago Key Ayala. Citado por: Eduardo Carreño. *Op. Cit.*, pág. 40).
- 18 Juan Vicente González. “Crítica literaria”. *Op. Cit.*, pág. 467.
- 19 *Idem.*
- 20 Véase: Mirla Alcibíades. *Manuel Antonio Carreño...*, pág. 37.
- 21 Ildefonso Riera Aguinagalde. Citado por: Luis Oropeza Vásquez. *Ideas democristianas y luchas del escritor*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1991, pág. 150. Colección Estudios, monografías y ensayos, Número 140.
- 22 Ángel Rosenblat. *Estudios sobre el habla...*, pág. XX.
- 23 Luis Oropeza Vásquez. *Op. Cit.*, pág. 149.
- 24 Este autor escribió una obra teatral titulada: *Los siete infantes de Lara*. En el argumento inicial de la tragedia, el sirviente de Doña Lambra no arroja a Gonzalo González un cohombro



- lleno de sangre, sino, un vaso de sangre. Véase: Juan de La Cueva. *Los siete infantes de Lara*. Disponible en: <http://www.biblioteca-antologica.org/es/wp-content/uploads/2017/09/CUEVA-J.-Los-siete-infantes-de-Lara.pdf> Consultado el 19 de mayo de 2019. Hora: 4:37 a.m.
- 25 Mirla Alcibiades. *Manuel Antonio Carreño...*, pág. 50.
- 26 Juan Vicente González. “Crítica literaria”. *Op. Cit.*, pág. 460.
- 27 *Idem.*
- 28 *Ibidem*, pág. 461.
- 29 *Idem.*
- 30 *Idem.*
- 31 *Idem.*
- 32 *Idem.*
- 33 *Ibidem*, pág. 462. Juan Vicente González. “Crítica literaria”. *El Heraldó*. Año I, Trimestre IV, Número 80. Caracas, 4 de enero de 1860, pág. 2. Mirla Alcibiades. *Ensayos y polémicas literarias...*, pág. 240.
- 34 Juan Vicente González. “Crítica literaria”. *Op. Cit.*, pág. 464.
- 35 “El deslumbrado ojo busca y pierde ambos”. Traducción nuestra.
- 36 Juan Vicente González. “Crítica literaria”. *Op. Cit.*, págs. 464-465.
- 37 *Ibidem*, pág. 471.
- 38 Francisco González Guinán. *Historia contemporánea de Venezuela*. Ediciones de la Presidencia de la República de Venezuela. Caracas, 1954, pág. 466. Enrique Bernardo Nuñez. *Op. Cit.*, pág. 161.

DOMINGO RAMÓN HERNÁNDEZ;
LA EXCEPCIÓN A LA REGLA





Después de haber leído las anteriores críticas literarias de Peoli, pudiéramos pensar que todos los autores que pasaron por su lupa analítica, sufrieron rudas y sarcásticas invectivas y ninguno fue digno de elogio. Pero, no es así. En su libro *Artículos literarios* aparece: “Poesías del Señor Domingo Ramón Hernández”¹, de quien analiza su oda “Al firmamento” y “Epístola a un amigo que residía en el campo”. Dicho texto fue publicado inicialmente en 1854, en la revista *Mosaico*. Es un escrito lleno de tantas alabanzas, que parece un panegírico. Tal vez, porque forma parte de los artículos firmados con el alias Arturo, cuya manera de crítica literaria era más apacible. Los rubricados con el seudónimo El Ingenuo, son los que tienen el tono corrosivo, tal como pudimos observar precedentemente.

Con un estilo básico, digno de un principiante en el oficio, Peoli realizó comentarios vagos de los poemas de Hernández. Este talante de ser agradable, hablando bien de un texto y de su autor, que veremos en este segmento, en definitiva, le desfavorecía. En nuestra apreciación personal, la mordacidad, el vituperio, los juegos filológicos y lexicográficos, desarrollados en su crítica contra los titanes literarios de su momento, le asentaban mejor. Pues, ponía al lector a reflexionar sobre la importancia de ser precavido en el manejo del lenguaje. Los



que concibió en un tono menor, para elogiar, son endeables, por adulantes y empalagosos, como veremos de seguidas:

(...) extrañamos que en las actuales circunstancias haya quien escriba bien y publique sus composiciones, como el Señor Domingo Ramón Hernández. Desde que tuvimos el gusto de leer los primeros versos que dió á luz, conocimos que no pertenecía á esa multitud de insultos y ridículos versistas que á cada instante atormentan los oídos y enferman el alma; sino á la jerarquía, harto pequeña, de los verdaderos poetas. Sus escritos revelan talento, imaginacion, facilidad y muchas veces filosofía: su versificación es armoniosa: sabe escoger los asuntos de sus composiciones y darles unidad; y no llora como otros, siendo en realidad desgraciado, sino que admira la naturaleza, pinta la sociedad, y cuando encuentra en ella el desengaño y la miseria, sabe refugiarse á la religión, donde halla el consuelo y la esperanza, y entónces canta con mas entusiasmo.

Vamos á insertar algunas estrofas de su oda *Al Firmamento*, para que el lector forme juicio por sí mismo. Esta es en nuestro concepto la mejor de sus composiciones, y revela las brillantes dotes que le adornan. Principia con un saludo lleno de magestad y de grandeza, digno del cielo á quien se dirige:

¡Salve, superna bóveda azulada,
De Dios y de los ángeles bendita,
Sobre cuya extensión ilimitada,
De soles coronada,
La gloria miro de mi Dios escrita!
(...)².

Cuando Peoli publicó este artículo, contaba con 24 años y ya había publicado un manual de Historia de Venezuela. Eran sus inicios de crítico literario. En ese entonces, no era aguerrido, suspicaz, polémico ni retador. Su pluma no era incisiva. No fustigaba a los escritores, ni les daba cátedra de gramática con su cuestionamiento. Su modo de examinar una obra era elaborar menguados comentarios, intercalar largas



transcripciones de versos de la oda que analizaba, para luego resaltar que se hallaba frente a un bardo de gran valía, dechado de virtudes, digno a emular:

¡Salve, cortina de zafir, tendida
En el confin del cristalino espacio,
Corona de la tierra maldecida,
Alfombra enriquecida
Del esplendente y celestial espacio.

Encanta la facilidad con que usa símils tan naturales, imágenes tan atrevidas. Al contemplar la creación conoce la grandeza de Dios; y cuando concibe lo infinito, su imaginación le eleva a tal altura que mira el firmamento como la *alfombra enriquecida del celestial palacio*. Esto es ser poeta³.

Es palmario que, en este texto, no se inició con el discurso áspero. Es un lustro después, en 1859, que se convirtió en un feroz aristarco: figura intelectual inigualable, que a la postre, lo identificó con temor, respeto y repulsión frente a muchos escritores de su tiempo. Incluso, por esa postura tan ruda, es que varios estudiosos de la literatura venezolana le dedicaron algunas líneas. Su inicial estilo de crítica consistió en hacer que los versos del poema analizado fungieran de carta de presentación, y además, diesen cuenta sobre el valor de la elaboración literaria. Su tono era encomiástico. Este texto de alabanzas al poeta Hernández tiene una argumentación muy precaria. Si no estuviese incluido en el libro *Artículos literarios*, dudaríamos que fuese de la autoría de Peoli, por ser tan radicalmente opuesto a sus cuadros costumbristas y a sus severos escritos de crítica literaria. No muestra un ápice de cuestionamiento, humor, ironía, sarcasmo ni nada por el estilo. Es probable que entre él y Hernández hubiese amistad, y esa razón haya privado en el tono de esta crítica, que en nuestro modo de ver, es tan melindrosa y cursi. Leamos algunos párrafos que



evidencian la adulancia lingüística, llena de adjetivos grandilocuentes, que empleó en el artículo en estudio:

(...) arrebatado por el entusiasmo, apostrofa al firmamento, cuyas maravillas le admiran tanto, que quisiera contemplarlas envuelto en sus nubes.

¿Quién al mirarte en su entusiasmo, osado
No ha querido volar hasta tu seno?
¿Qué pecho al contemplarte no te ha amado,
Ya al verte en luz bañado,
Ya de mil nubes caprichosas lleno?

(...)

Después rinde culto á la obra grandiosa del Señor, y se prosterna ante ella.

Obra gigante de mi Dios, te adoro.
Yo me prosterno ante tu azul sereno,
Ya te ilumine el sol con hebras de oro,
Ya brame en tí sonoro
Tras breve rayo prolongado trueno.

Al leer este último verso, ¿quién no ve la luz del rayo y no oye el estridor del trueno? Personificación, metáfora, armonía imitativa, todo es magnífico en esta quintilla⁴.

El juicio de valor de Peoli, se realizó tanto, que mantuvo un discurso ostentoso de lisonjas, típico de la época, pero como ya dijimos anteriormente, no habitual en su oficio de crítico severo, picante e hiriente. A lo largo de todo el artículo mantiene el mismo acento laudatorio. Citemos algunos extractos:

El poeta desea llegar á donde solo le ha conducido su imaginación; pero conoce la impotencia humana y la pinta con los siguientes versos.



Nadie tu faz tocó, ni en su locura
Con cálculos groseros ha podido
El mísero mortal medir la altura
Que hai de su esfera oscura
A tu anchuroso pabellon tendido.

(...)

Ahora decidirá el lector si tenemos ó no razon para dar al señor Hernández el título de poeta. Nosotros creemos, y lo declaramos francamente, que esta oda es una de las producciones mas descollantes que han visto la luz pública.

Y no se crea que solo en el género lírico ha ensayado con buen éxito sus fuerzas: tiene bellísimas composiciones del género bucólico, y ha escrito fábulas morales de bastante mérito. Como muestra de lo primero copiaremos aquí algunos trozos de su epístola á un amigo que residía en el campo.

Feliz, oh tú! Que en plácida alegría
Gozas del campo el perfumado viento,
Lejos de la ciudad y sus tristezas.
Feliz, oh tú! que miras los reflejos
Del sol y de la luna y las estrellas,
Sin que en tu pecho prenda el sufrimiento
Su velo de fatal melancolía,
Que el alma oprime y despedaza el pecho.

(...)⁵.

En un acto de conmiseración humana, cual palmadita de aliento, trató de justificar sus palabras benevolentes hacia Domingo Ramón Hernández, el poeta más popular de la época, luego de Abigaíl Lozano⁶, debido a que se encontraba en una situación económica nada holgada, más bien embarazosa, que estaba afectando su formación académica⁷. Por ende, pidió a los lectores ser condescendientes con este bardo, cuando en realidad, eso no ayuda a la producción literaria, mas sí, reafirma la máxima de que: para conocer la obra de un autor,



es menester estar al tanto de su vida, a fin de comprenderlo con mayor amplitud. En nuestro criterio, ser indulgente en la apreciación literaria, no favorece la calidad de un poema; es su propia elaboración la que lo inmortaliza. A todas luces, leamos el siguiente párrafo que, si bien es cierto, muestra la realidad económica por la que pasaron muchos artistas para llevar a cabo su creación, también es indiscutible que, no deja de parecernos un texto muy flojo, lleno de lugares comunes:

El joven Domingo Ramon Hernández es caraqueño: comenzó á estudiar en un colegio de esta ciudad; pero apénas se iniciaba en los misterios de la ciencia, cuando la pobreza interrumpió sus estudios, como lo interrumpe todo en el mundo. Así que, sus producciones son casi exclusivamente fruto del ingenio, y por lo tanto mas dignas de alabanza y de que se miren sus defectos con indulgencia.

Él dedica al estudio los cortos instantes que le dejan libres los afa-nes de la vida; pero estos son muchos, y le impiden ilustrarse como quisiera. ¡Triste suerte la de casi todos los talentos, vivir en la indi-gencia! Sin embargo nosotros le aconsejamos que no se arredre ante los obstáculos, sino que procure vencerlos para que no se debilite su amor á las letras, que si en este país no producen gloria ni riquezas, á lo menos le servirán de inefable consuelo en los días de infortunio. Al concluir este artículo, felicitamos cordialmente al señor Hernán-dez por sus bellas poesías, y le suplicamos que continúe escribiendo para que nos proporcione el gusto de ver algo bueno, ya que estamos rodeados de tantas cosas malas⁸.

Por lo antes señalado, este artículo de Peoli, tan comedi-do y alentador, rayano en loa, es una excepción a su imagen de aristarco de las letras. Es una pieza fofa de su estilo de crí-tica literaria, desarrollado agriamente en la prensa caraqueña, entre las décadas 50 y 60 del siglo XIX, y que a más de uno enardeció de ira. Por ende, la decisión de haber cambiado el tono escritural deferente por el corrosivo, le asentó muy bien.



NOTAS

231

- 1 Domingo Ramón Hernández, nació en Caracas, en 1829; murió en la misma ciudad, en 1893. Poeta, dramaturgo y docente de violín. Véase: *Diccionario general de la literatura venezolana* (1987), Tomo I, pág. 249.
- 2 Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, págs. 88-89.
- 3 *Ibidem*, pág. 89.
- 4 *Ibidem*, págs. 89-90.
- 5 *Ibidem*, págs. 90-91.
- 6 Véase: Gonzalo Picón Febres. *Op. Cit.*, pág. 278.
- 7 Al parecer, este poeta mantuvo la situación de precariedad en sus bolsillos durante toda su existencia y, los últimos años de su vida, lo alcanzó la ceguera. En un artículo publicado en *El Sator*, en 1890, se informó lo siguiente:

Está ciego, y como de costumbre, pobre; porque para Domingo Ramón Hernández, su gloria artística y su gloria literaria, han sido siempre *alas de mariposa*, ni ser un primer poeta, ni un segundo violín, le han valido más que el diario sustento, porque aquí no se pagan más letras que las del cambio, ni más notas que las del comercio. Y como la política no ha sido para él santo de su devoción, pobre ha sido y lo habría de ser por siempre. El eminente hombre público Pedro José Rojas le nombró Director del Registro Oficial en 1861; después, ningún apoyo había tenido de nuestros gobernantes, hasta que el General Hermógenes López, en un noble arranque de admiración, quitóse del pecho, en acto memorable, el Busto de Bolívar y colocándolo sobre el corazón del dulcísimo poeta, le ofreció una pensión en nombre de la Patria. (...) Domingo Ramón, que ama la soledad, no cree en la popularidad de que goza. Tiene un vicio menor, el tabaco; una única distracción, la música; y entre sus creencias sabemos que le gusta *eso* del espiritismo é hipnotismo.

(“Galería Nacional. Domingo Ramón Hernández”. *El Sator*. Año 3, Número 91. Calabozo, 30 de septiembre de 1890, pág. 1)
- 8 Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, págs. 93-94.

PEOLI FRENTE
A LOS ATAQUES ACADÉMICOS





La manera tan deliberada e irónica con la que Alejandro Peoli ejerció su oficio de crítico, rebasó los límites de la compostura. El 10 de diciembre de 1859, tuvo el descaro de publicar el siguiente anuncio en *El Herald* de Caracas, titulado con uno de sus seudónimos:

EL INGENUO

Se ofrece para escribir prólogos á las obras poéticas.
Esto no es chanza¹.

Evidentemente, este gendarme literario de la segunda mitad del siglo XIX venezolano, era un burlón desalmado. Un académico de palabras hirientes. Un acróbata del lenguaje que hacía gala de sus virtudes gramaticales. Un crítico de armas tomar que, quizás, muchos rapsodas sintieron un nudo en la garganta por el temor de sufrir sus rapapolvos en la prensa y ser sometidos al escarnio. No obstante, los que fueron víctima de su pluma malévola, tuvieron que salirle al ruedo de la diatriba, en defensa de su honor literario, tal como demostramos en los acápites precedentes.

Ahora bien, la aspereza que caracterizó a este feroz aristarco: “(...) lo llevó a ser atacado (y amenazado) por quienes agredía, pero él se mantuvo en su posición de juez implacable y generó polémicas que se mantuvieron durante varios años,



(...)². Por esa forma tan satírica que tenía de escribir, seguramente, más de uno haya querido “romperle las costillas”. Intenciones que nadie logró materializar, porque se escudaba tras varios motes. Valiéndose de esto, se burlaba de sus cuestionados, sin ocultar su divertimento. Así lo notamos en el artículo costumbrista “Los tenderos y las tiendas”:

LOS TENDEROS Y LAS TIENDAS

- Muchas gracias por su nota, Sr. Ingenuo.
—No hai de qué, señor Tendero.

No quiero hablar de las tiendas de campaña³, aunque bien las necesito porque estoi en guerra⁴ y á campo raso desde que por mis pecados se me ocurrió soñar y escribir el artículo LOS BRUJOS; pues muchos se vieron en él como en un espejo, y en vez de romper el vidrio que con tan feos colores los reflejaba, quieren romperme á mí las costillas. Pero, por vida de Dios que no les he de dar el gusto, porque soi impalpable, imprendible, *incontrable*, en lo cual mas bien parezco criminal ó caudillo de facción, que escritor público⁵.

Peoli, de modo fecundo, manejó “(...) una temible palmeta crítica, muchas veces con pretensiones de humorismo”⁶. Y lo supo hacer muy bien. Pues, se solazaba fastidiando al otro. Como él firmaba sus artículos con seudónimo, sabía que muchos deseaban saber su nombre de pila y patronímico, para arreglar las cuentas académicas de manera personal. Por ende, al final de uno de sus textos, publicado en 1859, en una postdata hizo una aclaratoria irónica con el objeto de exasperar y despistar. Con talante impertérrito, informó de su misantropía por motivo de estar entregado al cultivo de las letras, razón por la cual, en un acto de burla burlando, comunicó a los lectores que jamás sabrán su verdadera identidad:

POSTDATA.— EL INGENUO suplica á sus amigos que no continúen buscándole, porque no le encontrarán vivo ni muerto; y a ciertos poetas, que no pregunten á todo el mundo: ¿U. es el INGENUO? Porque esto es necedad que raya en locura.



EL INGENUO no es tampoco español, como creen algunos, ni ménos un *club* o reunion de escritores, como aseguran ciertos desventurados. Le hacen tanto favor al INGENUO, que con el trascurso del tiempo dirán que es la Academia española trasladada á Carácas para desengañar a muchos.

EL INGENUO es venezolano, no sale nunca de su casa, y se mantiene de su trabajo. Por mas señas, ocúrrase á la imprenta, en donde continúa viviendo y publicando verdades⁷.

En 1865, Alejandro Peoli decidió hacer público que era el autor de los artículos firmados con el alias El Ingenuo. Ese año publicó *Artículos literarios*. A partir de entonces, no conocemos ningún texto que haya escrito y publicado con seudónimo ni con su propio nombre. Probablemente, desde ese momento, su prolífica pluma alcanzó la esterilidad en el mundo de las letras.

NOTAS

- 1 “El Ingenuo”. *El Herald*. Año I, Trimestre III, Número 73. Caracas, 10 de diciembre de 1859, pág. 4.
- 2 Mirla Alcibíades. *Ensayos y polémicas literarias...*, pág. XLIII.
- 3 Es posible que aludiese al escenario del momento: la Guerra Federal.
- 4 Suerte de ironía para develar que, en medio del hecho bélico, tenía su batalla literaria y actuaba desde su trinchera intelectual.
- 5 Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, pág. 45.
- 6 Ángel Rosenblat. *Lengua literaria y...*, pág. 48.
- 7 El Ingenuo. “El cristianismo y la libertad...”, *Op. Cit.*, pág. 3.



CRÍTICAS
AL CRÍTICO INGENUO

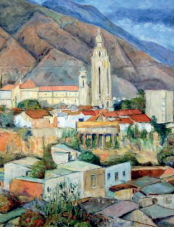




Fue tanta la alharaca que produjeron las tormentosas y largas críticas de Peoli, firmadas con el alias El Ingenuo, que hasta hubo quienes le respondieron en verso, exigiéndole atemperar su pluma. Citemos dos versificaciones escritas en su contra. La primera, rubricada con el seudónimo Palemon¹, le sugirió ser menos cáustico en sus críticas, más bien, que fuese aleccionador con los bardos del país, porque eran aprendices del quehacer lírico:

A “El Ingenuo”

“El Ingenuo” es mas que ingenuo,
Es fuerte, acre y punzante;
Es para mí intolerante,
Aunque culto y decidor.
Si el poeta exagerado
Incorre en dos mil errores,
Es del dominio de autores
Corregirlos con amor.
Y es así como se forma
El verdadero poeta;
A fuerza de palmeta
O de pala, bala ó hierro.
*Nuestros poetas del dia
En verdad no tienen ciencia,
Y están siempre en incipiencia
Como el indómito perro.*



Tolerancia, amigo Ingenuo,
Que el valor de la pericia
Recomienda la justicia
Al maestro ó pedagogo.
La que habeis dado al poeta
Con vuestra dura palmeta
Llena de espinas y abrojos.

Palemon².
(Cursivas nuestras).

Y la segunda composición, con el alias Scarron³, reconoció la inexperiencia de muchos en el oficio literario. Le recriminó a Peoli su rudeza en cuestionar los textos poéticos; lo tildó de envidioso y le suplicó que no atormentase a los bardos (aludió a Lozano: “El Adios y el Rosal” y J. A. Calcaño: “ágil adalid”), porque, pese a la poca originalidad a la hora de rotular sus versos, eran gloria y orgullo de la patria: estaban asumiendo la faena de ir sembrando literatura desde la praxis, sin complejos ni preocupaciones de ningún tipo. Le recordó que la censura, en vez de menguar sus producciones intelectuales, los alentaría a seguir escribiendo:

Al Ingenuo

*“Y sigue todavía temblando la tierra / Porque no cesa la lluvia de versos.
Tomado de un libro fatídico que está dentro de ‘El Arpa del calvario’.”*

Es verdad! para mengua de la tierra
Risa y ludibrio de la humana gente
La falange pulula, con quien cierra
A muerte y sin cuartel tu indignacion.
Tal castigo merece el sacrilegio;
Tras el pecado va la penitencia;
¿Quién ha dado á esos necios privilegio
De profanar de Olimpo la mansion?...
Mas si debo explicarme con franqueza,
Te advierto, Ingenuo, que tu bilis acre



Sordo murmullo á levantar empieza,
Atroz censura comentarios mil
Escucha, Ingenuo: dicen que te quema
Las entrañas envidia roedora...
Y todo bardo lanza un anatema
Al autor de la crítica sutil

Y luego añaden: “El laurel de Apolo,
El aura popular que conquistamos
A fuerza de vigiliás, hoy con dolo
De nuestras sienas quieren arrancar!”
Ni *El Adios y el Rosal*, ni la *Elegía*
Al Agil Adalid, ni la *guerrera*
Lira perdona la segur impía...
En confusa Babel todo va á dar!”
Deja, Ingenuo, por Dios, á nuestros bardos,
Gloria y orgullo de la patria mía;
Si son sus flores amarillos cardos,
Unicas flores de ese Eden serán.
O en lugar de la rígida censura,
Del absintio que vierten tus palabras
Sus esfuerzos alienta con dulzura
Y en las alas del Diablo () brillarán.*

Scarron.

(*) “*Licencia Poética: Si un bardo encontró una lira con una sola cuerda: yo he encontrado un demonio con alas*”⁴.

El feroz aristarco de San Sebastián de Maiquetía, con su talante de “erudición”, su “lenguaje atildado y terso” y su severidad “en castigar deslices y lunares de forma”⁵, supo zarandear a varios intelectuales del país, durante la segunda mitad del siglo XIX. Al desmontarles la elaboración de sus textos y mostrarlos como estafalarios, generó polémicas literarias a través de la prensa caraqueña. Pese a todo, según el decir de José Gil Fortoul, “(...) no dejó de contribuir a que la escuela románti-



ca, sobre todo en poesía, se curase de su primitivo delirio, y a que la prosa de la muchedumbre fuese menos extravagante”⁶.

NOTAS

- 1 Quizá alude al dios marino que en la mitología griega era el custodio de los juegos ístmicos, denominados así, porque se desarrollaban en el Istmo de Corinto. Entonces, da a entender que él, en la literatura venezolana, navegaba entre las aguas del lenguaje.
- 2 Palemon. “A ‘El Ingenuo’”. *El Heraldo*. Año I, Trimestre III, Número 72. Caracas, 7 de diciembre de 1859, pág. 3.
- 3 Con este seudónimo se evoca al poeta latino que parodió a Virgilio, o tal vez, a Paul Scarron, el famoso poeta humorista y novelista satírico de la Francia del siglo XVII.
- 4 Scarron. “Al Ingenuo.” *El Heraldo*. Año I, Trimestre III, Número 73. Caracas, 10 de diciembre de 1859, pág. 4.
- 5 José Gil Fortoul. *Op. Cit.*, págs. 340-341.
- 6 *Ibidem*, pág. 341.

SU TRÁNSITO
HACIA OTRA VIDA

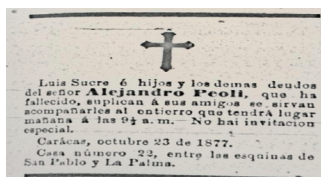




*Traté de huir de mí como de un enemigo,
y entónces me ocurrió la idea de buscar
la verdad en la otra vida. Pero la religion
me detuvo diciéndome que el camino
del cielo está lleno de dolores que
debemos soportar con paciencia; (...)*¹

El censor inconcuso de San Sebastián de Maiquetía, había hecho alusión a la muerte como lo “(...) único positivo que llega siempre (...)”²; puerto seguro donde el ser humano “(...) no se perderá más en el mundo”³. Y, cuando menos la esperaba, ella lo sorprendió. Felipe Tejera señaló que su deceso ocurrió en 1876⁴. Pero no es cierto. Ocurrió el 23 de octubre de 1877, cuando contaba con 49 años, la misma edad con la que murió Abigaíl Lozano, al cual cuestionó arduamente.

El periódico caraqueño *La Opinión Nacional*, publicó un pequeño anuncio, donde Luis Sucre junto con sus hijos (presumimos que sean su cuñado y sobrinos) informaron sobre la muerte de Peoli, suplicando a los amigos que los acompañasen al entierro a realizarse al día siguiente, a las 9:30 a.m. Sus restos fueron velados en la casa número 22, entre las esquinas de San Pablo y La Palma⁵.



La Opinión Nacional. Caracas, 23 de octubre de 1877, pág. 2.

El 24 de octubre, se redactó su partida de defunción. Quedó inserta en el *Libro de Defunciones de la Parroquia San Pablo de Caracas, correspondiente a los años 1825-1882*, cuyo contenido es el que sigue:

En la Ciudad de Caracas á veinte i cuatro de Octubre de mil ochocientos setenta i siete él Presbítero Pedro Armas autorizado por mi el Cura Rector de Santa Ana hizo los oficios de sepultura rezados al cadaver de Alejandro Peoli casado con [Josefa María] Sucre como de cincuenta años no recibio los santos sacramentos por que su muerte fue de repente de que certifico.

Andres M. [ilegible]⁶.

Ese mismo día, el *Diario de Avisos* de Caracas notificó sobre la inhumación del cadáver de Peoli e hizo una pequeña semblanza sobre su trayectoria. En pocas líneas, pero por todo lo alto, lo despidió con estas palabras:

Alejandro Peoli.

En la mañana de hoi ha sido sepultado el cadáver de nuestro malogrado amigo el señor ALEJANDRO PEOLI, uno de los buenos escritores que ha contado entre los suyos la república de las letras. PEOLI hizo grandes y concienzudos estudios filológicos, y escribía con limpidez y elegancia la lengua castellana. Desde mui jóven se consagró á las faenas del periodismo y se hizo notable por sus críticas literarias y artículos de costumbres, que suscribió jeneralmente con el seudónimo de *El Injenuo*: colaboró en *El Artista*, *El Mosaico*, *El*



Heraldo, y redactó *El Jejen*, *Las Avispas* y *El Diluvio*, este último electorario y órgano del alcantarismo.

PEOLI publicó un folleto que contiene sus mejores artículos de costumbres y críticas literarias, y se preparaba á hacer una segunda edición, cuando la madre tierra le llamó á su seno.

Paz á sus restos!⁷.

A la semana siguiente, *Un Periódico* de Valencia, mediante una esquila despectiva, reseñó la información sobre la muerte del crítico incontrovertible, en los siguientes términos:

Alejandro Peoli

Ha muerto en Carácas ALEJANDRO PEOLI. Escritor de fácil y castiza dicción, gastó su existencia despreciando el don mas preciado que Dios concede al hombre sobre la Tierra: el talento⁸.

Pese a que este literato fue detestado por muchos, otros le reconocieron su excelente labor en vida. José María de Rojas, en su *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos*, texto publicado en 1875, expresó: “(...) es uno de los buenos escritores en prosa que tiene la República, y en materias de crítica literaria un voto práctico y autorizado”⁹.

Finalmente, los textos que nos legó Alejandro Peoli Mancebo, son de consulta necesaria para el estudio de la Historia, el periodismo, la didáctica y la literatura del país. Aunque parezca irónico decirlo, a este gallardo escritor –*rara avis* de la intelectualidad caraqueña del siglo XIX– lo que en realidad lo realzó, fue su oficio de feroz aristarco contra grandes titanes de la literatura de su época. Esperamos haberlo sacado del olvido y haberlo puesto en el lugar que le correspondía en la memoria histórica literaria, para beneficio y deleite de los lectores.



NOTAS

- 1 Alejandro Peoli. *Artículos literarios*, pág. 118.
- 2 *Ibidem*, págs. 84-85.
- 3 *Ibidem*, pág. 87.
- 4 Véase: Felipe Tejera. *Op. Cit.*, págs. 295-296.
- 5 Cfr.: *La Opinión Nacional*. Caracas, 23 de octubre de 1877, pág. 2.
- 6 “Venezuela, registros parroquiales y diocesanos, 1577-1995,” images, Family Search (<https://familysearch.org/pal:/MM9.3.1/TH-1942-23283-23368-71?cc=1951777&wc=M-MYX-NMZ:1786540292>: accessed 12 Jan 2014), Distrito Federal > Caracas > San Pablo > Defunciones 1825-1882 > image 1024 of 1137.
- 7 “Alejandro Peoli”. *Diario de Avisos*. *Op. Cit.*, pág. 2.
- 8 “Alejandro Peoli”. *Un Periódico*. Año I, Mes IV, Número 76. Valencia, 2 de noviembre de 1877, pág. 3.
- 9 José María de Rojas. *Op. Cit.*, pág. 614.

FUENTES CONSULTADAS





FUENTES BIBLIOGRÁFICAS

- Aboaasi El Nimer, Emad. *Ideas y letras durante la Guerra Federal*. Vicerrectorado Administrativo de la Universidad de Los Andes. Mérida - Venezuela, 2011.
- Alcibíades, Mirla. “Literatura, política y humor en las publicaciones periódicas venezolanas del siglo XIX”. *Esplendores y Miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*. (Compiladores: González Stephan, Beatriz et. al). Monte Ávila Editores Latinoamericana – Equinoccio - Ediciones de la Universidad Simón Bolívar. Caracas, 1995.
- _____. *Manuel Antonio Carreño*. Biblioteca biográfica venezolana, El Nacional-Banco del Caribe. Caracas, 2005, Volumen 12.
- _____. *Ensayos y polémicas literarias venezolanas 1830-1869*. Casa Nacional de las Letras Andrés Bello. Caracas, 2007.
- Anderson Imbert, Enrique. *Historia de la literatura hispanoamericana*. Fondo de Cultura Económica. México – Buenos Aires, 1957. Breviarios, Número 89.
- Arismendi, Santos Erminy. “La imprenta y el periodismo en Carúpano”. Grases, Pedro (compilador). *Materiales para la Historia del periodismo en Venezuela durante el siglo XIX*. Ediciones de la Escuela de Periodismo de la Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1950, págs. 7-46.
- Barrios, Alba Lía. *Primer costumbrismo venezolano*. Ediciones La Casa de Bello. Caracas, 1994. Colección Zona Tórrida, Número 48.



- Bello, Andrés. “Juicio crítico de Don José Gómez Hermosilla”. *Edición facsimilar de la revista literaria por J. V. González (1865)*. Tipografía Vargas. Caracas, 1956, págs. 490-496, 507-511, 525-528, 536-540.
- Beltrán Guerrero, Luis. *Perpetua Heredad*. Biblioteca Venezolana de Cultura. Ediciones del Ministerio de Educación. Caracas, 1965.
- Calcaño, Julio. *El Castellano en Venezuela*. Tipografía Universal. Caracas, 1897.
- Cardozo, Lubio y Juan Pinto. *Seudonimia Literaria venezolana*. (Con un apéndice de José E. Machado sobre seudónimos de escritores y políticos venezolanos). Centro de Investigaciones Literarias, Universidad de Los Andes, Facultad de Humanidades y Educación, Escuela de letras. Mérida-Venezuela, 1974. Serie Bibliográfica 6.
- Carreño, Eduardo. *Vida anecdótica de venezolanos*. Ediciones Edime. Caracas – Madrid, 1961.
- Castellanos, Rafael Ramón. *Historia del seudónimo en Venezuela*. Ediciones Centauro. Caracas, 1981, Volumen I.
- _____. *Un hombre con más de seiscientos nombres*. (Rafael Bolívar Coronado). Talleres Italgráfica. Caracas, 1993.
- Correa, Luis. *Terra Patrum*. Monte Ávila Editores. Biblioteca Popular El Dorado. Caracas, 1972, Tomo I.
- Correa, Pedro D. *La patria pícara. Estudio sobre la prensa jocoseria venezolana en el siglo XIX*. Academia Nacional de la Historia. Caracas, 2013. Colección Libro Breve, Número 254.
- De Larra, Mariano José. *Artículos*. Alianza Editorial. Madrid, 1995.
- Descartes, René. “Meditaciones sobre la Filosofía Primera”. *Obras filosóficas*. Editorial “El Ateneo” - Librería. Buenos Aires, 1945.
- De Rojas, José María. *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos*. Rojas Hermanos, Editores - Jouby et Roger, éditeurs. Caracas – París, 1875.
- Díaz Seijas, Pedro. “Hacia un concepto del costumbrismo en Venezuela”. Apéndice. *Antología de costumbristas venezolanos del siglo XIX*. Monte Ávila Editores. Caracas, 1980, Colección El Dorado.



- Documentos para la Historia de la educación en Venezuela. (Época colonial)*. Estudio preliminar y compilación: Ildefonso Leal. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Número 87. Caracas, 1968.
- Ensayo de un repertorio bibliográfico venezolano (años 1808-1950)* (Compilación de Villasana, Ángel Raúl). Banco Central de Venezuela. Talleres de Artegrafía. Caracas, 1976, Tomo V (M-P). Colección Cuatricentenario de Caracas.
- “Escritores venezolanos por el General Manuel Landaeta Rosales”. *Primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas artes*. Tipografía El Cojo, I Parte. Tipografía Moderna, II Parte. Caracas, 1895, págs. CXXXI-CXLIV.
- Esparza, Ramón. “La cítara de Apure o las melodías del desierto (1856)”. Alcibiades, Mirla. *Ensayos y polémicas literarias venezolanas 1830-1869*. Casa Nacional de las Letras Andrés Bello. Caracas, 2007, págs. 137-163.
- Gil Fortoul, José. *Historia constitucional de Venezuela*. Concejo Municipal del Distrito Federal. Caracas, 1974, Tomo III.
- González, Eloy G. “Informe sobre el periodismo en Venezuela”. *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes*. Tipografía El Cojo, I Parte. Tipografía Moderna, II Parte. Caracas, 1895, págs. CXIII-CXXIII.
- _____. “Informe sobre el periodismo en Venezuela”. Grases, Pedro (compilador). *Materiales para la Historia del periodismo en Venezuela durante el siglo XIX*. Ediciones de la Escuela de Periodismo de la Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1950, págs. 7-46.
- González Guinán, Francisco. *Historia contemporánea de Venezuela*. Ediciones de la Presidencia de la República de Venezuela. Caracas, 1954.
- González, Juan Vicente. “Crítica literaria. (‘El Porvenir’, Números 436, 37, 38, 39, 40 y 41)”. *Edición Facsimilar de la Revista Literaria (1865)*. Tipografía Vargas. Caracas, 1956.



- Grases, Pedro. "Proyección continental de la cultura venezolana en el siglo XIX". *Temas de bibliografía y cultura venezolanas*. Editorial Nova. Buenos Aires, 1953, págs. 173-181.
- "Historiadores de Venezuela por el Doctor Rafael Seijas". *Primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas artes*. Tipografía El Cojo, I Parte. Tipografía Moderna, II Parte. Caracas, 1895, págs. I-XI.
- Infante, Ángel Gustavo. *Primeros momentos del pasado crítico. Fondo Editorial de Humanidades y Educación*. Universidad Central de Venezuela. Caracas, 2002.
- "Instrucción popular por el Doctor Guillermo Tell Villegas". *Primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas artes*. Tipografía El Cojo, I Parte. Tipografía Moderna, II Parte. Caracas, 1895, págs. LV-CII.
- "Juicio del señor J.L. Ramos acerca de dos composiciones del señor J. H. García (1830)". Alcibiades, Mirla. *Ensayos y polémicas literarias venezolanas 1830-1869*. Casa Nacional de las Letras Andrés Bello. Caracas, 2007, págs. 3-10.
- Lovera De Sola, Roberto. *Bibliografía de la crítica literaria venezolana (1847-1977)*. Instituto Autónomo Biblioteca Nacional y de Servicios de Bibliotecas. Caracas, 1982.
- Lozano, Abigaíl. *Colección de poesías originales*. Casa de Th. Ducassois. París, 1864.
- Machado, José Eustaquio. "Lista de algunos periódicos que vieron la luz en Caracas de 1808 a 1900". Grases, Pedro (Compilador). *Materiales para la historia del periodismo en Venezuela durante el siglo XIX*. Ediciones de la Escuela de Periodismo de la Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1950, págs. 7-46.
- _____. "Listas de seudónimos y anónimos en la literatura y en la política venezolanas". Cardozo, Lubio y Juan Pinto. *Seudonimia literaria venezolana (Con un apéndice de José E. Machado sobre seudónimos de escritores y políticos venezolanos)*. Centro de Investigaciones Literarias, Universidad de Los Andes, Facultad de Humanidades y Educación, Escuela de Letras. Mérida-Venezuela, 1974, Serie Bibliográfica 6, págs. 111-112.



- Marrero, Leví. *Cuba, economía y sociedad. Azúcar, Ilustración y conciencia (1763-1868)*. Editorial Playor, Madrid, 1990, Tomo VII.
- “Materiales para la Bibliografía Nacional por el Doctor Afolfo Frydensberg”. *Primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas artes*. Tipografía El Cojo, I Parte. Tipografía Moderna, II Parte. Caracas, 1895, págs. CCCIII-CCCXXXVI.
- Mijares, Augusto. *Lo afirmativo venezolano*. Monte Ávila Editores Latinoamericana. Comisión Centenario Augusto Mijares. Caracas, 1998. Obras completas, Tomo IV.
- Nieschulz Stockhausen de, Elke. *Los periodistas en el siglo XIX, una élite*. Universidad Católica del Táchira. Editorial Arte. Caracas, 1982.
- Núñez, Enrique Bernardo. *Escritores venezolanos*. Universidad de Los Andes, Ediciones del Rectorado. Mérida - Venezuela, 1974.
- Ochoa, Rodolfo. *La enseñanza de la historia de Venezuela en la primera mitad del siglo XIX*. Universidad Pedagógica Experimental Libertador – Instituto Pedagógico “Rafael Alberto Escobar Lara”, Subdirección de Investigación y Postgrado. Maracay, 2014.
- Oropeza Vásquez, Luis. *Ildefonso Riera Aguinagalde. Ideas democris-tianas y luchas del escritor*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1991. Colección Estudios, monografías y ensayos, Número 140.
- Paz Castillo, Fernando. *Reflexiones de atardecer*. Ediciones del Ministerio de Educación. Biblioteca Venezolana de Cultura. Departamento de Publicaciones. Caracas, 1964.
- Peoli, Alejandro. *Compendio de la historia antigua y moderna de Venezuela*. Imprenta de Tomás Antero. Caracas, 1853.
- _____. *Artículos literarios*. Imprenta de G. Corser. Caracas, 1865.
- Pérez Guzmán, Francisco. *Bolívar y la Independencia de Cuba*. Editorial de Ciencias Sociales. Instituto Cubano del Libro. La Habana, 2010. Colección Alba Bicentenario
- Pérez, Francisco Javier. *El insulto en Venezuela*. Fundación Bigott. Caracas, 2005. Colección en Venezuela, Número 10.



- Picón Febres, Gonzalo. *La Literatura venezolana en el siglo diez y nueve*. Editorial Ayacucho. Buenos Aires, 1947.
- Picón Salas, Mariano. *Estudios de literatura venezolana*. Ministerio de Educación. Dirección de Cultura y Bellas Artes. Caracas, 1954, Volumen III.
- Planchart, Julio. *Temas críticos*. Presidencia de la República. Italgráfica. Caracas, 1972. Fuentes para la Historia de la Literatura venezolana, Número 3.
- Rojas, Arístides. *Crónicas de Caracas. Antología*. Ediciones del Nuevo Mundo. Colección Escritores Latinoamericanos dirigida por José Bonilla Amado. (s.p.i.)
- Rosenblat, Ángel. *Lengua literaria y lengua popular en América*. Cuadernos de filología Andrés Bello. Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación. Caracas, 1969.
- _____. *Estudios sobre el habla de Venezuela. Buenas y malas palabras*. Monte Ávila Editores. Caracas, 1989, Tomo II.
- Sarabia, Nydia. *La patriota del silencio. Carmen Miyares*. Editorial Ciencias Sociales. La Habana, 1990.
- Semprún, Jesús. “Los románticos (1919)”. *Crítica, visiones y diálogos*. Fundación Biblioteca Ayacucho, Ministerio del Poder Popular para la Cultura. Caracas, 2006. Colección Clásica, Número 236.
- Tavera-Acosta, Bartolomé. *Notas al Primer libro de literatura, ciencias y bellas artes*. Tipografía de Julio S. Machado. Ciudad Bolívar, 1899.
- _____. *Historia de Carúpano*. Lit. y Tip. Casa de Especialidades. Caracas, 1930, Tomo II.
- Tejera, Miguel. *Venezuela pintoresca é ilustrada. Relación histórica (desde el Descubrimiento de la América hasta 1870), geográfica, estadística, comercial é industrial; usos, costumbres y literatura nacional. Ilustrada con numerosos grabados y cartas geográficas*. Librería Española de E. Denné Schmitz, comisionista para España y América. París, 1877, Tomo II.



Tejera, Felipe. *Perfiles venezolanos*. Presidencia de la República. Caracas, 1973. Fuentes para la Historia de la Literatura Venezolana.

Uslar Pietri, Arturo. *Letras y hombres de Venezuela*. Editorial Mediterráneo. Madrid, 1978. Colección de bolsillo Edime.

FUENTES HEMEROGRÁFICAS

A) REVISTAS Y BOLETINES

Aboaasi El Nimer, Emad. “La crítica literaria durante la Guerra Federal venezolana (1858-1863)”. *Tierra Firme. Revista de Historia y Ciencias Sociales*. Volumen XXV, Número 99. Caracas, julio-septiembre de 2007, págs. 287-300.

Harwich Vallenilla, Nikita. “La génesis de un imaginario colectivo: la enseñanza de la Historia de Venezuela en el siglo XIX”. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. Tomo LXXI, Número 282. Caracas, abril-junio de 1988, págs. 349-387.

Landaeta Rosales, Manuel. “Escritores venezolanos”. *El Cojo Ilustrado*. Año III, Número 69. Caracas, 1 de noviembre de 1894.

Menéndez y Pelayo, M. “Poetas y prosistas venezolanos del siglo XIX”. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. Tomo XCV, Número 380. Caracas, octubre-diciembre de 2012, págs. 51-102. Edición Centenaria.

Moré, Belford. “La crítica y el problema de la lengua literaria en Gonzalo Picón Febres”. *Voz y Escritura. Revista de estudios literarios*. Número 19, Mérida (Venezuela), enero-diciembre de 2011, págs. 119-133.

Pérez Matos, Martín. “Periódicos olvidados: Museo venezolano”. *El Farol*. Año XVIII, Número CLXVI. Caracas, septiembre-octubre de 1956, págs. 14-19.

B) PRENSA

“Alejandro Peoli”. *Diario de Avisos*. Caracas, 24 de octubre de 1877.



- “Alejandro Peoli”. *Un Periódico*. Año I, Mes IV, Número 76. Valencia, 2 de noviembre de 1877.
- “Artículos literarios de Alejandro Peoli”. *El Federalista*. Año III, Mes II, Número 638. Caracas, 22 de septiembre de 1865.
- “Artículos literarios de Alejandro A. Peoli”. *El Federalista*. Año III, Mes III, Número 669. Caracas, 30 de octubre de 1865.
- “Artículos literarios de Alejandro Peoli”. *El Federalista*. Año, Mes y Número Ilegibles. Caracas, 10 de abril de 1866.
- Arturo. “Poesías del Señor Domingo Ramón Hernández”. *Mosaico*. Número 3. Caracas, 1854.
- Cabrales y Cabrales, S. “Títulos Nobiliarios y otros nombres”. *El Monitor*. Número 40. Caracas, 17 de septiembre de 1881.
- Calcaño, José Antonio. “El Ingenuo y su crítica”. *El Heraldo*. Año I, Trimestre III, Número 75. Caracas, 17 de diciembre de 1859.
- Colludrovich, A.P. “Al parenético Evaristo Fombona”. *El Progreso*. Año I, Serie II, Número 23. Caracas, 2 de febrero de 1858.
- El Federalista*. Caracas, 2 de agosto de 1866.
- El frenólogo. “Fisiología de la corbata”. *El Heraldo*. Año I, Número 23. Caracas, 18 de junio de 1859.
- El Heraldo*. Año I, Trimestre III, Número 69. Caracas, 28 de noviembre de 1859.
- “El Heraldo”. *El Heraldo*. Año I, Trimestre IV, Número 132. Caracas, 23 de marzo de 1860.
- El Ingenuo. “Los Tenderos y las Tiendas”. *El Heraldo*. Año I, Trimestre III, Número 62. Caracas, 2 de noviembre de 1859.
- _____. “Siguen los malos versos”. *El Heraldo*. Año I, Trimestre III, Número 70. Caracas, 30 de noviembre de 1859.
- _____. “El Adiós y el Rosal”. *El Heraldo*. Año I, Trimestre III, Número 66. Caracas, 16 de noviembre de 1859.
- _____. “El Ingenuo. Continuará ‘El Adiós y El Rosal’ ”. *El Heraldo*. Año I, Trimestre III, Número 73. Caracas, 10 de diciembre de 1859.
- _____. “Continúa el Adalid estrecho”. *El Heraldo*. Año I, Trimestre III, Número 76. Caracas, 21 de diciembre de 1859.



- _____. “El Cristianismo y la Libertad ó el Demonio y la Fatalidad”. *El Heraldo*. Año I, Trimestre III, Número 75. Caracas, 17 de diciembre de 1859.
- “El Ingenuo”. *El Heraldo*. Año I, Trimestre III, Número 73. Caracas, 10 de diciembre de 1859.
- “El Ingenuo”. *El Heraldo*. Año I, Trimestre IV, Número 109. Caracas, 25 de febrero de 1860.
- “El Pica-y-Juye”. *La Regeneración*. Trimestre I, Número 8. Caracas, 21 de abril de 1858.
- F. A. “A los autores del pasquín titulado ‘El-Pica-y-Juye’”. *El Foro*. Trimestre X, Número 140. Caracas, 2 de julio de 1858.
- “Falsificación”. *El Federalista*. Año IV, Mes III, Número 965. Caracas, 29 de octubre de 1865.
- “Galería Nacional. Domingo Ramón Hernández”. *El Sator*. Año 3, Número 91. Calabozo, 30 de septiembre de 1890.
- González, Juan Vicente. “El Pica-y-Juye y otros papeluchos de igual ralea”. *El Foro*. Trimestre X, Número 144. Caracas, 16 de julio de 1858.
- _____. “A mis amigos y antiguos suscriptores”. *El Heraldo*. Año I, Número 1. Caracas, 1 de abril de 1859.
- _____. “Crítica literaria”. *El Heraldo*. Año I, Trimestre IV, Número 80. Caracas, 4 de enero de 1860.
- _____. “Respuesta al Diputado Ramón Ramírez en la cuestión ‘24 de enero’ ”. *El Heraldo*. Año II, Trimestre V, Número 144. Caracas, 15 de mayo de 1860.
- La Opinión Nacional*. Caracas, 23 de octubre de 1877.
- “Literatura”. *El Federalista*. Año III, Mes IV, Número 672. Caracas, 3 de noviembre de 1865.
- Museo Venezolano. Año I, Tomo 1, Número 3. Caracas, 1 de noviembre de 1865. Separata en: *El Farol*. Año XVIII, Número CLXVI. Caracas, septiembre-octubre de 1956.
- Palemon. “A ‘El Ingenuo’”. *El Heraldo*. Año I, Trimestre III, Número 72. Caracas, 7 de diciembre de 1859.
- “Pasajeros por los coches de Carácas á La Guaira”. *El Federalista*. Año IV, Mes V, Número 1003. Caracas, 14 de diciembre de 1866.



“Proliferan periódicos de corte literario en Venezuela”. *Independencia*. 1857, Año Bicentenario. Año 47, Número 47. Caracas, 1857. Comisión Presidencial para la Conmemoración del Bicentenario de la Independencia de la República Bolivariana de Venezuela.

Scarron. “Al Ingenuo.” El *Heraldo*. Año I, Trimestre III, Número 73. Caracas, 10 de diciembre de 1859.

FUENTES MIMEOGRAFIADAS

Aboaasi El Nimer, Emad. *La primavera en la sombra del cadalso. Cotidianidad y poesía durante la Guerra Federal. Una realidad al otro lado del espejo (1858-1863)*. Mérida - Venezuela, 1998. Memoria de Grado para optar al Título de Licenciado en Historia. (Mimeografiada). Disponible en la Biblioteca de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes.

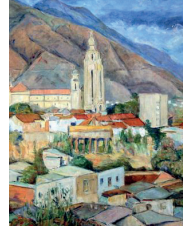
_____. *Vida cotidiana durante la Guerra Federal venezolana*. Caracas, 2009. Tesis de Grado para optar al Título de Doctor en Historia. (Mimeografiada). Disponible en la Biblioteca de Postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela.

FUENTES DE REFERENCIA

Avendaño Vera, Astrid. “Miyares Pérez y Bernal, Fernando”. *Diccionario de Historia de Venezuela*. Fundación Polar, Caracas, 1997, Volumen III (M-S), 2da. Edición.

Diccionario general de la literatura venezolana. Instituto de Investigaciones Literarias “Gonzalo Picón Febres” de la ULA. Editorial venezolana – Consejo de Fomento – Consejo de Publicaciones ULA. Mérida - Venezuela, 1987, Tomo II.

Dugarte Rivas, Rafael Ángel y Gladys García Riera. *Quiénes escriben en Venezuela. Diccionario de escritores venezolanos (Siglos XVI-II a XXI)*. Impresos Minipres. Caracas, 2006, Tomo II. (2da. Edición corregida y aumentada).



- _____. *Diccionario de escritores venezolanos*. Americana de Reasegurados – Universidad Católica Andrés Bello. Caracas, 2012. Tomo II (L-Z). (3era. Edición corregida y aumentada).
- Diccionario general de la literatura venezolana*. Monte Ávila Editores Latinoamericana. Caracas, 2013.
- Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana. (Etimologías sánscrito, hebreo, griego, latín, árabe, lenguas indígenas americanas, etc. Versiones de la mayoría de las voces en francés, italiano, inglés, alemán, catalán, esperanto)*. Hijos de J. Espasa, Editores. Barcelona-España, 1907, Tomo XLIII (PEL-PESZ).
- F. V. y M. B. *Colección de refranes y locuciones familiares de la lengua castellana con su correspondencia latina*. Librería de Juan Oliveres, Editor. Barcelona-España, 1841.
- Macpherson, Telasco A. *Diccionario histórico, geográfico, estadístico y biográfico del estado Miranda (República de Venezuela)*. Imprenta de “El Correo de Caracas”. Caracas, 1891.
- Pérez Marchelli, Héctor. “Álamo, José Ángel de”. *Diccionario de Historia de Venezuela*. Fundación Polar, Caracas, 1997, Volumen I (A-C), 2da. Edición.

FUENTES ELECTRÓNICAS

- Alcibíades, Mirla. “Un manual de urbanidad para los hispanoamericanos”. *Kipus. Revista andina de letras*. 31, Quito, primer semestre de 2012, págs. 165-185, ISSN: 1390-0102. Disponible en: <http://repositorio.uasb.edu.ec/handle/10644/3490> Consultado el 09 de marzo de 2016. Hora: 3:00 a.m.
- Azaustre Galiana, Antonio. “Citas de autoridades y argumentación retórica en las polémicas literarias sobre el estilo culto”. Disponible en: [file:///C:/Users/Usuario/Downloads/citas-de-autoridades-y-argumentacin-retrica-en-las-polmicas-literarias-sobre-el-estilo-culto-0%20\(2\).pdf](file:///C:/Users/Usuario/Downloads/citas-de-autoridades-y-argumentacin-retrica-en-las-polmicas-literarias-sobre-el-estilo-culto-0%20(2).pdf) Consultado el 18 de octubre de 2014. Hora: 5:00 a.m
- De La Cueva, Juan. Los siete infantes de Lara. Disponible en: <http://www.biblioteca-antologica.org/es/wp-content/>



uploads/2017/09/CUEVA-J.-Los-siete-infantes-de-Lara.pdf
Consultado el 19 de mayo de 2019. Hora: 4:37 a.m.

De Onís, José. “Una página blanca. Poesía inédita de José Martí”. *Revista Iberoamericana*. Volumen XX, Número 40. University of Pittsburgh, Septiembre, 1955. Disponible en: <http://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/issue/view/86> Consultado el 13 de enero de 2013. Hora: 11:33 p.m

De Sales Pérez, Francisco. “El costumbrismo venezolano”. *Discurso pronunciado el día 3 de marzo de 1895 con motivo de su nombramiento como miembro de la Academia Venezolana de la Lengua*. Disponible en: http://webdelprofesor.ula.ve/humanidades/alconber/enlaces/ensayos/francisco_perez_ensayo/francisco_de_sales_perez.pdf Consultado el 1 de septiembre de 2014. Hora: 9:00 p.m.

Diccionario de la lengua castellana compuesto por la Real Academia Española. Por D. Joachin Ibarra, Impresor de Cámara de S.M. Madrid, 1770. Segunda impresión corregida y aumentada. Tomo Primero (A-B). Disponible en: <http://books.google.co.ve/books?id=Cds311mS248C&pg=PA332&lp-g=PA332&dq=para+una+vez+que+me+arremango&source=bl&ots=8qNzjfruwA&sig=UzofnTc8KIUkIb7meh0x811-Vob4&hl=es&sa=X&ei=jMY9VIPzI7G1sQT0mYCgCA&ved=0CDQQ6AEwBQ#v=onepage&q=para%20una%20vez%20que%20me%20arremango&f=false> Consultado el 22 de noviembre de 2013. Hora: 3:56 a.m.

http://books.google.co.ve/books?id=829aAAAaAAJ&pg=PA1&lp-g=PA1&dq=Alejandro+Peoli.+Art%C3%ADculos+literarios&source=bl&ots=PGE_9Riaz_&sig=tQIW39YTon-7leTz00h0zJ1F8XXI&hl=es&sa=X&ei=PR7sUq2CFIqkQ-f1q4HoBg&ved=0CCwQ6AEwAQ#v=onepage&q=Alejandro%20Peoli.%20Art%C3%ADculos%20literarios&f=false Consultado el 08 de octubre de 2016. Hora: 10:21 p.m.

<http://www.poesie-francaise.fr/victor-hugo/poeme-le-cheval.php> Consultado el 17 de octubre de 2014. Hora: 8:13 p.m.



- Nieto Pérez, María de los Reyes. "Pepinos contra azores. El juego de apariencias y realidades en la estructuración de la leyenda de los siete infantes de Lara". *Especulo. Revista de estudios literarios*. Facultad de Ciencias de la Información. Universidad Complutense de Madrid. Revista Digital Cuatrimestral, Año VIII, Número 20. Madrid, Marzo-junio 2002. ISSN: 1139-3637 Disponible en: <https://webs.ucm.es/info/especulo/numero20/index.html> Consultado el 17 de mayo de 2019. Hora: 5:19 a.m
- Registro Oficial. Año II, Número 86. Caracas, 21 de febrero de 1863. Disponible en: <https://books.google.co.ve/books?id=nPk9AQAAAJ&pg=PA696&clpg=PA696&dq=Registro+Oficial.+A%C3%B1o+II,+Caracas,+21+de+febrero+de+1863.&source=bl&ots=WQHW2wWKi6&sig=IIfAk1VrRUQ4gIY-KS3ND6y2tIE&hl=es&sa=X&ved=0ahUKEwia6taymavSAhUEMyYKHR49DGM-Q6AEIHzAB#v=onepage&q=Registro%20Oficial.%20A%C3%B1o%20II%2C%20Caracas%2C%2021%20de%20febrero%20de%201863.&f=false> Consultado el 07 de febrero de 2017. Hora: 4:11 a.m.
- Tamara, Alex. "Textos y manuales escolares como mediación simbólica: Salvador Brau y Paul Miller, y el discurso de la enseñanza de la Historia de Puerto Rico en las tres primeras décadas del siglo XX". *Historia Caribe*. Universidad del Atlántico, Barranquilla, Colombia. Número 11, 2006, págs. 43-72. Disponible en: <http://www.redalyc.org/pdf/937/93701104.pdf> Consultado el 06 de mayo de 2014. Hora: 9:24 p.m.
- "Venezuela, registros parroquiales y diocesanos, 1577-1995," images, FamilySearch (<https://familysearch.org/pal:/MM9.3.1/TH-1942-23260-38941-84?cc=1951777&wc=M-MYX-F51:326348131> : accessed 07 Feb 2014), Distrito Federal > Caracas > El Sagrario > Matrimonios 1821-1946 > image 492 of 1663.
- "Venezuela, registros parroquiales y diocesanos, 1577-1995," images, FamilySearch (<https://familysearch.org/pal:/MM9.3.1/TH-1951-23260-37210-75?cc=1951777&wc=M->



MYX-F51:326348131 : accessed 07 Feb 2014), Distrito Federal > Caracas > El Sagrario > Matrimonios 1821-1946 > image 493 of 1663.

"Venezuela, registros parroquiales y diocesanos, 1577-1995," images, FamilySearch (<https://familysearch.org/pal:/MM9.3.1/TH-1951-23261-33119-14?cc=1951777&wc=MMYX-XG-B:n161708557>: accessed 06 Feb 2014), Sucre > Carúpano > Santa Rosa > Bautismos 1848-1890 > image 735 of 3106.

"Venezuela, registros parroquiales y diocesanos, 1577-1995," images, FamilySearch (<https://familysearch.org/pal:/MM9.3.1/TH-1942-23265-57695-34?cc=1951777&wc=MMYX-FF-V:n156747586>: accessed 17 Jan 2014), Distrito Federal > Maiquetía > San Sebastián > Bautismos 1821-1923 > image 79 of 2447.

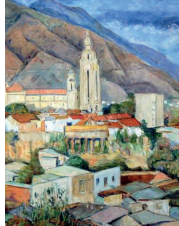
"Venezuela, registros parroquiales y diocesanos, 1577-1995," images, FamilySearch (<https://familysearch.org/pal:/MM9.3.1/TH-1942-23283-23368-71?cc=1951777&wc=MMYX-NMZ:1786540292>: accessed 12 Jan 2014), Distrito Federal > Caracas > San Pablo > Defunciones 1825-1882 > image 1024 of 1137.

Viso C., Carlos. "El primer faro del Puerto de Carúpano". *Diario de Sucre*, 30 de diciembre de 2007. Disponible en: <http://www.ahces.net/proyectos/noescuento/07-12-30.html> Consultado el 07 de febrero de 2013. Hora: 5:59 p.m.

FUENTES LEGALES

"Ley de 19 de abril de 1839 asegurando la propiedad de las producciones literarias". Número 368. *Leyes y Decretos de Venezuela (1870-1873)*, Biblioteca de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales. Serie República de Venezuela, Caracas, 1983, Tomo 5, págs. 509-511.

"Ley de 8 de abril de 1853 derogando la de 1839, número 368, que asegura la propiedad de las producciones literarias". Número 832. *Leyes y Decretos de Venezuela (1870-1873)*, Biblioteca de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales. Serie República de Venezuela, Caracas, 1983, Tomo 5, págs. 100-101.



ILUSTRACIONES

267

PÁG. 2

Joseph Thomas. **Vista de la ciudad de Caracas.** 1851. Litografía a color. Dibujado sobre piedra por W. Wood e impreso por Ackermann y Co. 45.0 x 57.0 cm. En: Fundación Galería de Arte Nacional. *Colección de pinturas, dibujos y estampas del siglo XIX.* Caracas, 1993, pág. 90, Serie: Catálogo General.

PÁG. 3

Federico Brandt. **Interior.** Óleo sobre tela 68,5 x 54,5. Colección Sr. Andrés Ponte y señora. En: Calzadilla, Juan. *Federico Brandt. 1978-1932.* Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes. Ernesto Armitano, Editor, Caracas, 1972, Láminas, Nro. 97.

PÁG. 11

Camille Pissarro. **Paisaje tropical con casa rural y palmeras.** 1856. Óleo sobre tela adherida a cartón piedra 24,8 x 32,7 cm. Colección Galería de Arte Nacional. En: Silva, Carlos. *Historia de la pintura en Venezuela. Siglo XIX. Del neoclásico al academicismo.* Armitano Editores, Caracas, 2000, pág. 93, Tomo II.

PÁG. 19

Joseph Thomas. **Vista de la ciudad de Caracas.** 1851. Litografía a color. Dibujado sobre piedra por W. Wood e impreso por Ackermann y Co. 45.0 x 57.0 cm. En: Fundación Galería de Arte Nacional. *Colección de pinturas, dibujos y estampas del siglo XIX.* Caracas, 1993, pág. 90, Serie: Catálogo General.

PÁG. 31

Ferdinand Bellermann. **Vista del Valle de Caracas desde el Oeste.** Museo del Estado de la República Democrática Alemana, Berlín. En: Boulton, Alfredo. *Historia de la pintura en Venezuela. Época nacional. De Lovera a Reverón.* Ernesto Armitano, Editor, Caracas, 1973, pág. 130, Tomo II.

PÁG. 43

Ferdinand Bellermann. **Calle de La Guaira.** Museo del Estado de la República Democrática Alemana, Berlín. En: Boulton, Alfredo. *Historia de la pintura en Venezuela. Época nacional. De Lovera a Reverón.* Ernesto Armitano, Editor, Caracas, 1973, pág. 131, Tomo II.



PÁG. 73

Rafael Monasterios. **Calle de Catia**. Colección Arturo Uslar Pietri, Caracas. En: Boulton, Alfredo. *Historia de la pintura en Venezuela. Época nacional. De Lovera a Reverón*. Ernesto Armitano, Editor, Caracas, 1973, pág. 304, Tomo II.

PÁG. 81

Rafael Monasterios. **Calle de San Lázaro**. Colección Alfredo Boulton, Caracas. En: Boulton, Alfredo. *Historia de la pintura en Venezuela. Época nacional. De Lovera a Reverón*. Ernesto Armitano, Editor, Caracas, 1973, pág. 305, Tomo II.

PÁG. 95

César Prieto. **Paisaje caraqueño**. Óleo. En: *La pintura en Venezuela*. Cromotip, Caracas, 1954, Ilustraciones.

PÁG. 121

Fritz Melbye. **Vista de Caracas desde el portachuelo**. Lápiz. Colección Banco Central de Venezuela. Caracas. En: Boulton, Alfredo. *Camille Pissarro en Venezuela*. Editorial Arte, Caracas, 1966, pág. 62.

PÁG. 127

Camille Pissarro. **Catedral de Caracas**. Acuarela. Colección Public Library Charlotte Amalie Santómas. En: Boulton, Alfredo. *Camille Pissarro en Venezuela*. Editorial Arte, Caracas, 1966, pág. 17.

PÁG. 135

Camille Pissarro. **La Guaira arriba**. Lápiz. Colección Reinaldo Herrera Uslar. Caracas. En: Boulton, Alfredo. *Camille Pissarro en Venezuela*. Editorial Arte, Caracas, 1966, pág. 48.

PÁG. 161

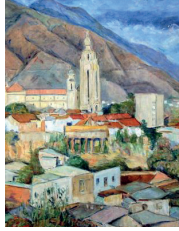
Bernardo Monsanto. **Paisaje de Caracas**. Propiedad de Enrique Planchart. En: Planchart, Enrique. *La pintura en Venezuela*. Imprenta López, Buenos Aires, 1956, Ilustraciones.

PÁG. 183

Fritz Melbye. **Camino nuevo de La Guaira**. Lápiz. Colección Banco Central de Venezuela. Caracas. En: Boulton, Alfredo. *Camille Pissarro en Venezuela*. Editorial Arte, Caracas, 1966, pág. 61.

PÁG. 191

Camille Pissarro. **Mercado de Caracas**. Tinta china y lápiz. Colección Concejo Municipal de Caracas. En: Boulton, Alfredo. *Camille Pissarro en Venezuela*. Editorial Arte, Caracas, 1966, pág. 18.



PÁG. 203

Camille Pissarro. **Camino del cardonal**. Lápiz. Colección Banco Central de Venezuela. Caracas. En: Boulton, Alfredo. *Camille Pissarro en Venezuela*. Editorial Arte, Caracas, 1966, pág. 49.

PÁG. 207

Camille Pissarro. **Frente a la pulpería**. Carboncillo. Colección Señora viuda de Johan Hansen. Copenhague. En: Boulton, Alfredo. *Camille Pissarro en Venezuela*. Editorial Arte, Caracas, 1966, pág. 36.

PÁG. 223

Rafael Monasterios. **Tarde en Catia**. 1941. Colección Arturo Uslar Pietri, Caracas. En: Calzadilla, Juan. *Rafael Monasterios*. Ernesto Armitano, Editor, Caracas, 1984.

PÁG. 233

Federico Brandt. **Muñecas**. Óleo sobre tela 54,5 x 72. Colección Museo de Bellas Artes, Caracas. En: Calzadilla, Juan. *Federico Brandt. 1978-1932*. Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes. Ernesto Armitano, Editor, Caracas, 1972, Láminas, Nro. 88.

PÁG. 239

Rafael Monasterios. **Desde la quebrada**. 1939. Colección Banco Central de Venezuela, Caracas. En: Calzadilla, Juan. *Rafael Monasterios*. Ernesto Armitano, Editor, Caracas, 1984.

PÁG. 245

Rafael Monasterios. **Tejería del cementerio**. 1944. Colección Antonio Malavé, Caracas. En: Calzadilla, Juan. *Rafael Monasterios*. Ernesto Armitano, Editor, Caracas, 1984.

PÁG. 251

Camille Pissarro. **Soldados a caballo –anverso–**. 1853. Grafito y aguada sepia sobre papel. 18 x 27 cms. Fundación Galería de Arte Nacional. *Escenas épicas en el arte venezolano del siglo XIX*. Caracas, 1992, pág. 38.

ESTA VERSIÓN DIGITAL DEL LIBRO:

El retrato de Alejandro Peoli

Matices de la intelectualidad caraqueña: 1850-1866

de Emad Aboaasi El Nimer

**SE REALIZÓ CUMPLIENDO CON LOS CRITERIOS Y LINEAMIENTOS
ESTABLECIDOS PARA LA EDICIÓN ELECTRÓNICA EN EL AÑO 2019.
PUBLICADA EN EL REPOSITORIO INSTITUCIONAL SABERULA
UNIVERSIDAD DE LOS ANDES – VENEZUELA**

www.saber.ula.ve

info@saber.ula.ve

Este libro es una biografía intelectual de Alejandro Peoli Mancebo (Maiquetía, 1828; Caracas, 1877), nieto directo de Inés Mancebo de Miyares, la “primera nodriza del Libertador”. Poeta, crítico literario, lexicógrafo, periodista, articulista, ensayista, escritor de escenas costumbristas, historiador, docente universitario. Director y redactor de varios periódicos nacionales. Autor del primer manual de historia patria *Compendio de la historia antigua y moderna de Venezuela*, y de un libro titulado *Artículos literarios*.

Asimismo, tuvo la virtud de sentar en el banquillo de la crítica a varios integrantes del parnaso venezolano de mediados del siglo XIX: Abigaíl Lozano, José Antonio Calcaño, Francisco Guaicaipuro Pardo, Miguel Carmona, Ramón Ramírez y Juan Vicente González. Con un estilo de cuestionamiento despiadado, protagonizó dimes y diretes contra estos autores en la prensa de la época, razón por la cual se le invisibilizó en la historia de las letras nacionales. Luego de una pesquisa documental decimonónica, y con información de fuentes primarias y secundarias, se ha podido reconstruir la vida y obra de este intelectual venezolano.



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
VENEZUELA



Cdchta ula

ISBN: 978-980-11-1961-6



9 789801 119616